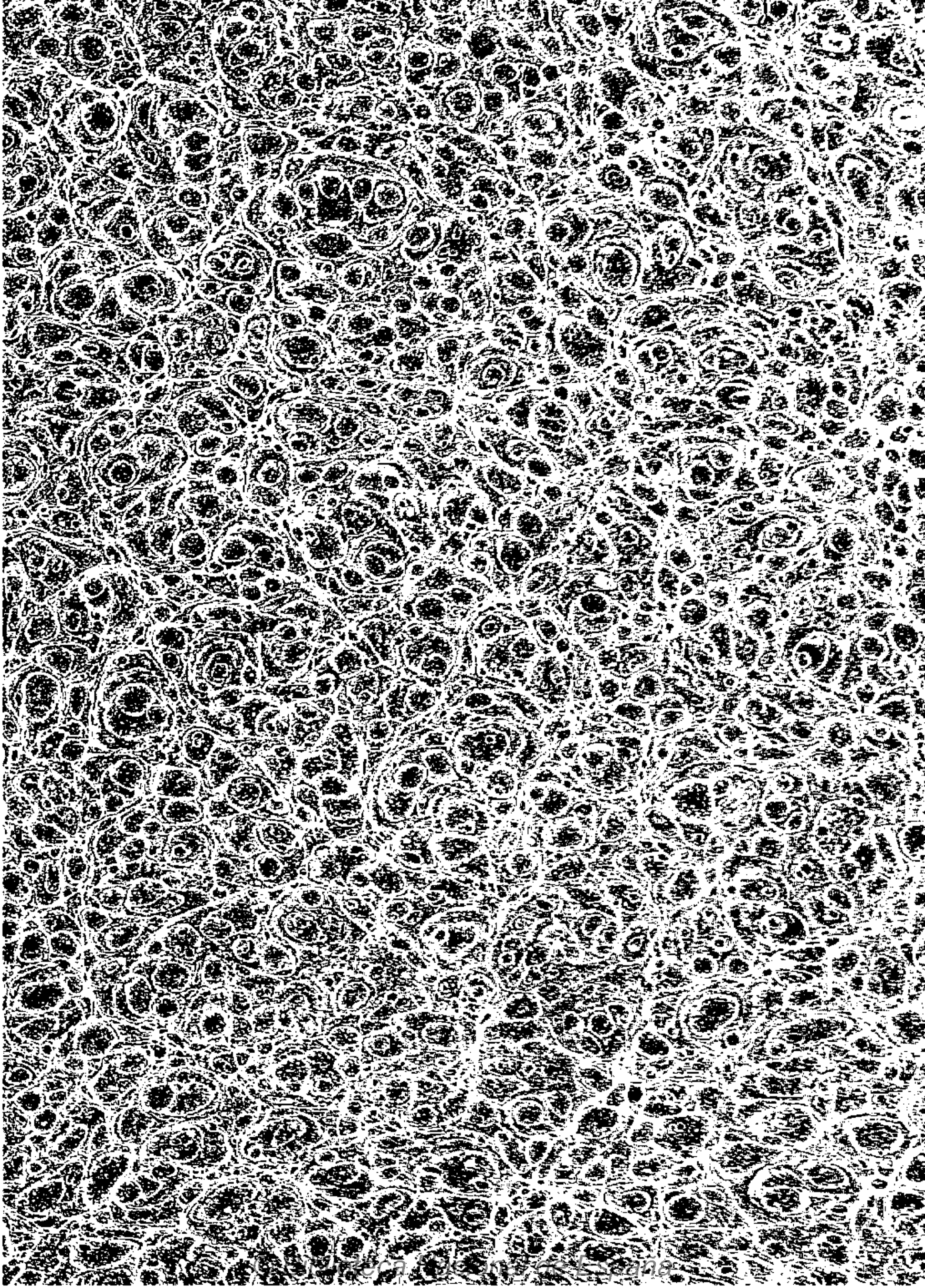
MORALES

AMOR Y AMOR

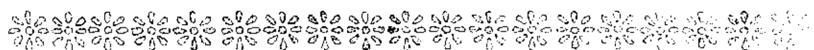


-83-
-138-

GUSTAVO MORALES

AMOR Y AMOR

NOVELA





LIBRERIA de FERNANDO FÉ. MADRID.
1900

Para entregar
el Registro de
propiedad intel
de

[illegible]

AMOR Y AMOR



OBRAS DEL AUTOR

	Pesetas.
Proyectos de leyendas	2
Figuras de cera	3
De mi huerto	3
Don Profundis	1
Más allá	1,50
El indiano de Valdella	2
Luz de la sombra	1,50

Librería de Fernando Fé

CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 2, MADRID



AMOR Y AMOR



NOVELA

POR

GUSTAVO MORALES

ILUSTRACIONES

de

MANUEL RAMIREZ



FERNANDO FÉ

LIBRERO — MADRID

1900

MADRID, 1900.—Ricardo Fé, impresor, Olmo, 4

PREFACIO

POBRE y desaliñado hijo mío, fuiste engendrado con amor y amor es tu nombre. Vienes al mundo en mal tiempo, no porque la lucha sea más reñida, ni la crítica más severa que pudo serlo en otras ocaciones, sino por la decadencia evidente de las aficiones artísticas y hasta de las cultas que viene padeciendo el público de nuestra pobre España. Menos penoso será siempre subir por escarpada ladera, aun con los riesgos de despeñarse, que caminar por el arenal inconsistente en que los pies se hunden al intentar la marcha. El trabajo de leer, el de pensar, el de detenerse ¡siquiera para ver y para oir, va pareciendo de día en día más penoso á las gentes, ¡qué remedio, así hay que vivir ya que en esta época naciste! y no obstante, confío en ti, más pronto ó más tarde llegarás, estoy seguro y no por tu hermosura, ni por tu sabiduría, menos aún por menguados artificios, llegarás por ser verdadero hijo del amor; espontáneo, sincero, apasionado, independiente de todos y de todo.

Por ser hijo de quien eres llevas como patrimonio dudas y creencias, sombras y fulgores. Anduvieron los

tuyos sobre el trillo en la era cuando Agosto convertía el aire en brasa y sus rayos de oro se transformaban en granos de trigo. Anduvieron los tuyos por el suelo cubierto de nieve en aquellas Navidades del lugar, adivinando desde la niñez el gran misterio de la germinación que bajo la sábana helada, en la obscuridad silenciosa, se estaba realizando. Y de la tierra salieron los tuyos y llegaron y pudieron llegar, conservando siempre libre el albedrío, con el derecho á pensar en voz alta y decir lo que se siente, sin flexibilidad alguna en la espina dorsal. No has menester que los cristales de una estufa te presten abrigo, por el contrario tus pulmones campesinos necesitan del aire libre, acostumbrados á aspirarlo á plenos pulmones en el ancho valle que tiene dos cordilleras por valladares y que fecunda el ancho Tajo.

No te importe que muchos te desestimen, ser amigo de todos equivale á no tener amigos y sin gran pena pueden perderse los que no han de serlo por lo que uno es, si no por el primor con que se sabe representar un papel en la farsa social.

Ciertamente no te pude engendrar solo, que tal absurdo no es posible; precisamente por lo que tienes de la linea femenina confío en ti. He sentido de tal suerte la compenetración de las almas, que yo sé bien que hay en tus páginas con el burdo y tosco tejido de mis manos notas de color que estuvieron en el íris de aquellos ojos, harmonías que fueron sonidos de aquella voz, suavidades que son recuerdo de epidermis más fina que la mía propia... Desde que partió á mejor vida no se han juntado jamás análogas perfecciones que Dios miseri-

cordioso ha repartido luego en oriente de perlas, gorgeos de ruiseñores, aroma de las rosas y destellos brillantes de las estrellas del cielo.

Escribo estas líneas porque además de satisfacer mi deseo, hay eunucos intelectuales, según la frase viva pero gráfica del ilustre Cardenal Sancha, y les molesta cuanto es viril; ni busco ni quiero ni admito los atajos del escándalo, ni tiene clave alguna el libro que sirva de aliciente á perversas curiosidades, pero estimo ñoñería impropia del arte el detenerse ante el desnudo artistico (cuando el asunto lo requiere), y que sólo algún imbécil puede confundir con el desnudo obsceno. Ningún libro puede ni debe correr en todas las manos sin previo examen de personas de maduro discernimiento, si así fuera sería menester suprimir la mayor parte de nuestra literatura y todos los grandes maestros, la historia sagrada y aún el catecismo por temor á que determinadas palabras pudieran sugestionar ideas nefandas. También sería preciso suprimir el uso de todas las armas y aun de multitud de herramientas por ser susceptibles de caer en manos tan inocentes que con ellas se puedan dañar, y yo entiendo que la responsabilidad del daño incumbe á los que tienen el deber de dirigir y la autoridad moral para evitarlo.

Quedamos, por consiguiente, en que mi libro es varón, mayor de edad, que se respeta á sí mismo y que procurará conducirse como persona bien educada en los lances más difíciles.

Ahora que ya saben todos á qué atenerse, tengo el honor de presentárselo á ustedes como el más predilecto de mis hijos literarios.



Querida Sofia...


BIBLIOTECA
NACIONAL

Toledo, 15 de Marzo de 189...

Querida Sofía:

Cuando tuviste noticia de mi fuga ¿á que no suponías que tan cerca me hallaba? Lo menos creíste que me habría marchado á París, cuando no á Londres ó á Roma, y en verdad, mi primer pensamiento fué el de escaparme lejos, muy lejos; mas después de pensarlo mucho, caí en la cuenta de que nada hay tan distante de Madrid, para nosotros, como este olvidado rincón. ¡En París! ¿cómo habría podido resistir la tentación de recorrer una vez más los almacenes de la rue de la Paix, de subir á casa de Wort ó de madame Laferriere, ó al menos dar un vistazo en Liberty para seguir el hilo de las extravagancias inglesas? y si resistía la tentación de trajes y sombreros, ¡cómo resistir la de deslizarme á curiosear la inimitable escena del Palacio Royal!

¿Quién está en Roma y no pasa por el Corso,

ó vía Condotti ó sube al Pincio para gozar de aquel panorama incomparable? ¿Quién deja de oir, cuando la ocasión se presenta, á los virtuosos del Vaticano? ¿Quién no asiste á una carrera de Epsom residiendo en Inglaterra? Pues si tal sucedía, preciso era que se notase mi presencia, que se hablase de mí, y entonces, ¿para qué el viaje?

Nuestro mundo tiene la desventaja de que el incógnito, lo más hermoso que existe, después del brillo social, nos está vedado; la gente de nuestra clase pasa la mitad del año en París ó Londres y aunque no sucede otro tanto en Italia, para mí aún resulta de mayor notoriedad, pues apenas hay príncipe ó duca en la península hermana que no se crea enlazado con mi casa. Por consiguiente, mi propósito de alejarme por algún tiempo de la sociedad, se hubiera visto frustrado por completo.

Chica, me reconozco cobarde, muy cobarde, tengo un miedo terrible al ridículo. Después de lo ocurrido, si tuviese diez años más, me creería capaz de sincero arrepentimiento consagrándome á organizar rifas piadosas y hasta tendría á diario, ó poco menos, partida de tresillo y bezigue y tertulia de políticos, literatos y artistas más ó menos eminentes.

Pero dime tú que, por ser mi amiga, conocerás mejor mis defectos que mis cualidades, si he llegado ya á semejante decadencia... Todavía no; res-

piremos, aún pertenezco al mundo de los vivos.

No creas que ha entrado en mi determinación parte alguna de despecho, no; al duque le quería menos de lo que puede quererse á un amante de temporada de baños y de antemano estaba segura de que nuestra intimidad no sería duradera. Es uno de nuestros jóvenes más distinguidos y correctos, lleva el frac tan naturalmente como si fuese parte de su propia persona, como pueden serlo las plumas en las aves; guía un tronco como el mejor cochero, es buen mozo, hasta bonito. Sería perfecto si sólo hubiera de juzgarse á los hombres con el sentido de la vista...

En cuanto llegó á mi noticia el banquete celebrado por la liberación de Pepito, las expansiones de éste, el mote de Mme. Putifar que tan estúpidamente me aplicaron, no tenía otra solución para evitar el ridículo, que desaparecer por tres meses de la escena.

Si mi marido no se distrajera siempre que se trata de provocar lances de honor, en el primer momento hubiera sido capaz hasta de echarme en sus brazos pidiéndole amparo contra todos. Qué cosa tan agradable debe ser uno de esos héroes que nos presenta el teatro francés contemporáneo para las situaciones apuradas y las épocas de desengaños. ¡Pero bueno es mi conde para aventurarse en empresas heroicas! Los principios

que profesa se oponen á todo lo que no le agrada y se armonizan muy bien con cuanto le conviene; no había que esperar nada por este lado.

Aquí, en Toledo, tengo un caserón antiquísimo, mezcla de palacio y cuartel; un señor Cura viejo que es mi administrador en ésta, me sirve de acompañante, y para evitar males de estómago vino en mi servidumbre un cocinero. En resumen, se puede pasar aquí una temporada, mientras se olvida lo sucedido.

No te quejarás de mi carta; me sobra el tiempo y puedo permitirme el lujo de emplearlo en satisfacer tu legítima curiosidad. Guárdame el secreto y mándame periódicos y revistas francesas para entretenerme en las noches larguísimas que me esperan.

Adiós, te abraza con el pensamiento desde el destierro,

FERNANDA.

—Ya está acabada la carta, Sofía quedará contenta, pensó Fernanda, pero y yo ¿cómo tendré valor para vivir aquí tres meses? ¡Cuántas horas de tedio me esperan!

*

No hacía más que dos días que Fernanda se hallaba en Toledo. Cuando resolvió hacer el viaje dispuso que se enviase un telegrama al señor

Cura que llevaba la administración de sus bienes en la provincia de Toledo; dijo las personas que habían de acompañarla, encargó á su primera doncella de cuanto se refería al equipaje, y para cumplir con su marido, fué lo suficiente decirle que había decidido marcharse una temporada á Toledo para enterarse personalmente de sus estados y restaurar su principal casa solariega, pensamientos que hacía largo tiempo venía acariciando. El conde encontró oportunísimo el viaje, excusándose por galantería de acompañarla á causa de ineludibles ocupaciones.

Poco más de dos horas tarda el tren en recorrer la distancia entre Madrid y la imperial Toledo, y al pararse en la modesta estación que en nada corresponde á la grandeza de la ciudad y más bien parece propia de un lugarejo cualquiera, ya estaba D. Domingo, el Cura-administrador, junto á la portezuela del departamento que ocupaba la condesa, y después de las reverencias que creyó adecuadas al caso, y fueron muchas, con ayuda de un robusto mozo que vestía el uniforme de guarda-jurado, hízose cargo de cajas y paquetes, que no eran pocos. Una magnífica carretela que no tuvo mayor defecto para ser desechada en Madrid por los condes, sino el haber pasado de moda, les aguardaba; tomaron asiento Fernanda y él señor cura al testero y la doncella al vidrio,

chasqueó la fusta y arrancaron como escapadas las vigorosas mulas.

La primera impresión de Fernanda, que no conocía la población, fué de arrepentimiento por haber ido; las ventas que hay á la salida de la estación, no la daban indicios siquiera de la grandeza romántica con que soñaba. Era una noche de luna y la impaciente curiosidad de Fernanda no la permitía apartar la vista de la ventanilla del carruaje. Al torcer la carretela para subir la cuesta que conduce al Puente de Alcántara, la impresión fué cambiando al presentarse la extraña silueta de Toledo, impresión que llegó á ser de asombro al cruzar por el puente, y eso que han desaparecido las ruinas misteriosas del artificio de Juanelo, que prestaban á aquellos parajes un sabor de trágica leyenda.

Todavía el río, prisionero entre montañas, contenido por las presas, hierve espumante allá en lo hondo, viéndose los plateados reflejos de la luz en las cascadas ruidosas y en lo alto, la masa imponente del alcázar de Carlos V, y por la otra parte, dentellado perfil, romántica silueta de torres y cúpulas. Pasó luego el carruaje bajo las bóvedas de la puerta flanqueada por los torreones almenados de la Edad Media, que guardan el puente, y ya la primer impresión desfavorable de Fernanda, se cambió por completo, los sueños románticos

tomaban cuerpo y consistencia, sin perder nada de la sublime fantasía. Después ganaron la cima del monte en que Toledo se asienta por una empinada cuesta en zig-zag; internóse el carruaje con inusitado estrépito y movimientos de carro, por calles estrechas, subiendo y bajando, dando vueltas y revueltas que desafiaban á la imaginación más perspicua á que se hiciese cargo de la trayectoría recorrida, y al cabo de diez minutos de hacer retemblar las casas, obligando á las pocas gentes que encontraban por las calles á resguardarse en el quicio de las puertas, desembocó el coche en una plazuela, abrióse un enorme portón y penetraron en un anchuroso zaguán.



Otro guarda, también uniformado y con el escudo de armas de la casa en la bandolera, hacía

las veces de portero, y todos subieron en pos de la Condesa, por la amplísima escalera de piedra al piso principal.

El viaje es tan breve, que no sintiendo Fernanda ninguna fatiga y sí mucha curiosidad, quiso enterarse inmediatamente de la distribución de su casa-palacio, y aunque D. Domingo con más gusto se hubiese arrellanado en una butaca, no tuvo más remedio que mostrarse complaciente, sacudiendo por el momento la natural pereza.

Formaba el cuerpo total del edificio, un ancho paralelógramo con un gran patio central, á cuyo alrededor existían tres crujías: la primera como de cuatro metros de ancha, formando galería abierta con columnas en la planta baja y principal, que por la traza lo menos eran contemporáneas de los Reyes Católicos. De las otras naves la exterior era la más anchurosa, cerca de siete metros y con los techos de proporcionada altura, todos con el maderamen al descubierto y de más ó menos complicada labor y riqueza, según la importancia de cada salón. D. Domingo había aprovechado el tiempo y gracias á una docena de personas bien pagadas, todo estaba limpio, los muebles en cierto orden relativo y como á la sazón corría el mes de Marzo y las noches eran frías, estaban encendidas las dos chimeneas que había en la casa, una en el gran salón y otra en

el que precisamente por tener chimenea se puso el lecho destinado á la señora Condesa; en el primero, como era tan extenso, aunque estaba ardiendo un monte de leña, la temperatura no era elevada, así es que Fernanda mandó en seguida que la mesa preparada allí para la cena, fuese trasladada á su dormitorio, que estaba habitable. El Cura, que esperaba muchos plácemes, se quedó muy sorprendido cuando Fernanda, después de haber recorrido la mayor parte de su palacio, muy envuelta en larga capa forrada de pieles, declaró que de aquello se podía hacer una casa, pero que por el momento la parecía imposible que pudiera ser una vivienda de gente civilizada.

El pobre cura, quedóse atónito y preguntó si algo faltaba.—Todo lo necesario—contestó Fernanda,—pero lo arreglaremos pronto, así tendré motivo para entretenerme. Ponga usted á Madrid un telegrama ahora mismo, para que mañana se encuentren en Toledo el secretario de mi apoderado y un tapicero. Con veinte ó treinta mil duros, pondremos esto tal cual y como ahora estilan las personas de mi clase entender de antigüedades y no dejan de venir á Toledo, no será dinero tirado, pues no faltará alguien á quien prestemos hospedaje. El Sr. Cura sabía que era dependiente de una casa grande y

que sólo en su administración, y no era la más principal, se recaudaban más de treinta mil duros anuales; sabía que sus amos gastaban mucho, pero como él decía, aunque coman oro no pueden gastar la mitad de las rentas; él ahorraba la mitad del sueldo, que era de diez mil reales, así es que se le ocurrió en seguida que la señora Condesa pensaba irse á vivir á Toledo y entonces adiós administración como no la cayese en gracia. Con tal sospecha tomó grave disgusto y, aunque por invitación de la Condesa, hubo de cenar con ella, desmintió su reputación de gastrónomo eminente y sólo consiguió, y á duras penas, embaular una perdiz, algunas magras de jamón manchego y un trozo, así como de media pierna de corzo; desdeñó fritos, legumbres y ensaladas, y hasta de los postres no hubiese probado, á no caer en la tentación de catar una fuente de natillas de que no gustó Fernanda, y una vez probada y con su *placet*, acabó con todas las que allí pusieron adornadas con monumentales bizcochos de soletilla y espolvoreadas con canela fina.

La Condesa tuvo que limitarse á los huevos pasados por agua. Todo lo preparado en Toledo sabía á aceite verde, á perejil, ajo y cebolla. Su paladar se sublevaba contra los manjares y más aún contra los condimentos. Antes de finalizar la cena, ya había hecho que se presentase ante su



vista el cocinero, y tras breve consulta, mandó otro telegrama á Madrid pidiendo la expidiesen una cocina económica en gran velocidad, y los demás enseres que fueran precisos.

—¡Pero cómo vivirían aquí mis antepasados!—le dijo á D. Domingo de sobremesa—¡qué estómagos tendrían!

El buen Cura, gracias al vino añejo de que tenía llenos los huecos posibles que dejara la cena, dijo su opinión sincera, *in vino veritas.*—Lo que yo no acierto á comprender es cómo quieren vivir los modernos.

—Pues muy sencillo, replicó Fernanda, aprovechando todos los medios para que los actos más vulgares de la existencia puedan transformarse en placeres, evitando todo contacto que puede ocasionar molestia, lo mismo en lo moral que en lo físico; conocer el dolor de oídas para avivar el placer que se posee, impedir que choquemos en nuestro camino con nada áspero, que todo llegue á nosotros suavemente ó que no llegue.

—¿Pero si ellos se encontraban bien con su género de vida, por qué habían de mudar?

—Eso es una vulgaridad; la prueba de que no se encontraban á gusto, es que inmediatamente que han tenido modo de mejorar lo han aprovechado.

—No obstante, aquella fortaleza, aquella ro-

bustez se debía precisamente á la sobriedad, á la vida activa, á...

—Mejor dicho, aquella rudeza, aquella atrofia de la inteligencia y de la imaginación, se debía á la vida salvaje que por necesidad llevaban. Pero lo hemos arreglado de otra suerte y en poco tiempo se convertirá usted al nuevo sistema, yo me encargo del apostolado práctico y espero sacar de usted un aprovechado discípulo.

—Quiero suponer que, gracias al ejemplo de la señora Condesa, encuentro muy apreciables los bienes de una vida sibarítica, pero y luego, cuando reducido á mis propios recursos desee conservarla y no lo consiga ¡cuán grande será mi pesar al no poder ni conformarme con lo que tengo, ni realizar mis deseos!

—Afine usted los sentidos, aguce usted las facultades y ya verá como lo consigue. No he conocido ningún hombre con verdaderas necesidades, que no concluya por adquirir los medios de satisfacerlas: el desear mucho y con intensidad, el desear siempre, en esto consiste el secreto de la vida. No desear es morir.

Bajó D. Domingo la cabeza, con lo cual formóse una rosca de carne entre pecho y barba. Rumiaba con la cena aquellas ideas sibaríticas expuestas por la Condesa, dábase á pensar si cabía algo mejor que su manera de entender la vida

tan sin preocupaciones ni cuidados, repartida sabiamente en horas sosegadas y felices, consagrando una á la Iglesia y otra á los quehaceres de su administración, tres á la mesa, dos al paseo, que con otras siete de holgar y diez de sueño, llenaban por entero las veinticuatro horas de cada día. Dábase á pensar si ese algo más que los otros se afanan en buscar, merecía el trabajo siquiera de tender la mano para cogerlo y cerraba los ojos registrando los escondites del cerebro para ver si en ellos yacía olvidado algún deseo, alguna esperanza, alguna ilusión...; pero en aquel desván, antes de comer, sólo veía imágenes de salchichones colosales, magras de lomo estupendas, piernas de carnero que pudieran creerse de elefante y largas filas de panzudas tinajas con fechas seculares escritas en su convexa superficie; después de comer, sólo dibujaba el deseo, con rasgos esfumados, alguna imagen á que sería difícil poder aplicar los nombres de Laura ó Beatriz, por mucha imaginación que se poseyera... Dió dos ó tres cabezadas y un ronquido fenomenal.

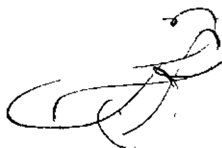
—Don Domingo—¿qué trompeta del juicio toca usted?—váyase á dormir á la cama, pero no nos dé esa serenata.

Don Domingo se despertó avergonzado, dió sus excusas torpemente alegando inveterada costumbre, y salió de la habitación para dirigirse á la

que él ocupaba en el segundo piso. Todavía tuvo que retrasar el anhelado momento de meterse en la cama para dar cuenta al ama de todo lo sucedido. Cerca de veinte años llevaba padeciendo bajo el absolutismo poco ilustrado de Sinforosa, y aunque á veces sentía instintos de rebelión, por lo menos después de cenar, no se hallaba con ánimos de sostener una riña.

Cuando Fernanda se quedó sola, una gran tristeza invadió su alma, al pensar en los días tan aburridos que la esperaban, sin otra compañía que aquel presbítero ignorante, sucio y mal educado, y por más que de su afición á las Bellas artes se prometía distracciones, visitando todas las maravillas que existen en la imperial ciudad, con todo no dejaba de comprender que pasadas las primeras impresiones, y aunque consagrase á la lectura largos ratos, quedaban muchas horas de soledad y silencio, sobre todo por las noches ¿con quién hablar? ¿á quién oir? Comparaba sus noches madrileñas, pasadas en su casa, en la de cualquier amiga de su clase ó en el palco bajo del Teatro Real, siempre rodeada por los hombres más distinguidos de la sociedad, ó como tales considerados; esa pequeña crónica de la vida corriente tejida con una frase de éste y una agudeza de otro y un donaire de aquél, esa animación y bullicio constante de la vida cortesana, y creía que

2



su situación era parecida á la de Robinsón Crusoe, salvo que aquí D. Domingo era un capellán y en la historia que leyó de niña un negro, y siguiendo el hilo de sus pensamientos, se decía que en arreglar la choza que ocupaba y acondicionarla á su capricho podía emplear su actividad, consolándose por último, con la idea de que cuando la invadiese el tedio y el ridículo no fuese tan grande con volver á Madrid, ó irse á otro punto, hallaba fácil remedio para su dolencia.

Entreabrió las maderas del balcón y miró á la calle; sería ya más de media noche; Toledo dormía, las calles estaban desiertas, exceptuando algunas felices parejas de enamorados hablando á través de las rejas, comunicando á los fríos hierros los ardores de la carne encelada. Fernanda decidió acostarse, llamó á su doncella y la dijo:

—Desde hoy vamos á hacer vida ejemplar, Cayetana, á las once á la cama y á las siete á levantarse.

—La señora no podrá acostumbrarse aunque quiera, antes de ocho días regresaremos á Madrid, estoy bien segura.

—No, por Dios, hay que tener fuerza de voluntad, antes me encierro en un convento ó me quedo un mes en la cama. Prepárate á larga temporada de vida animal, cuando vuelvas á Madrid habrás duplicado tu peso.

—Aun así, no será grande el mío, pero la señora se va á estropear si engruesa.

—Haré gimnasia, montaré á caballo, y si no es suficiente, tiraré al sable con don Domingo ¡qué horror ponerme como la de Casa verde, la que llaman Casa Manteca, ó como la generala Mortadela! Por algo tengo voluntad, en diez años no varío.

Al mismo tiempo que hablaba, iba Fernanda desnudándose con ayuda de Cayetana.

Vestía Fernanda un traje sencillísimo de paño color pizarra; pero luego que se lo hubo quitado, apareció el lujo de la gran dama, las holandas guarnecidas de ricos encajes, los bordados primorosos, la serie de esos nadas que constituyen el todo de una mujer verdaderamente distinguida.

Era alta, acaso con algún exceso y la armazón del cuerpo ancha y fuerte, pero de admirables proporciones; el talle no recordaba el de las avispas, ni podía abarcarse con la mano, pero era el que debía ser para unir las anchas caderas, con el correspondiente busto, y el corsé, pequeño, de color cereza, se comprendía que era más un adorno y un punto de descanso del seno, que no un molde ni una armadura para fingir esbelteces que no se poseen y anchuras de que se carece. Los pantalones parecían turcos por lo amplios,

alternando entredoses primorosos con tiras de finísima batista que venían á recogerse bajo la rodilla, y que con la adición de unos encajes, llegaban casi á cubrir la mitad de las medias de seda del mismo color del corsé, y para que todo resultase del mismo matiz, las botas de piel de Rusia, eran también de color cereza.

Pero estos edificios obra en colaboración, de Dios y del diablo, no se coronan nunca de una manera ridícula ó mezquina. La cabeza de Fernanda era hermosa y extraña al mismo tiempo, y sostenida por una garganta incomparable, digna de ser cantada por Salomón, que fué seguramente buen crítico de arte, pues comparó mucho. La coloración del rostro de Fernanda era un tanto viva, la nariz ligeramente aguileña, la boca grande, pero de perfecto dibujo, los ojos de un castaño claro, con reflejos dorados, pasando en su expresión rápidamente de la bondad á la ira, y sobre la frente, más espaciosa de lo que deseara un escultor griego, un apretado haz de cabellos que parecían circundar su rostro con aureola de llamas rojas y doradas, afectando la forma de bucles y sedosos rizos.

Fernanda era una de esas mujeres que no se olvidan una vez vistas y que no se confunden tampoco en el recuerdo con la imagen de otras; á las que no se atreve á mirar frente á frente el pollo

imberbe y presumido, á quien no dirigen jamás requiebros los tenorios de encrucijada, pero de las que á su paso interrumpen las conversaciones y hacen que todos los hombres exclamen sin poder remediarlo: ¡Valiente mujer!

Aún era más valiente de lo que parecía; el traje femenino, las telas suaves envolviendo formas curvas, los modales del sexo, dulcificaban necesariamente, al menos en apariencia, la verdadera fiereza que constituía el fondo del carácter de Fernanda. Colérica y arrebatada cuando niña, dominó más tarde como de mal gusto las explosiones de soberbia, pero en cambio todo hubo de plegarse á su alrededor, no á sus justos deseos, si que también á sus caprichos, aún los más extravagantes. Dominó primero á sus padres, después á su marido, á los amantes, á cuantos se la aproximaban y caían bajo su esfera posible de acción. Dotada de inteligencia superior, de hermosura espléndida, de fortuna colosal, estaba siempre disgustada; no era el *spleen* inglés ni nada parecido, no era esa indiferencia de todo, ese desdén de cosas y de personas, de sufrimientos y de placeres, no, era un secreto impulso de llegar á la última conclusión en todo, de conocerlo y poseerlo todo, y sin darse ella cuenta de la causa de sus imposibles aspiraciones, en sueños con frecuencia tomaban forma sus indecisos anhelos y se imagi-

naba ser un hombre á quien todos obedecían, ganaba batallas, presidía congresos, llevaba la voz de su país en solemnes embajadas, tenía amores con las más hermosas mujeres... y cuando al despertarse recordaba lo soñado, una ira infantil la ponía frenética, fuera de tino, se mesaba los cabellos, se retorcía, estrujábase las carnes con sus propias manos y en su furor llegó alguna vez hasta dejar manchado en sangre el albo seno.

Tenía derecho á creer en sí misma, á confiar en el propio valer, pero se engrandecía fuera de proporción comparándose con las gentes que la rodeaban usualmente. Miraba en su esposo un dechado de mansedumbre, perpetuo distraído en los asuntos conyugales, repasaba en su memoria la numerosa lista de sus amigos y adoradores; todo era blandura por doquiera y se la antojaba ser ella únicamente de acero. El orgullo de clase la llevaba á creerse de calidad superior á las otras clases, así es que siendo en el trato agradable para todos, en el fondo no podía menos de experimentar desdén por las gentes de inferior condición.

Si á ella le hubiese sido lícito coger entre sus manos á su último amante el Conde de Valdeoli, escupirlo, darlo de puñadas, y morderlo y pisotearlo. ¡Oh, qué gran satisfacción se hubiera proporcionado! ¡Qué dulce debe ser la venganza!

¡Qué cauce abierto para el rencor que se desborda en el pecho!

Como es consiguiente, al género de vida más que galante que llevaba Fernanda, no la faltaron disgustos, contratiempos, y hasta humillaciones, aunque ninguna tan notoria ni del género de la que la movió á ausentarse de Madrid, no sólo por temor al ridículo, sino además por el de no poderse refrenar, en cuyo caso podía cometer algún disparate mayúsculo.

Muchas veces, por causa de tales sinsabores, decidió *à priori* pasarse sin amante; su amor propio la decía que en estas situaciones equívocas, nunca podría conservar el prestigio personal y el respeto de todos á no cubrir sus faltas con el pararrayo de una corona de reina absoluta; la corrección de costumbres daba principio algunas semanas, hasta algunos meses; la fuerza de voluntad la sostenía en sus propósitos, pero no sólo de voluntad se componía Fernanda y en su dualismo más ó menos armónico, las fuerzas morales no llevaban la mejor parte, una irresistible tendencia á dejarse vencer la dominaba, y los buenos propósitos se desvanecían merced al influjo de cualquier simpático varón en desdichado cuarto de hora.

Serían las nueve de la mañana cuando Fernanda se decidió á abandonar el lecho. Cumplía su propósito *de madrugar,* pero sirvieron de gran

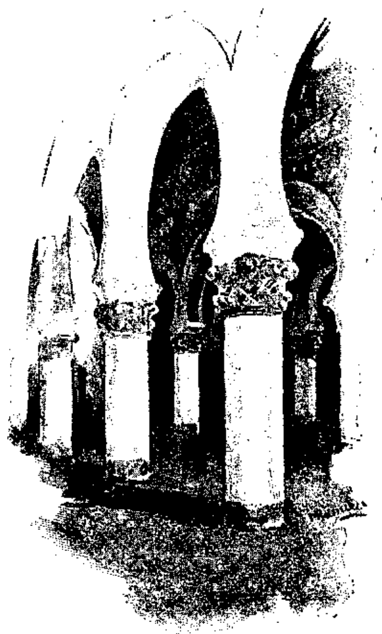
ayuda para conseguirlo los rayos del sol que por las grietas de las maderas del balcón penetraron libremente hasta el mismo lecho, tejiendo los hilos luminosos con el oro de sus pestañas, hasta que consiguieron entreabrir los ojos y despertarla.

Llamó á su doncella y vistióse con presteza, y aunque no pudo reprimir un mohín de enojo cuando la dijeron que aún no tenía medio de bañarse, según su diaria costumbre, pronto se trocó su enfado en regocijo, una vez que pudo asomarse al balcón de su aposento.

Por escepción que disfrutaba aquella casa con otras pocas de Toledo, en vez de encontrarse situada entre callejones estrechos, y por tanto lúgubres y obscuros, tenía hermosas vistas, tan hermosas, que sólo por hallarse tan á la mano de los madrileños, y ser éstos tan poco sensibles á los encantos naturales, pueden aquellos parajes no ser objeto preferente de excursiones. En primer término, se extendía una anchurosa plaza, sita algunos metros más baja que el caserón de Fernanda, sin otro adorno que algunas filas de acacias ya cubiertas con el verdor de los primeros brotes primaverales. Algunas casuchas la cercaban por la derecha, pero tan bajas, que no impedían extender la vista á lo lejos, desde los balcones del palacio; en un segundo término, en la misma dirección, un gran cercado guardaba las ruinas de an-

tiguo palacio, muros negruzcos, arcos de piedra, pilares rotos, todo envuelto entre zarzas y maleza.

Más allá de las ruinas y más enfrente del balcón en que se hallaba Fernanda, se encuentra un edificio rectangular de sencilla traza, pero adornado de ventanas moriscas, cerradas por caprichosas celosías. Es la sinagoga que erigió Samuel Levy, el tesorero de Don Pedro *el Cruel*; á su alrededor se halla el barrio de la Judería y luego se divisa Santa María la Blanca, que fué mezquita, y en el fondo, por entre las agujas y crestería de San Juan de los Reyes, uno de los mejores modelos que existen del arte ojival, la vista encuentra término y reposo en la frondosa vega del Tajo.



Si los recuerdos de la historia patria se escalo-

naban por este lado, á la izquierda otras bellezas de distinto orden fascinaban la vista arrobando la imaginación. La plaza linda con los despeñaderos que terminan en el profundo cauce del río, y de la parte opuesta, que es la que puede contemplarse, se ven inmensas moles de granito formando á modo ciclópea muralla en ruinas, y en la parte superior toda una guirnalda de huertos á que llaman cigarrales los toledanos, cada uno con su blanca casita de recreo entre almendros y albaricoqueros, sin que falte de trecho en trecho algún ciprés ó algunas encinas y olivas dando seriedad á los tonos con sus verdes grises y obscuros, haciendo en la gama de los colores el efecto que las notas graves en la musical armonía.

Algunas blancas nubes sueltas, redondeadas, con un brillo de nácar, flotaban en el cielo de un color igual, limpio, intenso y Fernanda como era consiguiente, al ver el cuadro que se la presentó ante la vista, sintió vivísimos deseos de salir cuanto antes á la calle para contemplar de cerca los maravillosos monumentos de la ciudad y divisar nuevos horizontes desde los distintos puntos de vista.

II

Ya aguardaba el Capellán desde hacía más de una hora, y desde luego emprendieron la marcha. Dieron la vuelta á la manzana para internarse en la ciudad, y ya en la primera calle, que á pesar de ser de las más anchas de Toledo, aún así es muy estrecha, se detuvo Fernanda para fijar su mirada en la torre de la iglesia de Santo Tomé, una verdadera maravilla del arte mudéjar, que no tenía nada de particular según D. Domingo, como tampoco la iglesia, en la cual está el mejor cuadro que hay en Toledo, y para los fervorosos del Greco acaso en España. Fernanda formó desde luego mal concepto del gusto artístico de su acompañante por lo de la torre; sin embargo, no se tomó el trabajo de contradecirle y siguieron adelante; á los pocos momentos pasaron por otra iglesia, que se llama el Salvador; un poco más allá por otra muzárabe que está bajo la advocación de San Marcos, en seguida por el convento de Dominicas de Jesús y María, y descendiendo una cuesta y desembocando en otra, se encontraron en menos de diez minutos entre el Palacio Arzobispal y la Catedral que se unen por un puente cubierto; conjunto que resulta imponente, majestuoso y sen-

cillo al mismo tiempo. Al final, más abajo de la cuesta, se levanta la torre de la Catedral, cuadrada, negruzca, enorme en su arranque, ya más gallarda en el cuerpo superior, formando un tem-



plete ojival en que se encierra la gran campana, y remata la obra esbelta aguja de pizarra ceñida por triple corona.

Penetraron en el claustro de la Catedral por la estrecha puerta de arco apuntado llamada vulgarmente del Mollete, y por la de la Presenta-

ción, que es la más inmediata, descendieron á la Catedral.

El tránsito de la luz brillante de la calle á las misteriosas penumbras de las naves, del ruido y la animación á la soledad y recogimiento, impresionan de tal suerte, sobrecogen el ánimo de tal forma que todos, gentes fanáticas ó incrédulas, rudas ó de cultivada inteligencia, al penetrar por vez primera en aquel recinto se sienten emocionados, cierta unción religiosa les penetra, y menester era como le sucedía á D. Domingo que la fuerza de la costumbre, le hubiera encallecido el sentimiento para que ni siquiera suspendiese la conversación al penetrar con Fernanda en la Iglesia primada de las Españas.

El mejor obsequio, la mayor atención que se puede tener con la persona á quien se acompaña, es dejarla como olvidada, sin dirigirla la palabra, ni aún para indicarla un itinerario más ó menos conveniente; por ese afán de juzgar la situación de los demás por la nuestra, D. Domingo no quiso perder minuto; recogido el manteo con una mano y manejando con la otra la enorme teja, pues él no había entrado en la moda curra del clero, empezó dirigiéndose por la izquierda, á dar las que él creía oportunas explicaciones de lo más notable.

—Estas primeras capillas, nada tienen que merezca fijar la atención; aquí enfrente sí, en

este altarcito pegado al pilar, que por su forma imita la torre. Toque usted aquí; en este pedazo de mármol puso los pies la Virgen cuando bajó á colocar la casulla á San Ildefonso. Note usted qué hoyos se han hecho con el desgaste producido por manos piadosas.

Fernanda se hizo la distraída, y por instinto, metió las manos en su manguito de marta. Era católica ó creía serlo; pero pudo más lo de pulcra y no era todo pulcritud lo que allí dejaba la piedad. Siguieron adelante.

—Capilla bautismal, de Nuestra Señora de la Piedad; puerta de Santa Catalina, buena por fuera y mejor por dentro, y adelante; por estos escalones á la de San Pedro, esto es más que capilla y más que Iglesia, nada menos que parroquia con todos sus derechos — decía D. Domingo y Fernanda miraba al azar sin enterarse.— Puerta del reloj. Ahora sí que viene lo bueno, no mire usted á la derecha, que eso ya lo vere mos después. Hemos llegado á la capilla de la Virgen del Sagrario, que el cardenal Lorenzana mandó erigir, esto sí que es lujo, todo mármoles de colores. Entre usted; después de esta antesala está la verdadera capilla, las verjas tienen chapas de plata. ¡Eh, qué tal! y todo mármol, y detrás hay otra habitación, también de marmol que llamamos ochavo, porque es de forma ochavada

y sirve de camarín á la Virgen, y está destinada á guardar las alhajas. Hoy la Virgen no vale nada, digo el traje, está así como cuando ustedes van de trapillo; pero en el momento que llega la ocasión se la pone el manto de perlas, ¡no hay otra Virgen que la iguale!, tiene una pectoral en que parecen bellotas, por el tamaño, quiero decir. Otro día veremos el manto, porque hay que reunir cinco llaves y cada una está en poder de persona distinta. Ya ve usted, desde el robo hay que guardar precauciones.

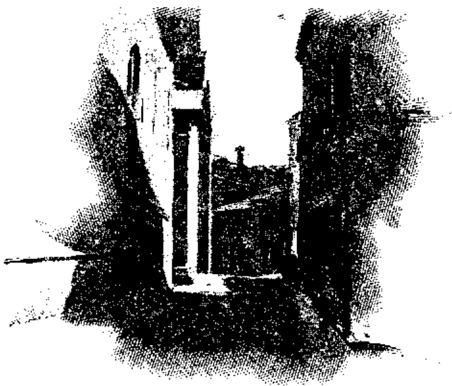
Entraron luego en la Sacristía mayor, y allí estuvo á punto Fernanda de padecer una tortícolis por mirar el techo de Lucas Jordán. Después siguieron con las capillas hasta llegar al delirio de Churriguera llamado el Transparente, en que don Domingo se subió al trípode de la más supina oratoria. El problema científico resuelto de abrir aquel lucernario en la bóveda, la filosofía en el ordenamiento de los asuntos y aquella riqueza infinita de mármoles de Italia y de bronces dorados, trescientas ó más cabezas que allí se asoman entre laberintos de columnas, hornacinas, ménsulas y doseles de inverosímil traza. Pero Fernanda no oía ya más, se fijaba en la mesa con Nuestro Señor Jesucristo y todos los Apóstoles, colocada á la altura de un segundo piso, como quien pone la mesa junto al balcón; en un ángel, que de más alto viene volan-

do cabeza abajo, cuyos pies amenazan derribar los manjares y vajilla; en las columnas á trechos desolladas como si fuesen rollos de papel y con especie de extraños tumores esculpidos en forma de querubines mofletudos. Quería creer que aquello era la última palabra del arte como la aseguraba D. Domingo y después de procurar enterarse del conjunto, sin conseguirlo, y de querer subdividir la atención entre tantos asuntos, sin lograrlo, pues todo se compenetraba, se convenció de que aquel altar debía ser la superior maravilla del arte, pues no lo entendía. Los ojos de Fernanda empezaban á fatigarse, sentía zumbar los oídos y la dolía la cabeza y el cuello de mirar hacia lo alto, y los pies de tanta parada, y sólo sentía deseos vivísimos de acabar pronto y salir de aquel tormento; pero todavía precisaba ver más, andar más, seguir de D. Domingo en pos, que radiante, inspirado, continuaba su charla con acompañamiento de batuta ó abanico en forma de sombrero de teja.

A pesar de la obesidad de D. Domingo, se subió por una escalerita, y metiendo los dedos por una rejilla hizo sonar allí algo como unas castañuelas viejas, asegurando muy formal que aquellos sonidos los producían algunos fragmentos que allí se guardaban de la calabaza de Santiago.

En otro pilar se detuvo ante un pedazo de már-

mol allí incrustado de un decímetro cuadrado. Alrededor se extendía considerablemente un círculo de grasa secular infiltrado en los poros de la piedra, y Fernanda llegó á creer en vista de estas manifestaciones de la piedad de nuestros mayores, ¡si sería menester considerar pecaminoso el jabón!



Casi á la carrera pasó Fernanda delante del San Cristóbal, alto de 10 metros, que los niños no pueden mirar sin agarrarse á las faldas de la madre, y tuvo uno de los momentos más felices de su vida cuando se encontró en la calle, adonde salió por la Puerta Plana.

Cómo se había aburrido en la contemplación de tantas grandezas y sublimidades.



Ni aún se fijó Fernanda en la fachada del Ayuntamiento, que no deja de tener su carácter con las dos torres finamente rematadas y el terradillo con sus balaustres de granito que los años impíos modelan de nuevo, borrando aristas y abriendo grietas, ni tampoco en la fachada de la Catedral que, con ser la principal, no parece sino un accesorio de la torre. A pesar de las instancias de D. Domingo no quiso la señora ver más, sino dirigirse á su casa para almorzar tranquilamente delante de aquel anchuroso balcón, desde donde se descubren tan hermosos horizontes.

En el tren de Madrid habían llegado el tapicero y un empleado de la casa y, mientras servían el almuerzo, Fernanda les explicó sus ideas de reforma en cuatro palabras, encargándoles, sobre todo, la mayor brevedad, y ellos, cumpliendo sus órdenes, se pusieron en el acto á tomar medidas de las habitaciones ayudados por un viejo que en la casa de Toledo, después de haber sido guarda, hacía el oficio de conserje para descansar de los servicios prestados á tres generaciones de condes.

Fernanda, al mismo tiempo que hablaba de un asunto, tenía el don de seguir, aunque con interrupciones, un monólogo aparte acerca de otro, con cuyo privilegiado atributo de la mente casi de continuo los dos salían medianamente moldeados de su entendimiento, como se advierten fácilmente

en todas las personas, que no son pocas, que poseen esta facultad.

Fernanda hablaba con el tapicero y al mismo tiempo decía para sus adentros: ¿Pero en qué pensarán esos imbéciles de pintores y literatos que me decían que en la Catedral se encuentran tantas maravillas? Si yo no he visto nada que merezca la pena de molestarse en hacer el viaje desde Madrid, cuanto más desde Rusia ó Inglaterra como vienen muchos con este solo objeto.

No se resignaba á reconocerse idiota, ni quería tampoco declarar necios á todos los que tantas ponderaciones la habían hecho. Al fin vino á caer en la cuenta de que en la Catedral no había visto sino lo que D. Domingo quería que viese, con el método que á éste se le antojó y con su explicación y comentarios por todo ingrediente para aderezar aquella ensalada artística.

Cómo había de entender Fernanda la Catedral en el lenguaje de D. Domingo, ni verla á través de la bruma de sus impertinencias. Sólo á fuerza de paciencia podía enterarse de algo, ir descubriéndolo con ayuda de un libro; pero es tan largo y enojoso el sistema que, antes de apelar á él, resolvió tomar nuevo cicerone. Delicadamente manifestó á D. Domingo que no quería molestarle en continuas caminatas que Fernanda exageró por manera increible; pidióle sólo un acompa-

ñante y mejor si se dedicaba á esas cosas de antigüedades. D. Domingo tenía un pariente que pasaba por gran entendedor en asuntos artísticos, por casualidad con algún fundamento, y prometió gran cicerone con piernas de cazador para no fatigarse y lo bastante distinguido para que Fernanda pudiera tolerarle á su lado sin mengua alguna.

III

Presentóse D. Domingo muy ufano á eso de las tres de la tarde en compañía de su sobrino en las habitaciones de la señora.

Era el tal sobrino como de veinticuatro años de edad, de mediana estatura, recio, fuerte y derecho como un huso, moreno, el pelo cortado al rape y la barba poco poblada, negra, corta y rizosa; la boca, que apenas sombreaba el bigote, de labios rojos y algo gruesos; los ojos un poco hundidos, negros con larguísimas pestañas, y como tenía costumbre de fruncir el entrecejo, quedaban circundados de sombras, en cuyo centro flameaban las pupilas como brillantes engastados en anillos de hierro.

Vestía cazadora de pana color café, pantalón de color gris, botas recias de ancha suela, y en la ma-

no daba vueltas á un sombrero de fieltro blando, del mismo color de la cazadora.

—Le presento á usted á mi sobrino César Pantoja y Benalis, dijo D. Domingo, farmacéutico distinguido y aficionado á todo género de anti-



guallas. Le dije que viniera en seguida á ponerse á las órdenes de la señora Condesa, y no ha tenido tiempo de ponerse la levita.

—Dispense usted tío y dispense usted señora Condesa, no teniendo sino una levita antidiluviana, con la que me pondría en ridículo, he preferido venir así; usted comprende que aquí en Toledo no nos ponemos ciertas prendas casi nunca. Ade-

más, la mentira vive poco, si he de acompañar á usted más de una vez en cada día era necesario inventar nuevo pretexto á falta de levita nueva.

—Ha hecho muy bien, dijo Fernanda riéndose, y demuestra buen sentido con lo hecho, viene usted en traje de caza, pues iremos á caza de emociones artísticas.

César, que había traspuesto el umbral de aquella casa con verdadera contrariedad y con temor de ponerse en evidencia á cada instante, pasado el primer minuto de cortedad, luego hasta afectaba un descaro que realmente no tenía; pero á pesar del fingido descaro no había levantado los ojos hasta entonces por parecerle de mal tono fijarse con exceso.

Cuando los levantó nuevamente se sintió sobrecogido, no era la gran señora, era la real moza, la hermosa mujer la que se imponía.

D. Domingo, en un aparte con Fernanda, la manifestó que César era un tanto extravagante y que le dispensase las faltas propias de su insociabilidad; mas Fernanda había formado su particular opinión de César, y le encontraba perfectamente, demasiado bien para un boticario, y como D. Domingo la mareaba, le despidió en seguida con un pretexto para poder convenir un plan adecuado para enterarse de las bellezas artísticas de Toledo.

Lo primero que se le ocurrió á la Condesa fué preguntar á César cuántos días se tardaría en conocer bien Toledo.

—Un día ó toda la vida, según lo que usted tarde en enterarse y lo que desee saber.

—Lo bastante para entretenerme y formar una idea.

—Pues bien, por eso respondo con tanta vaguedad, depende de lo que usted proponga. Si sólo quiere usted poder dar razón á los que la pregunten, de que ha pasado por delante de este edificio, y reconocido las naves de tal iglesia, y visto un monigote de talla, etc., etc., con media docena de días y un poco de memoria y de buena voluntad lo consigue; la rellenaré la imaginación de torres de paño pardo, de ajimeces con sus columnitas, arcos torales, apuntados y de herradura, y todo esto se adorna como una casa cursi sin orden ni concierto, con alicatados de traza morisca y cuadros negruzcos, estatuas, hierros forjados, azulejos de brillantes colores, y ya se supo usted Toledo.

Hablando en plata, si usted viaja como la generalidad y ve las obras de arte para demostrar á los demás en la ocasión oportuna lo que ha visto, basta con unos días, y si lo hace porque en determinados momentos, cuando unos pedruscos desmoronándose de una muralla la recuerdan una

serie de hechos ó de ideas, experimenta agradable emoción, y cuando un conjunto de líneas armónicamente dispuestas por el pincel ó el buril, goza usted mucho con un placer que á falta de la intensidad de otros deleites tiene la ventaja de la duración, casi de la perpetuidad, pues el recuerdo llega á grabarse finamente en la memoria, acaso mejorado, como un agua fuerte que se extrae á veces de una vulgar fotografía, entonces, es necesario mucho tiempo. Un estudio serio de las bellezas artísticas de Toledo, puede ocupar la vida entera.

—¿Y usted se ocupa de arte, es pintor?

—No, señora—dijo César—yo nací farmacéutico ó boticario.

Fernanda se puso á reir á carcajadas.

—Yo comprendía nacer duque; pero no boticario.

—Ahí fica ó punto, dijo César, nuestro feudo, se compone de un rectángulo de cuatro varas de lado, con doscientos botes rameados de azul, y es nuestro blasón de familia un mortero y dos espátulas en campo de adormideras.

—¿Y está usted casado?

—No he padecido todavía de esa enfermedad, y aunque sin merecerlo, soy del todo soltero, vivo con mi madre y en cuanto traspaso el umbral de la casa, caigo de nuevo en la infancia.

—No le faltarán otros entretenimientos de puertas afuera; á su edad de usted es lo más natural.

—Yo en eso tengo también mi modo de ser especial. Hay un blasón no sé de qué casa, que tiene un lema, y dice: *rey no puedo, príncipe no quiero*; *soy quien soy;* pues bien, yo digo, ó realizar el sueño ó seguir soñando. Aparte de que, siendo solos mi madre y yo, cabe difícilmente otra mujer en nuestro hogar.

—Yo apenas la traté á la mía, dijo Fernanda, cuando hacía poco tiempo que estaba en casa, de vuelta del convento, la perdí.

—¿Quiso usted ser monja?

—No, jamás sentí tal vocación, me refiero al colegio francés donde me educaron; estuve allí desde los ocho años á los catorce, sólo salía un mes de licencia los veranos, y cuando ya regresé á casa definitivamente, mi madre me infundía más temor y respeto que cariño. Luego estaba tan ocupada siempre con las exigencias de su posición que con Miss Emily tenía que ir á paseo, á misa, hasta á las visitas. Decían que para aprender bien el inglés convenía esta indisoluble unión de maestra y discípula.

Y luego era una Miss, nunca la podré olvidar... tiesa como un palo de escoba, seca como un pergamino, monotona como la péndola de un reloj ¡qué rabia la tenía!

—Pero antes de ir á la pensión ó al colegio ese que decía usted, en los ocho primeros años de su vida, entonces sería diferente.

—Ah, entonces, entonces era mucho peor, tenía una institutriz francesa Mad. Herodes, como yo la llamaba. Era viuda de un capitán, según ella, yo creo que de un sargento por el tipo tan basto, que tenía. De aquella época recuerdo que mi pobre padre, un bendito, venía muchas veces á verme acostar ¡cómo se lo agradecía! Tenía unos bigotazos del color de azafrán que tienen mis cabellos, y siempre que me besaba me hacía unas cosquillas insufribles. Luego apagaba la luz para que me durmiera, y se quedaba un rato cerca, porque era muy miedosa, hasta que yo me dormía. De mujer, ya muy mujer, he sospechado: ¡Ah! el conde en este capítulo, según la crónica, era terrible; pero me parece así como si me sonara en los oídos el rumor de otros besos.

—Pero eso sería horrible, exclamó César.

—Doblemos la hoja y hablemos del arte y sus maravillas, dijo Fernanda, comprendiendo que se iba allanando demasiado para una primera entrevista.

No era la confidencia, insignificante desde su punto de vista de juzgar las cosas, era el que sin quererlo, como César no subía al estilo amanerado y convencional de la etiqueta, tenía ella que

arreglarse al diapasón entre vulgar y romántico, que César, viviendo fuera de la sociedad elevada, tenía para su particular uso.

Como César tenía imaginación y además conocía bastante bien la historia del arte, aprendida no sólo en las letras de molde, que enseñan mucho menos de lo que generalmente se cree, sino por la observación propia, tuvo materia suficiente para hablar por largo tiempo acerca de estos asuntos, manteniendo el interés de Fernanda con algo que no era sólo ruido de palabras, sino abundosa cosecha de ideas, extravagantes á veces, y con frecuencia originales, como nacidas fuera del comercio intelectual corriente.

Pasaron las horas sin sentirlo oyendo Fernanda hablar á César del partido que los alarifes toledanos sacaban del tosco ladrillo, con el cual construían la generalidad de sus fábricas, y cómo con la argamasa y los aliceres tenían los elementos necesarios para la decoración de sus viviendas; qué hermosas combinaciones encontraban los artistas de las figuras geométricas más sencillas, el triángulo, el cuadrado ó los polígonos, ó tomando inspiración de otros pueblos más arios probablemente, mezclando ramajes y turquesas y flores inverosímiles con cenefas de caprichosos letreros que formaban con el fondo delicioso conjunto, pero conservando cuidadosamente la unidad del trazado,

como si quisieran recordar amorosamente al Dios único, ante cuya grandeza nada hay comparable.



Oyendo Fernanda hablar luego del arte cristiano, tomando siempre como elemento principal de sus composiciones la figura humana, sustitu-

yendo los elementos del arte pagano por algo más íntimo, más familiar. Júpiter siempre el mismo, con su expresión indiferente, impasible, hasta desdeñosa, por Cristo, siempre distinto y siempre enlazado á nuestros dolores por el suyo, y todo aquel ejército, todas aquellas muchedumbres de santos y santas, que somos nosotros, los que de los nuestros han dejado de sufrir para convertirse en bienaventurados. Y luego la penumbra misteriosa de los templos, que recuerdan los orígenes del Cristianismo; los antros disputados á las fieras en los montes de la Tebaida; las canteras ó catacumbas convertidas en verdaderas ciudades subterráneas, tumbas anticipadas de los perseguidos por la Roma imperial, asilos de los réprobos del mundo que eran los elegidos de Dios.

La representación constante y por doquiera, en todos los altares, en todos los cuadros y bajo-relieves de martirios espantosos y sufrimientos horribles, pero con la enseñanza siempre de que para todos los males hay un supremo consuelo con la esperanza de otra vida mejor; haciendo ver que el Cristianismo nació en días de desesperación, en que no era posible poner la esperanza en cosa alguna del mundo; que el Cristo vino á sufrir con los que sufren, á llorar con los que lloran, á esperar con los que esperan; que el Cristo vino en busca de los pobres, de los humildes, de los

desheredados, de los tristes; para libertar las razas que gemían bajo el poder despótico de una nación cruel, escéptica, ávida de goces y sólo atenta á procurarse la supremacía sobre todos los débiles del mundo. Religión cuya metafísica podía comprenderse ó no; pero que era la única palabra dulce que llegaba á los oídos de los que gemían en los calabozos, de los que, arrancados por la leva á su hogar y su familia, eran llevados á formar parte de las cohortes romanas, á combatir y perecer en ignotos países; de los que, empobrecidos por el fisco avaro, perseguidos por las rapiñas de los prefectos, huían á los bosques, y en las sombrías grutas se comunicaban la buena nueva de que hay algo más que esta vida terrena, algo á que todos podemos aspirar, pues rescató nuestros pecados el hijo de Dios muriendo en la Cruz, y hasta en el camino del patíbulo siempre había algún piadoso que confortaba á sus compañeros de infortunio hablándoles con fé de otra vida infinitamente mejor que la terrena, que se alcanza conservando la limpieza de los corazones.

Oyendo Fernanda hablar luego del Renacimiento á César, que la decía ser una verdadera decadencia en el arte, algo siempre afectado, teatral, falso en su esencia, hijo de una edad que, por ecléctica y corrompida, hasta renegaba de sus inmediatos progenitores, llegando en lo ridículo

hasta transformar los santos en magnates, las santas en princesas, la gloria en corte y el cielo en perpetua fiesta de músicas y danzantes.

Pero en aquella época se salvaba, al menos en la ley y en la vida, el hogar, la familia, la propiedad vincular en manos legas, que supone mucho más de lo que creyeron destruir los que en nuestra época acabaron con las vinculaciones; supone la dignificación de la familia, la permanencia indefinida del hogar propio, la fortaleza de la armazón social, lo único que puede evitar que las naciones sean multitudes de Sancho Panzas.

Comparándolo con la familia moderna, que no conoce el sitio donde se creó, ni el terreno donde se depositan los restos de los suyos, ni tiene idea de lo que ellos amaron y prefirieron, que vive al día en las ciudades modernas en casas hechas por docenas ó centenares, todas del mismo tipo, semejando las manzanas de casas á modo de grandes hospicios, y todos los que viven, asilados, sobre todo los hombres; todo hecho al por mayor, todo igual, todo estúpido y monotono, sintiendo todos lo mismo, adornando las paredes con los mismos cromos, leyendo los mismos periódicos, que traen las mismas noticias, igualmente redactados y con semejantes comentarios.

Fernanda, al oir estas consideraciones, no pudo menos de decirle:

—Ya había comprendido que era usted buen católico; ahora veo que también es usted carlista.

—Es posible que lo sea, como Mr. Jourdain hablaba en prosa sin saberlo; pero no creo posible la resurrección del pasado; las aguas no corren dos veces por el mismo cauce, y acaso en los sueños del anarquismo y del nihilismo, al parecer tan odiosos, están los gérmenes redentores; no hablo de los procedimientos, que son, evidentemente, criminales y repulsivos. Que le hubiesen preguntado á un romano del siglo I qué pensaba del Cristianismo y de la renovación posible del mundo al derruirse el Imperio. Sentían todos los espíritus elevados después de Augusto que la gran obra se cuarteaba, que para Roma comenzaba el ocaso, que el paganismo no era suficiente para satisfacer ni las inteligencias ni los corazones; pero á nadie, á nadie, se le podía ocurrir que aquella obra de propaganda que se hacía al oído, en las sombras, por gentes tan insignificantes y aun odiosas como los judíos, había de llegar un día á imperar de tal suerte en la conciencia humana que, andando el tiempo, le bastara al Pontífice de aquella religión excomulgar al Emperador para que éste fuese abandonado por todos y tuviera que aguardar, con los pies descalzos sobre la nieve, vestido de sayal y descubierta la frente, en el patio del cas-

tillo de Canosa, á que el Pontífice se dignase concederle audiencia.

—En política nada me parece absurdo ni excesivo; mas en arte, será inferioridad intelectual la mía; pero soy tradicionalista; para estar á mi gusto retrocedería al siglo XIV. Aquella organización feudal y aristocrática por esencia, aquella división de clases y organización de oficios, fué según creo de lo más favorable para despertar la competencia de las iniciativas. En Italia y Alemania, los príncipes y las ciudades independientes y ricas, qué de maravillas crearon por honrosas competencias.

—Torpe de mí, decía Fernanda, todo artista nace gran señor y príncipe real, aunque tenga que adornar con frases palacios que construyó la fantasía.

Oyendo á César pasó Fernanda aquella tarde entera, y sólo por la llegada del crepúsculo conocieron ambos que había transcurrido tanto tiempo. Entraron los criados con los candelabros encendidos y César se levantó precipitadamente de su asiento, como si no fuera lícito lo que hacía, y ya de pie, comprendió que no era discreto volver á sentarse. De buen grado le hubiera dicho Fernanda que permaneciese más tiempo todavía; pero tampoco ella creyó deber hacerlo, y citándose hasta la mañana siguiente, se separaron como dos buenos amigos de toda la vida.



IV

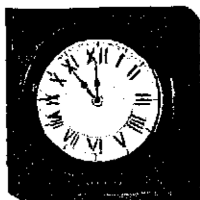
Fernanda quedó largo rato silenciosa. Los faquíes árabes, los santos cristianos, los trovadores, los caballeros de capa y espada, los príncipes y guerreros, desfilaban ceremoniosamente por su mente haciendo zalemas, y enviándola besos amorosos con la punta de los dedos, y ella era la reina de aquella fiesta incoherente; «ese César tiene ángel», pensaba, cuando entró D. Domingo en vista de que no le llamaban y con el sano propósito de que le invitase la señora Duquesa á cenar, como así lo hizo á falta de mejor compañía. Disipáronse como por encanto los ensueños y fantasías que no podían resistir la presencia del orondo capellán sin huir *ipso facto* avergonzados.

César salió á la calle más contento de sí, que un vencedor de torneo al ponerle la dama de sus pensamientos la banda del vencedor; pero recordando lo que había dicho, le pareció que había estado pedante, ridículo, discursero; pensaba que la Condesa se habría reído de él, tolerándole sus necedades por un exceso de buena educación, y llegó á su casa malhumorado, rabiando consigo mismo y con el proyecto de fingirse enfermo al día siguiente para no tener que ir á casa de Fernanda.

Ignoraba que la juventud, cuando no es contrahecha de cuerpo y alma, cuando se manifiesta confiada y aun con sus ribetes de petulancia, pero espontánea, apasionada de todo, de la estrella del firmamento y del pétalo de la rosa, del endiosamiento del místico y de las hazañas del guerrero, de la verdad, del sacrificio, del arte; cuando las palabras son expresión fiel y total de un alma noble que al descubierto se entrega, y cuando salen de bocas que no saben plegarse, abiertos los labios con perpetuo deseo de ofrecerse para la confidencia ó el beso, según las circunstancias, la juventud siempre es y será simpática, todo le será perdonado, y en los oídos de Fernanda no podía menos de quedar vibraciones de aquella voz apasionada, y en su memoria recuerdo agradable de aquella varonil imagen.

A la mañana siguiente, como era de suponer, desde mucho antes de la hora de la cita, se hallaba César vestido y aguardando con impaciencia que el minutero del reloj de su farmacia señalase las nueve menos cuarto, momento en el cual, tomaría la puerta para encaminarse á casa de la Condesa. Afectaba el bueno de César para consigo mismo cierta indiferencia, como si le fuese igual llegar pronto ó tarde; pero antes de las ocho y media ya tenía dadas al mancebo toda clase de instrucciones por si no regresaba en toda la ma-

ñana, ó acaso en todo el día, y también se había despedido de su madre, anunciándola vagamente que era posible que no regresara á comer al medio-día. Durante los últimos quince minutos, miraría lo menos quince veces á la esfera de porcelana, pensando y deseando siempre que levantaba la cabeza que fuese más tarde de lo que en realidad era... Llegó por fin el minutero al IX, y sin apresuramiento salió César de la botica, dió con relativa calma los primeros veinte pasos; pero sin percatarse de ello, las piernas empezaron á moverse deprisa, y á las nueve menos diez habían colocado la erguida figura del joven en el ancho zaguán de la casa solariega de los Baltos. Todavía pareciéndole que llegaba tarde, consultó el reloj de bolsillo. ¡Quién á esa edad, y citado por una mujer de lo más hermoso y de lo más ilustre que existía, hubiere caminado más despacio para acudir á la cita!



Cuando César llegó, le manifestaron que todavía estaba en el lecho la señora Condesa, que luego pasaría á su tocador y que ya le avisarían cuando estuviera visible.

En menos de veinticuatro horas había improvisado el tapicero el tocador de Fernanda, trans-

formando para ello una habitación contigua á la de dormir. Solamente había aprovechado las paredes y todo lo que se veía era nuevo. El techo se formaba con un plegado de tela de seda color crema, formando un nudo ó moño en el centro, del que parecían irradiar los pliegues; del nudo pendía una cadena nikelada de gruesos eslabones que se remataba en un globo grande de cristal esmerilado; con bullones de la misma tela que el techo se formaba una escocia que lo encuadraba, y las paredes estaban cubiertas de una tela del mismo color crema, rameado ligeramente con flores pálidas y hojas de tonos rojizos y dorados. El friso era de metro y medio de alto de lincrusta imitando á la perfección un tejido de cañas de bambú, y el suelo estaba cubierto con un hule inglés cuyo dibujo estaba copiado de algún mosaico antiguo.

Un baño de hierro esmaltado de porcelana, vestido con ancha guarnición de encaje, ocupaba un ángulo de la habitación, y por medio de un alto biombo podía formarse un pequeño recinto, permitiendo de esta suerte á Fernanda, el aislarse aun cuando estuviera en la misma habitación otra persona. El ajuar estaba reducido á un espejo veneciano de forma apaisada inclinado para poderse mirar, una *chaise longue* muy baja y muy grande, dos butacas de rejilla dorada, una estufa

de hierro esmaltado y una mesa vestida de blanco, encima de la cual había un tiesto de azaleas en flor, y unos frascos grandes de cristal tallado.

Dieron las nueve y media y Fernanda no se había levantado, dieron las diez y la señora iba á tomar el baño, dieron las once y continuaba en el cuarto tocador.

Mientras tanto, César y su tío paseaban en la galería tomando el sol y observando al secretario de la mayordomía y al tapicero que daban órdenes á una docena de artesanos madrileños, que con arreglo á no sabían qué plan, estaban transtornando ó transformando toda la casa, unas veces con aprovechamiento de lo existente, otras destruyéndolo ó arrinconándolo en los desvanes. Y como si fuesen pocos los que allí trabajaban, á eso de las once llegaron de Madrid otra media docena de operarios más; se pusieron en seguida sus blusas, y se consagraron á sus respectivas tareas sin hacer más ruido del necesario para sus respectivos fines, sin precipitarse, ni confundirse, ni embrollarse, ni distraerse, como trabajan las hormigas y las abejas.

El secretario llamó á D. Domingo, para encargarle tuviese dispuestos en la estación para el tren de la noche, no sé cuantos carros, para subir los cajones que llegarían, y mientras D. Domingo se

fué á cumplir la orden, César se quedó un momento solo.

Veinte veces en su reconcentrado despecho, había pensado decir á su tío que él no aguardaba más; no tenía nada que hacer, es cierto, hasta puede decirse que con la obra tenía motivo de entretenimiento; pero como él no era dependiente de la casa ni de nadie, no quería aguantar groserías.

Todo esto lo hubiera dicho César; pero no lo dijo, porque sabía que su señor tío, antes de dejarle marchar hubiera armado un escándalo y esto, sobre todo delante de gente, no le parecía de buen gusto; pero así que su tío le dejó en libertad, se escapó escalera abajo y se fué á su casa muy decidido á comer con su madre, y tan decidido estaba, que cambió aquel traje de Nemrod á la moda, por el pantalón grasiento y la cazadora raída que servían la última campaña de mostrador y trastienda al farmacéutico toledano.

Dieron las doce, y la voz cariñosa de su madre le avisó por el ladrón ó ventanillo del techo, que la sopa estaba esperándole, y subió rebosando satisfacción y contento por su noble fuga..., pero á pesar de tanto paseo en las galerías del palacio, y de las dulces instancias maternales, ni aún la sopa podía pasarle por la garganta, los fideos se trocaban en bramantes, los garbanzos eran de boj, la

carne estropajo comprimido y no podía comer aunque se esforzase en procurarlo.

Tuvo que renunciar á su empeño por no devolver la comida que le causaba náuseas, y para ocultar á su madre el motivo verdadero al verla preocuparse por su inapetencia, supuso que su tío le había obsequiado con fuerza de pastas y golosinas, y que por eso le era imposible tener apetito.

Al principio, cuando se ausentó César, supuso D. Domingo que estaría en otra habitación del palacio ó paseando por la plaza delantera, todo menos la verdad, que hubiese sido á sus ojos delito de lesa administración, que era el mayor delito posible para él; pero cuando á las doce avisó la doncella que podían pasar, que daba permiso la señora, y preguntó por César y le dijeron que se había marchado sin decir dónde se dirigía, supuso que su sobrino había perdido el poco juicio que Dios le concediera, y fué tal su coraje contra el joven, que se le hubiera ocurrido hasta desheredarle, en el caso de que alguna vez hubiera pensado dejar su herencia á otros sobrinos que los de su ama. Procuró envolverse bien en su dignidad y en sus manteos, y con la enorme y peluda teja en la mano, entró en la habitación de la Condesa.

La primera pregunta de ésta fué por César, y D. Domingo, con voz trémula de indignación, la dijo:

—Señora, mi sobrino se ha marchado hará media hora sin aguardar á que V. E. tuviese la dignación de comunicarnos sus órdenes. Sin duda, será grave el motivo que le ha impelido á conducirse de tal suerte; pero como ni siquiera tuvo tiempo de manifestármelo, si la señora me da licencia, voy en seguida á su casa para traerle de una oreja ó traerme la oreja entre los dedos, si es que no viene á pedir perdón de sus faltas.

Fernanda estaba acostumbrada á otras adulaciones más finas, y como D. Domingo la fastidiaba, y César la era muy simpático, aunque le contrariaba la impaciencia del mozo, replicó vivamente:

—Sr. Cura, su sobrino de usted ha tomado la determinación que ha creído conveniente. Déjele en paz y no se ocupe más del asunto.

Después pidió el almuerzo, y para castigar en el tío las impaciencias del sobrino, no le invitó á su mesa, dando en cambio orden para que entrasen los que dirigían el arreglo de la casa á dar cuenta del adelanto de la obra mientras la señora Condesa almorzaba, y D. Domingo, comprendiendo que no era él muy deseado, se retiró haciendo el menor ruido posible, como queriendo desvanecerse ante el enojo de la señora, á quien dirigía al marcharse miradas de perro sumiso, que alternaban con otras de perro hambriento dirigi-

das á los manjares que el mozo de comedor iba colocando sobre la mesa.

Tampoco Fernanda almorzó, ó poco menos; tenía el propósito de que César y el capellán la hiciesen compañía, y era una contrariedad el carecer de ellos, es decir, de César, de su palabra apasionada, que todavía la vibraba en los oídos. Oir en cambio á D. Domingo, ¡imposible!; por eso se ocupaba de los pormenores de la nueva instalación y escuchaba á D. Frutos, el tapicero, hablar de pabellones, y recogidos, y agremanes, y peluche y mil diferentes bagatelas, sin prestar la menor atención á lo que decía, oyéndole como quien oye llover, que más gráficamente no puede expresarse la idea de que en vano el ruido llega á los oídos y en vano éstos los comunican por las fibras nerviosas al centro correspondiente; el alma se ha ido en busca de aventuras á volar por lo etéreo ó las batuecas, y cuando regresa ya se estropeó el cliché, que no ha podido fijarse con ayuda de la voluntad en la memoria.

La tarde era de las buenas por excepción en primavera, mucho sol y ningún calor; de esas tardes en que sólo la necesidad puede obligar á pasarlo bajo techado, á no ser que otro sol y más brillante que el del cielo emita sus destellos cerca de nosotros, y aun en ese caso, no por eso deja de comprenderse que mirar de cerca los ojos que

nos quieren y tener el sol encima de las cabezas es la dicha completa.

Era una dé esas tardes en que hay deseos de salir al campo y sentarse sobre la yerba, y mirarse en la linfa pura de los arroyos, y arrancar alguna rama de almendro con flores de pétalos blancos, ténues, apenas sujetos en un punto, y qué en lo más recóndito, junto al pólen, tienen manchitas rojas á modo de corazones diminutos de aquella carne ideal..... pero irse al campo con los criados ó con un capellán, con el alma henchida, necesitando mucha expansión y sin expansión posible; necesitar que los pulmones respiren el aire puro del campo y el alma la luz intensa del cielo, y tener que resignarse con mirar á lo lejos aquellos cigarrales tan poéticos y que surjan de lo hondo melancólicos vapores que empañen toda posible alegría. ¡Ah! no se resignaba Fernanda.

Pidió papel y trazó cuatro garabatos. «Que lo lleven en seguida á D. César, dijo á la doncella, y tú ven á vestirme». Gran tocado de primavera; el traje satén color salmón, con adornos de terciopelo granate, y por si refresca luego la esclavina compañera, sombrero de paja grande, sombrilla de gasa encarnada, guantes, medias, zapatos, todo rojo.—¿Y qué alhajas desea llevar la señora?—Ninguna, ni aún los pendientes; hoy es día de adornarse con amapolas ó sencillamente con hojas de yedra.



Estaba César preparando con sus propias manos un emplasto emoliente, cuando entró en su farmacia uno de los guardas jurados de casa de la Condesa con un sobre diminuto entre sus manos callosas; limpióse César las suyas para cogerlo y rápidamente abrió la carta, quedándose luego estático, arrobado, como pudo quedarse San Ildefonso cuando bajó la Virgen á ponerle la casulla, según cuenta el milagro toledano. La carta era bien sencilla; no decía más que esto:

«Amigo mío: ¿le sirve á V. de compensación á »mi falta el acompañarme esta tarde á dar un »paseo por los cigarrales? ¿Cuánto me hará V. es»perar en castigo? Le está aguardando su afectísi»ma amiga,

FERNANDA.»



Volvió á leerla César, volvió á leerla y no se movía; las letras de aquel papelito, doble que el de un cigarrillo, color hueso, con una coronita en el ángulo, se le grababan con fino buril en la retina, en el cerebro, en lo más recóndito, y no se movía; pero de pronto, como si hubiese saltado un muelle y la máquina se hubiera puesto en desordenado movimiento, César subió de tres saltos la escalera y se vistió, Dios sabe cómo, pues él nunca pudo averiguarlo, y llegó al palacio por los aires, pues tampoco se dió cuenta de que sus pies tocasen en el suelo, y entonces Fernanda no le hizo aguardar; penetró directamente en el tocador, cuya puerta le abrió la doncella de Fernanda invitándole á pasar, y allí aspiraron sus anchos y sanos pulmones juveniles el aroma incomparable que se desprende de la mujer hermosa, de los objetos de su íntimo uso, de las ropas que acaba de dejar y están todavía tibias por el contacto de ella, y tienen en sus ondulaciones y pliegues algo que són recuerdos de lo que envolvieron y modelaron, del agua del baño que la poseyó entera y de una vez..... César no se atrevía á levantar los ojos á mirar á Fernanda cara á cara; sentía el ritmo de su respiración agitada, le causaba rubor mirar; ella le sacó del apuro tendiéndole la mano: «Quedamos amigos, ¿no es cierto?» le dijo Fernanda. «Yo quedo obligado

para siempre», contestó César con verdadera, con profunda sinceridad, hasta con unción religiosa.

Fernanda, César, D. Domingo y Cayetana salieron del caserón, descendieron por una rambla á la plaza del Tránsito, y por entre las bajas casucas de la antigua Judería llegaron á San Juan de los Reyes, verdadera joya de nuestra arquitectura ojival; pero no se detuvieron á contemplar aquellos vetustos muros con ornato de grilletes, ni los descabezados heraldos de piedra, ni levantaron la vista admirando la rota crestería que corona el ábside de la Iglesia, ni les pasó por las mientes detenerse un minuto ante fábrica tan maravillosa.

De buen grado se hubiera detenido el presbítero, no por amor al arte, sino para tomar algún resuello; pero Fernanda y César caminaban á buen paso, atraídos por el deseo de llegar pronto al campo, y no era D. Domingo hombre de tan poco seso que intentase, ni por modo indirecto, contrariar los deseos de la señora.

Siguieron bajando cuestas, pero antes de llegar al puente de San Martín, antes de volver la espalda á la vega, Fernanda fué la que se detuvo para admirar el cuadro magnífico del ancho río que mansamente corría entre filas de chopos, ya revestidos de alegre verdor, hacia la célebre fábri-

ca de las espadas, cuyos muros blanqueaban á lo lejos.

Siguieron adelante; pero como Fernanda no llevaba rumbo determinado, decidieron hacer la visita al cigarral de los jesuítas, que señaló don Domingo por ser de los más próximos, y cuya elección pareció buena á César, por gozarse desde allí espléndido panorama.

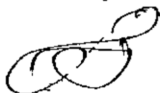
Cruzaron el puente y poco á poco subieron la empinada cuesta que al cigarral conduce, quedándose D. Domingo bastante distanciado con las frecuentes paradas, que necesitaba hacer, llevando desplegado al viento un pañuelo de yerbas con que atendía á limpiarse el sudor. Cayetana, con su discreción habitual, hacía compañía al Sr. Cura, y Fernanda y César iban muy delante; pero sin entablar diálogo alguno, con esa distracción de la mente y los sentidos, que por la semejanza de efectos se puede considerar como un verdadero principio de embriaguez, embriaguez que nos produce la campiña cuando no llevamos otro fin que respirar el ambiente perfumado y ofuscar la vista con la prodigalidad de luces y colores de nuestro cielo y deseamos desprendernos de todo lo mundanal para interesarnos por lo, al parecer, pequeño y humilde; la tela de hilos plateados que tejió la araña campesina sobre el arbusto espinoso, el lagarto que asoma la cabeza en su agu-

jero para gozar del primer rayo cálido del sol, la alondra asustadiza que se eleva verticalmente hasta hacerse invisible en las alturas, la cigarra que anuncia su presencia con el estridente chirrido de sus alas, el arbusto en flor que al menor soplo de un viento, abandona los delicados pétalos de sus primeras flores...



Una puerta con pretensiones arquitectónicas género Vitrubio, daba acceso al cigarral y á primera vista se conocía que no era á la sazón propiedad de órdenes religiosas y mucho menos de la poderosa compañía. En un tiempo pudo serlo y destinarse como se decía, al recreo de padres convalecientes, pero fué aquella propiedad como tantas otras, en la época desamortizadora, á manos legas y yacía en completo abandono; el primoroso carmen sin el solícito cuidado de

5



mano inteligente, iba compenetrándose con la espontánea naturaleza, quedaban de trecho en trecho matas de frondosos rosales, en los parajes abrigados los gerânios de pintadas hojas lanzaban al espacio sus varillas terminadas por ramilletes de corales, y al abrigo de los muros siempre mirando al mediodía, algunas matas de heliotropo avisaban su presencia antes con la fragancia que con la vista de sus florecillas moradas; pero al mismo tiempo y en romántico contraste entre los rosales extendía sus brazos espinosos la silvestre zarza, la pita alternaba con los gerânios en el disfrute de los parajes abrigados y en el muro más abundaba la yedra que el heliotropo; la agreste higuera con toda situación encontraba acomodo y hasta las cañas rústicas tenían la plebeya osadía de crecer en grupos apretados y de levantar sus frágiles cabezas de color ceniciento; los antiguos enarenados senderos, estaban cubiertos de maleza y en los bancos de granito, en diversos parajes situados, á fuerza de quietud, de años y de paciencia, formaron colonias de manchas amarillentas, verdosas y negruzcas, los líquenes y musgos de todas las especies conocidas.

Aunque vestía la sotana de las grandes solemnidades, no pudo D. Domingo resistir la tentación del primer banco, que á no estar calculado por el lapidario desde su labra para considerables moles,

se parte con semejante desplome. No extendió siquiera el pañuelo de hierbas que para tantos usos destinaba, si bien luego que cayó en la cuenta de tal omisión, pensó en el ceño que pondría Sinforosa al enterarse del desaguisado cometido; pero ya el mal no tenía remedio, en media hora, sólo una potente grúa hubiera podido mudarle de aquel sitio; Cayetana, más remilgada, sacudió con un pañuelo el polvo del asiento que compartió con D. Domingo, mientras Fernanda y César después de recorrer todo el cigarral y de desgajar él para ella la florida rama de un arbusto, fueron á sentarse en la hierba en uno de los puntos desde donde se goza la más deliciosa perspectiva.

La primer idea que se le ocurrió á Fernanda, fué la de que siendo aquel paraje tan hermoso, no estuviese más cuidado, lo que seguramente acontecería si la perteneciese. César la sorprendió contradiciéndola:—¿No sería gran lástima—dijo —transformar este sitio, ¿os gusta como es? pues á qué ese afán de transformarlo todo cuando en el caso presente siempre se perdería con la variación? Quitad á este paraje el carácter especial que conserva de ruina de pasadas grandezas, poned caminitos enarenados por doquiera, con sus bancos, de fundición y tabla, pintados de verde, recortad matas, suprimid la vegetación bravía y agreste, haced que desaparezcan de la

alberca las verdinegras madejas que forman las ovas, decidle á un arquitecto que en lo alto construya un *chalet* suizo ó un castillo con torrecillas, y luego llamad á un artista y encargadle que pinte algo, inspirándose en lo que vea, y nada, no tiene asunto, no podrá encontrarlo.

En cambio así como está, alguien entenderá esta poesía, alguien sentirá el cuadro; acaso, aunque esto sea lo accesorio, alguien lo pintará más pronto ó más tarde. Y es que la poesía en su más alto sentido, aun con todos los idealismos posibles tiene sus raíces directamente enclavadas en la tierra, toma su inspiración en lo que crea la naturaleza y aun para las obras esencialmente humanas como la arquitectura, unos siglos de olvido las prestan vida nueva, encanto indefinible que jamás tuvieron por su sola fábrica. Lo nuevo, lo útil, lo apropiado, son como la vida normal de las gentes, cosas estimables, pero no tienen sustancialidad artística.

No era Fernanda amiga de que la contradijeran y mucho menos de que por uno ú otro camino la demostrasen su poca fineza de observación artística, así es que no se dió por vencida de buenas á primeras.

—No pensaba yo en eso de hacer un hotelito con su parque á la inglesa, sino de adaptar las cosas á las necesidades de las personas; pero res-

petando su especial modo de ser, puede hacerse algo que tenga carácter rústico; pero limpio, aseado y confortable.

—Eso me recuerda las creaciones pastoriles de fines del siglo pasado, las chozas de Trianon en que fingían escenas inocentes, zagalas y zagales vestidos de raso, verdaderos estragamientos del gusto artístico. Felizmente estos artificios no prosperan, el buen sentido los rechaza.

Fernanda tuvo un momento en que la dieron antojos de enfadarse con aquel impertinente que con ella tomaba aires de doctorcillo, cuando más graves y sesudos doctores siempre declinaban en obsequio de ella todas las opiniones, miró á César como si fuese un pigmeo, asaz desvergonzado, para ponerse de puntillas y ser visto y á guisa de persona superior diciéndose para sus adentros, vamos á provocarle, en tanto arrancaba pétalos á las flores de la rama de almendro y los iba echando al aire, le dijo á César.

—Explíquese usted; deme una leccioncita ya que no tenemos pendiente asunto de mayor cuantía en qué ocuparnos. Lo natural es lo que debe privar, según la tesis de usted.

César, abstraído en la labor interna de su pensamiento, no se fijó en el tono un tanto irónico de Fernanda, en cuyo caso nada más hubiese dicho, y así continuó:

—Claro esta que le doy la privanza; ¿cómo voy á creer yo, por ejemplo, en escultura, que haya ningún ropaje de los inventados que equivalga á la figura humana desnuda? Reconozco que hay una tendencia á crear dos géneros de belleza: una convencional para el vulgo de las gentes con altos peinados, galas, bullones, hasta miriñaques, muchos colorines y muchas preseas; otra de eterna sencillez, la más difícil de alcanzar y conocer, que no entrega del todo su secreto á nadie, como la esfinge Tebana, y por eso tiene sus eternos adoradores. Los que más estudiaron el natural, los que se dejaron llevar menos de la fantasía, los Ticiano, los Velázquez, son los más cercanos á la cúspide; apartándose de esta tendencia se han llenado lienzos y muros de monigotes retorcidos y dislocados, cubiertos de telas que pesan y no caen, á modo de nubes que flotan y ascienden, escenas de teatro propias para distraer la vista, no para inspirar ningún otro linaje de sentimiento que el de la vanidad. En literatura, Horacio es siempre nuevo, porque siempre procuró responder á la espontaneidad de nuestra naturaleza á dibujar los afectos como son; aquellos hombres y mujeres viven y vivirán porque tienen deseos, pasiones, un cuerpo por el que circula cálida sangre como la savia que ahora sube por ese tronco negruzco y se asoma en forma de verdes yemas... porque con-



cibe y expresa el amor como existe en la naturaleza y no como ese conjunto de ridiculeces y convencionalismos de la escuela moderna que convierten los afectos en puros artificios y en fuerza de querer, los unos idealizarlos, parece propio de figuritas de porcelana, y en fuerza otros de envilecerlo, lo convierten en una verdadera y repulsiva suciedad.

Fernanda iba dejándose ganar por la sinceridad de expresión de César; iba el pigmeo creciendo hasta magnate, ó la duquesa descendiendo, y tomando más y más confianza, pero no pudo menos de añadir:—¿Pero qué sabe usted del mundo, del corazón humano y de las pasiones, sino aquello que por referencias y noticias de periódicos haya podido llegar hasta el rincón de su farmacia?

—¿Pues no he de saberlo? ¿acaso precisa padecer las enfermedades para diagnosticarlas? Esos hombres y esas mujeres que hoy se quieren y mañana se abandonan, que armonizan las exigencias exclusivistas de toda pasión verdadera con la regularidad de todos los actos sociales, que tienen hora fija para enternecerse, que encuentran llano el que todos y cada uno familiaricen con la persona querida. Esos hombres y esas mujeres son como los cantos rodados que arrastra el río en su corriente; pueden tener un momento y un punto de contacto, hasta que una nueva riada los lleva

á cada uno por su lado á besarse al azar con canto nuevo, y yo entiendo que hacen falta en los caracteres grandes asperezas, que se compenetren, para que una vez enlazados, antes se rompan que se aparten.

Al decir esto, César se había puesto en pie y su figura varonil tenía como fondo los celajes rojizos de la puesta de sol y ya no vió Fernanda al boticario, sino al hombre agigantado por la pasión; algo teatral, según creía, pues jamás fuera del teatro había escuchado vibrar una voz con aquella entonación; así es que sólo se le ocurrió al final batir las palmas, diciendo con entusiasmo: «bravísimo»; lo mismo que hubiera hecho con Stagno ó Massini al final de una romanza.

Hubieron de pensar luego en volver á Toledo, y como la cuesta era abrupta, apoyóse Fernanda en el brazo de César, quien á este suceso daba importancia suma, llevando á Fernanda, sea dicho en honor á la verdad, un poco ridículamente y como si se tratase de un objeto de finísimo cristal.

D. Domingo y Cayetana venían de escuderos.

Antes de llegar al puente encontraron la carretela que había salido á esperarles por cuidadosa previsión de D. Domingo.

A la misma puerta del caserón se despidió César, quedando citado con Fernanda para la mañana siguiente, y cuando marchaba por las an-

gostas calles hacia su casa, iba otra vez desesperado como el hombre que ha cometido toda serie de inconveniencias. Y no se le pasó el mal humor tan luego, triste y cariacontecido estuvo toda la noche, leía y no se enteraba, quería conciliar el sueño y en vano daba vueltas en el lecho, y ya sería la del alba cuando al fin logró dormirse.

V

Fernanda era incorregible en lo tocante á la exactitud de las citas matinales, y cuando á las nueve de la mañana subía César la anchurosa escalera de piedra del caserón, todavía ella permanecía en el lecho; que pueden más los años de costumbre que los más firmes propósitos; pero Cayetana anduvo diligente y salió en seguida á decir á César que hiciera el favor de aguardar un momento de parte de la condesa (aunque nada la habían encargado), y como por lo sucedido la víspera no cabía imaginar desdenes, de buen grado se resignó el mancebo á larga espera. Más de una hora estuvieron D. Domingo y César en aquellas galerías casi transformadas, merced á la incesante labor de los operarios madrileños que todavía, aunque en corto número, estaban allí trabajando. El suelo, que era de baldosa, se cubrió

con grueso hule inglés; las paredes, antes blanqueadas, se habían tendido con una tela fuerte de hilo que pretendía, aunque sin lograrlo, imitar damasco rojo, pero puesta como fondo adecuado para que destacasen tapices y cuadros viejos con el posible arte allí colocados; con pastas se llenaron las grietas del artesonado y con betún judaico se pintó después, quedando ennegrecido y con el consiguiente sabor de edad media y aun de prehistoria, y se ocupaban á la sazón en cerrar los intercolumnios, ajustando cercos en que habían de colocarse unas vidrieras góticas perfectamente imitadas con un papel transparente que producía la ilusión de los vidrios multicolores, y era en realidad un aderezo que así tenía de lo gótico ú ojival como del vidrio; pero se colocaba pronto, velaba la dureza de los rayos solares y hasta hacía bonito; lástima que las cenefas fuesen de un clásico bizantino, los fondos renacimiento y tal cual motivo trasunto de la pintura de género, suiza y alemana, que sirve para adorno de las tapas en las cajas de música.

Realmente, es asombroso el poder del dinero; en cuatro días se improvisan maravillas que en otros tiempos exigían luengos años de penosa labor; lo que acaso suceda es que las improvisaciones de ahora duren en proporción de lo que se tardó en engendrarlas y concebirlas.

Serían las diez y media cuando de nuevo apareció Cayetana en la galería dando orden á don César de pasar adelante; no se atrevió D. Domingo á darse por incluído en el permiso y siguió en la galería.

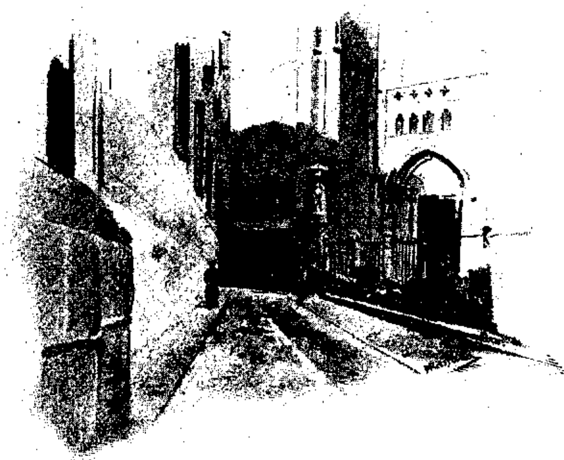
Entró César en el tocador de Fernanda, pero medió entre los dos un biombo. Entáblóse el diálogo respetando el tabique de bordada seda japonesa, que á veces de dúo pasaba á terceto por la intervención de Cayetana, que sin duda ayudaba á la señora. Toda la conversación se reducía á frases sin importancia respecto á la tardanza de ella, á la pícara costumbre madrileña de trasnochar, á preguntar por el estado del tiempo, pero César estaba nervioso, anhelante, con deseo y miedo de que cayese al suelo el biombo y que se le presentase Fernanda ante su vista más bella en sus desnudeces que con sus atavíos de costumbre, sin acertar á definirse si era natural ó extraordinaria la situación en que se encontraba, si había en el lance libertades corrientes ó al menos lícitas entre gentes del gran mundo, ó eran despreocupaciones particulares de Fernanda que lindaban con audacia de hetaria moderna. Había oído hablar de señoras que reciben visitas de amigos guardando el lecho con ligera ó ninguna enfermedad; en el caso que se encontraban todo dependía del grueso de una tela; él nada veía deshonesto; no obstante, la

sangre de César se enardecía oyendo aquellos ruidos suaves, tenues, misteriosos; la imaginación construía lo que negara el biombo á los ojos y una angustia nunca sentida le ganaba y enloquecía de anhelos sin forma en aquel ambiente cálido de estufa, en que sus pulmones juveniles aspiraban con el aire partículas que eran verdaderos fermentos de pasión por lo que pudieron conservar de mujeriego.

Todo tiene su término, hasta la *toilette* de las mujeres, y al fin dióse á ver Fernanda, y tan hermosa, tan elegante, y al mismo tiempo tan sencillamente prendida, que César, á no ser por el temor de ponerse en ridículo, hubiese caído de rodillas delante de ella y se hubiera confesado reo de mil confusos pensamientos que cruzaban por su mente, como esas nubes que en los días caliginosos se levantan de las aguas y empañan el azul del cielo.

Fueron á la Catedral y les acompañó D. Domingo; pero Fernanda no se fijaba mucho en la piedra esculpida, ni en los bronces cincelados, ni en los ricos frontales, ni en los retablos maravillosos y César absolutamente nada. En ambos, desde la visita al cigarral, se había despertado la curiosidad de conocerse mutuamente, y cuando nos interesa conocer los misteriosos pensamientos que pueden albergarse en un cerebro humano, no hay

bóvedas por elevadas que sean, ni vidrieras góticas, ni preciosidad alguna del orden material que pueda distraer el ánimo y apartarlo del deseo de penetrar en ese mundo ideal que en nosotros llevamos y que aun anidándose en el cerebro más



ruín tiene superior grandeza á todo lo que son ya productos derivados de esa misma inteligencia creadora, de esa sublime fantasía con cuyas alas llegamos más allá que los puntos luminosos de las más lejanas estrellas y les arrancamos el secreto de su íntima naturaleza.

El templo se encontraba desierto, imponente,

majestuoso, con la poesía de los términos borrosos, de los tonos apagados, de las medias tintas de una penumbra que permite amalgamar las ideas y las cosas; de suerte que á las veces damos vida y alma á lo que es tabla y piedra y hierro, y otras parecen cristalizarse los engendros de nuestra fantasía y tomar forma material los ensueños.

D. Domingo se marchó en busca de las cinco llaves que son menester reunir de cinco claveros para visitar las alhajas de la Virgen. Fernanda y César se sentaron á esperarlo en el zócalo del muro del presbiterio del lado de la epístola, al pie de aquella delicadísima labor de piedra que parece una enramada de oro en que vinieran á posarse en bandadas ángeles y serafines para cantar las alabanzas del Dios creador.

La grandiosidad del recinto se impuso á los dos, si bien le veían de un modo muy diverso, al través de sus ideas y aun de sus anhelos.

Se embellecían más que nunca lo estuvieron aquellos rosetones en que la piedra se convierte en encaje y los vidrios son llamas multicolores. Las pilastras de las cinco naves adquirían mayor elevación y esbeltez, haciendo perder la idea de la bóveda que sustentaban, las tallas de los retablos en las oscuras capillas ponían en confusión la mente, como si se tratara de personajes y no de ficciones, y á lo lejos, al final de las naves, ya la

fantasía creadora con fragmentos de realidades, componía grupos de vírgenes vestidas de blanco y coronadas de rosas; una virgen de mayor hermosura las precedía y llevaba en la recogida falda un montón de rosas como imaginamos á Casilda, la virgen toledana, la hija del Alimenon de los romances moriscos; flotaban como guirnaldas divinas grupos de ángeles batiendo las cerúleas alas entre nubes de incienso, y frailes demacrados, con la capucha sobre los ojos, con la mirada brillante, desfilaban lentamente, llevando cirios encendidos en la mano; los guerreros de la Reconquista, tal y como los copiara Copin de Holanda y Felipe de Borgoña en la sillería del coro, formaban lujoso y brillante séquito, y levantándose las tapas de los sepulcros, se incorporaban á la comitiva los Tavera, los Albornoz, los Mendoza, con sus mitras cuajadas de pedrería en la cabeza y sus báculos de oro en la diestra, y no sorprendía el que por entre todos bullese el descabezado condestable de Luna envuelto en el blanco manto con la cruz roja de Santiago, que parecía un reguero de sangre. Y rechinaron los goznes de la verja de la capilla de reyes nuevos y los Trastamaras tomaron puesto en la ceremonia y era toda la historia de la patria, con su pastor de las Navas y el Alfaquí tolerante, y el político ambicioso, y el guerrero vencedor, y el santo que por su humildad se coloca en la cús-



6

pide para ser adorado, y sobre todos estaba la incomparable, la santa Virgen, la reina del cielo viniendo de nuevo al mármol, donde ya sus divinos pies se posaron por Ildefonso. El cortejo se puso en movimiento, las notas dulcísimas del órgano empezaron á oirse.

Fernanda y César, estaban solos, estaban juntos, estaban soñando y sus bocas se juntaron en apasionado beso.

Cuando salieron del templo César le decía á Fernanda:

—Te vas á reir de mí, lo que es la imaginación, creo firmemente que entonces los ángeles de los altares nos miraban con envidia.

VI

En un crucero de calles que bien medido tendrá unas nueve varas cuadradas de superficie, se halla establecida la antigua farmacia de Pantoja. El sitio no era á la sazón, ni nunca lo fué, de mucho tránsito; pero en poblaciones pequeñas y para establecimientos de este género, donde nunca se cae en la tentación de comprar nada sin causa suficiente, aún vendía esta botica mucho más que otras mejor situadas, conservando tradicionalmente una parroquia de gentes que creían con la me-

jor buena fe, pues así siempre lo oyeron decir, que sólo allí se vendía el verdadero sulfato de quinina, y sólo allí se confeccionaban *secundum artem,* emplastos, bizmas y limonadas de triple base. Además, á buen golpe de toledanos les agradaba ver desde la puerta, al pasar, aquella modesta estantería de pino, obscuro á fuerza de años, con los mismos botes de siempre, blancos, rameados de azul de forma cilíndrica con su encogimiento central á modo de cintura; la falta de reclamos, anuncios y hasta de escaparate la favorecía en concepto de la gente añeja ó á lo añejo apegada, y hasta en no pocos era lo suficiente para conservar cariño á aquella casa, la maceta de claveles casi todo el año en flor que había en el balcón situado encima de la puerta de entrada de la botica, cuyas flores á docenas salían por entre los hierros, do-



blándose sus tallos flexibles en perpetua zalema.

Si además de conservar la tradición de la tienda, se hubiese guardado la tertulia de la trastienda, seguramente hubiese sido la principal de Toledo; pero la madre de César primero, y después éste, se negaron á conservar esta especie de carga concejil; no atendieron á los importunos que pretendían pasar el rato á la sombra en el verano y al calor del brasero en el invierno, no hubo naipes, ni dominó, ni periódicos en la camilla, y esto les privó de algún que otro médico de los que tienen tiempo para holgar, y de la parroquia de media docena de amigos, si bien ganaron en cambio la posibilidad de tener un hogar, de hacer vida de familia, y para César además la de consagrar á la lectura muchos ratos sobrantes que tenía.



La madre de César era de aquellas mujeres que parecen hermanas de sus hijos: se casó á los quince años y á los veinte era viuda, siendo César el unigénito. Era natural de un pueblo de los alrededores de Toledo, y de ese tipo de mujeres de las que ya por rara excepción se ven algunas en

España, pero que aún conservan la tradición de ser el tipo clásico de la mujer española. Morena sin exceso, de ojos negros como el azabache, antes lánguidos que maliciosos; la cara redonda, la nariz fina, recta y pequeña; la boca fresca, de labios rojos y un tantico gruesos, con dientes blancos, iguales y menudos; mediana la estatura y más abundosa en curvas, que en líneas angulosas y superficies planas.

Eran cuarenta años que valían por dos veces veinte, según decía muy en confianza cierta dignidad del cabildo, aun cuando él que frisaba con los ochenta, no pretendía valer dos veces cuarenta, y por la rectitud de su pensamiento el santo varón, no pasaba en sus extravíos de la lectura de Ovidio.

La casa entera en que se hallaba la botica, la ocupaba la familia como es uso y costumbre de la gente toledana, teniendo sus habitaciones de verano en la planta baja, y las de invierno en el principal y segundo piso, con su patio en el centro donde jamás penetraba el sol, en el invierno por no poder conseguirlo, y en verano por oponerse á ello un toldo de muchas telas que lo detenía. Toda la planta de la casa sería escasamente del tamaño de un salón de casa de la Condesa, pero por el sistema de las monteras de Sancho se han ingeniado en Toledo, para en tan escaso te-

rreno acomodarlo á la clase de vida que conviene hacer en esta ciudad sin olvidarse de las realidades contantes y sonantes que no permiten mayores amplitudes.

Doña Sagrario vivía en esta especie de torreón como una dama encantada, pues quitando la salida para oir misa los días de precepto, no abandonaba sus lares, y aun en tal caso generalmente la excursión se reducía á atravesar una calle, andar cuatro pasos y ya se encontraba en la parroquia muzárabe de Santa Justa. Así es que en el mismo Toledo pasaba la vida ignorada de todos ó poco menos, y cuando salía de casa y no para la Iglesia, desgraciado de aquél á quien fuera á visitar, porque seguramente se encontraba en el lecho gravemente enfermo. Incluso para tomar el sol prefería hacerlo dentro de su casa en una pequeña galería con vistas al patio, que no asomarse al camón ó mirador del piso segundo que daba á la calle.

Aun cuando sus tristezas fueron muchas por causa de la prematura viudez, no vivió en el aislamiento por voto ó recogimiento, no; era costumbre heredada, igual hizo su madre, labradora principal en su pueblo, igual hacían sus hermanas y familia, lo mismo las señoras principales de su pueblo y de toda la comarca; menos la sorprendía tener noticia de que determinada señora no

había salido nunca de su pueblo ni aun de su casa, que el saber andaba diariamente en paseos, tertulias ó diversiones. Nadie pudo convencer jamás á doña Sagrario, ni á otras que como ella pensaban, que el género de vida divertido y callejero se podía compadecer con el natural cuidado de los menesteres de la casa y hacienda, considerando que la tal vida era propia de gente casquivana y sin fundamento y punto menos que de costumbres poco honestas.

Doña Sagrario no se consideró nunca más desdichada que otra viuda cualquiera, en el fondo de su carácter había una gran serenidad, una gran firmeza, sufría las mayores contrariedades y disgustos, sin hacer aspavientos ni afectaciones de inusitado dolor, sentía y sentía hondo, pero no se desesperaba, resignándose á los decretos de la Providencia, para ella siempre en acción, como nos resignamos todos á que suceda la noche al día y el día á la noche. El molde en que vaciaba su pensamiento, era un fatalismo optimista propio de la raza y peculiar de la gente labradora, en esta tierra al menos.

En esos mil lances amargos de la vida, cuando el mañana se presenta incierto y temeroso, el final de sus reflexiones se sintetizaba siempre en un Dios dirá, pensando cuando así se expresaba, que Dios sabe mejor que nadie por qué hace lo que

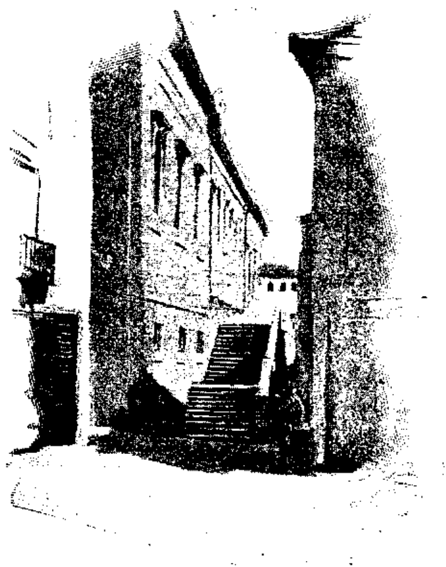
hace, por qué dice lo que dice y por qué calla lo que calla.

Claro es que sus mayores dichas y sus mayores amarguras, se refirieron al maternal estado. Ya tenía César veinticuatro años; ¡pero qué presente tenía la madre en la memoria todos los días de la niñez de su hijo! Ella le amamantó y en el primer año, podían contarse las horas en que por precisión no le tuvo ella consigo; de un brazo á otro como fardo precioso pasaba el niño á no descansar en el regazo y la madre se ingeniaba para hacer cuanto era preciso, ora manca, ora coja de ambas piernas; los lances y episodios del infantil desarrollo con el santoral se enlazaban, y un día de San Blas levantó el niño los brazos al aire haciendo ademán de baile, un San Pedro, queriendo subir á gatas la escalera, dióse fuerte golpe y estuvo á punto de rodar los peldaños, y un San Antonio dijo una gracia que dejó estupefacto al estanquero que se hallaba en la botica por unos sinapismos.

Cuando el niño tuvo que ir á la escuela, cuánto pretexto se formó para retrasar la primer etapa de la entrega de su hijo al mundo, al fin vencía el deber al egoísmo y el niño comenzó á estudiar á su debido tiempo.

Cuando tenía marido y marido boticario aunque el niño se ausentase el esposo se encontraba en casa, pero cuando éste faltó, cuando vió de

cerca cuán fácilmente se va la vida, lo cual sólo se sabe después del triste aprendizaje de la pérdida de las personas queridas, entonces las breves horas de ausencia del hijo, en la escuela primero y luego



en el Instituto, la parecían siglos. Cuántas veces pensó en aquellas malditas y empinadas escaleras de piedra que dan acceso á las aulas, figurándose que su hijo rodaba por ellas, que le traían unos hombres, que le veía llegar ensangrentado... ¡qué

horror! Y cuando llegaba bueno, contento y cariñoso, decía para sus adentros, eso que pensaba sería ofender á Dios porque Dios es bueno, no puede menos de serlo y no querría que fuese más viuda con la viudez irreparable del único hijo, y se acordaba de la Virgen de los Dolores con el corazón traspasado, y la dirigía con el pensamiento esos ruegos sin palabras de madre á madre, mientras se comía á besos al hijo de sus entrañas.

Sufrió mucho, como todas las madres con las ligeras enfermedades, pues nunca tuvo otras, de César, pero el día de mayor sufrimiento de doña Sagrario, fué cuando tuvo que dejar partir á su hijo á Madrid á estudiar la carrera. Tenía suficiente sentido común, para comprender que no pudiendo haber universidades en todas partes y no siendo obligatorio asistir á ellas, no hay motivo para queja; pero doña Sagrario se separaba del hijo, iban á dormir bajo distinto techo en distinta ciudad, era la primera vez que se separaban por mucho tiempo, ¡cuánto dolor para una madre! Además cómo prescindir de la atmósfera que se respira en todas las capitales de provincia contra Madrid, porque á Madrid va el dinero del contribuyente y el Gobierno de Madrid pide el hijo para ser soldado y en Madrid están los siete pecados capitales aguardando al forastero á su llegada á la estación para corromperle hasta la

médula de los huesos. A ese mónstruo iba á entregar á César, que fácilmente se iba á encenagar en todas las orgías, teniendo á su disposición dieciocho duros mensuales para todos los gastos ordinarios y extraordinarios; bien es verdad que de ese mónstruo tenía derecho á esperar que mediante cinco años y veinte mil reales gastados por entregas, la devolviesen un hombre formado, conocedor del mundo y capaz de ganarse cuando menos los diez mil reales que se llevaba el regente de la botica, entre soldada y demás gastos. Pero á qué punto había de ir César que la madre no lo considerase detestable. Entonces, entonces empezó la verdadera soledad, la verdadera viuded de doña Sagrario, los días grises, porque los ojos siempre están empañados con las lágrimas. De buen grado se hubiese ido con él para cuidarle y vivir en su compañía; pero había que defender el establecimiento, conservar la casa en que se cifraba el porvenir de César, no gastar inútilmente lo que no se podía; consultó á todos, parientes y amigos, la opinión fué unánime, era un absurdo y bajó la cabeza ante el fallo de todos. ¡Qué desierta le pareció su casa cuando César se fué! ¡qué tristeza tan grande sintió, porque se iba y además porque se iba tan alegre! ¡Ingrato!

César en Madrid fué uno de tantos estudiantes de provincia, y no de los peores. Tenía cierta no-

ción de sus deberes á los dieciséis años y no era poco, no ignoraba que de su comportamiento dependía no sólo su porvenir, sino también el de su madre y la quería mucho, así es que al estudiar aquellas nomenclaturas de química puestas al principio de los libros con el objeto de que antes de enterarse nadie de los asuntos los tome horror; cuando César á la vista de tantas letras y signos cabalísticos semi-indescifrables, sentía desfallecimientos invencibles, entonces su recurso supremo consistía en sacar de la cartera el retrato de su madre y apoyarlo en el pie de la lámpara, y mirando aquella fotografía de vez en cuando, ya se sentía con valor para no tirar el libro y repetir una, dos, cien, mil veces, hasta meterse á martillazos en el cerebro las fórmulas más enrevesadas de sales, ácidos, carburos y alcaloides.

No quiere esto decir que César llegase en su ejemplaridad hasta vivir alejado de todo trato y comercio humano, limitándose al estudio y á la puntual asistencia á clase. Formaba como acontece con los estudiantes forasteros, parte de una familia de amigos y hasta fines de curso, en el rigor del invierno madrileño, asistía con frecuencia de ocho á diez de la noche á una tertulia del café de Fornos.

A veces cuando concurría al café un abogadillo recién empollado le acometían desmayos en la

voluntad, pues era el tal abogadillo osado como ninguno y capaz de enjaretar setenta desatinos en forma de discurso y sin tomar resuello, con tal de tener auditorio, siquiera estuviera compuesto de un solo oyente, y lo peor del caso es que siempre le tenía por aquello de que un tonto, siempre encuentra otro más tonto que le admire.

—Supongamos, amigo César, le decía, que llegas á saber más química que el que la inventó y eres capaz de escribir una obra de esas de padre y muy ser mío ¿cuántos la leerán? media docena, quiero ser optimista, te concedo una docena; resultado, que necesitas gastarte ocho ó diez mil reales, para cosechar cien pesetas.

En España no se venden más obras científicas que las declaradas de texto, y escritas por los mismos catedráticos. Pues bien, sigo con las suposiciones, consigues una cátedra, lo que no conseguirás, sino logras ser de los protegidos de algún personaje, pues aún en este caso, tampoco debes escribir una obra original, ni devanarte los sesos en buscar nuevos derroteros á la ciencia, te será más fácil traducir del francés cualquier librejo bueno ó malo, y pedir que te mande el editor los grabaditos, y pues lo mismo vale aquí lo bueno que lo malo, y lo malo se produce con menos trabajo, hazlo malo y pronto para que te sobre el tiempo y puedas andar por esos mundos en busca de padrinos.

César no contestaba siquiera al discurso del abogadillo á quien miraba con desdén, pero la píldora le quedaba en el cuerpo, y al pronto le aplanaba. No obstante pasada la impresión del primer momento, por propio impulso se enfrascaba nuevamente en sus lecturas y estudios y én los intervalos de descanso, mentalmente contestaba á los argumentos del abogadillo diciéndose, después de todo, si nadie aprecia ni estima mis trabajos, peor para ellos, yo tendré conciencia de lo que valga, no seré á los ojos del vulgo un personaje, pero tampoco á los míos propios un majadero. En el fondo de su pensamiento algo le decía, tú llegarás, tú llegarás, ese es el verdadero, el único camino, perseverancia, adelante, miraba luego el retrato de su madre y continuaba estudiando.

Vivió en modesta casa de huéspedes en que tuvo necesidad de padecer la virtud cristiana de la resignación, y que no varió durante toda la carrera persuadido de que en todas partes le darían por semejante precio, semejante trato. La dueña era una navarra, con marido andaluz siempre cesante y viviendo á expensas de su costilla, fastidiando á los huéspedes con historias misteriosas de revoluciones que iban á estallar de un momento á otro, y sirviéndoles de demandadero en algunas ocasiones, por bondad de carácter y por los cigarros que le regalaban. Los huéspedes de

aquella casa eran de dos categorías, estudiantes y militares con menos de tres estrellas: entre los primeros se contaban, dos manchegos que cursaban leyes y un aragonés hijo de un veterinario establecido en Andalucía hacía un año escaso, y que pugnaba por parecer un flamenco de rompe y rasga, y en vez de manejar los libros de medicina, trataba de penetrar los misterios del cante hondo acompañándose con la guitarra, y tanto se entusiasmaba que había momentos en que temblaban las vidrieras, oscilaba el mobiliario y á punto se ponían los tabiques de cuartearse. Los manchegos preferían las emociones de la baraja, y generalmente sus grandezas duraban lo que su dinero, hasta el 5 ó 6 de cada mes; alguna vez tuvieron éxito en sus combinaciones y les duró la grandeza dos meses y tuvieron coches y amantes con mantón de Manila, y la corrieron en grande, y perdieron el curso en Júnio por modo provisional y en Septiembre por definitivo.

Aunque César no era aficionado á tertulias ni visitas, no obstante, por uno de los estudiantes manchegos fué presentado en casa de los señores de Calderilla, en uno de los sábados que dedicaban á recibir á quien quería tener relaciones amistosas con ellos. Fué siempre muy bien bien acogido por el señor y la señora y las tres niñas de la casa y hasta por un hermano de ellas teniente de infantería.

Las recepciones se verificaban en una sala (la única de la casa), donde cabían, pero no holgaban, el sofá, seis sillas, el piano y una cómoda pequeña que podía pasar por entredós, y aunque para los señores mayores se dedicaba el gabinete adyacente, era difícil darse cuenta, aún viéndolo, de cómo en aquel espacio y durante tres ó cuatro horas, podían reunirse hasta quince ó veinte personas, y por más que suponían los amigos que los dueños de la casa tenían la precaución de no invitar los sábados á ningún gordo, no obstante cuando llegaba el momento de delirio sociable y se ponían los jóvenes á bailar hasta valses, se comprendía que el principio de la impenetrabilidad de los cuerpos es absolutamente falso.

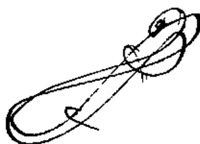
Los de Calderilla eran gente menuda en todas las acepciones de la palabra. D. Crispín, el jefe de la familia, era pequeño y flacucho, y como además era calvo, descolorido y se afeitaba todos los días, resultaba la menor dosis de hombre imaginable. Tenía los ojos de un azul blanquecino y con expresión de completa indiferencia, y en la mal cortada boca, se bosquejaba un principio de sonrisa, que más bien parecía gesto de mártir que expresión de complacencia. Todo era difícil de averiguar en este individuo; la edad, que así podía creerse no lejos de los cuarenta, como frisando con los sesenta; las opiniones, pues siempre care-

cía de ellas coincidiendo con el primero que le hablase; el tono de su voz, pues siempre resultaba quedo. Andaba como si no se moviera ni hiciese esfuerzo muscular, y cuando se le daba la mano, limitábase al contacto sin hacer presión alguna. Todos sus medios de existencia estaban reducidos á un destino de 24.000 reales del Cuerpo de Archiveros, y con ellos al presente y con mucho menos en el pasado, tuvo que sostener una familia, educar cuatro hijos y dar carrera al varón.

Cuando se casó con Mónica, todos dijeron que había hecho una gran boda, porque ella era hija nada menos de un ex-director general y sobrina de un ex-ministro; pero el ex-ministro se murió y su hermano el ex-director procuró desde entonces en vano, suprimir el ex, y agobiado con una familia numerosa aparte del equipo estilo estudiante que dió á su hija cuando se casó, sólo pudo en lo sucesivo dar consejos que nadie le demandaba, y ya setentón, retirado en un lugar, gruñía sus dolores en una butaca sirviéndole á veces de emoliente el contar sus pasadas grandezas á un yerno tratante en ganados, en cuya casa y á cuya costa vivía.

Doña Moni, pues así la llamaba todo el mundo, era también un tipo menudísimo; pero al revés de D. Crispín, viva como una ardilla, llevando sus

7



cincuenta sin cansancio alguno. Su afán era la gente, necesitaba que muchas personas, hombres principalmente, frecuentasen su casa, la diesen noticias de lo que pasaba en todas partes, en el Congreso, en San Carlos, en los cuarteles ó en la plaza de la Cebada; el asunto la era indiferente; pero las noticias eran su encanto y más cuando se presentaban en forma enigmática y adivinatoria. Para ella se inventó, sin duda, *La Correspondencia,* que leía diariamente, con folletín y anuncios. Pero no la satisfacía por completo la letra impresa, necesitaba los textos vivos, oir contar los sucesos á los mismos autores, á los testigos presenciales ó como aproximación á los que lo oyeron de éstos. Sabía qué traje llevaba la Reina en tal ceremonia, qué dijo en la capilla un condenado á muerte, los regalos que se hacían en las bodas y los manjares que se servían en las grandes comidas, y sin haber vivido en el gran mundo sino de refilón, cuando fué ministro su tío, que lo fué ocho meses, no obstante seguía la madeja enmarañada de parentescos de toda la aristocracia y de todos los personajes, y desde su casa los trataba con ideal franqueza, llamando Paca ó Pepa á la más encopetada Duquesa, con quien jamás había cambiado el saludo. Se respiraba en aquel piso de diez reales diarios, merced á doña Moni, una atmósfera de grandeza liliputiense.

Don Crispín la dejaba el gobierno y señorío del hogar y el cuidado de los menesteres de su hacienda. Cobraba su paguita y se la entregaba absolutamente íntegra á Moni, con la única advertencia de tiempo en tiempo, de que aunque tuvieran que ayunar ocho días seguidos, aunque se muriesen de frío, aunque los llevasen á la cárcel ó al hospital, él no pedía dinero prestado á nadie. Recordaba que por causa de enfermedad necesitó en tiempos dos mil reales para tomar baños que de nada le sirvieron, y padeció cinco años de amarguras para devolverlos, y echadas las cuentas, había satisfecho entre principal é intereses ocho mil doscientos cuarenta y tres reales, cifra que conservaba indeleble en la memoria. El hombrecillo estaba resuelto antes al suicidio que á la deuda. Ella se arreglaba é iba saliendo adelante á fuerza de cálculos, de previsión y de abstinencia, para que al pronto cualquiera creyese que tenían una posición como la de su papá en mejores tiempos. «Calderilla tiene el riñón bien cubierto, su suegro el Sr. García, debió darle un buen dote á doña Moni», esto pensaban los compañeros y amigos de Calderilla, y los contertulios creían que en papel estaba invertido, pues doña Moni diariamente se enteraba, ó mejor dicho, leía sin enterarse las cotizaciones de Bolsa, que pues las publica *La Correspondencia*, se consideraba en el deber de conocerlas. Claro es que

las gentes ignoraban que en aquella casa se hacía una comida de aspecto serio cada veinticuatro horas. El clásico cocido compuesto de garbanzos como perdigones, patatas y verdura con hebras de carne y sustancia de tocino, sin otra viñeta ni añadido; que no se conoció jamás otro postre que el queso manchego, regalo del cuñado tratante, y que se llamaba allí desayuno al agua caliente con hojas de té y pan no abundante, sin adornos de manteca ni composiciones lácteas que son indigestas, y se llamaba cena á las patatas con hebras de bacalao. Los vestidos y los sombreros de las niñas eran de confección casera hechos con patrones ó modelos de alguna amiga complaciente, y en el afán de realizar primores domésticos, las mismas armaduras de los sombreros se confeccionaban allí por el procedimiento con que Don Quijote fabricó el famoso yelmo, en cuya tarea de imitar con alambres y linón esos artefactos, no era el menos habilidoso y diestro el teniente de infantería, así como en la de pegar cacharros rotos, barnizar trastos viejos y hasta poner vidrios á las ventanas con su correspondiente masilla y triángulos de hojadelata para la debida sujeción.

Era de ver doña Moni, cuando los domingos muy de mañana rebozada en el manto, bajaba á las Américas, vulgo Rastro, donde por media docena de reales traía á su casa un pañuelo de re-

tazos de tela, piezas de cinta, flores de trapo, mecha para los quinqués y cuanto para el cuidado doméstico fuese indispensable; pero era más de ver todavía á la madre con sus tres niñas en el paseo de Recoletos ó en la acera de las Calatravas, tan lujositas á cierta distancia. Parecen unos cromitos, decía el teniente, y decía la pura verdad, cosa rara en quien era difícil considerar como diversas las opiniones y los desatinos.

Mas como las gentes no respetan ni las mejores intenciones, no se sabe quién, al verlas una tarde tan menudas y tan morenitas, con trajes negros, se le ocurrió ponerlas de mote las *Cucarachas,* y las señoritas de Calderilla, las mismísimas hijas del erudito autor de una monografía premiada acerca de las monedas visigóticas, las nietas de un ex-director, las hijas de la sobrina carnal de García Fernández, de García Fernández, el que fué Ministro nada menos, con el apodo de las *Cucarachas* se quedaron, y así las llamaban y por tal nombre las conocían las gentes, aunque fueran vestidas de color de rosa.

César se encontraba muy agasajado en casa de las de Calderilla. Doña Moni le preguntaba siempre por la madre de él y parecía muy enterada de quién era César y de su posición y familia; las tres niñas le encontraban discreto al callar, donoso al decir, adorable siempre. En opinión de los

de aquella casa, ninguna profesión aventajaba á la de farmacéutico. Hasta D. Crispín era con él más expansivo que con nadie, y como entendía en antiguallas, pretendió demostrar á César que si su apellido de Pantoja era linajudo como castellano, el de Benaliz era todavía más preclaro en la raza arábiga, existiendo una tribu de este nombre origen de los que á España vinieron y de cuya descendencia salieron muchos hombres ilustres y hasta un rey de Murcia.

Verdaderamente, necesitó César ser muy ingrato para no frecuentar el trato de aquella familia; mas no lo podía remediar, se aburría soberanamente con todos los de aquella casa. Todo le parecía allí marchito y ajado; las niñas no eran feas, en su género, bien peinaditas, con sus talles de avispa y su charla, que parecía piar de jilgueros; un poco extremosas y desenvueltas, pero eso lo consideraba César natural desparpajo de la buena sociedad que él no conocía. Le miraban las tres con dulzura, le prodigaban las sonrisas, se desvivían por adivinarle los pensamientos, y esto no podía menos de agradarle, mucho más teniendo en cuenta que César no ponía nada de su parte para ser tan distinguido. Ni recitaba versos, como López, el auxiliar de Fomento, ni bailaba, ni tocaba el piano, ni se lucía con cuentos y chascarrillos; pero eran tan bondadosos,

que todos allí procuraban encontrar asuntos que departir con él, y hasta D. Crispín, incluso de química, echó un día su cuarto á espadas, y eso que la desconocía hasta el punto de creer que los alcalóides eran los compuestos de la cal, y al ozono lo tenía por un sabio extranjero. En ciencias naturales era hombre al agua.

Fué César dejando primero algunos sábados en blanco, y cuando iba, llegaba tarde, para estar menos tiempo, y dejó luego de ir todo un mes y, por último, para evitar reproches, suprimió las visitas á los señores de Calderilla. Así, que cuando las niñas le veían en cualquier parte que de lejos las saludaba, al contestarle lo hacían con afecto, pero le miraban con ojos tristes, como deben mirar las almas del Purgatorio, á los ángeles que pasen volando por cima de sus cabezas.

No volvió César á Toledo con la total ignorancia que á Madrid llevó respecto al sexo femenino; conoció mujeres, pero como se conoce un paisaje cuando de noche se atraviesa en un tren express, y se ven llanuras y montañas y valles y bosques iluminados por los rayos de la luna. Artista por natural inclinación, visitó muchas veces las salas de nuestro incomparable Museo de Pinturas, y, como artista y mozo, se detuvo más tiempo contemplando las Venus del Ticiano y las Gracias de Rubens que no los cuadros místicos de Zurba-

rán y Ribera; pero las realidades que llegó á ver fuera del Museo, con ser vivas, no consiguieron nunca detenerle tanto tiempo como las pintadas.

A veces la obsesión era invencible, la inteligencia se le obscurecía, la voluntad era vencida por el ardor de la sangre moza; entonces sus aventuras tenían mucho de pesadillas; no se daba cuenta del por qué ni apenas del cómo, y Fernanda estaba muy lejos de suponer que junto al muro de la capilla mayor recibió el primer beso de amor que diera César y toda la virginidad de un alma.

Cuando, ya recibido doctor en Farmacia, regresó César á Toledo y se puso al frente de su establecimiento, todavía, en el primer año, con el impulso adquirido de aficiones científicas, estudiaba bastante, después con la falta de medios y de comercio intelectual, se fueron amortiguando las aficiones científicas de César, y como única compensación, como único desgaste al exceso de energía intelectual que en él se desarrollaba, se aficionó á las Bellas Artes, estudiando los maestros insignes que con sus obras maravillosas han legado á las generaciones que les sucedieron tanto que aprender y que admirar. El hombre, además, volvió á tornarse un tanto niño al dulce calor de los maternales cuidados.

VII

Llegó Mayo; en las orillas del Tajo vistiéronse todos los árboles de alegre follaje, y no sólo la vega, siempre verde y en esta época á trechos dorada, los mismos cerros de tierra rojiza del Norte, se adornaron con transitorias galas: en los paseos y en los cigarrales, abríanse los capullos de las flores, sencillas estrellas blancas, otras semejando globos amarillos, las espuelas de caballero, tan gallardas, tan tenues, apenas materiales; las dobles amapolas, las vanidosas peonías, las malvas reales, tan decorativas, tantos pensamientos blancos y amarillos y rojizos y violáceos y negros y azulados, dondiegos y aleíes y minutisas y clavellinas... todas las formas alegría de la Naturaleza, un despilfarro de colorines y de hojarasca, con la eterna sorpresa del renacer de lo que parecía muerto; el tronco negro, arrugado, leñoso, que se transforma en florido ramillete, y el ya cálido ambiente, impregnado con el aroma de aquella infinita variedad de rosas como si el alma del mundo nos envolviera en una suprema caricia...

Todo vive, todo ama; ¡bendita luz que todo lo enciendes, que todo lo iluminas, que todo lo fecundas!

Pobres ó ricos, nacidos en las alturas ó en los pantanos, para todos por igual se repartió la más preciada dicha. Podrá tener la más poderosa princesa brillantes enormes, hilos de perlas de sin igual oriente, esmeraldas en que parezca condensarse el verdor intenso y profundo de los mares, y zafiros que recuerden el azul luminoso y transparente de los cielos, pero no tendrá derecho á poseer sino igual ó menor ración de amores que la rústica guardadora de cabras, y cuántas, cuántas veces en el paroxismo de la pasión, por un momento de amor verdadero se cambiarían las dudosas preeminencias de la más excelsa jerarquía. Puede tener y tiene ¡ay cuántas! arideces la vida, puede ser eterno dormir la muerte ó el despertar amargo, puede el dolor estremecer nuestras fibras, puede la ambición no satisfecha tener perpetuamente clavada en las entrañas la garra del deseo, puede merecerse el desprecio de los suyos...; pero si al atravesar este desierto del vivir, nos hemos detenido un punto en el oásis del amor ¡ay! entonces que nadie se queje de haber nacido. Vale tanto la vida que en usufructo poseemos, que al hacer de ella trasmitiéndola voluntario don, era menester que los cielos se iluminasen con resplandores incomparables y que lo finito y la infinito, lo mortal y lo eterno, lo limitado y lo indefinido tuviesen un punto esquemático de relación; que Dios y el

hombre, el círculo cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna y el átomo humano pudieran encontrarse.

Fernanda y César eran dichosos, brutalmente dichosos que es la suprema dicha; no se acordaban del ayer, ni del mañana, ni pensaban en nada, ni deseaban nada, ni razonaban, ni discurrían, ni pensaban. Mutuamente se poseían, cada uno en cada momento era del otro por entero y sin reservas.

El azul sin límites y sin tierra en que posarse. Tres meses llevaba Fernanda en Toledo, y nunca corrió para ella más veloz el tiempo. Aquellas largas noches que tanto temía cuando llegó, eran deseadas como las desean los que no conciben la vida separados del ser querido.

A las diez de la noche después de la cena, salía César de su casa pretextanto ir un rato al Casino, y quedaba el mancebo esperándole. Doña Sagrario y la criada hacían la cuenta del gasto cuotidiano y rezaban el rosario, yéndose después á dormir. A las once sonaba la puerta de la botica, y doña Sagrario que tenía su dormitorio en el principal, creía llegado á César cuya alcoba estaba en el piso bajo, desde donde podía atender mejor al despacho de cualquier receta urgente. En efecto, el mancebo llegadas las once, cerraba las puertas del establecimiento ó el mismo César si regresaba

un momento por pequeñas coqueterías masculinas bien comprensibles y nada censurables, pero luego sigilosamente volvía á salir, y se deslizaba por aquellas angostas calles hasta llegar al palacio de Fernanda, donde penetraba sin ser visto, por una puertecilla y escalera de servicio, que se dedicó única y exclusivamente á este tan particularísimo de la dueña del edificio. Sólo la doncella de Fernanda estaba al tanto de lo que ocurría, pues el dependiente de César no sabía nada en concreto, y estaba advertido de ser puesto en el arroyo, aparte de otras razones contundentes si no guardaba el secreto.

Los paganos eran los enfermos que necesitaban comprar medicinas á tales horas, si bien Tomás era un muchacho de conciencia, y cuando dudaba respecto de alguna receta, vencía la dificultad dando en vez de la pócima prescrita, cualquier substancia inofensiva y no debió suceder el menor desaguisado, por cuanto no hubo quejas y hasta se notó aumento en la clientela desde que con frecuencia se acudía á estos medios expeditos de salir de apuros.

De madrugada, antes que el sol despuntara en Oriente, cuando ya el cielo toma un color blanquecino de luz difusa, tornaba César á su domicilio y menester era haberse criado en Toledo para acertar el camino; la misma vaga claridad del fir-

mamento sin fuerza para irradiar luz todavía, hace las sombras más negras y César era una sombra más que entre las sombras ora se ocultaba, ora surgía, hasta desaparecer definitivamente. Cuidadosamente abría la puerta de su casa, las visagras no rechinaban ni la llave tampoco, merced á las precauciones tomadas, y César creía de buena fe que su madre ignoraba las misteriosas entradas y salidas del mozo.



¡Pobre madre! Así sucedió unos, muy pocos días, luego la madre lo sentía salir y lo sentía entrar, percibiendo hasta los menores movimientos del hijo. César era quien por estar ciego con aquella pasión, no veía nada, ni los estremecimientos involuntarios de ella cuando él se acercaba, ni la expresión dolorida de aquel rostro, ni aun se fijó en aquellas mejillas tan enrojecidas y escaldadas por el llanto.

La santa mujer, por ser santa, no dejaba de conocer las debilidades humanas, ni de poder inferir por determinados efectos las causas de que procedían; la bondad y la tontería sólo la confunden los tontos. César fué siempre poco aseado y se hizo extremadamente pulcro en breve tiempo; desde que nació jamás se había cuidado de las pequeñeces del ajuar de un joven y en está época era un delirio de ropa blanca lo que compró; y el hombre, acostumbrado á retortas fuertecitas y calcetines de punto caseros gruesos de una pulgada, dióse á diario á gastar holandas y calcetines de hilo de Escocia, ya que de seda no los encontró en el almacén. En casa parecía César estar siempre distraído, ensimismado en la propia dicha, pero sin enterarse de cuanto le rodeaba, con esa benévola indiferencia del que tiene el pensamiento muy lejos de aquello que le dicen, comiendo lo que le daban con voraz apetito, pero sin enterarse, sin leer un libro ni aun los periódicos, un tanto soñoliento, siempre deseando que el día cediera en su luz, siempre gozoso al ver las primeras estrellas rutilar en el espacio sin límites. La que había sido casada y era madre, adivinó lo que no sabía y á nadie deseaba preguntar, y siendo César el único culpable, ella fué la que tuvo remordimientos. Se acusaba de egoísta, su hijo debía estar ya casado, ella tenía el deber ineludible de facili-

tarlo ó por lo menos de sugerir la idea, ella y sólo ella era culpable por el afán egoísta de guardar exclusivamente el cariño del hijo.

Y en la Catedral, de hinojos ante la Virgen del Sagrario, la pedía por amor de Jesús, que hiciese alejar pronto aquella señorona de la Corte, que luego ella casaría al hijo, dejando á la nuera mandar en la casa y sin tener celos, sino hasta resignación, placer si fuera preciso, al ver á su César prescindir de ella, acaso olvidarse ó poco menos como hacen muchos por amor de otra mujer; pero que fuese amor santo y bendito, consagrado por el matrimonio, de los que sirven para fundar familias y educar hijos cristianamente y mantienen sano el corazón y el alma limpia de pecado. Y después de la plegaria dejaba apoyada su hermosa y triste cabeza en los fríos hierros de la verja de la capilla y le parecía ver la Virgen muy seria, y aun más se entristecía y á veces absorta, estática, imaginaba que la sagrada talla tenía movimiento y vida y que en la divina boca de la Reina de los Angeles, de la Madre de Dios, del Consuelo de los afligidos iba á dibujarse una sonrisa... pero no, no soy bastante buena se decía, he sido egoísta y por tanto mala, no me quiere, no me puede querer la Virgen Santísima y rezaba al niño Jesús, creyendo en su piedad ablandar así mejor el corazón de la Madre Divina.

Salía del templo triste, muy triste, pero no desesperada, pasaría la adversidad, volvería la bonanza, en el cielo tan poblado de Santos, de ángeles y de serafines, alguien se conmovería con sus penas y amarguras, aunque tuviera que suplicarlo mucho, que sufrir mucho para hacerse digna de la merced que imploraba.

Quiso doña Sagrario hacer algo más que rezar, aunque en el rezo estribase su principal confianza, y mandó llamar á D. Domingo para consultar con él el caso y pedirle consejo. Tardó varios días en ir á verla, pretextando ocupaciones y excusas de todo género, pero cuando los recados se repitieron no tuvo más remedio que acudir á la cita. Entonces empezó por fingir sorpresa inaudita por la confidencia que se le hacía y se encerró en la más absoluta negativa, no admitiendo ni aun la posibilidad del hecho que juzgaba inventado y cuando doña Sagrario acosándole le preguntaba, ¿pues entonces, dónde pasa mi hijo las noches? Con prudentes reservas y distingos quiso cargar en la cuenta de la camarista de Fernanda, los desvaríos de César. Después de todo, se trata de un mes de paciencia, decía, no te atosigues, por consiguiente. En llegando el verano la señora se marchará y con ella Cayetana, y César volverá á ser el de siempre con sus extravagancias y rarezas, pero bueno á carta cabal é incapaz de darte un disgusto.

En buen momento acudía doña Sagrario al presbítero, sobre el que llovían gratificaciones con cualquier pretexto, misas con ó sin motivo, y aun leyó una carta con membrete oficial, en que un personaje ofrecía á la Duquesa la concesión de una canongía para la primer vacante que ocurriese.

Además ya se encargaría por su parte D. Domingo, en la primer oportunidad, de hablar con cualquier santo para que disculpase á los ojos de Dios, aquellos pecadillos. Con tal lente de disminución los miraba, que no eran sino pequeñas expansiones de la naturaleza humana punto menos que inevitables. Para D. Domingo sólo tenía verdadera gravedad el pecado de soberbia; rebelarse contra Dios ó contra la Iglesia, que para el caso es lo mismo, por su fundamento divino, ó contra los sacerdotes que al fin son los que la representan; confiar en el propio criterio, creer en la virtualidad de la energía humana y no en la gracia Divina para evitar el mal, en eso consiste el pecado, esa es la enfermedad incurable, lo demás prohibido ya es de menos importancia, y en cuanto á los desvaríos de hombres y mujeres en sus afectos, más bien lo prescrito puede considerarse como aconsejado. Son de las culpas que borra el agua bendita y la medicina la tenía al alcance de su mano, bastábale partir el aire en cruz con su diestra, para tener en el aljibe de su casa, materia



suficiente para dejar limpia de liviandades á toda la Imperial Toledo.

Desde que tuvo la entrevista con D. Domingo la pobre madre, deseaba que el tiempo volase y como el tiempo seguía el acostumbrado caminar, ella con su imaginación lo adelantaba, y como el cielo se mostrase azul, suponía una temperatura canicular, ora hablaba de preparar el toldo para cubrir el patio, ora de cambiar ropas, ora la producía extrañeza que una maceta de nardos no estuviera en flor ó de que en su pueblo, donde conservaba modesta labranza, no hubieran venido los segadores para comenzar la estival faena.

El pobre mancebo de la botica y César, se encontraron una noche de Mayo sin mantas en las camas respectivas y si éste no la echó de menos, no así el pobre Tomás que tuvo que acudir para sustituirla á la capa, y como era largo en demasía, la capa muy torera y la noche bastante fresca, pasó las de Caín hasta que se decidió á utilizar como manta la cortina de la puerta. Descolgóla con precaución para no hacer ruido y la puso sobre la cama, pero la cortina era de abacá y muy fuerte, no se plegaba bien y al menor movimiento le rozaba la carne y más que de abrigo, de cilicio le sirvió aquella noche que pasó haciendo penitencia por ajenos pecados.

Una noche, al finalizar Mayo, cuando llegó Cé-

sar á casa de Fernanda la encontró tan triste, tan preocupada que César aterrado la preguntó:

—¿Qué te sucede alma, qué ha pasado durante mi ausencia para que las luces de tus ojos pierdan su alegría?

—Estaba pensando cómo seríamos más felices, razonaba sola buscando soluciones posibles—contestó Fernanda.

—Querer y razonar... Fernanda acaso no sé hacerte dichosa, tu rostro está pálido, palidece tu cariño.

—No; te quiero, te quiero con todo mi ser y porque te quiero necesito que nuestra dicha no se nos vaya entre las manos, que dure, que sea eterna.

—¿Y quién puede impedirlo?...

—Nada, ni nadie de un modo absoluto, pero lee esta carta que he recibido hoy y contéstame luego; qué podemos y qué debemos hacer.

César cogió el papel que le alargaba Fernanda, era una esquela color azulado con una *S* blanca de relieve y una coronita encima.

Decía la carta:

«My dear

»Venciste. ¡Quién pudiera imaginar tu constancia! Nadie, ni yo misma que conozco tu fuerza de voluntad. ¡Tres meses fuera del mundo! ¿Pero en qué diablos te ocupas? ¿Fundas algún convento?

¿De qué regla, de San Rabelais? ó te has hecho poetisa y por las márgenes del Tajo, nueva Ofelia, vas deshojando rosas y lanzando sus pétalos en la corriente y te quedas absorta entre las espadañas mirando cómo se pierden á lo lejos las perfumadas ilusiones, hasta que por efecto de haberte mojado los pies estornudas y te vuelves á casa á sudar el reumatismo agudo consiguiente. Yo me figuro que algo extraordinario, muy extraordinario en tu vida, te sucede. Será por ventura que al pie del alminar de alguna mezquita, envuelto en blanco albornoz y en cuclillas, hayas encontrado algún descendiente traspapelado de los califas moreno él, de ojos negros como el azabache y barba negra él, en fin, un él resucitado, inaudito, ¿acierto? *touchée n'est ce pas.*

»Hablemos en serio, crees posible prolongar la ausencia, te olvidas de tu posición, del mundo en que vives, de tus deberes sociales, de tus lazos de familia, de tu hija. Reflexiona un momento y no desatines. No seas absurda.

»Si no vuelves pronto, si no me contestas enseguida, iré á buscarte, sé que estás buena, que vives encerrada en tu caserón señorial, que no tienes trato de gentes, no es cosa de que pierdas el juicio. Tuya siempre

»Sofía.»

César permaneció largo tiempo silencioso, se había sentado junto á la mesa para leer la carta, dejó la carta, apoyó los codos en la madera y dejó caer la cabeza sobre ambas manos, cerrados los ojos para reconcentrar el pensamiento por entero.

Fernanda, sin atreverse á decirle nada, le miraba con tristeza, por fin César se levantó y lentamente sílaba tras sílaba fué convirtiendo sus pesares en palabras.

—Era preciso despertar. Vete, pero vete cuanto antes, Fernanda, á la realidad no se la vence con la ilusión y la triste, tristísima realidad es que no puedes dejar de ser quién eres, y esa hija, vamos, tu hija, si esa hija que tiene un padre y tú eres la esposa de ese hombre. Sí, así, así es, no debía ser, parece imposible que pueda ser, pero es, esta es la realidad; tú eras el sol, yo me bañaba en tus rayos, pero hay un muro de piedra, no, eso sería poco, los muros con estas manos los desharía, hay carne y vida y sangre tuya entre ambos: sería traspasar el dintel de la locura. Estoy resignado.

Cuando te vayas, porque te irás, tendrás que irte, creeré que he soñado. Ensueño feliz, ensueño venturoso que duró lo que en esta tierra de los contrastes violentos de la temperatura, duran las rosas. Debo gratitud pero mucha gratitud al destino.

Cuando me quede solo, volveré á la realidad, daré vueltas y más vueltas á la rueda, como aquel Sansón esclavo, sin luz los ojos, pero no, alguna luz quedará dentro cuando se vieron tantos resplandores.

Por las naves de nuestra Catedral iré recorriendo solo el camino que juntos anduvimos y allí encontraré piedras en que se posaron tus pies, hierros que gozaron con el contacto de tu mano.

Escalaré solo las peñas de los Cigarrales, y otra vez y otras ciento florecerán los almendros y en los primeros pétalos de sus flores sentiré de nuevo la suavidad exquisita de tu tez sonrosada.

Brillará el sol naciente en las aguas del río que tomará reflejos de oro, semejando las luces de las ondulaciones de tu cabellera.

El astro de la noche aún tendrá en sus reflejos plateados mayor poesía al recordarme el brillo de tus pupilas en los supremos espasmos de la pasión.

Volveré á encontrar aquellos nidos de verdura donde nos ocultábamos para cambiar enamorados besos y sólo con tu recuerdo clavado en el corazón como una garra, repetiré á los vientos que pasan y á las peñas que siempre subsisten, juramentos de amor que no podrán llegar á tus oídos.

También tiene el dolor sus goces, su sibaritismo, gozaré, vaya si gozaré á mi modo, además es cuestión de tiempo, hace un momento estaba ner-

vioso y ya lo ves, estoy tranquilo, es cuestión de tiempo; el tiempo acaba con todo, hasta con el dolor de vivir—y César rompió en sollozos y se deshizo en llanto y Fernanda también rompió á llorar y llorando y abrazados mezcláronse en divina pasión lágrimas, sollozos, besos y suspiros.

Realmente entonces ninguno quería apartarse del otro, las almas se daban por entero, pero Fernanda no se pertenecía, no era dueña de sí misma; de la extrema pasión la apartaban muchas cosas, el nombre, el mundo, la hija, los deberes, las vanidades, la costumbre... el hado inexorable.

Maldito encontrarse tan tarde, malditas posiciones sociales, maldito mundo decían ambos, y con más caricias que palabras, ambos procuraban probar y probarse que eran y serían siempre el uno del otro; que es ley suprema del amor la libre voluntad de darse; que no forman pareja las perlas por ser del mismo bancal sino que á mil leguas de distancia nace con frecuencia la que puede servir á otra de compañera.

Y con la contrariedad y el disgusto, los nervios estaban más tendidos, la excitación era más intensa, el galopar de la pasión frenético. Los besos de Fernanda dejaron cicatrices en las mejillas de César aquella noche.

Durante los días siguientes ninguno se atrevió

á pronunciar palabra que aludiera á una posible separación. Salieron un día al campo y fuéronse instintivamente al Cigarral donde por vez primera sintieron que se amaban, quisieron estar solos y con fútil pretexto mandaron que se fuese el guarda, y la lógica de la pasión les llevó al sitio mismo donde juntos estuvieron la vez primera y allí se dijeron que siempre serían el uno del otro, y á lo divino y á lo humano pusieron por testigo de su insensato amor y juntaron sus bocas en interminable beso, mientras revoloteaban sobre sus cabezas las mariposas y desde la espesura de un olmo les miraban atónitos los ruiseñores.

¡Qué languidez suprema la de aquella tarde de Mayo! ¡Qué puesta de sol tan espléndida! ¡Qué arreboles en las nubes! ¡Qué de reflejos en las aguas del ancho Tajo! ¡Cuánto verdor en los campos! ¡Qué azul tan intenso en los cielos! ¡Cuánta flor, cuánto aroma, cuánta hermosura, cuánto amor! ¡Qué obra tan sublime el Universo! ¡Qué grande es Dios!

Cuando regresaban al caserón de Fernanda se decían más felices que nunca; mentían sin engañarse, los dos estaban tristes y en la expresión severa y dolorida de los semblantes podía verse que el ala negra de la adversidad se cernía sobre las cabezas de los amantes.

Cuando al día siguiente fué César como de cos-

tumbre á visitar á Fernanda, no la encontró sola. Estaba con ella su gran amiga Sofía.

—*Non c'e male*—exclamó ésta al ver á César.

Mediaron las presentaciones de rúbrica, pero á pesar del buen humor de Sofía la conversación languideció pronto, al fin, ella concluyó por cansarse del perpetuo monólogo, y al observar que ni sus chistes hacían reir ni las anécdotas que refería se escuchaban con interés, se convenció, á pesar de su frivolidad, de que allí no se trataba de galanteos ni de coqueterías sino de afectos serios, de sentimientos muy hondos, de verdaderos dolores y angustias morales, y no pudo menos de sentir un verdadero respeto, de contener sus chanzas y guardar la compostura y el recogimiento que aun el más desenvuelto observa á la cabecera del agonizante.

La marcha de Fernanda quedó fijada para el día siguiente.

Cuando César se encontró ya solo en su casa quiso darse cuenta de lo que sucedía, no acertaba á comprender cómo era posible que Fernanda se marchara, que estuvieran sin verse días y días y que él no hiciese nada para impedirlo y la dejara ir y no sintiera fiebre y el corazón no reclamase su derecho á palpitar cerca y al unísono de aquel otro corazón, y al protestar violento no se hiciera pedazos contra las paredes de su cárcel. Dudó de

su propio amor á Fernanda, declaróse el último de los hombres, el más indigno, y al mismo tiempo que pensaba con amargura en lo rápidamente que se va la dicha, sin que su deseo las evocase, mil imágenes de sucesos distintos de su vida, sin orden ni concierto, acudían á su memoria. Se acostó maquinalmente y dando vueltas y más vueltas en el lecho mezclaba suposiciones, fantasías, recuerdos, ensueños, con las vulgaridades de la diaria labor hasta agotar toda energía nerviosa. Y á la agitación mental sucedió una calma estúpida, al torbellino de ideas una sola idea, monotona, persistente como el péndulo del reloj. Todo se arreglaría, por qué no ser feliz, más feliz aún, siempre feliz y con ella por de contado. Aquello era sólo una separación breve y transitoria, nunca una ruptura. Ella volvería, no podría vivir sin hacerlo ó él mismo iría á buscarla, pero se juntarían, claro que se juntarían y para no separarse, para estar como estuvieron, juntos, siempre en la vida, juntos los esqueletos, atados con el nudo inrompible del último abrazo, juntos más allá, compenetrados los espíritus, fundidos los seres, luz ó sombra, pero si luz un solo rayo, si color un solo matiz, si harmonía una sola nota, si pensamiento una sola idea.

Rindióse el cuerpo á la fatiga, pero no el pensamiento por completo, sin trabazón ni enlace,

dislocado siguió en sueños trabajando. César no era ya César, cabalgaba por el desierto en negro corcel, en frenética carrera, iba solo, luego de repente, en toda la línea del inmenso horizonte, surgía una nube de polvo, ya se acercan ya los divisa, son jinetes también, miles, millones de guerreros con blancos alquiceles, le rodean, le aclaman. El los guía, ellos le siguen, adonde van, no lo sabe ninguno, cruzan tierras y tierras, otro ejército les cierra el paso, entáblase la batalla, innumerables legiones chocan entre sí, nadie quiere ceder, aquello es espantoso, horrible, el montón de cadáveres va creciendo á su alrededor. Llega la noche, noche obscura y en la sombra sigue la pelea, pero el ruido va cesando, ya no se oyen sino lamentos tristes, ayes doloridos, luego cesan también los ruidos, César se arrastra entre los cuerpos muertos, hasta encontrar espacio libre, rásganse las nubes, el rojo disco de la luna surge en la altura y en la inmensa llanura sólo queda enorme pirámide de cráneos humanos.

Luego, sin transición, César se vé niño, muy niño, está en el patio de su casa del pueblo, es el verano, las golondrinas anidan en el alero, van y vienen sin cesar, ora pasan rozando el suelo, ora se elevan, giran y giran mil y mil veces, se apoyan un punto al borde del nido y tornan á lanzarse al espacio. César procura seguir con la vista todos

los movimientos de una de ellas y se olvida de sí y con los brazos, sin darse cuenta de lo que hace, imita el movimiento de los alados séres y llega á creer que sus pies no se posan en el suelo y asciende con el pensamiento arriba, muy arriba, donde todo es luz y cuando su madre le llama, primero se enoja porque estaba tan contento siendo golondrina, y luego pregunta á la madre si después que se mueren las madres buenas y los niños buenos serán también golondrinas.

Y César sueña otros mil desatinos semejantes y desfilan por su mente mosáicos de brillantes colores, que se suceden rápidamente y vuelven á repetir sus formas varias con intervalos fijos y determinados, siendo á modo de poesías en que en vez de frases y palabras se rimaran formas y colores y las vibraciones del rayo frío de las estrellas lejanas tienen sonidos propios y distintos que él solo percibe y se entienden las almas sin el vano ruido de las palabras y el pensamiento propio y el ajeno se compenetran y la distancia no existe, ni el tiempo, ni es preciso estar en un punto para no estar en otro, pues la ubicuidad es propia de las almas...

Menos infeliz fué César mientras soñó, que por horrible y disparatada que fuera la pesadilla, nunca tanto como la realidad amarga del despertar, con la conciencia ya de los actos, refrenada la fantasía, sabiendo de nuevo que Fernanda se iba á

marchar, que no había modo de retenerla, que era la primera vez que se separaban.

> Más luego vuelve en sí el engañado
> ánimo y conociendo el desatino
> la rienda suelta largamente al lloro...

Que desde Horacio á Fr. Luis de León y de éste á nuestros días de la misma manera soñaron los amantes y de la propia suerte cayeron desde las alturas del deseo en las tristezas de la realidad.

Hasta el final hubo momentos en que Fernanda á pesar de tenerlo todo dispuesto, pensó en dar contraorden y quedarse por tiempo indefinido, pero al fin habrá que partir, se contestaba mentalmente y se decidía de nuevo á separarse, encontrando preferible llevar en los labios el dulzor de aquellos besos de la despedida, que no marcharse con los enojos de un rompimiento, que si para César era lo imposible, lo absurdo, para ella, el eterno desenlace de todo lo que llega á ser conseguido. Pensaba en esto como el ángel rebelde que la eterna gloria despierta, por su misma eternidad, deseos de mudanza.

Además, Fernanda se había formado un plan que creía fácil, hacedero y digno de ella, puesto que lo había imaginado. Llevarse á César á Madrid, abrirle un camino en el mundo, decir á las gentes, cuando César llegase arriba muy arriba,

no tanto como ella, pero muy alto, «esto lo creé yo porque vale más que todos vosotros», y seguir por de contado aquellas relaciones mientras no llegase el fastidio, si por acaso llegaba.

Le sucedía algo análogo con los vestidos, con el mobiliario, con las joyas, al cabo de algún tiempo lo mejor cansa, precisa refrescarlo, es decir modificar en algo la forma ó las combinaciones, ¿por qué no aplicar al amor el mismo criterio?

Ella realizaría su plan, tenía voluntad y medios para realizarlo. César valía, pero era preciso hacerlo valer más, el arte consiste en dar factura artística á los materiales más preciosos.

César no tenía plan alguno, pero sí una resolución firmísima, era y sería de aquella mujer toda la vida, ningún sacrificio le asustaba, haría lo que fuese preciso hacer por ella. La imagen de su madre, aquel semblante querido, mirándole con pena infinita, surgía en su pensamiento, pero luego se iba desvaneciendo y borrando como se desvanecen y borran los términos lejanos del horizonte en días tempestuosos.

—No tardaremos en vernos—decía Fernanda á César, desde la ventanilla del vagón, teniéndole cogida la mano.

César no contestaba, oprimía nervioso aquella mano tantas veces cubierta con sus besos, y con la mirada solamente quería enviar á Fernanda



palabras de amor, juramentos de fidelidad eterna, recuerdos de las horas más felices que juntos habían pasado, y aunque parezca imposible, eso y mucho más expresaban las llamaradas de pasión que fulguraban en sus pupilas; tristezas, deseos, esperanzas, gratitudes, ilusiones, amor infinito.

Vibró el aire, con el grito salvaje de la máquina, silbido estridente de colosales pulmones de metal, en que el vapor comprimido encuentra una salida, y César oprimió entonces hasta el dolor la mano que en su mano tenía, dolor físico no sentido por Fernanda á quien como á César dolor más agudo hería. Las manos se desataron, D. Domingo hizo bajar del estribo á César que automáticamente obedeció, y todavía durante algunos segundos pudieron ambos amantes decirse con la mirada «hasta pronto, soy tuyo, adiós, siempre tuyo».

—Puedes estar satisfecha, la dijo Sofía á Fernanda que iba con ella sola en el reservado, eso se llama querer de una vez, has encontrado el mirlo blanco.

—¡Ojalá fuese yo una sencilla aldeana!—exclamó Fernanda.

—Vamos del género Watteau con zapato de raso, panier rameado, muy bonito.

—Lo que quieras, ríete de mí, pero entonces sería siempre suya, sería su mujer.

—Entonces te casas con un labrador de los que curan las desafinaciones nerviosas con tisana de fresno. Como gran señora has inspirado esa pasión, como sencilla aldeana, ni el mismo César se fija en tí.

—Pero no es todo tela y adornos y maneras y frases, queda la mujer.

—Siempre hubieses gustado para un rato, pero créeme á mí, el aire del campo y la vida pobre no son los mejores específicos para conservar la hermosura, apenas subsiste en las mujeres del campo media docena de años, al primer hijo, á la llegada de los treinta, adiós belleza; todas las diosas del campo se tornan brujas.

—La verdad es que le quiero con todo mi corazón, como nunca creí que pudiera quererse.

—Ahí está el peligro, porque el corazón es un órgano muy delicado y á poco que se le interese ya se mete á inventar tragedias y á cometer desatinos mayúsculos. Yo me limito á querer con la epidermis y á dejarme querer del mismo modo, la epidermis es más agradecida y en caso de que vengan mal dadas por un arañazo no se muere.

Doblaron luego la hoja en lo referente al amor y siguieron con charla que hubiera sido interminable respecto á las modas, á los amigos y amigos de los amigos, á los teatros y sucesos madrileños, si el tren no hubiera venido á pararse en la esta-



ción de Madrid, en cuya villa tendremos el gusto de encontrar á todos.

VIII

Desde que doña Sagrario supo que se marchaba de Toledo la Condesa no cabía en sí de gozo.

Iban á terminar pronto las penas, César pasaría una temporada disgustado, pero á su edad estas heridas pronto se cicatrizan, y además ella tenía el mejor remedio á mano; casar á César.

Doña Sagrario formó su plan y como era sencillo y provechoso para César, no era posible dudar, se realizaría. ¿Iba César á desdeñar una joven de su clase, muy guapa, muy buena, muy mujer de su casa y por añadidura bien acomodada? Por el pronto llevaba la ventaja de serle simpática, después, el trato frecuente, la mutua estimación, la juventud de ambos, todo ello serviría para condensar tanto y tanto fluido amoroso, que con cualquier motivo antes de los quince días, en el hilo de una conversación, por la menor causa aparente saltaría la chispa. Doña Sagrario no daba formas plásticas á sus raciocinios, discurría llanamente, pero la experiencia de toda vida la enseñaba que la juventud, la honestidad y la belleza de la mujer cuando pueden ser apreciadas

de cerca por un hombre joven, libre de albedrío y sano de corazón, se truecan pronto en más íntimo afecto.

¡Qué contenta estaba la pobre madre! ¡ya confiaba ella en los días peores que sus rezos serían atendidos!

Mientras César se encontraba en la Estación despidiéndose de la Condesa, doña Sagrario subía á la más alta azotea de la casa; desde allí se divisaba un trozo de la vega, acaso pudiera verse la partida del tren llevándose todas sus inquietudes. Y algo vió que surgía de entre los álamos como suave neblina que de pronto flota, se esfuma y pierde en el azul del cielo. Era llegada la hora, el tren de Madrid se ponía en marcha.

Bajó de su observatorio alegre y satisfecha y entróse en la cocina donde con sus propias manos preparó un guiso de codornices tal y como César lo prefería, sirviéndole de ayudanta la criada, una bargueña limpia como el oro y trabajadora como una hormiga, con moño de picaporte y mollera de pedernal, pero que limitaba su acción culinaria al clásico cocido y no menos clásicos guisados, y cuando en fritos tenía el atrevimiento de presentar unas croquetas de forma inverosímil era milagroso, y cuando ponía tasa al aceite una maravilla. Jamás llegó á entender que pudiera ser preferible la escasez al exceso de pringue y en sus

malicias campesinas suponía que lo aconsejaban los amos por ahorrar aceite, conservando incólume la creencia de sus mayores de que no hay nada superior á unas magras bien adobadas de dos dedos de gruesas, con huevos frescos nadando en la roja pringue. Eso ha sido y será siempre el verdadero señorío, lo que entona, fortalece, da lustre y esplendor á las personas.



Llegó la hora de la cena y César estuvo cariñoso y comunicativo como si nada sucediera, comió sin exceso pero sin desgana, elogió el guiso de codornices y doña Sagrario casi se puso contenta al verle de este modo.

Se habrá hecho cargo de las cosas ¡cómo podían continuar las relaciones! César tiene talento, ha hecho una calaverada, qué joven no las hace,

pero ya pasó, no hay que volver la vista atrás; se cerrará pronto la herida, no es tan honda como supuse, pensaba doña Sagrario.

Si doña Sagrario hubiese profundizado más el estudio del corazón humano, de seguro nada la hubiese alarmado tanto como esta calma aparente.

César no olvidaba, no podía olvidar, no se resignaba á la separación ni á la ruptura definitiva mucho menos, tenía fe en su propio amor, en el amor de aquella mujer. Se sentía dueño, señor absoluto, y al mismo tiempo se sentía esclavo de Fernanda, pero si el mundo, las circunstancias, los obligaban á esta separación, los afectos, las almas mismas, de tal suerte se habían fundido, formaban un solo ser, que no había poder humano que deshacer pudiera lo que él consideraba una sola esencia. No tardaría en volverla á ver, no tardarían en unirse de nuevo y para siempre.

Habían convenido Fernanda y César en no escribirse por temor á posibles extravíos que pudieran ocasionarla graves disgustos. Cuando ella calculase que podía César ir á verla, entonces y sólo entonces le escribiría, aunque sin firmar la misiva.

César al día siguiente se consagró por entero al cuidado de su establecimiento, repasó el libro de recetas, enterándose de las existencias de productos químicos, escribió á las droguerías que

le surtían pidiendo los repuestos necesarios, y como el abandono databa de larga fecha, pasó ocupado el día entero.

Y transcurrió un día y otro día. César del todo absorbido al parecer en sus deberes profesionales, un poco menos comunicativo y hablador que antes de llegar á Toledo la Condesa, pero sin parecer preocupado. Sólo á la hora de llegar el correo de Madrid se le notaba cierta agitación; se asomaba á la puerta de la tienda, preguntaba por los periódicos, dirigía á breves intervalos la vista á la esfera del reloj. Llegaba el cartero y luego los periódicos permanecían con la faja intacta. La carta no llegaba nunca, pero César, al fin hijo de su madre, confiaba, estaba cierto del mañana, necesariamente tenía que suceder. Si no escribía Fernanda, sería por no ser posible todavía, ¡pero la desconfianza en la solidez del vínculo no se le ocurría siquiera al enamorado mozo.

Cuando iban transcurridos ya ocho días, desde la partida de la Condesa, doña Sagrario juzgó llegado el momento oportuno de poner en práctica su plan. Aprovechó la ocasión primera de estar sola con su hijo y entabló con él conversación.

—¿Sabes lo que tengo pensado?—le dijo—pues una cosa que creo te va á ser todavía más agradable á tí, que á mí propia que lo he pensado.

—Usted dirá, madre; no será ello malo cuando usted lo piensa.

—Pues he pensado que, comienza el verano, que estas casas son frescas y en cambio en el lugar hace *mucha* calor, que tengo allí una sobrina que está deseando venir á Toledo y yo deseando verla y que si no te parece mal la voy á escribir para que venga á pasar una temporada con nosotros.

—Pues me parece muy bien pensado; así tendrá usted compañía, y hasta puede que por sacar á paseo á mi prima la veamos á usted alguna vez en la vega ó en el Miradero.

—¿De modo que estás contento conque venga María Rosa? no podía suceder lo contrario; es la perla de la familia, no conozco chica mejor, es como el difunto mi hermano, un pedazo de pan, y tan hacendosa y tan sencilla. Otras valiendo y teniendo mucho menos, se darían un pisto... pues ella nada, tan humilde siempre, atenta al cuidado de su casa y no llevándose mal con nadie.

—Es muy buena muchacha.

—*Pa chasco* que luego os llevéis mal.

—Y ¿por qué ha de suceder? ni bien ni mal, á mí no me estorba mi prima, al contrario, y basta que esté usted contenta para que yo también lo esté.

Hablaron luego la madre y el hijo de varios

asuntos del pueblo, de las exigencias de los tiempos, de la carestía de todo, de la botica, de los específicos extranjeros, pero doña Sagrario sacó la impresión de la absoluta indiferencia con que César veía la llegada de su prima, y acertaba.

—Cuando la tengas cerca no serás así—se decía la pobre doña Sagrario, y como lo deseaba tanto, de antemano se figuraba lo que iba á suceder.

Llegada de la prima, saludo afectuoso; primeros días preferencias y atenciones por cortesía; salidas á la Catedral y al campo, si era preciso incluso á paseo, algo había que sacrificar á los tiempos. César las acompañaría, era lo natural, y con el trato, los chicos irían tomándose afecto; muchos ratos de forzoso encierro por *la* calor; muchos ratos de conversación de los primos; él se va fijando; la chica está retraída y se pone encarnada por cualquier galantería ó por cualquier indirecta; César razona á solas, es guapa, joven, buena, tiene posición, es de su sangre, porqué no ha de ser esta mejor compañera de toda la vida que ninguna otra. César comienza á hablar bajo, casi al oído á María Rosa; ella muda de color cada cinco segundos, balbucea las palabras, está anhelosa, palpitante de emoción. César habla más quedo todavía, la coge una mano, recuerda la infancia ¿por qué no luchar juntos contra la adversidad que sería media adversidad, por qué no ser di-

chosos juntos, que sería doble dicha? María Rosa no sabe contestar, se turba, suspira y, por último, hace un esfuerzo y se levanta de la silla y se va á su cuarto con los ojos rebosando lágrimas dichosas, lágrimas benditas. Y ella interviene entonces, se prepara el matrimonio, se casan, son felices toda la vida y colorín colorado.

¡Pobre madre, qué fábrica tan estupenda de naipes había levantado su imaginación!

Llegó María Rosa del pueblo y el diablo en forma de la tía Burraca—así se llamaba una corredora de alhajas del pueblo que en todas partes se colaba como un mal viento. El diablo, digo, la tía Burraca hizo que María Rosa llegara á Toledo más amaestrada que perro de circo, considerándose ya adorada, ó poco menos, por César. Todo tan llano, tan llano como tierra de regadío lo había puesto la Celestina.

La pobre muchacha llevaba un peinado en que la bandolina formaba espejuelos, un vestido de seda con pabellones y lazos y cintas, y hasta sombrero en que un pájaro lucía vistoso plumaje, todo ello concordando con arracadas de diamantes, collar de aljofar y sortijas en abundancia, ninguna buena, pero formando dechado de pedrería, y sirviendo de pedestal á la figura unos zapatos hechos en el lugar por no acertar con la medida cuando de Toledo la mandaron unos botitos pes-

punteados, capaces de conmover el gremio de verduras.

César al ver aquel mamarracho, creación de la tía Burraca, rompió el trapo á reir y tuvo la imperdonable sinceridad de decirla que con todos aquellos atavíos debía hacerse un auto de fe y volver al prerrafaelismo, ó sea en este caso, al peinado de labradora pegado á la frente, al pañuelo de talle de crespón, á la cinta al cuello con la cruz, á la falda de indiana rameada y al pañuelo de seda brochado de Talavera para la cabeza cuando fuese menester. Como iba su madre cuando joven, como vestían las mujeres de labradores acomodados en la comarca. Pan de trigo cocido en el horno casero, de miga color de oro y tostada corteza, sano y nutritivo. Flor de los campos de sencilla corola, agua clara de la fuente, mujer honesta de mirada y corazón limpios, sincera en los afectos, sencilla en las costumbres, siempre amante y humilde, haciendo de la religión y del deber de esposa tal amalgama que de ella resultaba ese metal, más fuerte, más inatacable, más precioso, más brillante que todos: la madre cristiana.

¡Y cuán pocos ejemplares van quedando, de lo que no hace todavía medio siglo era el tipo corriente de las mujeres de la tierra toledana!

Si los acontecimientos no se hubieran precipi-

tado, si César hubiera permanecido días y días, meses y meses cerca de su prima María Rosa, á pesar de la primera impresión, se hubieran ido poco á poco limando asperezas, los ojos irían dejando penetrar imágenes y más imágenes en el ánima; hoy seria, mañana risueña, un día tierna, otro llorosa, poco á poco con la imagen, con la voz, con el trato diario, se hubiesen ido velando otros afectos, otras imágenes, el recuerdo de otras voces y acaso un día, sin saber cómo, se siente que ya es tarde, que se perdió el libre albedrío, que se filtró en todo nuestro ser un amor y que surge vigoroso y potente el deseo de poseer alma, vida, todo el ser de aquella mujer á quien ya de antemano alma, vida, todo el sér donamos.

Hay que creer en el diablo; no haría veinticuatro horas que María Rosa llegó á Toledo, cuando el cartero llevaba una carta á César, aquella tan esperada.

La carta no podía ser más sencilla, sin membrete ni firma, ni el texto más breve; no decía más que *Ven*.

César estaba seguro de recibir la carta, segurísimo. Tardaría más ó menos, pero era fatal; no obstante, jamás, jamás sintió dicha mayor que leyendo aquella palabra *Ven*. Fué así como el batir de una catarata; había visto, había perdido la vista, volvía á ver.

Aquella noche misma tomó el tren para Madrid; la presencia de María Rosa sirvió para descargar su conciencia: al fin su madre quedaba acompañada. Además, pronto regresaría, mañana acaso; pero á qué pensar en mañana ¿qué enamorado se acuerda del mañana?

Llegó á la estación del Mediodía, tomó un coche de alquiler, dejó encargado el equipaje á un mozo para que lo llevase al hotel modesto adonde venían sus amigos y paisanos, y se dirigió á casa de Fernanda. ¡Qué segura estaba Fernanda de que desde el tren se dirigía á verla! La doncella fué quien abrió la cancela de cristales cuando sonó el timbre del portero anunciando visita, el lacayo se apartó respetuosamente ante ambos, César guiado por la doncella fué recorriendo salones del palacio hasta llegar á la puerta del cuarto de la Condesa, en el umbral se quedó la doncella. Fernanda estaba sola, no se habían visto en un mes...

La vida tiene sus cumbres, y aquel momento representaba un Himalaya para César y Fernanda.

La vida tiene también sus depresiones, hay abismos en los mares que niegan su profundidad á la sonda, abismos llenos de aguas amargas, en perpetua sombra, en soledad eterna.

Doña Sagrario en Toledo, con los ojos rebosando lágrimas, de hinojos ante la Virgen de los Do-

lores la decía: Madre amantísima, siempre Virgen



María, Madre admirable, refugio de los pecadores, consuelo de los tristes, por qué me abandonas.

IX

Todo Madrid conoce el palacio de Fernanda, en el antiguo barrio donde está situado, lo llaman la casa grande, en el resto de la villa se le conoce por el palacio de Burgal.

De generación en generación viene sucediéndose la dinastía de los Nortez y habitando aquella destartalada vivienda. Antes de que se hablara en España de Austrias y Borbones, se destacaba ya el linaje esclarecido de los Nortez entre la pléyade de magnates que se disputaban el predominio en Castilla. El palacio de Madrid, era relativamente moderno, poco más de dos siglos, pero el de Toledo, databa del siglo XIV y en las Asturias de Santillana cercana al mar, existe aún la torre almenada donde los fundadores del linaje hicieron, al llegar de lejanas regiones, su nido de águila; todavía rezan los pergaminos no pocos derechos anejos al señorío de la torre, dominio de no pocos terrenos, privilegios de cabaña en las sierras vecinas, exclusiva de venta de mercaderías, alcabalas, lo que fué y lo que no volverá. Es tradición de la casa que cerca de la torre hacia el siglo XI desembarcaron los normandos, y allí

les plugo fijarse y allí arraigaron y fueron hombres de guerra y aquel solar fué el punto de llegada y el punto de partida, y de allí salieron, extendiéndose después por toda España siguiendo las vicisitudes de su historia grandiosa, y fueron condes y adelantados y condestables y maestres de las Órdenes y virreyes, y á más no subieron por estorbarse mutuamente la suprema ascensión, la necesidad de competir con otros tan grandes y heroicos como ellos.

El palacio pertenecía á Fernanda, última de su linaje en quien recayó no sólo toda la herencia de los padres, sino además la de los hermanos de su padre muertos sin sucesión directa, la madre de Fernanda era también del mismo linaje, prima hermana de su marido, y según los aficionados á la ciencia del blasón, era una de las familias aristocráticas que hasta entonces habían tenido menos cruzamientos con estirpes de inferior calidad. No obstante, el marido de Fernanda á pesar de ser Duque, tenía que buscar sus genealogías del otro lado de los Pirineos, que al ser traducidas perdían no poco, y los estados debían ser de aquellos que hizo tabla rasa la revolución francesa, no quedando ni aún piedras que dieran fe de las torres primitivas, y en clase de armas antiguas, la panoplia familiar, sólo podía formarse con espadines cortesanos.

El padre de Fernanda, ya conoció que los tiempos no son tan exigentes, quiso casarla pronto, y entre los diversos partidos, prefirió al Duque, cuyo apacible carácter y flexible modo de ser, le hacía esperar que su hija, no esperimentase las graves contrariedades á que por sus condiciones personales pudiera exponerse casándose con otro de mayores energías, ó permaneciendo soltera mucho tiempo. Aparte de que el Duque por su figura, distinción y talentos sociales era, si no el primero, uno de los primeros siempre en todos los salones.

Conocido en Madrid el regreso de Fernanda, cuando ya empezaba á olvidársela, su casa se vió invadida de todos los amigos que habitual y aun escepcionalmente la visitaban.

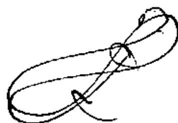
Un periódico publicó la noticia de que la condesa de Burgal, había regresado restablecida por completo de sus dolencias, y la dieron tantas veces la enhorabuena por haber recobrado la salud, que ella misma llegó á olvidarse del motivo de la ausencia, y que en efecto la decidiera á verificar el viaje á Toledo la necesidad de atender á cualquiera enfermedad, neurastenia ó cosa parecida. Los nervios se acomodan perfectamente á todo género de superchería.

Recibióla el marido con verdadera efusión, no parecida á la de cualquier burgués que se traduce

en el despertar de recuerdos y en el avivarse los deseos, nada de mal tono, sólo sí la expresión discreta del contento que experimentaba por que volviera á reinar en la casa la animación y la alegría, que los salones estuvieran abiertos y el piano dejase oir valses y romanzas, invitando la juventud al placer, envolviendo en lánguido torbellino de notas musicales las tristezas, dolores y amarguras de la vida.

Fernanda cuando regresó á Madrid, tenía dos propósitos, primero preparar su viaje al extranjero según costumbre, y al mismo tiempo traerse á su hija, cuya educación en el convento terminaba, el segundo propósito era el de buscar una fórmula posible y que la pareciese decorosa para César, á fin de que éste pudiera permanecer constantemente en Madrid.

Sin saber cómo, entre visitas, paseos y compras, pasó cerca de un mes, y entonces creyendo que la víspera había llegado de Toledo, cayó en la cuenta de que nada había arreglado respecto á César, que estaba en pleno verano, que todo el mundo, su mundo, iba desfilando y que ella también tenía que marcharse y que no había visto á César. Entonces le dijo *Ven* en aquella tan lacónica carta. Vino César, fueron felices, se lo dijeron, y no tuvieron tiempo sino para quererse y convenir en hablar de nuevo al día siguiente. Volvió César, y



entonces ya pudo alternar la cantata de amor con más prosaicos coloquios.

¿Podía César marchar con ella á París? ¿Verse allí constantemente donde todo es fácil y hacedero, en aquella tierra de verdadera promisión para los amantes? Sí y no; César, si ella lo exigía, no razonaba; pero ambos convinieron en razonar. Era preciso dejar alguien encargado de su farmacia; un regente no se encuentra en veinticuatro horas con las condiciones adecuadas. Además, para engañar á su madre, lo mejor era suponer que necesitaba tomar baños de mar; asimismo no podía ni aun pensar en viajes con Fernanda sin equiparse de nuevo por completo, y, sobre todo, necesitaba procurarse otros arreglos; él no decía ni indicaba siquiera cuáles fuesen, pero era fácil adivinarlos: dinero, dinero y dinero.

Doña Sagrario era y había sido siempre la tesorera en la casa, y para las pequeñeces acudían la madre y el hijo al cajón de la botica; pero así, de buenas á primeras pedir César tres ó cuatro mil pesetas á su madre, hubiera sido inaudito, y como calcularía el empleo que iban á tener, evidentemente se negaría á darlas. Es más, no era casa de banca la suya ni de gran caudal; quizá toda su hacienda no pudiera estimarse en diez ó doce mil duros, y claro está que ordinariamente no poseían tres ó cuatro mil pesetas en metálico,

y aun siendo gente previsora, á veces para reponer un par de mulas ó no malbaratar la cosecha, necesitaban acudir á algún íntimo para vencer transitorios apuros ó completar el importe de alguna nueva adquisición de terrenos para ensanchar la propiedad heredada un poco cada año, merced al régimen modesto y económico de su vida, que les permitía ahorrar dos ó tres mil pesetas en año favorable.

Convinieron, en suma, por lo que dijeron y lo que callaron, en que Fernanda se iría á Biarritz y luego á París, y para Septiembre César se reuniría con ella, permaneciendo á su lado constantemente muchos días, los más que pudieran ser. Aquello se prestaba tan bien para todos los acomodos, según decía Fernanda, era tan seductora la perspectiva para César; no obstante, un cierto estremecimiento nervioso se apoderaba de él; aquello sí que era cerrar los ojos para no ver el abismo, el gasto loco, el abandono del establecimiento, el inmenso disgusto que iba á dar á su madre, pero no discutía, estaba lanzado, los nervios no tenían la costumbre de estas perturbaciones de la vida y por eso vibraban... ya se buscaría la compensación más adelante.

Un poco molesto se sintió César, cuando al planear las cosas con Fernanda, ésta, aunque con mucha discreción y la sonrisa en los labios le di-

jo:—bien sé que no puedes dudar que te quiero apasionadamente, no puedes tomarlo á mala parte, por el contrario, pero César, nueva vida, es nueva vida; tu pelo necesita distinta tijera, tu manera de vestir hay que reservarla exclusivamente para los paseos por aquellos preciosos Cigarrales, todo son pequeños detalles que nada valen en sí, pero es tan exigente la sociedad, que ni aun concede la libertad de ponerse un cuello de camisa que no sea del patrón debido.—Aunque no le dió tiempo á contestar sellándole los labios con los labios, no obstante, César sentía el amargor y por involuntaria asociación de ideas se arrepentía de haber usado parecida y aun mayor llaneza con su prima María Rosa; él tenía razón entonces, Fernanda ahora, pero ¡cuánto mejor es que tales observaciones salgan de uno mismo que no el ser preciso que nos las hagan los demás cuando es seguro de que sin ello, por propia discreción, habríamos de hacer cuanto fuese oportuno!

Tanto efecto le hicieron las frases de Fernanda, que al salir de casa de ésta, se encaminó en derechura á casa de aquel abogadillo que con él concurría en otros tiempos á la tertulia de Fornos, y que á la sazón era ya Diputado, distinguiéndose siempre entre todos ellos por el inusitado esmero con que atendía al cuidado de su persona,

siguiendo la moda y estando al corriente de todos los detalles de la vida elegante. Seguramente por este conducto podía sin temor á equivocarse aprender cuanto era indispensable; referencias y señas de camiseros, sastres, tiendas de novedades, cuanto hiciera al caso para metamorfosearse en un completo y perfecto dandy, gomoso, sportman ó como se llame ese compuesto social dentro del cual á veces hay también un hombre que se resigna, aunque lo corriente sea que por fuera y por dentro sólo exista un muñeco.

Tuvo la suerte de encontrar á su amigo y pudo informarse convenientemente según había previsto, aunque le pareció que su amigo incurría en evidentes exageraciones, porque una cosa era, según César, presentarse bien en el mundo y otra cosa muy distinta querer pasar como modelo de elegancia, ni menos hacer papel de gran señor. Fué á casa del sastre, uno de los mejores de Madrid, y en efecto, suprimió el traje de casa y el de playa, y el de *smocking;* pero el sastre enterado de que era un forastero que pensaba presentarse en alta sociedad, desechando toda la ropa confeccionada en la provincia le persuadió de que no podía dar un paso en el mundo sin cinco trajes completos por lo menos; uno de frac, otro de levita, otro de *jaquette*, otro de mañana, aprovechable para viaje y otro de casa; y en lo referente á abrigos ¡qué

menos que un Mac-Ferlan ó carrik y un gabán saco corto; aún así podría verse en grave compromiso en multitud de ocasiones, en que es costumbre usar otras prendas de vestir, si no ha de hacerse un papel desairado, pero en definitiva en los casos corrientes tenía con lo dicho para ir pasando hasta el invierno, en que era de rigor hacerse otras prendas. Se conformó César, dejó cien pesetas de señal y las señas suyas de la Fonda.

Entró luego en casa del zapatero, uno de los más afamados, y tuvo que encargarse botas de paseo y visita, botas fuertes para viaje, botas para las mañanas, zapatos y botas para *soirée*, zapatillas, y dejó cincuenta pesetas de señal, y fué después á casa del camisero, y de *soirée*, de diario, de color, de dormir, de la clase que menos, el camisero que creía estar equipando á un recién llegado de Cuba, puso en la nota la docena—qué menos para quien como usted dice, se propone frecuentar la alta sociedad; ¡pero tantas, decía César! Habrá muchos días que se ponga usted tres, y una persona medianamente distinguida no se pone dos veces la misma camisa.—Es verdad, decía César, que aspiraba por lo menos á ser medianamente distinguido; también se encargó el camisero de la restante ropa blanca, pañuelos, calzoncillos, dejó otras cien pesetas y se encami-

nó á casa del sombrerero, repitiéndose los encargos correspondientes, y lo mismo en una tienda de géneros de punto y en otra de novedades, pagando al contado muchas menudencias, y dió por último con sus huesos en el sillón de un barbero, que le arregló cabeza y barba, y le friccionó con *schampooing*, y con esto, y levantarle con los hierros las guías del bigote ya salió de la peluquería confiado y resuelto á conquistar el mundo, y miró en el portal la cartera, para hacer un arqueo de existencias y vió con asombro que sólo le restaban unas doscientas pesetas de las mil de que se proveyera cuando salió de Toledo, que no había pagado en totalidad sino muy pocas cosas de las menos importantes cuando se creyó tener lo necesario para acometer las mayores empresas, faltándole muchas todavía. Y dispuesto á no oir el sentido común que le gritaba: detente, y empujado por aquel anhelo que le decía: adelante; se fué á la perfumería á surtirse de cepillos varios, tenacillas, polvos, jabones, etc., y preguntó cándidamente, para qué servían unas manos pequeñas de marfil con su varilla adyacente, y le dijeron que para rascarse con comodidad y no quiso preguntar más al ver la sonrisa maliciosa de la señorita del escritorio; pagó el gasto que ascendía á 50 pesetas dejando para mejor ocasión el adquirir alguno de aquellos estuches de

toilette varonil que le enseñaron con tanta multitud de objetos que parecen indispensables para cualquier varón que aspire á ser tenido por hombre de mundo.

Todas las compras que César iba haciendo las reunió en la Fonda donde paraba, pero no se las llevó á Toledo, sino que las guardó en un baúl de viaje que compró para el proyectado en Septiembre y todo ello lo dejó á cargo del dueño de la Fonda.

Su propósito era regresar á Madrid á los ocho días para probarse la ropa y completar el pago y también entonces liquidar con el droguero para quien pidió á su madre las mil pesetas que invirtió de tan distinta manera, dejaría entonces preparado todo para el viaje de principios de Septiembre y en el momento oportuno salida de Toledo como boticario, llegada á Madrid transformación en príncipe ó cosa parecida y á París, y después que se juntara el cielo y la tierra si fuese preciso, pero aquellos días prometidos absolutamente libres y juntos ella y él eran una tentación tan irresistible que ni los sacrificios metálicos, ni compromisos graves en los negocios de su casa, ni la perturbación de su modo de ser, ni las lágrimas de la madre, nada podía impedirlo. No era César ya un descastado, no había relegado al olvido á la mujer que le tuvo en sus entrañas, no era ciego para

este sentimiento, veía, pero voluntariamente se tapaba los ojos para no ver más que á Fernanda, sólo Fernanda y siempre Fernanda.—Es una tontería ó es una locura lo que vóy á hacer, pero alguna vez tenía que hacer alguna y será esta, y después de todo, si era una locura irse con ella, mayor todavía pudiera cometer con la separación. Si he de perder su cariño á qué todo lo demás, y al pensar en esto César, sacudía con nervioso movimiento la cabeza, como para echar fuera sentimientos inoportunos y seguía adelante, adelante como un iluminado. Si encontraba en su camino un obstáculo, lo saltaría y si era una roca se estrellaría contra ella; y si era un abismo lo mismo, cerrar los ojos y adelante. Le impelía fatalmente la pasión, era cuestión de temperamento, de raza, de instinto, quién lo sabe, de todo habría y para el resultado tan indiferente como puede serlo para una herida mortal los componentes de la pólvora que sirvió para lanzar el proyectil.

César sólo estuvo en Madrid los dos días que se había propuesto y sólo vió dos veces á Fernanda y sin gran contrariedad se fué, porque tenía la convicción íntima de pertenecerle el porvenir, por que Fernanda era suya para siempre, por que de tal suerte se hallaban unidas ambas existencias que no había posibilidad de que se deshiciera el

nudo y era absurdo pensar que ninguno de los dos pretendiera cortarlo.

Camino de Toledo iba César queriendo hacerse cargo de todo lo que suponía su intento de representar un papel de superior categoría social; estaba sorprendido de lo poco que vale el dinero, no sabía que supone más distancia entre clases y clases que la que realmente existe entre las distintas naciones y aun los distintos continentes. Cuántas veces comentando en la rebotica ó en el Casino algunas narraciones de diversos amigos respecto á las complicaciones, gastos y enojos de la vida en las altas esferas sociales, todos suponían que el narrador intentaba darse tono á costa de la candorosa ignorancia de los oyentes. Respecto á las facilidades del trato social en Madrid ya descontaba César mucho de lo que oía afirmar, pero aun así, la idea en provincias es tan general que parece un secreto que saben guardar entre todos. Todas las puertas están abiertas á todo el mundo, es verdad, pero hasta la antesala únicamente, y son pocos, muy pocos los que van contando á la vuelta, las antesalas que han hecho, las puertas que siempre han visto cerradas, la tan deseada invitación nunca recibida, el frac hecho acaso á costa de un penoso sacrificio y que luego permanece años y años en el cajón de la cómoda bien sembrado de alcanfor, veinte veces sacado al aire libre para que

pierda el fuerte olor de la droga, por si acaso hay necesidad de usarle y veinte veces vuelto á guardar sin utilizarse, destinado á seguir envejeciendo en la sombra y en el olvido como su pobre dueño.

No sólo con estas meditaciones pasaron las dos horas que tarda el tren en llegar á Toledo, la imaginación de César se hallaba sobre todo enardecida con la perspectiva del viaje; un París de ensueño surgía en la mente del mancebo, palacios soberbios, escaparates con telas, joyas, porcelanas y miles de objetos exóticos, brillantes, resplandientes; Iglesias con torres góticas, otras con cúpulas doradas, columnatas de mármoles multicolores, jardines con árboles paradisiacos y multitudes compuestas de gentes lujosamente ataviadas, todos felices y sonrientes. Apoteosis de baile de ópera, compuesta por la dislocada fantasía de César, con retazos de lecturas y de fotografías y elementos extraños que sin solicitar su concurso se asocian allá en las celdillas del cerebro como si fuesen enganchados en las mallas de una red, y luego todo se velaba, surgiendo del fondo una sombra que no querían ver sus ojos y creía oir lejanos sollozos y el resto de la razón, en derrota, le decía ¿y después? El corázón para defender su amor gritaba: Fernanda, Fernanda; pero los gritos no lograban apagar del todo los sollozos y las

fibras más delicadas de su ser vibraban dolorosamente y César resuelto, sin propósito alguno de enmienda, á pesar de todo, suspiraba tristemente: ¡Pobre madre mía!

X

Doña Sagrario no pudo reprimirse por más tiempo, cuando César preparando su plan empezó á decir que necesitaba tomar baños:

—Me engañas, César, me engañas, tú no necesitas baños, ni tienes ningún negocio que te obligue á emprender ningún viaje. Tu porvenir es claro y sencillo, seguir la senda por que has caminado toda la vida, ocuparte de tu casa y de tu farmacia. Si te parecen escasas las utilidades, nadie te impide emprender otros negocios, los mismos de que me has hablado muchas veces, de fabricar drogas, y si no quieres meterte, como dijo el otro, en libros de caballerías con el dinero, entonces tiempo tienes de sobra para escribir esos libros de cosas antiguas que siempre estabas proyectando y que nunca comienzas.

Y sobre todo, lo que tienes que hacer antes y con antes es buscar novia y casarte, ya verás teniendo á tu lado una mujer como Dios manda como se te pasan esos vapores y no te vas por los

cerros de Ubeda. Tienes el defecto de haber sido hijo único, todavía crees como cuando eras chico que tienes alas y puedes volar como las golondrinas. *Pa chasco* que te hubiera yo tenido en las entrañas y hecho hombre y seas de la casta que eres para que luego... vamos no quiero disparatar pero yo le diría á ese pendón...

—Madre, por favor, interrumpió César.

—Qué favor ni qué niño muerto, pendón y muy pendón. Te parece que una mujer casada... si tuviera vergüenza, no hagas visajes, así clarito si tuviera una pizca de vergüenza iba á tomar relaciones de la clase de las vuestras; y luego dirá Domingo que es una católica modelo, que guarda todos los preceptos, que no promiscua, vamos será por que para variar de hombre no necesita bula: tan sin vergüenza es Domingo como ella, gracias que no todos son como él, buena estaría la religión si hubiera muchos como él, que sólo piensa en llenar la panza, y á ella más le valiera hacer menos aspavientos en las vigilias y tener más recato, pero qué sabe ella de eso, la muy guarra.

—Madre me marcho por que no quiero oirte y no quiero faltarte, á mí puedes decirme lo que quieras, pero no merece Fernanda...

—Ahora ya no negarás, so trasto, pues qué me crees tonta, á Fernanda, á Fernanda, y como se te llena la boca al decirlo, qué *puñao* de honra

para la familia el que la Sra. Condesa se fije en el boticario de la Encrucijada y en un dos por tres le convierta en uno de esos muñecos con tirillas almidonadas. ¡Si lo veo y no quiero creerlo, tú, mi hijo, convertido en perro faldero de una gran señora! Pues sabes lo que digo, que ella tendrá muchos millones y nosotros muy poco dinero, pero los hombres de mi casta han sido siempre amos donde han estado y comiendo unas patatas suyas, son y han sido más que los que comen perdices á costa de su vergüenza, y que preferiría cien veces que te murieses á que concluyas por ser eso que no quiero saber como se llama. Aunque estoy en mi rincón y me llegan las noticias retrasadas, vivo en el mundo y sé lo que pasa mejor que tú.

—Pero, madre, respondió César que había aguantado la tempestad con la cabeza baja, clavado, que no fijo en un punto—yo nunca creí que perdiere usted la razón de esa suerte y que pudiera usted tener semejantes paroxismos; yo eso, yo eso, entonces usted no me ha tenido en sus entrañas. Yo sí, á qué negarlo á estas alturas, soy amante de Fernanda, pero degradarme yo, y hasta ese punto. No me insulte usted, madre, que su propia sangre ofende. Sé lo que soy y lo que me debo.

—Pero siempre esas relaciones... si eso es imposible, si no puede ser decente...

Madre, usted cree conocer la vida y el corazón humano y la verdad, el círculo en que usted se ha movido es muy pequeño, por eso juzga y sentencia de plano y sin tener en cuenta las diferencias de educación, de medio social, de ocupaciones, de ejemplos, de condiciones en que se nace y se vive.

En la clase de Fernanda, con frecuencia, las ideas, los afectos, los matrimonios están subordinados á circunstancias de un modo escepcional de vivir. Ni sus ideas son nuestras ideas, ni juzgan los actos con el criterio nuestro, ni su paladar es lo mismo. Nacen como nosotros, pero después en nada se nos parecen; se educan por persona extrañas á la familia, institutrices ó conventos, los casan sin amor casi siempre, viven luego vida independiente, tienen ejemplos y costumbres de un orden distinto, de suerte que el pretender medirlos con nuestra medida es absurdo.

Además, y sobre todo, madre, yo no puedo vivir sin ella, yo no sabía lo que era amor, yo no sabía lo que era una mujer hasta que la encontré en mi camino; yo no puedo discutir con usted, usted tiene derecho á todo, pero como no me mate, como no me arranque lo que tengo en el pensamiento y en el corazón no podré dejar de quererla.

—No, hijo del alma, déjame á mí, sigue mis consejos, no procures ahondar más la herida, tra-

baja, ocúpate en algo, fíjate en las jóvenes honestas, en alguna como María Rosa, no sabrán decirte ninguna palabra de esas que suenan á comedia y sencillamente te consagrarán toda su vida sin guardarse para ellas ni un pensamiento ni un latido del corazón. Tus lecturas, tu imaginación contribuyen á perderte, pero comprende el daño, procura olvidar, yo te ayudaré á curarte.

—Si es que no quiero perderla, si es que no quiero olvidarla, si es que sufro y gozo con el sufrir, me duele mucho y gozo con mi dolor, si es que quisiera poderla dar el pensamiento y el corazón y la vida y el alma entera.

—¡Ingrato, ingrato! ¡Virgen del Sagrario, por qué me castigas así!... Pues bien, hijo, hijo mío—decía sollozando,—yo no puedo querer sino á tí que no me quieres, que ya nada soy para tí.

—Perdóneme usted, madre, sí la quiero, pero á ella también la quiero, son dos cosas que no pueden parecerse ni tampoco se oponen.

—¿Pero por qué ha de ser posible que puedas querer así á quien no puedes llamar tu mujer ni ante Dios ni ante las gentes? No ves que esas relaciones no tienen otra solución que la vergüenza para todos. ¿Qué papel va á ser el tuyo á su lado, cómo podrás mantener tu decoro, cómo alternar con ella, cómo recibir favores que no parezcan limosnas?

—No quiero pensar nada, madre, no acabe usted de desesperarme, por un minuto de su amor lo daría todo.

—¿A mí también?

—A usted nunca; no son incompatibles los dos cariños, mi respeto y obediencia á usted, mientras me dure la vida; pero si no he de verla más habrá usted hecho de mí el ser más desgraciado de la tierra.

—No, eso nunca, hijo del alma, déjame pensar, tampoco acierto á razonar ahora.

—Perdóneme usted, madre mía.

—Hijo, acaso estuve yo muy fuerte contigo, creí hacerlo así mejor; pero no te desesperes, no quiero ver llorar á un hombre, tan hombre como tú; yo también tendré valor y sabré luchar, y lo primero eres tú, hijo, eso lo primero—y sollozando ambos se abrazaron, pero sin que César cediese una línea del terreno en que se había colocado.

No había faltado quien enterase á doña Sagrario de los gastos hechos en Madrid por su hijo; con estas noticias y los proyectos de veraneo, no era mucho que hubiese adivinado los propósitos de César, pero de lo que no estaba enterada, ni aun podía imaginarlo, era de que César hubiese tomado á préstamo siete mil pesetas á un sujeto de Toledo que era también hacendado en el mismo pue-

11



blo en que radicaban los bienes que poseía César por herencia de su padre.

Mucho hubiera sentido doña Sagrario el que César pidiera prestada tan respetable cantidad, pero mucho más, el que precisamente fuese don Nicasio el que la facilitara.

Hay cosas que por más confianza que medie entre padres é hijos de las que nunca se hace conversación. D. Nicasio era una mala persona, no sólo por lo de consagrarse al oficio de usurero, sino por todas las demás circunstancias que le afeaban, pero esta mala persona no sólo tenía una afición no escasa á quedarse con los bienes ajenos, si que además era hombre de reconcentradas pasiones y apetitos desordenados. Hijo de un tabernero del lugar, fué tratante en toda clase de malos tratos, aquéllos que se efectúan entre dos copas de lo tinto ó de lo blanco, por cualquier buen hombre que tiene que andar en ferias y aquellos que lo preparan como cacería para llevar las víctimas al matadero; pronto adquirió bastante caudal y siendo joven todavía y de buena planta, aspiró á tener también lo que le faltaba, consideración de las gentes; ningún modo mejor de conseguirla que casándose con alguna mujer escogida entre las principales familias de la comarca, fijó sus ojos en doña Sagrario que reunía todas las circunstancias que él deseaba, y

tenaz y porfiado, aunque cauteloso, siguió años y años la pretensión, siendo siempre desdeñado y lo que fué primero cálculo y luego empeño del amor propio á su modo, fué luego deseo loco de posesión, amor hondo como él podía tenerlo con negruras y perfidias, todo inútil; doña Sagrario leyó una primera carta y recibió una primer mensajera, devolvió luego cerradas las misivas y negóse á escuchar mensajes y no paró mientes siquiera en D. Nicasio, por quien sentía instintivo asco, desdén invencible. Nunca había pensado en contraer segundas nupcias, pero con tal sujeto, aunque hubiera sido el único varón del universo, jamás hubiera aceptado la menor amistad y mucho menos relaciones amorosas.

César cuando necesitó dinero, hizo lo que todo el mundo que se encuentra en análoga situación y no tiene ningún amigo íntimo que sepa que desea obligarle de este modo, es más, descartó desde luego los amigos, calculando que sin perjuicio de maldecir la usura y los usureros, cada uno daría su correspondiente pretexto para esquivar el favor; prefería pagar intereses crecidos y no tener nada que agradecer, á pagarlos acaso tan gravosos, y que por añadidura pareciese luego que tenía que pagar como uno y agradecer como ciento. Tres ó cuatro sujetos por el estilo de D. Nicasio había en Toledo ejerciendo el oficio de prestamis-

tas, todos le eran indiferentes; empezó por dirigirse á D. Nicasio, porque todo préstamo á quien tiene tierras y bienes, se facilita dirigiéndose á quien las conoce, y D. Nicasio sabía mucho mejor que César lo que era propiedad de éste, con linderos, servidumbres, calidades, contribuciones y gabelas. Y cosas de la vida, D. Nicasio resultó un caballero de la Tabla Redonda para César, no aceptó garantía, ni hipoteca, ni quiso escritura, ni puso otro interés que un 6 por 100 anual en un simple pagaré, y todo ello en menos de un cuarto de hora, sin explicaciones, ni preguntas indiscretas, ni consejos. César que iba dispuesto á dejarse desollar firmando lo que le pusieren delante, cuando tan fácilmente realizó la operación, no pudo menos de protestar en el fondo de su pensamiento contra la falsa opinión de las gentes respecto á D. Nicasio. Vaya usted á fiarse de lo que dicen cuatro tramposos que quieren darse tono á cuenta ajena y que cuando llega la hora de pagar salen echando pestes y calumniando al que les sacó de los mayores compromisos; no sería él de éstos, á escoger le daría cualquier finca si no podía resarcirle cuando lo quisiera, y muy agradecido. Si para estar contento casi se hubiera alegrado de que el sacrificio fuese mayor; ¿no lo hacía por Fernanda?

Doña Sagrario no perdía nunca del todo la es-

peranza, aun encontrando tan funestos los propósitos de César; confiaba en muchas cosas, que con la posesión se hastiara el joven, que cualquiera de los dos tuviese un momento lúcido para comprender el grave pecado en que vivían; que al llegar á ver de cerca las dificultades de alternar con aquellas gentes, César no queriendo afrontar el ridículo y no tolerando indignidades, cortase las relaciones; otro nuevo amor, mil y mil sucesos posibles imaginaba doña Sagrario, cada uno de los cuales daba el resultado de terminar definitivamente aquellas relaciones, y entonces todo se habría reducido á una mala temporada para ella, y á un ligero quebranto de intereses.

No se atrevía á insistir, dejando al tiempo su labor cicatrizadora; César era *muy sentido*, ¡sufría tanto por aquella mujer! Quizá lo que más pena causó siempre á la pobre madre era la tristeza de no reinar como antes en el corazón de su hijo. Como las madres dan su cariño por entero, no es humano pedirlas que se resignen á perder nada, ni una fibra, ni un átomo del cariño de los hijos. Cuando se resignan al sacrificio es porque hay algo divino en las madres que no se alcanza á comprender.

XI

Hallábanse una mañana doña Sagrario y María Rosa arreglando las macetas de ebónibus del patio, cuando se presentó en su casa don Domingo y tan orondo y resplandeciente en sus manteos de gala, tan rebosando alegría, que no pudo menos de conocer doña Sagrario al primer golpe de vista, que algún suceso fausto por todo extremo, debiera ser la causa.

—Dame albricias, Sagrario, por la buena noticia que te traigo, dijo el presbítero, prescindiendo del corriente saludo.

—Bien á las claras se te conoce la satisfacción, ¿te ha caído la lotería?

—Y el premio gordo y más que el premio gordo, me han nombrado canónigo y de Toledo.

Una vez soltado el notición, dejóse caer don Domingo en el sofá de Vitoria que crujió dolorosamente con el peso que le vino encima.

—¿Y cómo ha sido el milagro, por que tú no lo esperabas ni siquiera nos habías dicho tus trabajos para conseguirlo?

—Pues verás, hija, providencial, providencial, déjame tomar resuello y lo iré contando. Pues nada la de César, no nuestro César sino el otro,

vamos el romano, vine, ví y vencí. Ayer se puso grave, muy grave el pobrecito don Pascual y Dios le llamó á concederle el premio de los justos; yo le recogí el último suspiro ¡qué hombre tan cabal! era lo que se dice un santo. Se nos murió como un pajarito, una llama que se va achicando, achicando hasta que se apaga, ¡qué dolor! De ahí, y comprendiendo lo que son estas cosas, me fuí al telégrafo y puse un parte á la Condesa.

—Vamos la Condesa, ya pareció aquello.

—No, que iba á telegrafiar al Preste Juan de las Indias, puse un parte á la Condesa muy detalladito que me costó cuatro pesetas; yo no reparo en gastos cuando se trata de estos negocios y hoy he recibido otro parte con la contestación. Chica, llegar á tiempo, esto se llama decir «sésamo ábrete» como en el cuento y que se abra la piedra. Mira la contestación en este papelito azul tan simpático.

«Don Domingo, etc., etc.—Condesa recibió telegrama, ministro comía casa, concedida canongía, mande testimoniales evitar le molesten recomendaciones, enhorabuena. Zubibarreta.»

Este es el apoderado de la casa, muy buena persona, ya ves, no hay duda, pobre don Pascual, tanto como le estimaba, se alegrará si puede saberlo en el otro mundo de que sea su sucesor aunque no pretenda igualarle en virtudes y saber,

¡pero chica te has quedado como un palomino atontado! ¿no te alegras?

—Sí, mucho, dijo doña Sagrario, no muy segura de si debía ó no alegrarse, ¡quién iba á defender á su César contra aquella mujer!

En este punto de la conversación se hallaban cuando César, que desde la botica había oído la voz de su tío, entró en el patio. Repitió don Domingo la noticia con los aderezos con que él condimentaba sus párrafos, y pudo comprender doña Sagrario bien á las claras, que en cierto modo al mismo César le demostraba con palabras su agradecimiento, única forma posible de agradecer en don Domingo, y que César coparticipaba verdaderamente la alegría tanto ó más que si él mismo fuera el agraciado.

—Hasta Obispo llegará usted, tío—dijo César.

—No aspiro á tanto, mis débiles hombros no podrían con esa carga, pero Dios, escoge al más humilde y le da fuerzas para que pueda servirle.

Doña Sagrario creía á pies juntillas en la intervención divina en las cosas de este mundo, pero no pudo aguantar la forma hipócrita de expresarse don Domingo.

—No tendrá Dios gana de castigar una diócesis contigo.

—Chica, no disparates, otros peores lo habrán sido, de esta madera se hacen. Hubo un Papa que

fué en su mocedad guardador de puercos, y al fin yo soy un Pantoja.

—No sé por qué no habrá de servir un Pantoja para Obispo, dijo César, Cardenal hubo de este nombre y acaso de nuestro linaje.

—Eso digo yo, exclamó muy convencido don Domingo.

—Pues, yo no digo nada, señor Obispo, sino que me voy á la cocina por no veros hacer la rueda como pavos reales.

Y á la cocina se fué doña Sagrario, donde descargó su mal contenido enfado en la pobre bargueña que aquel día pagó las culpas de una semana de torpezas, y en tanto, quedaron D. Domingo y César charlando, y lo que nunca había sucedido, aquello de soy un Pantoja les llevó á sostener una conversación de genealogías y de linajes, en cuyo pormenor estaba bastante enterado don Domingo, que como desocupado y dependiente de casa grande, daba su importancia á estos asuntos, y César, por su parte, hasta invocó la autoridad del célebre señcr de Calderilla, á cuya tertulia asistió de estudiante en Madrid, y que le había garantizado la nobleza de sus apellidos paterno y materno. Si el señor de Calderilla no hubiera fallecido hacía un par de años, es de creer que le escriben consultándole el caso para ratificarse en sus creencias. César con estas nimie-

dades creía acortar la distancia social que de Fernanda le separaba, cuando para lograrlo por entero, le hubiera bastado conocer el cuento del príncipe gigante, y la princesa liliputiense que llegaron á quererse tanto, tanto, que ella con el amor crecía, y él con ese mismo amor, se iba proporcionando en tamaño con la princesa, hasta que llegó un día en que los dos formaron la más perfecta pareja que nunca se había visto.

No cayó bien, ni mucho menos en la Imperial ciudad el nombramiento de canónigo á favor de D. Domingo, no hubo oposición abierta porque, al fin, el presbítero agraciado no bullía, ni daba escándalo, ni para el bien ni el mal se distinguió nunca, atento sólo á su personal cuidado, pero los que marcaron más su oposición y disgusto, fueron los mismos sacerdotes.

—Lo ven ustedes, decía D. Gabriel, un ancianito de los que acudían por la tarde en el buen tiempo á tomar su vaso de limón con barquillos al café de Revuelta, lo ven ustedes, no se puede, ni se debe transigir. La Iglesia debe ella sola sin intervención de nadie nombrar sus dignidades, esta usurpación del poder civil trae estos nombramientos, se fundamentan en lo profano, no miran sino el satisfacer caprichos y vanidades; no atienden al bien de la Iglesia, ni siquiera al de la sociedad cristiana. Dirán que también haría malos nombra-

mientos un Obispo, niego; el Ministro vive en el mundo y necesita corresponder con los que le sirven, deja de ser Ministro, quiere volver á serlo y nadie le achaca la responsabilidad de lo que ocurre en la Iglesia. El Obispo aun teniendo debilidades humanas, ya siéndolo, Obispo será siempre, y tanto más valdrá, cuanto más valga la Iglesia. Aun siendo malo desearía tener buenos servidores de la Iglesia y de mucho prestigio. Nada, regalismo y herejía, todo uno; liberal y hereje, primos hermanos; yo creeré á los liberales que empiecen por no querer tiranizar la Iglesia y que la den lo que Cristo la dió, aunque la quiten lo que la dieron los hombres.

Y los contertulios del ancianito no le contradecían y hasta los más dislocados espíritus de la ciudad, y eran muchos, que decían que estaba chiflado, concordaban en que su chifladura consistía en un amor sin límites á la verdad, en un desinterés absoluto de todo provecho humano y de toda vanidad, en un ardiente fervor cristiano, que las contrariedades, los años ni la nieve de las canas lograron entibiar. Pero hay que reconocer que algo de chifladura debía tener el buen Sr. Cura párroco de la parroquia del Arrabal, porque cuando le hablaban de socialistas y anarquistas y ateos y demagogos, sonriéndose bondadosamente decía:

—Entre cuatro viejas y yo podemos con todos.

Y como le preguntaran la receta. Contestaba:

—Esto es más sencillo que el huevo de Colón. Nace un chico; vamos á la casa, nos lo traemos, abrimos la Iglesia, me visto la mejor casulla y le bautizo, lo mismo al del pordiosero que al del Duque. Viven dos mal, voy á verles, tengo paciencia, si me echan vuelvo y vuelvo hasta que los caso, y vuelta á vestirme de gala y abrir la casa de Dios para bendecirles; enferman, voy á su cabecera y les hablo de la otra vida, si están en peligro les doy los Sacramentos, si se mueren les acompaño, les entierro y les rezo en la Iglesia, y mis viejas van y vienen, hoy unas, mañana otras, solas y conmigo, enseñan y curan y consuelan y rezan y se visten como unas fachas de negro y tocas blancas y adelante. Yo con mi catecismo y mis viejas, no tengo miedo á nadie, y vengan demagogos.

Mucho sorprendió á doña Sagrario el modo fácil con que obtuvo la canongía D. Domingo, pero aún más, el enterarse por unos y por otros del agasajo con que trataban á César gentes de la ciudad, con quienes antes apenas tenía superficial conocimiento, aun los mismos amigos se excedían en miramientos y consideraciones, ¡ella que casi temió ver el vacío alrededor de su hijo! Pues sucedió todo lo contrario, el nombramiento de canónigo fué muy comentado, atáronse cabos, suplió la malicia con exceso lo que no vieron los ojos,

ni oyeron los oídos, y se fabricó una leyenda en que había de verdadero lo fundamental, ó sean las relaciones de la Condesa con César, y como añadidura se dijo, que César iba á ser nombrado apoderado general de la casa, que le había regalado una de las mejores dehesas para cuando tuviera la humorada de ir de cacería con los amigos, y como la dehesa era magnífica para el caso, pretendieron ser considerados con el título de amigos de César las nueve décimas de los aficionados á la caza de la ciudad. Hasta hubo quien pidió desde luego recomendaciones para obtener destinos y se resintió con César por no querer éste complacerle.

María Rosa que seguía viviendo en la casa, era la que no acababa de enterarse y la pobre se tomaba mil afanes para que César se fijase en ella y viese otra cosa que la prima, y con estos empeños, el amor propio femenino, la predisposición del ánimo y las ilusiones concebidas, iban extendiendo raíces y más raíces en su mente y en su corazón. La pobre chica á medida que pasaba el tiempo se enamoraba más y más de César, y en cualquier frase galante, en cualquier ademán ó mirada, quería ver y creía ver que César también participaba de su afecto, y si alguna vez tan notorio era el desvío, no se conformaba con dar sepultura en el olvido á sus esperanzas, y confiaba en un mañana que iba huyendo siempre delante de

sus ojos. Y era sencilla porque él prefería las sencillas, y era espontánea, y era confiada, y era creyente; todo lo que se consideraba que debía ser una mujer, modelándose en ideas y pensamientos á los supuestos deseos de César para llegar á ser amada por aquel hombre, y el alma entera le daba sin que César ni aún se diese cuenta del irreparable daño que estaba causando.

Esceptuando doña Sagrario, nadie podía enterarla bien de lo que ocurría, pero la pobre madre atenta sólo á su hijo, ni la enteraba de nada, ni veía lo que pudiera ser interés distinto del de César. Ciertas confidencias no era delicado hacérselas á la joven y además, la madre tenía siempre confianza en que César volvería, más pronto ó más tarde al buen camino, entonces sería posible pensar en la boda de los chicos. Las frecuentes cartas que recibía en esta época César de Fernanda, debieran haber hecho comprender á la pobre madre que estaban atravesando precisamente un período álgido en aquellas relaciones amorosas.

Había pasado Agosto, comenzaba Septiembre, y doña Sagrario empezó á tener alguna tranquilidad de espíritu, ya no se irá, habrá desistido, pensaba; un día, salió César por la tarde y dieron las nueve de la noche, hora de cenar y no llegaba, las nueve y media, tampoco, y doña Sagrario un tanto alarmada, preguntó á Tomás, el mancebo de

la botica, si sabía dónde pudiera estar ó haber ido su hijo y Tomás por toda respuesta, dió á doña Sagrario una carta; quedóse atónita la pobre señora al ver la letra de César en el sobre, comprendió en seguida lo que pasaba, y dominando su dolorosa emoción, abrió el sobre y leyó el papel que decía:

«Madre, no tengo valor para despedirme de tí, tengo miedo á que me pidas explicaciones y no sean de tu agrado las que pueda darte. Perdóname si por quince ó veinte días me separo de tí. No quiero mentir, me voy á París y te escribiré. Por Dios bendito, aunque esté mal hecho para tí lo que hago, no me creas indigno de tu cariño. Siempre te quiere como á la más santa de las madres, tu hijo,

César.»

Con los ojos empañados por las lágrimas, leyó la carta y presente María Rosa oyó la lectura.

—Al fin se fué con ella—no pudo menos de exclamar doña Sagrario,—hijo de mi alma, hasta donde te llevará este loco amor—y María Rosa entonces, sintió como si el corazón se la partiera, y vió toda la verdad de un golpe, y lloraron silenciosamente aquellas dos mujeres, y al querer consolarse mutuamente, más y más se enternecían.

Y la madre con aquel querer sin límites, dijo:

nuestra es la culpa, que no hemos sabido retenerlo, y la pobre María Rosa, desbordando el corazón, dijo entonces, por ser un día la más bonita de las mujeres y serlo para él, hubiera dado el resto de mi vida. En tanto el pobre Tomás, se tiraba de los pelos y se proclamaba idiota por haber cumplido al pie de la letra, el encargo de su principal, sin preparar á la señora; y como nadie pensaba en cenar allí aquella noche, fuese á la cocina, y mientras maldecía su torpeza, de acuerdo con la bargueña, se engulleron un pan de dos libras, por no haberlo de cuatro; por aquello sin duda, de que los duelos, con pan son menos.

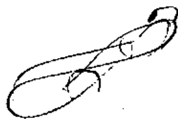
XII

París, qué poder mágico encierran estas cinco letras. ¡Cuánto ensueño! ¡Cuánta ilusión!

En París se fabricó el juguete que nos sorprendía de niños, y que guardaban nuestras madres, para sacarlo tan sólo en las grandes solemnidades, y andando el tiempo, el traje, el mueble, el cuadro, la joya, el libro que tantas veces deseamos y que tan pocas se logró poseer; de allí vienen las ideas y los nombres, que nos son más familiares que los nuestros, á fuerza de leerlos en nuestros periódicos y de repetirlos en nuestras conversacio-

nes. Sabemos sí, que no todo es creación de aquella ciudad, y que allí es cierto, que se recoge todo, y que se recoge mal y se integra y generaliza imperfectamente cuando no de modo absurdo, pero en definitiva es el cristal á través del cual todos miramos, y si conocemos algo del mundo es á través del vidrio parisién, y así les acontece á los demás pueblos. París, quiéranlo en muchas partes ó no lo quieran, es la estación central, el Hotel Términus de todas las líneas del mundo, y todos aguardan á ser prohijados por París, para tener derecho al cosmopolitismo, á representar un papel en el mundo. Escriben los ingleses, Dickens, Lytton, Poe, ó en otro orden de labor Spencer, Darwin, Mill; los ignoramos hasta que llega la traducción francesa, que precede en su caso á la española y lo mismo sucede á los alemanes Haeckel, Virchow, Hartman y Niestzche, y hasta los autores italianos, á pesar de lo fáciles que nos pueden ser en su lengua propia, las más de las veces nos llegan en francés, que aceptamos con preferencia, como sucede con D'Annunzio y Farina. Y no hablemos de rusos, escandinavos, húngaros y asiáticos, y todos los demás pueblos que ignoraríamos sin la propaganda francesa. El idioma obligado que ha sustituído al latín, es el francés, y no se tuerce el convenio de todos los pueblos en este punto, por iniciativas individuales, ni

12



aun por esclusivismos de raza. Inglaterra sobre todo, querría rebelarse; bastarse á sí propia, pero llegada la ocasión, si un producto inglés material ó intelectual merece circular por el mundo, es cuando obtiene previamente el *placet* de París.

Nos molesta mucho en nuestro orgullo nacional, el que nos traten á los españoles colectivamente con notoria injusticia, y afecten creer ó crean, que todos somos *toreadores* ó majos y que las *castañetas* ó castañuelas, la navaja y la guitarra, constituyen las prendas principales de nuestra indumentaria, pero no es suya toda la culpa. La España fantástica, que ellos se imaginaron, es la España que hasta la misma frontera les brinda con corridas de toros, y les envía como manifestación artística, cuadros de género, con los asuntos que se cree prefieren y si vienen por acá, en cada villa española, sobre todo andaluza, para ellos principalmente, hemos levantado un tabladillo, con cuatro mozas de rompe y rasga, y claro está, aquella quincena que puede consagrar un parisién á recorrer nuestra Península, no frecuenta otras diversiones, ni se interesa en otros asuntos y no hace, sino dejarse llevar de lo que tiene más color local á su entender, sin notar que aquello que están viendo, es género de pacotilla para la exportación.

No encuentro mejor manera de señalar las res-

pectivas diferencias entre ambos pueblos, que examinando el modo de entender el culto á la Virgen. Ellos han extendido la devoción á Nuestra Señora de Lourdes, como si se tratara de un asunto mercantil, ó á lo sumo de un espectáculo artístico; de vírgenes de Lourdes hechas de pasta con su banda azul, á precio económico, han llenado el mundo. Nosotros somos más pobres, y no obstante de nuestra Virgen del Pilar fabricamos imágenes de plata: con la Virgen de Lourdes se vive, por la Virgen del Pilar se muere. Legitimistas hay en Francia y legitimistas en España, y en este punto mucho nos habríamos ahorrado, pudiendo permutar por la fidelidad francesa en los salones del gran mundo, esta fidelidad española que consiste en haber siempre algunos millares de hombres de bien dispuestos á jugarse la vida ó la fortuna cuando lo manda el Señor.

Y cuando allí la jerarquía se conserva como las castas en la India, y el cargo, el título, la condecoración, hasta la partícula sirve para clasificar los ciudadanos, nosotros, sin poner en los muros de nuestros edificios públicos las palabras Libertad, Igualdad, Fraternidad, el Mane Thecel Phares, que simboliza la transformación total de un régimen, nosotros nos empeñamos en fundamentar nuestra organización en ideas francesas en que ya nadie

cree, y procedimientos á la francesa ya del todo desacreditados donde nacieron.

Pero después de todo, bendita Francia, país de la alegría, pueblo en que sus habitantes son los que viven más cantidad de tiempo con más cantidad de goces, y por si algo les faltara, ellos mismos tienen esta creencia. Una copa de champagne simboliza mejor que nada el carácter francés; ruidoso al manifestarse, brillante en la apariencia, llenándolo todo siquiera sea con espuma, ligeramente alcohólico, ligeramente excitante, que al subirse á la cabeza sin dañar trastorna, anima, despierta los dormidos deseos, adula la mente con resplandores de superior inteligencia y adula el corazón con vibraciones de heroísmo fugaz.

Cuando Fernanda desde Biarritz escribió á César señalándole el día en que llegaba á París, César combinó su viaje de tal suerte que un miércoles llegaba Fernanda con Sofía al Hotel Continental y el jueves de mañana llegaba César en pos de ella.

En muchas locuras que realizamos en la vida no es sólo la pasión la que nos impele; cuando se trata de realizar algo que nos agrada en su esencia, cargamos en la cuenta de la pasión, para que nos sirva de escudo, todo aquello que no pudiera justificarse separadamente.

Antes de conocer á Fernanda, en muchas oca-

siones, había proyectado César el viaje á París, pero bastaba una indicación del sentido común, para que César desistiera ó por lo menos aplazara indefinidamente su propósito aun cuando los planes fueran entonces prudentes y modestos y ahora disparatados, pero ahora el pobre sentido común no se atrevía á decir nada, porque la brutal pasión le agarraba del pescuezo y le decia: ¿qué sabes tú imbécil de estos empeños del corazón? ¿cómo quieres poner en un platillo de la balanza todo lo que pesa nuestro amor y en el otro unos billetes de banco que si no sirven para esto ni aun serían buenos como aleluyas?

Ver á Fernanda, vivir con ella y como fondo del cuadro en que se destacarían las figuras de los amantes, París, el París deseado, el París de los ensueños, ¡qué despacio marchaba el expréss en comparación de los deseos de César! ¡Con qué alegría se metió en el coche al llegar á la estación y dijo al cochero Hotel Continental! ¡con qué curiosidad tan infantil iba admirando aquella serie de grandes avenidas! la soberbia perspectiva por demás vulgar á fuerza de vista y reproducida del Sena, de la isla de San Luis, de las torres de Nuestra Señora, la masa imponente y negruzca del palacio de justicia y detrás, sobresaliendo, la fina aguja de la Santa Capilla, y aquella calle de Rivoli que no acaba nunca y el Louvre y el Pa-

lacio Royal, y al fin, teniendo á la izquierda los jardines de las Tullerías y los arcos interminables



de los soportales á la derecha, llegar á la calle de Castiglione, ver un instante la columna de Vendôme y penetrar en aquel anchuroso patio ade-

cuado por el lujo, por la servidumbre y por todos los detalles y adornos para alojar á montones príncipes, duques, magnates y archimillonarios americanos.

Lo que desde luego pudo comprender César, es que allí no cabía ser vanidoso, so pena de quedarse rápidamente sin un céntimo. Pasó al bureau, se informó de la llegada de la Condesa y de las habitaciones que ocupaba, y por su cuenta pidió una de diez francos diarios; le pareció que con pagar esto, sólo por las paredes, ya podía ser buena, y le mandaron al cuarto piso y dando los balcones á una calle accesoria. Por lo demás como subía en ascensor el piso era lo de menos, y como no iba á pasar las horas al balcón no le preocupaba la calle;—pero Fernanda subiría al cuarto, ¡bah! bien sabe que no soy rico—se decía. El cuarto era sencillo y vulgar, pero César lo encontró magnífico, buenos muebles, buena guarnición de chimenea, luz eléctrica, colgaduras, confortable, limpio, no echó nada de menos, todo estaba previsto. Ya iba César muy transformado de indumentaria, traje de americana color pizarra de buen corte, sombrero de moda, calzado elegante, guantes de gamucilla, camisa de color última novedad, pero aun así César quiso perfilarse ¡no llevaba en la maleta todo un equipo de novio! ¡y buen exceso que había pagado en el ferrocarril

por el equipaje! No procedió como cuando fué á Madrid, que desde el tren se marchó á visitarla, y puesto que vivía en aquella colmena de príncipes procedió según creyó más correcto pidiendo al camarero que le indicase donde bañarse, y como en todos los pisos del hotel había diferentes cuartos de baño, el mozo le guió al más cercano, y aun así tuvo que recorrer no pocas galerías: después del baño lo correcto era entregarse en manos del peluquero, bajó á la planta de la calle en que estaba situado, comprendiendo que la llamada del peluquero á su cuarto le costaría más cara, y se puso en manos del artista. El artista además de embellecerle, tenía otro arte en que también era maestro y le obligó ó poco menos á comprar una pomada maravillosa, cuestión de cobrar cinco francos. Regresó á su cuarto, pidió el desayuno, un café completo y el mozo destinado á este fin trajo una bandeja cubierta por adamascada servilleta con todo lo necesario, todo muy bueno, pero se enteró César de la tarifa y vió que el desayunarse así suponía dos francos cincuenta, el precio que por todo pupilaje tenía que pagar César cuando estaba en Madrid como estudiante, y ya fué comprendiendo lo de Sancho, «si buena ínsula me dan buenos azotes me cuesta».

Vistióse luego César, traje, camisa, corbata, botas, sombrero, guantes, todo flamante, se miró al

espejo, se encontró perfecto, y se encaminó á ver á Fernanda.

Serían las once de la mañana, llamó en la puerta de su cuarto, salió Cayetana y por el pronto tuvo que aplazar la visita por hallarse la señora



probándose un corsé con la corsetera; para hacer tiempo bajó al Hall ó vestíbulo, que estaba al pie de la escalera principal, y se estuvo allí observando aquellas gentes, los cristales decorativos, las grandes plantas tropicales colocadas en tiestos enormes de porcelana, y al recordar su Toledo, su botica, su casa, y mirarse tan otro, tan distin-

to, tan cambiado, sintió acaso la emoción más intensa de la vida que no era de franca satisfac-



ción ó sencillamente de asombro, y siendo todo tan grande, se sentía pequeño, muy pequeño, absolutamente insignificante, el último de todos

allí entre tantos, cuando en su tierra era siempre alguien, uno de los primeros por su cultura y linaje y en la imaginación como contraste, sin saber por qué, se le representaba la parra centenaria sostenida en sencillas pilastras, que dió sombra allá en su pueblo á tantas generaciones de los suyos y á su propia venturosa niñez.

Dejó transcurrir el cuartó de hora que le dijeron, y de nuevo tornó á llamar en el cuarto de Fernanda, que pudo ya recibirle en seguida. Todo lo merecía ella, viaje, trabajos, sacrificios, todo, todo, sólo con darla la vida entera podía satisfacer aquella deuda del corazón, aquella ventura incomparable de ser amante de Fernanda.

¡Cuánto la quería y qué afán tan grande experimentaba de decírselo!

—Fernanda, Fernanda, vida de mi vida, amor de mi alma, aquí me tienes.

Aquel viaje suponía mucho para él, pero como para Fernanda un viaje á París suponía muy poco, alegrándose al verle, pues de veras le quería, no estimaba ni el abandono de la madre, ni los gastos extraordinarios hechos por el joven, ni aún caía en la cuenta de que lo hecho pudiera ser un sacrificio, como tampoco el presentarse César en su cuarto del hotel vestido como todo el mundo, y pareciéndoles prematuro mientras no preparasen un plan de vida, el almorzar juntos aquel día,

quedaron citados para la tarde en el jardín cercano de las Tullerías.

No le contrarió del todo á César el tener algún tiempo libre; deseaba ver muchas cosas y era poco discreto obligar á Fernanda á que le sirviera de Cicerone.

Por el pronto y puesto que al salir del hotel era la hora del medio día, decidióse César á tomar la dirección del Boulevard, á que sin preguntar, y por el plano de bolsillo que llevaba pudo fácilmente encaminarse; pasó primero por la plaza de Vendôme, tan severa y hasta tan triste, con todos los edificios iguales de piedra ennegrecida, la columna soberbia en el centro, pero que sólo da idea de lo caro que cuesta elevar un hombre sobre todos los demás; viene luego la calle de la Paz, que ya es médula de París y dice bien á las claras que sólo un París puede tener semejante calle y no es por las edificaciones completamente vulgares, sino por la mucha gente y el excesivo lujo que rebosa por doquiera; todas las puertas sirviendo de entrada ó escaparates de comercios suntuosos, consagrados en su mayor parte al lujo femenino, sombreros, abrigos, pieles, perfumerías, porcelanas, y principalmente joyerías y más joyerías.

La Carrera de San Jerónimo multiplicada por ciento; el lujo madrileño multiplicado por mil; los balcones con anuncios de sastres y modistas, *mo-*

des y *modes, robes* y *robes,* y todos los establecimientos dedicados á la vida lujosa, á las gentes que pueden tirar el dinero á manos llenas. César se iba deteniendo á medida que la curiosidad le llamaba en una ó en otra dirección, y en verdad que si había soñado mucho con aquel París, si se lo imaginaba grande, ostentoso, alegre, lejos de disminuir la realidad lo imaginado, todavía lo sobrepujaba ¿pero habrá bastantes compradores para tantas joyas de tan subido precio? Se preguntaba César al ver la multiplicidad de collares de gruesas perlas y la fabulosa ostentación de brillantes de enorme tamaño y al mismo tiempo y paralelamente para los paladares artísticos aquel arte delicioso aplicado á mil caprichosos objetos, aguas marinas, ágatas, onix, zafiros y esmeraldas, sirviendo de copas ó cajitas con monturas de esmaltes traslúcidos y combinaciones de formas y tonos en que lo insignificante por menos precioso era el oro, y aun la misma pedrería olvidadas por el primor de la factura artística, y César tan conocedor del arte veía en estos mil caprichosos objetos, como subsisten los grandes artistas, y como hoy, sin desmerecer lo bueno antiguo, también y á diario se crean verdaderas maravillas, en que las enseñanzas del Renacimiento, los ejemplos del Oriente y las tradiciones locales de cada pueblo, se funden ó combinan para deleitar la vista de

los afortunados que poseen el vellocino de oro.

Al finalizar la calle llegó á la intersección con los boulevares, en cuyo centro de la otra parte se halla la Gran Opera, que por sus adornos, por su objeto, por su forma misma, no es sino un espléndido y colosal juguete, un edificio femenino, concebido y ejecutado pensando siempre en la mujer, mármoles de colores, capiteles dorados, líneas complicadas, variedad de perspectivas, diversidad de emociones, nada que semeje la viril grandeza del arte romano con sus termas de Tito, su panteón de Agrippa, su mausoleo de Adriano, sus basílicas y templos, circos, arcos de triunfo, teatros, foros y naumaquías, grande ó pequeño en el tamaño, grande siempre en la factura; el templo de Vesta un juguete, pero de niños romanos, el Coloseo, diversión de hombres, y aquel arte y aquel genio que lo animaba, todavía no ha encontrado legítimos herederos por línea masculina.

Y se le antojó á César que bajo aquella cúpula dorada del teatro se albergaba un monstruoso pulpo, invisible al vulgo, y que por cada una de aquellas magníficas calles extendía uno de sus gigantescos tentáculos, para absorber por succión disparatada el jugo de todos los pueblos. Años de trabajo penoso, años duros de incansable labor, eternas horas de encierro en tiendas y escritorios, luchas homéricas con la naturaleza en haciendas

agrícolas esparcidas por el mundo, en páramos helados y en los abrasados trópicos; enorme, inconcebible desgaste de fuerzas humanas, de músculo y nervio y sangre y vida, para convertirlos en monedas que lo simbolizan y que luego se truecan sin sentirlo por los espejuelos y cuentas de vidrio con que una civilización afeminada nos brinda y seduce.

El apetito de César le hizo descender del trípode y en el cafe de la Paix, que está en el mismo sitio en que confluyen las calles, ocupando parte de la planta baja del Gran Hotel, entró é hizo que le sirvieran el almuerzo, prescindiendo por el pronto de todo espíritu crítico y de toda obra imaginativa, reconcentradas potencias y facultades en el sentido del gusto. Tratóse á cuerpo de rey y pasó luego allí una hora feliz, los ojos viéndolo todo á través de las espirales de humo azulado de un buen habano, y la mente en los dulzores de la abdicación temporal de la inteligencia en favor del estómago, que por su parte mostrábase agradecido de la buena comida y de la media botella de Borgoña con que su dueño le obsequiara.

Con 12 francos pagó la cuenta del gasto, y como por el plano aprendió á orientarse, siguió por el Boulevard de Italianos adelante, luego por el de Montmartre, rue Vivienne, al Palais Royal, miró el reloj y sería ya próximamente la hora á que

estaba citado con Fernanda, teniendo que andar deprisa para no caer en falta y acudir á su debido tiempo al jardín de las Tullerías.

Y ¡oh poder de la buena cocina francesa! César antes de almorzar, veía las cosas y los seres con un tinte de melancólico pesimismo, y después estaba hecho un Dr. Pangloss, que sin duda fué en la imaginación de Voltaire una persona dotada de excelente estómago y que tuvo ocasión de alegrar con frecuencia el ánimo con los vapores de un buen vino. ¡Aquello era vivir y gozar y ser dichosos! qué tiendas, qué edificios, qué de lujosos cafes, qué movimiento de coches y tranvías, qué piso tan cómodo, qué temperatura tan dulce, qué gentes tan buenas y tan bien educadas debían ser todos. Distraído como iba César y poco acostumbrado á las muchedumbres, tropezó tres veces con distintas personas; uno le dijo—*Pardón*,—otro—*Excusez moi*,—otro—*Je suis desolé*. En Madrid era lo probable, que el primero le hubiera llamado bruto, el segundo animal y el tercero estúpido, salvo que se encontrase con uno de genio más vivo y le sacudiera un estacazo para irle acostumbrando á mirar donde ponía el pie.

Desde un coche de lujo le llamó Fernanda, que estaba esperándole cerca de la puerta del jardín donde le citara,—iba sola, como deseaba César

pues temía lo que le había dicho pudiera suceder de acompañarla Sofía.—El día es hermoso, ncs podemos ir al Bois, excusando el paseo de las acacias y la vuelta al lago por precaución, el Bois es inmenso—le dijo Fernanda, y si alguien nos ve qué le hemos de hacer.

Y en aquella berlina *capitonée* de raso azul obscuro, al lado de la mujer querida, las manos entrelazadas, á través del pequeño cuadro de la ventanilla César veía pasar como en un ensueño filas de palacios, jardines maravillosos, gigantescos jarrones de mármol, fuentes monumentales. Fernanda le decía, es del jardín de las Tullerías todavía, el obelisco de Cleopatra, eso que se ve del otro lado es el Palacio Legislativo, los Inválidos con su cúpula grandiosa realzada de oro. Ahí está el cuerpo de Napoleón—dijo César.—Creo que sí, esto el *cours de la Reine*, la torre Eiffel, el Trocadero, y por Passy se dirigieron al Bois, donde estuvieron bordeando Longchamps hasta que ya el sol declinaba, sin ocurrírseles ni por un momento dejar el movible nido de amor, en que absolutamente libres de toda importunidad podían jurarse mil y mil veces del modo más expresivo, que siempre serían el uno del otro. Cuando le dejó ella en el Palacio Royal para que la aguardase mientras iba al hotel á hacer un *bout de toilette*, entonces sí que César encontraba que

13



estaba pagado con usura de todos sus sacrificios.

Por tener el dinero necesario ¡qué mucho los disgustos que había tenido y que pudieran sobrevenir! con Shylock el judío de Venecia, hubiera tratado y sin dificultad prometido entregarle pedazos de su carne por las monedas; no eran pedazos de felicidad lo que cambiaba por ellas, menos vale la propia carne, por que la vida si vale la pena de ser vivida, es cuando se consigue realizar siquiera sea por un momento algo que nos haga completamente dichosos.

Volvió Fernanda al cabo de una hora, que no se le hizo larga á César mirando desde la entrada del Palais Royal, cerca de la avenida de la Opera, la mayor de las curiosidades de una gran ciudad, la gente que va y viene, los vendedores ambulantes, las modistas, los soldados, hasta los animales, aquellos caballos gigantescos de los ómnibus y carros de transporte y los perros uncidos á los carritos de ciertos industriales; la forma de pregonar las mercancías, la manera de presentar los objetos en los escaparates, multitud de detalles, serie de pequeñas escitaciones que sostienen el interés y distraen los ojos y el ánimo sin la menor fatiga. Llegó Fernanda ¡y qué hermosa y qué elegante! envuelta en gran abrigo de tela ligera y de un color verdoso, con un sombrero todo flores... y sin previa invitación, se cogió del brazo de Cé-

sar, uso corriente allí de ninguna importancia en sí mismo, para César algo semejante á una escritura concediéndole la propiedad de Fernanda.

—Plan para la noche: comeremos en Vefour único aceptable por aquí, después al Teatro del Palais Royal, primero vamos por las localidades. Por indicación de ella tomó César un palquito que llaman *baignoire* (40 francos), y luego, después de breve paseo por las galerías para que las conociera César y que Fernanda aseguraba que en tiempos fueron el centro de la elegancia y ahora era lo más cursi de París, se fueron á comer, no en un gabinete particular, no había para qué, sino en el mismo restaurant en el segundo departamento, adornado con pinturas del tiempo de la Restauración de los Borbones, género Rafaelesco de las logias del Vaticano, que Fernanda veía siempre con gusto, porque muchas veces en su vida hizo escala en este sitio, antes del Teatro, acaso con otros amantes.

Ella hizo el menú:

Potage bisque
Turbot sauce Hollandaise
Poulette au cresson
Parfait au cafe
Fruits

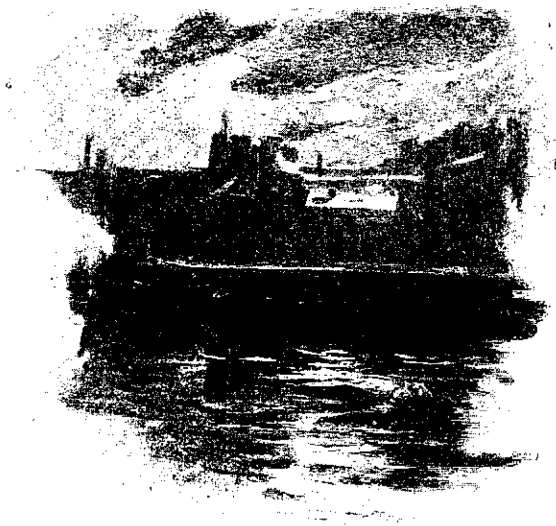
dos dedos de *vieux fine*. Nada, sota, caballo y rey,

á lo estudiante, (la cuenta pasaba de los treinta francos). Fuéronse luego al teatrito y se metieron en una especie de cajón obscuro en que cabían los dos, pero cruzando las piernas de ella entre las de César. Apenas podían ser vistos por la situación de estos palcos, por lo demás, como allí sucede, nadie se ocupaba de ellos. Oyeron dos comedias seguidas, una de dos y otra de tres actos, bien hechas para mantener el interés y hacer reir al público, admirablemente vestidas, presentadas y representadas; el asunto muy parecido, gentes que se engañan y que aparentan no enterarse por aquello de que *mieux vaut rire que des larmes pleurer*. La frase, como una tenue gasa, apenas cubriendo el desnudo y lo que se adivina imposible de decir y fácil de imaginar, y las horas pasan, vuelan con aquel inteligente despertar de los recuerdos y de los deseos. Fernanda traducía á César multitud de *calembourgs* cuyo sentido se le escapaba. El público todo él atento, como absorbido por el espectáculo, sin ocuparse unos de otros como en España, donde las gentes no asisten con otro fin al teatro. Los billetes podrán ser caros, pero todos aprovechan los céntimos, no perdiendo ni una frase, ni un gesto, ni una sonrisa, ni el más insignificante detalle.

Regresaron al Hotel entrando separadamente y subiendo á los pisos por distinto ascensor, pero

á los diez minutos estaba ella en el cuarto de César y después del paseo en coche, de la comida en casa de Vefour, del espectáculo en el Palais Royal y no habiéndose visto en tanto tiempo, tenían que hablar de muchas cosas, de tantas que ya del firmamento habían huído las estrellas, ya clareaba cuando Fernanda volvió á su habitación. Estuvo un rato al balcón envuelta en la capa de pieles mirando los añosos árboles del jardín de las Tullerías cuyas hojas empezaba á dorar el Otoño. Aún no había salido el sol, la calle de Rívoli estaba solitaria, una ligera niebla gris perla apagaba la viveza de los tonos, esfumaba la silueta de los edificios prestando á la realidad apariencias de hermosa ficción. Por la acera de enfrente del hotel á lo largo de la verja vió pasar una forma de mujer, parecía ébria, porque andaba cuatro pasos, se detenía recostándose en la verja y volvía á seguir andando. De pronto tomó precipitada carrera hacia la plaza de la Concordia perdiéndose en la sombra. Esa también ha pasado la noche alegremente á su modo, pensó Fernanda, todos se divierten; la verdad, entre Dios y los hombres hemos arreglado el modo de pasar agradablemente la vida. Sintió un ligero escalofrío—á la cama,—se dijo y cerró la vidriera y corrió las colgaduras y al cabo de cinco minutos dormía tranquilamente diciendo entre sueños palabras sin enlace: cielo, amor, vida.

Al mismo tiempo aquella mujer que cruzó delante del balcón de Fernanda, llegaba al puente de la Concordia, dirigía una mirada rápida á derecha é izquierda y después tiró algo al río, un paque-



te, no, algo que gemía y en seguida saltó el pretil y se abrieron las aguas para recibir en su seno aquellas criaturas que pudieron creerse con derecho á la vida. Surgió en Oriente el disco solar y al resbalar el primer rayo en la superficie del río todavía pudo iluminar unos ojos vidriosos y

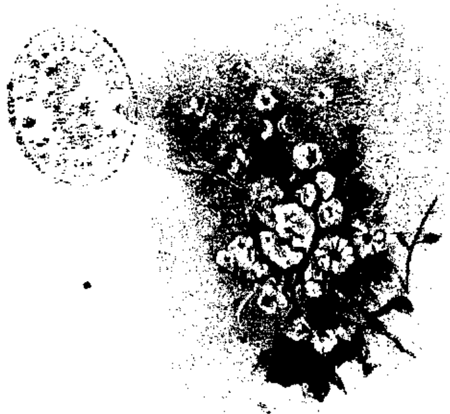
dorar con sus reflejos el rostro de una mujer en el momento supremo de la agonía.

XIII

Las dos de la tarde serían cuando despertó César, hizo rápidamente su *toilette* y se lanzó á la calle. Se creía un ser excepcional un semi-Dios por lo menos, aunque pálido llevaba un rostro resplandeciente; pero semi-Dios y todo, tuvo que meterse á los cinco minutos en un restaurant que encontró al paso en la rue Saint Honoré y dar al estómago el lastre necesario para que pudiera andar derecho el cuerpo y no se le fuese la cabeza.

Dirigióse primero á visitar los museos, siquiera para enterarse de lo más famoso. Más de media hora estuvo parado delante de la célebre Venus de Milo, sin llegar á convencerse de que pudiera representar el *summum* de la belleza antigua; y más de otra media hora la pasó contemplando el retrato de La Joconda que pintó Leonardo de Vinci, y no se decidía á dejar el puesto, tan honda emoción le produjeron aquellas perfecciones no superadas del dibujo, de la factura ¡tanta cantidad de alma en tan pequeño espacio! Con pena vió allí la Concepción, de Murillo, de que nos privara Soult, y con no escaso deleite las elegancias de los

artistas franceses del pasado siglo, los Watteau y los Lancret y los Boucher, que son por sí solos toda una época de refinamiento artístico. No quería padecer indigestiones de arte y sin mirar nada más tornó á la calle, y al Boulevard que le atraía; siguió en dirección opuesta del día precedente por el de los Capuchinos y luego el de la Magdalena, y al ver aquellos magníficos establecimientos en que se vendían flores, le pareció delicado, ya que no podía ni aún pensar en regalarla alhajas enviarla al menos un canastillo de flores; entró en uno de los referidos establecimientos, escogió una cestita con crisantelmos violados todos iguales, teniendo por todo adorno una cinta de raso del mismo matiz unida alrededor del asa de mimbre y formando á un lado elegante lazo; preguntó por el precio y le pidieron 90 francos, las flores eran muy bonitas ¡pero 90 francos. Preguntó por otra cesta de orquídeas, el delirio,



por otras y otras de diversas flores que él desconocía, realmente su primer elección era de lo más modesto, envió la cesta con su tarjeta á Fernanda y siguió su camino, no podía enviar menos que flores, ¡pero cuidado si tienen espinas para una persona de recursos modestos las tales florecitas!

Se reunió con Fernanda á la hora y en el sitio convenido, y en el coche que conocemos, una berlina de lujo que alquilaba Fernanda durante su estancia en París, decidieron dar la vuelta por los boulevares exteriores, para que César se hiciera cargo de lo que es la Villette y Menimoltant y Montmartre, los Lavapiés y Vistillas parisienses, donde se ven más gorras de obreros ó de vagos, que sombreros de copa; pero antes y para que la diferencia resaltara más, pasaron por la Avenida de Malesherbes y el Parque de Monceaux que tienen su viñeta de ruinas greco-romanas tapizadas por agreste yedra. Desde este punto fueron poco á poco internándose en aquella monotona Babel de casas iguales con tiendas semejantes, con los eternos bazares de baratijas al aire libre. Todas las gentes en aquellos sitios se confunden de puro parecidos en el tipo, en el traje, en los modales: en definitiva, como plástico, como forma externa todo ello bien insignificante. Ahora, cuando en la masa humana el fermento hace su labor, allí en aquellas colmenas es donde el virus pasional ad-

quiere mayor desarrollo, y donde se condensan todos los fluidos, donde en la calma emana fiebre el pántano y en la tempestad surge el rayo revolucionario.

Casas aisladas, siquiera se cuenten por millares, para un solo vecino cada una, con su pañuelo de tierra sembrado de hortalizas, suponen familia, calma del espíritu, labor ordenada, hábitos de ahorro, dulzura de costumbres, creencias religiosas; podrá existir escasez, pero el ala negra de la miseria no traspasa los umbrales de aquellas puertas; en cambio, enormes cuarteles en que viven las gentes á millares y se codean los desconocidos constantemente, y nadie tiene asegurada la permanencia, y como el aire falta dentro, se busca la calle y se prefiere pisar el barro á quedarse en la casa; esto supone la taberna como domicilio social, las amistades y amores de cinco minutos, el abandono del que no esperando en nada aquí, ni para después, no trabaja, no quiere, no reza, no crea. Odia porque sufre y ve sufrir, y no puede evitar la fatalidad del modo social que así le encadena y le cierra las puertas de toda posible redención; pero cuando ve posibilidad de goce se abalanza, le toma, como toma el calenturiento el agua que anhela.

Aquella noche como en armonía con el paseo, después de comer en casa de Margarit, se fueron

á la Scala, el café concierto destinado á la canción parisién; cantaba la Ivette Gilbert, y por eso le llevó allí Fernanda.

Para César aquel espectáculo, fué como encontrar la clave para entender el enigma de la sociedad contemporánea. La canción es en París más, mucho más hasta de lo que creen los mismos franceses, es el alma de París, mostrándose al desnudo, sin encubrir nada de sus creencias, de sus deseos, de sus odios, de sus temores; es la palpitación constante de aquel organismo enfermo.

Canción franca y sencillamente deshonesta, eso es lo corriente y disparatada lo usual, pero no está en eso el quid, ni en lo caricaturesco y exagerado de los tipos, no, hay otra mayor transcendencia en aquellas coplas y refranes.

Se habla de Dios, y ya está tan viejo le *bon Dieu,* que ni oye, ni vé, ni entiende; cuando más falta hace se duerme como un bendito que es. La virtud, eso que ya no tienen las jóvenes de quince años. Se fué de casa, ¡ah¡ el honor! Los padres la maldicen. Hace fortuna, protege á la familia, los buenos padres no pueden ser jueces de sus hijos ¡oh! la familia.

La autoridad, el enemigo de todos, felizmente imbécil. La legítima ó sea la mujer propia, aparte de ser la menos propia, el desencanto perpetuo de toda ilusión amorosa.

Amigo íntimo el que se cree con derecho á pedirnos nuestro dinero y solicitar nuestra mujer.

Cójanse un centenar de canciones de las que actualmente se prefieren y tamícense en un cedazo de buen sentido; todo es falsa alegría, lo que allí trasciende es un deseo insaciable de goces, un descreimiento absoluto, el odio del que no tiene al que tiene; si goza, porque también los demás tienen el mismo derecho á gozar, si no goza porque es un idiota y retiene lo que por otros pudiera aprovecharse.



El escepticismo de Voltaire, sin aquella bondadosa tolerancia y aristocrática distinción, menos ingenio y más odio; la blusa en lugar de la casaca bordada.

La generalidad de los cantantes, ni entienden, ni saben, ni pueden dar sentido á lo que cantan.

Seguramente la mayor parte entre los que las escriben, no se penetran de la obra que están ejecutando, como todos andan, no tienen conciencia del movimiento, pero hay algunos cantantes que sí lo entienden y sí lo expresan, aunque sean pocos, y el que sabe oirlos conservará acaso la sonrisa en los labios, pero más de una vez sentirá húmedos los ojos, y más de una vez ¡ay! como si una gota de ácido le corroyese alguna fibra delicada allá en lo hondo.



El encanto especial, la magia de la Ivette Gilbert en eso consiste, tiene poca voz, apenas acciona, con los brazos caídos como abandonados, la mirada vagando melancólica como si mirase más allá del teatro y del público, dice cosas y cosas insignificantes, pero pone á veces en sus canciones sonrisas de niño enfermo, alegrías de tísico, va uno á reir la gracia y siente oprimido el corazón.

—Esto se va, le decía César á Fernanda cuando salían del concierto.

—Ahora te enteras.

—¿Y dónde vamos?

—Por de pronto á cenar, que apenas hemos comido y de aquí á cien años todos calvos: y cogidos del brazo con el abandono de una modistilla y un estudiante á semejanza de otras parejas, tarareando el estribillo de una de las canciones que acababan de oir, se fueron á pie hasta encontrar uno de los restaurants abiertos toda la noche, pidieron su cuartito para hablar con más independencia, unas ostras, *ecrevisses bordelaises, aspic de foie gras, champagne extra dry,* y también la del alba sería cuando regresaron al hotel, no sin dejar antes en uno de los espejos, testigos de sus dichas, dos letras enlazadas y una fecha grabada á punta de brillante; una más entre los millares de cifras, fechas, nombres y garabatos que lo cubrían y que eran como la ejecutoria, consignada en la tersa superficie, de aquel rincón del paraíso terrenal que se llama París.

Fernanda y César habían convenido en pasar por parientes para justificar ante el mundo y sus relaciones y ante su marido el trato frecuente. La explicación era sencilla, en Toledo residía una rama de la familia de la Condesa que eran los Pantojas, raza decaída ó empobrecida, segundas

líneas que no disfrutaron vínculos ni mayorazgos; por causa de este lejano parentesco era D. Domingo el apoderado de la casa en la imperial ciudad, por ser el más próximo pariente la presentaron á César y se consideraba obligada á patrocinarle abriéndole un camino en el mundo. Ya le había referido varias veces la historia al Conde y tan bien se había penetrado de ello, que ya hasta dudaba si era sabedor de la historia desde hacía tiempo ó de fecha reciente.

Con esta invención, que le pareció genial á Fernanda, ya se atrevió á todas las audacias y no era César quien había de recomendar una prudencia que pudiera traducirse por temor, aparte de que no dándose cuenta exacta de las respectivas situaciones, se dejaba llevar de un modo inconsciente á todas partes y después de estos primeros días formando un terceto con Sofía cuya conversación ingeniosa y desahogo incomparable, hacía que más bien fuera deseada que no temida como impedimenta.

XIV

Ya Fernanda en más de una ocasión había dicho á César:—Nunca hablamos de cosas prácticas tú pareces rehusarlas y á mí se me va el santo al cielo con una facilidad asombrosa; bien se me al-

canza que para vivir nueva vida, como yo deseo sea la tuya, hay que pensar en lo que te convenga y se acomode más á tu modo de ser. Yo tengo mis ideas, tú tendrás las tuyas, te quiero y eso solo te basta, pero á mí no debe bastarme con eso.

A César, ó no le parecía conveniente descifrar charadas, ó creía que eran palabras más ó menos faltas de preciso significado. De lo qne no fuese amor, á qué ni para qué se iba á ocupar Fernanda.

No obstante, él pensaba, pensaba y veía tantas sombras, tan indecisos horizontes, tan vagas soluciones, que no quería concretar plan alguno. Ya lo pensaré en Toledo cuando ¡ay! tenga que regresar, y por el pronto me limitaré á ir de Toledo á Madrid y volver, tres horas de tren poco suponen, ya vendrá la solución, queriendo, y queriendo de veras, al fin se encontrará. ¿No se hallaba en París y al lado de ella? pues si esto había sido posible, ¿cómo no lo había de ser el llegar á fijar definitivamente su residencia en la corte?

Fuera de esto y de una alusión á como una señora de gran posición había resuelto á un amigo su problema personal, prestándole lo necesario para montar un negocio industrial en Madrid, nada había mediado entre ellos que tuviera enlace ni relación con la prosa de la vida, pero uno de aquellos días parisienses se les ocurrió ir á co-

mer en casa de Joseph en la rue Marivaux, y por un detalle insignificante, una alcachofa que cargaron en la cuenta tres francos cincuenta, César no pudo menos de decir á Fernanda:—Chica, comiendo alcachofas no aguanto diez días en París, esto es enorme, la máquina perfecta, pero sales de casa vas á tomar un coche y un cualquiera surge entonces de la tierra y te abre la portezuela del carruaje y... te pide dinero; vas de paseo te inundan de flores, te las tiran y... te las cobran; vas al teatro te cogen los abrigos, te procuran una banqueta para los pies, vas á los museos, deseas algo, te adivinan los pensamientos, te sirven que es un primor, y luego te cobran la sonrisa, la cortesía, el tono de voz melíflua de esos *oui* silbados con unción religiosa, y esos monsieurs y madames que parecen ceremonia de iglesia por la reverente inclinación y el entornar respetuoso de los ojos, al pronunciar las palabras. La máquina, digo, es perfecta, admirable, pero no funciona sin ese polvo de oro que sirve para suavizar asperezas y rozamientos.

Fernanda se echó á reir á carcajadas.—Esta es la realidad y la demostración de mis teorías: antiguamente para ser caballero bastaba con tener un rocín, hoy, época de los caballos de vapor, el símbolo de toda fuerza y de toda dignidad, y de toda consideración social es el dinero, venga de

14



donde venga aunque venga del escándalo, que al fin el escándalo pasa y el dinero queda. Variaron de conversación al marcharse, entretenidos con las impresiones siempre nuevas de la calle, sin volver por parte de César á acordarse de la alcachofa, ni de si había alcachofas en el mundo.

Al día siguiente, al levantarse César de la cama, entró la doncella de Fernanda en el cuarto del joven, entregándole una cajita de parte de la Condesa. Cuando ella se fué y César abrió la cajita, vió una primorosa cartera de piel de Rusia elegantísima con la marca de Klein. Tenía en el interior dos compartimentos y en uno de ellos cinco papeles blancos y azules, cinco billetes de mil francos y una faja de papel con un letrero en lápiz que decía: «En calidad de préstamo».

Y César de primera intención no acertaba á darse cuenta de por qué le mandaban aquello sintiendo verdadero estupor, y luego sin transición repentina rompió á llorar de coraje.

Le compraban á él, á él, como un muñeco de esos que se lucen en los escaparates de la rue de la Paix, para recreo de los poderosos de la tierra.

Y en aquel instante se abrió la puerta de su cuarto. Era Fernanda.

Y lo que nunca hubiera imaginado César como posible que llegara ni aun á pensar, eso hizo.

La tiró al rostro aquella cartera y no sintió sa-

ciada la ira y tuvo necesidad para dar expansión á la fiera que llevaba dentro de sí, de insultarla groseramente, de cogerla de un brazo haciendo de la mano tenaza y de pegarla, sí, de pegarla, mientras ella atónita, sintiendo la ofensa salvaje, la brutalidad inaudita, al mismo tiempo, tenía como una revelación de lo que era un hombre ofendido en su dignidad de hombre. Ella tan valiente y resuelta se acobardó de tal modo, que creyó llegado su fin, como Desdémona en manos de Otelo. Gritar, eso nunca; ¡qué vergüenza, semejante escándalo en un hotel! huir, si no podía moverse... y aquel hombre sí que la quería y no buscaba sino su amor, lo que no se paga, ni se compra. Sólo pudo decir: ¿pero tú, y á mí, qué horror? Entonces á su vez fué César el que se quedó atónito al pensar la enormidad que había hecho, y fuera de tino dirigióse al balcón y antes de que lograse abrir las vidrieras, fué ella la que tuvo que ser fuerte, para impedir que se tirase á la calle y abrazóse á él y le obligó á desistir de su loco empeño, y pudo más que con los brazos para conseguirlo, con decirle al oído—aun así te quiero—y le obligó á sentarse con ella en un sofá y no se levantaron sin hacer las paces, como hacen las paces los que tan bien se quieren.

¡Ah! eso sí, á pesar de todo, cuando ella se fué tuvo que llevarse los papelitos azules, que ya con

dulzura en la forma, pero con firmeza que no daba lugar á réplica, la dió César diciéndola, llévatelos para tus pobres.

Sofía sirvió muy bien para evitar á César el manifestar siquiera indicios de cansancio. El dúo interminable sobre ser imposible para el espíritu, lo mismo que para la materia, tiene por término necesario el hastío. Los tres juntos recorrieron los alrededores, Saint Cloud, Montmoremy, Saint Germain y su terraza incomparable, Versalles y sus jardines. En otro sentido, también le fué á César muy útil aquella compañía, porque fué enterándose del mundo en que Fernanda vivía, de parentescos y amistades más importantes, y empezó á formar en su memoria el índice de anécdotas y sucedidos, tan necesario para no tropezar con escollos en su camino; Fulana hoy gran señora, fué en tiempos modista en la Habana; Fulano, Duque, era hijo de Mengano Marqués, que claro está no se refería al padre legítimo, pero que así explicaba la protección que le concedía en menoscabo de los suyos legítimos por la ley, aunque acaso tan inciertos como el protegido; Fulano de esclarecido linaje, tuvo que optar entre ir á presidio por estafa ó contraer un matrimonio inverosímil al paracer, y optó por aquel matrimonio con una vieja, viuda de uno que tuvo casa de juego. La fortuna de ésta, mentira; la del otro, mentira tam-

bién; la del de más allá, mentira; detrás de la cortina alguien sirviendo de caballo blanco. Fulanita, Fulanita, Fulanita, muchas Fulanitas pensionadas por contratistas, agentes de bolsa, corredores de malos negocios, hasta por gentes groseras y sin educación á quienes todo se les toleraba y aún se consentía en familias de apellidos ilustres, pero que preferían hacerse los distraídos á suprimir abonos y carruajes y tren lujoso de vida, y ponerse á trabajar en la sombra y el retiro de una vida modesta.

Pero no estarán todos tan degradados y aunque haya mucho malo, todavía habrá gente honrada en las clases directoras de la sociedad, gentes del todo irreprochable aún para el más exigente, se decía César, y en efecto, felizmente existen todavía, sino que de ellas no se hablaba, porque es manjar insípido el elogio de la vida austera y recogida, de las costumbres modestas, de la piedad que huye el bullicio y los alardes teatrales, y ejercita su labor silenciosamente.

El día que la pequeña minoría que todavía cree y reza y trabaja y considera la vida como una serie de deberes que cumplir, desaparezca por completo, habrá que desear que nos conquisten, si existen para entonces, nuevos bárbaros capaces de regenerar la sangre corrompida con abundosas sangrías y con inyecciones de nueva san-

gre menos vivida que la que corre por nuestras venas.

Sofía era para la crónica mundana una especialidad consagrada por la fama; ya casi vieja, de una fealdad simpática, términos no incompatibles, porque el exceso de líneas angulosas de aquel cuerpo de varón flaco, se compensaba con las curvas y suavidades de un carácter flexible y acomodaticio, de una ilimitada tolerancia propia de quien consideraba lunares las manchas, expansiones de la naturaleza las mayores atrocidades, no desafinar en la orquesta social, todo su programa de vida. Por las conversaciones con Sofía, se enteró César de que en la vida social de las altas clases, es preferible ser estúpido á ser cursi, deber al sastre ó á la modista los trajes, á llevarlos deslucidos ó mal cortados, dirigir bien un cotillón, á ser notabilidad científica. Podía no creerse en nada, ser escéptico, hasta cínico, pero en la forma de conducirse y en la exposición de las ideas, nunca podía perderse de vista lo que son y representan las categorías sociales. Decir un epigrama á costa de Dios, pase, no es ahora de moda, pero no molesta; decir una frase que desconsidere á un personaje es de mal gusto, y crea muchas dificultades en la vida. Las discusiones que tengan calor de convicción, son buenas para los cafés y cervecerías, pero la aquiescencia á lo que dicen y hacen los que son

más constituye el A B C del arte de conducirse en la sociedad, y son más lo primero, la aristocracia acaudalada, y después los que ésta acoge y patrocina en sus salones. Los conceptos más pedestres formulados axiomáticamente por un Duque, merecen cuando menos atención respetuosa y se demuestra poco mundo subrayando las sublimes necedades de los que ocupan los primeros puestos en la escala social. A las gentes se las juzga y estima por pequeños detalles, en las maneras, en las conversaciones, en la indumentaria y esto que es lo pequeño para el buen sentido, resulta lo transcendental.

Son gentes distinguidas las que saben conducirse en el trato social y nada supone el hacer vida licenciosa, tener una fortuna mal adquirida, vivir del juego, etc., etc.; el aforismo latino de *suaviter in modo, fortiter in re,* lo han mudado hasta el punto de que debe decirse hoy *suaviter in re fortiter in modo*. Vivimos en la plenitud de los tiempos democráticos, pero el servilismo de las almas, el vasallaje de los entendimientos, la abdicación de las voluntades, lo que fundamentalmente degrada y envilece, está en su apogeo. Ya no se circunscribe la adulación á la corte de un déspota; por un cintajo, por un puñado de monedas, por una invitación á una fiesta, se rinde pleito homenaje al más cualquiera de los cualquieras

de la política, de la banca ó de la aristocracia acaudalada.

César tenía, según le aseguraba Sofía, la batalla ganada en este nuevo mundo, pues desde luego, y por sus enlaces de familia se encontraba haber ganado una de las más altas cumbres. El papel que iba á representar era un algo así como de sobrino del rey Wamba, y lo que puede la vanidad humana, riéndose de sí propio, de día en día se iba adaptando á su papel sin darse cuenta, por instinto de imitación, por sentimiento artístico, que al fin el arte es esencialmente aristocrático.

Para Sofía, enterada de todos los secretos de Fernanda, nada más fácil que elevar á César, lo más sencillo le parecía la política; que le diesen un acta en las primeras elecciones, y después un título ó algún cargo público. César no parecía tímido, le sentaba bien la ropa, era ilustrado.

Fernanda asentía, pero allá en el fondo y deseándolo tanto, no estaba bien segura de realizar su empeño de elevar á César; tenía venas, salidas de tono, rarezas, cosas como se dice vulgarmente. Recordaba aplicándosela á él mismo, aquellas frases pronunciadas en el cigarral, de que los cantos más redondos, y son más redondos los menos duros, son los que avanzan más en la corriente del río, pero si tienen aristas muy duras se clavan en cualquier punto del camino, y allí quedan fijos

sirviendo de escollo, si no los rompe otro canto más fuerte ó la suma repetida de tanto choque. Es verdad que Sofía ignoraba, y siempre lo ignoró todo el mundo, la escena de los papelitos azules, y Fernanda sin guardar rencor, habiendo perdonado de todo corazón, lo tenía presente, ¡cómo no tenerlo muy presente toda la vida! Iba creyendo que hay gentes que mueren y matan por amor, pero misterios del alma humana, esta misma emoción novísima en ella que no era cobarde, daba á sus relaciones el encanto inexplicable del punto de amargo ó de ácido que sazona el manjar delicado y en los paladares estragados aún es más necesario ese átomo de acritud; el filete nervioso necesita no que le toque, sino que le hieran.

¿No condimentaron con asafétida sus manjares los romanos de la decadencia?

XV

«En el expréss de esta mañana, han llegado el Conde y la niña; baja como de costumbre al comedor para hacer las presentaciones de rúbrica».

Esto decía una carta que recibió César estando todavía en el lecho.

Claro está, que desde que empezaron sus relaciones con Fernanda sabía que estaba casada, que

tenía una hija educándose en un convento en Francia, que era preciso convivir con cuantos la rodeaban y halagar á todos y sufrir á todos y hacer el triste papel de amante de una mujer casada con todas las servidumbres y todos los vilipendios que supone para quien no ha perdido la propia estima y que sólo pueden tolerar ó los que ciegos por la pasión como César, á ella todo lo inmolan, incluso la integridad del decoro, ó los seres envilecidos por malas costumbres sociales que no aciertan á distinguir lo bueno de lo malo, especie de miopes de la moral, que no perciben jamás la línea divisoria que separa lo propio de lo ajeno.

César no iba á retroceder á la altura en que se hallaba; bajó pues á la hora convenida para conocer al Conde, pues todavía ni por casualidad le conoció en Madrid, no encontrando Fernanda ocasión propicia para hacer las presentaciones. Lo hizo, sí, lo hizo, pero cuando bajaba la escalera del hotel iba diciendo para sí—dichoso el que puede seguir el ancho sendero del deber; qué vergüenza dar mano y nombre de amigo al ser que odiamos, ó por lo menos nos tiene que ser repulsivo; ¿y á la niña la podré querer? no será una ofensa el quererla por hija de ella, cuando la otra mitad de su sangre nos debe ser aborrecible.

Después de hechas las presentaciones, sucedió,

que sin poderlo evitar encontraba muy simpático al Conde, muy buen hombre y de un trato verdaderamente ameno, encantador, y en cambio la niña que era ya una mujercita de quince años, le causaba verdadero temor. ¡Tenía unos ojos tan tristes, parecía tan diferente en todo de los demás individuos de la familia!

El Conde tomó desde luego á César bajo su protección cariñosa, y aquella misma tarde *bras dessus bras dessous,* fueron á pasear por los boulevares como si ya fueran amigos de toda la vida: verdad es que la Condesa había prevenido á su esposo del próximo parentesco, y que el aspecto de César le gustó, pero lo gracioso del caso fué que á la noche, y por ser complaciente fuese con el Conde, que traía hambre y sed de diversiones parisienses, á uno de esos bailes que allí tanto abundan en que se codean todas las clases sociales y se mezclan todas las espumas, la aristocrática y la plebeya, la literaria y artística, la financiera y la del arroyo con la del champagne. Fueron luego á cenar á uno de esos grandes restaurants que están abiertos toda la noche, cenaron y no solos; el Conde declaró que sin esto no valía la pena de hacer el viaje á París, se llamaron de tú aquella noche, y después de dar una vuelta al amanecer por el Bois, ya clareaba cuando regresaron al hotel y cada uno se fué á su cuarto correspondiente.

César, verdaderamente atontado, pareciéndole todo lo sucedido una pesadilla, se desnudó maquinalmente, cayendo en el lecho como cuerpo inerte, avergonzado, contento y atónito.

No eran muchos centenares de francos los que le restaban á César en el bolsillo y no traía esos créditos ilimitados para banqueros, ni sabía lo que eran giros telegráficos, así es que tenía resuelto el viaje de regreso para dentro de breves días. Si caras le salían las diversiones y comidas y viajes con Sofía y Fernanda, el sostener la alternativa con el Conde aún era más costoso; el Conde se adelantó la primera noche y pagó el gasto, más de doscientos francos, pero no iba á dejar que le convidasen todos los días. Además, no se avenía tampoco á dejarse arrastrar por el marido á una serie de infidelidades en coparticipación. Fernanda podía saberlo y á él le repugnaban estas promiscuidades, no sabía meterse el alma en el bolsillo para que ésta no se enterase de las hazañas de la bestia. A Fernanda la amaba, no en platónico, pero tampoco en grosero, la amaba con el alma y la vida, con sentidos y facultades, con todo lo que era y podía ser, la amaba en la integridad del amor de hombre.

Antes de marcharse pudo hablar con Fernanda en el cuarto de Cayetana, porque el Conde había aprendido el camino del de César y á falta de

otro compañero le buscaba allí diez veces al día.

Lo racional era que César se marchara en seguida, antes de quince días todos estarían en Madrid; ahora, sí, lo que le encargó Fernanda fué, que aprovechase el tiempo alquilando un cuartito no muy lejos de la casa de ella y lo amueblara modestamente para tener un punto de cita donde pudieran verse con libertad. Cayetana tendría una llave, César otra. La casa habría que escogerla con cuidado, de poca vecindad, y á la portera se la hablaría lo preciso, se le darían en su caso nombres supuestos y se formaría un nido delicioso de esta manera. Si faltaba algún detalle Cayetana se encargaría de cuanto hiciese falta de acuerdo con César.

El mismo Conde se creyó obligado á bajar con César á la estación y en cambio se abstuvieron Fernanda y Sofía, así es, que no tuvo aquella despedida ningún episodio interesante, como no fuera el ratificarse César en su opinión de que el Conde era de lo más campechano que había conocido en este mundo.

Por darse tono había tomado billete César en el sud-expréss, y durante algunas horas el viaje fué como una continuación de la estancia en París. Aquel comedor, especie de fanal ambulante, los compañeros de viaje, el buen trato, el oir hablar francés, todo contribuía para que el ensue-

ño continuase. Al pasar la frontera, el corazón de César dió una vuelta y marcó la dirección de Toledo, como hace la brújula cuando pasa la línea del Ecuador y siente la atracción del polo opuesto y empiezan á dibujarse en el cielo las nuevas constelaciones del otro hemisferio.

Su madre, María Rosa, Toledo, el establecimiento, los amigos, Tomás, la bargueña con su moño semejando ancha cinta de esterilla en forma de mariposa y sus rizos redondos, atravesados por las horquillas, sobre las sienes.

Iba el tren con vertiginosa velocidad y no obstante, todavía en el deseo de César no caminaba bastante deprisa, su impaciencia por regresar aun fué mayor que por conocer París, y un dejo amargo sentía en el paladar, algo así como si hubiera querido arrepentirse del viaje, de la nueva vida, de su mismo amor á Fernanda, pero sin creer posible la rectificación de la vida, como se desea inútilmente volver á la niñez, á la inocencia, á la paz del alma.

Había puesto un telegrama á su madre desde París, anunciando el regreso, como la había escrito cartas banales, teniendo ella la fuerza de voluntad de no contestar al hijo ingrato, pero en el umbral de la puerta de su casa unos brazos abiertos le acogieron. María Rosa tenía el rostro resplandeciente de alegría, y hasta los claveles de la

maceta que estaba en el balcón, movidos por ligera brisa, parecían saludar al hijo pródigo esparciendo al mismo tiempo su aroma en el ambiente y diciendo, á su modo, esto es lo que nunca varía, lo único verdadero, el amor de las madres, el amor honesto de la mujer, el aroma de los claveles.

Pero por un convenio tácito ninguno se atrevió á hablar ni del viaje ni de París, ni menos de Fernanda: había transcurrido un mes próximamente y podían repetirse mutuamente las palabras de Fr. Luis de León, «Decíamos ayer...»

Para César el regreso de París á Toledo fué una verdadera revelación, no había descifrado el misterio hasta que pudo compararlo. Después de haber visto en París monumentos, cuadros, iglesias, restauraciones afortunadas y mutilaciones de antiguas grandezas, más y más creció ante sus ojos la importancia de la imperial ciudad. París, con ser tan grande, no deja en el alma del artista recuerdos tan hondos como el claustro de San Juan de los Reyes, las naves moriscas de Santa María la Blanca, ni tan pintorescos como las esbeltas torres mudejares de pardo ladrillo, cuya silueta se destaca en el azul limpio de un cielo incomparable. En París, lo antiguo, por el exceso del cuidado, parece reciente, la masa humana que se agita y bulle es lo primero, lo principal, lo úni-

co que interesa. Todo lo de Toledo le sorprendía como si siempre hubiera vivido en otra ciudad y aquello lo viese por vez primera.



¡Qué calles tan estrechas y tortuosas! ¡qué piso tan irregular, qué cuestas tan imposibles! ¿y las casas? ¡qué puertas tan extrañas con aquellos enormes clavos y aquellos recios aldabones! ¡qué

techos con el maderamen ennegrecido por los años, al descubierto; el aire penetrando libremente por las anchas rendijas de puertas y ventanas, los cercos torcidos, todo remiendos y pegotes como capa de mendigo! Y luego siempre las mismas conversaciones referentes á los mismos asuntos, siempre las mismas caras, en los mismos sitios, con las mismas expresiones, pensando hoy como ayer y mañana como hoy, y llegaba á suponer si por singular capricho el emperador Carlos V pudo encargar á Juanelo, no un autómata sino unos cuantos centenares, y con ellos pobló aquella caprichosa y pacífica ciudad que había de conservarse invariable, durante el curso de los siglos.

A hora fija, pasaba por delante de su puerta un hombre con una caballería llevando dos grandes serones llenos de panes, se paraba delante de la puerta de enfrente, aparecía en el acto como si estuviera esperándolo detrás de la puerta una mujer con saya azul obscuro, peinada á lo campesina, y los tres personajes, el panadero, la criada y la caballería repetían diariamente, con exactitud matemática, los mismos movimientos, las mismas actitudes, idéntica escena.

A hora fija, la vecina de la rinconada abría la ventana y con igual cuidadoso gesto regaba las flores, miraba lánguidamente á lo alto y volvía á cerrar la ventana.

15



Recordaba la misa que en la parroquia cercana decía un señor cura de cabellos blancos como la plata, y aun colocándose al lado no podía notar de un día á otro ni de un año al siguiente que nada variase. El retablo, los vasos con flores de trapo descolorido puestas en el altar como adorno, las personas que asistían al oficio divino, el sitio en que se colocaban, y en el oficiante ni un músculo del rostro, ni un ademán, ni una entonación del rezo se diferenciaba jamás.

Dentro de la peña que circunda el Tajo debía haber colocado Juanelo Turriano algún artificio que el río con su corriente pusiera en movimiento, y tomamos por personas de carne y hueso á todos los autómatas que vemos, sin percatarnos de la maravilla y de que por tanto tiempo subsista el prodigio mecánico.

Claro está que todo dependía del estado mental de César y no de la realidad, pues poco más ó menos lo mismo sucede en la imperial ciudad que en cualquier otro pueblo de análogo vecindario.

Para seguir adelante con sus planes necesitó César más dinero y fué á ver á D. Nicasio, quien al principio creyó ó fingió creer que iba á devolverle el importe del préstamo que le hizo, cuando por el contrario iba á pedir otra igual cantidad. Pero no por eso pestañeó siquiera, lo que sí dijo,

es que él no disponía á la sazón de esa suma y que se la pediría á un amigo por servirle, que volviera al día siguiente confiando en tenerlo arreglado. Volvió César y el otro tenía preparados unos documentos redactados en la forma que, según dijo, exigió el otro y que César firmó sin mirarlos siquiera.

Como el tiempo pasaba y para cuando Fernanda regresase quería tener preparada la habitación en Madrid, todos los días pensaba en tomar el tren, tenía el dinero dispuesto, y no obstante, el viaje lo iba aplazando cada día para el siguiente. Le detenía el mirar el semblante de su madre tan pálido, tan triste. Si se hubiera quejado, si hubiera querido estorbarle en sus propósitos, entonces con la misma lucha, con las contrariedades y disgustos, ante sus propios ojos no sería tan culpable como viéndola sufrir en silencio, porque bien se le alcanzaba que su madre no ignoraba que para él aquella pasión era toda la vida, y el miedo mayor, acaso el único, de la santa mujer, consistía en pensar que había perdido para siempre y por entero el corazón de su hijo.

La eternidad del infierno con que pudiera Dios condenarla, era una pena suave en comparación de este castigo.

En María Rosa era muy curioso el sentimiento que experimentaba; cuando vivía en el pueblo y

cuando llegó á Toledo, César era para ella uno como ella, igual en clase, en fortuna, en condición social; un compañero de la vidà tal y como lo deseaba. Después de saber las relaciones con la Condesa, después del viaje de César por el extranjero, del cambio en la ropa y maneras, de aquella serie de pequeños detalles en el cuidado personal, de las frases que usaba al hablar, en la mutua relación, el pie de igualdad se había sustituído por la diferencia entre el superior y los inferiores.

Así como Luzbel al rebelarse subió en categoría de un modo extraordinario hasta aproximarse en grandeza al Creador y eclipsar la de todos los ángeles buenos, César vicioso, corrompido, arruinándose á ojos vistos, frío con todos los suyos ó indiferente, crecía y se agigantaba en el alma de Rosa. En tiempo hubiera pedido alma por alma, vida por vida, ahora cuando estaba menos frío con ella se sentía dichosa, por una sonrisa de César hubiera dado un dedo de la mano.

Hubo un momento decisivo, una de esas ráfagas de un minuto que cruzan por la mente y producen un hervor de la sangre y á veces determinan una mudanza transcendental en los sucesos humanos. En una de esas tardes del otoño en que todavía en nuestra tierra la luz solar es llama que abrasa, y en torno de las antiguas torres mu-

déjares vuelan millares de golondrinas, que ya pronto tenderán su vuelo para el Africa, María Rosa y César estaban solos en el terrado de la casa, ella vestía sencilla bata de percal blanco con lunares rojos y se ocupaba en labores de tapicería. César á pocos pasos de distancia la contemplaba. Alrededor de la figura de María Rosa, una línea de luz, perfilando aquella juvenil imagen la prestaba una poesía, un idealismo inefable; parecía del todo abstraída en su labor, pero no debiera estarlo, por cuanto podía observársela la agitada respiración en las rápidas ondulaciones de la tela que cubría el seno de la virgen. César se acercó á ella, las mejillas de Rosa se carminaron, se puso en pie y por instinto invencible cayó en los brazos de César ofreciéndose toda y entera, pero en el momento en que César inclinaba la cabeza para unir sus labios con aquellos labios de cereza, la imagen de Fernanda cruzó por su men-



te y apartó la cabeza, y desanudó los brazos— ¿por qué hacerte desgraciada? ¿sería una infamia, pobre mía?—dijo, y se marchó del terrado corriendo escaleras abajo como un demente.

Y aun con este triste desenlace, María Rosa se sintió del todo feliz y conservaba la impresión de aquellos brazos que la estrecharon como anillo de fuego, y gozaba repitiendo: ¡pobre mía! qué bien sabe que soy suya, siempre suya, como quiera, cuando quiera, y suceda luego lo que quiera.

Todavía por bendición del cielo hay almas enamoradas en tierra española.

XVI

Al día siguiente César se fué á Madrid, buscó á Cayetana que sabía adelantaba en su regreso á la Condesa, y de acuerdo con ella dedicóse á preparar la instalación del nido amoroso. No tuvo mucho que hacer, todo se lo dió hecho Cayetana, sólo sí tuvo que aprobarlo y después irla dando el dinero necesario para pago de las facturas. ¡Parece mentira que en tres habitaciones quepan tantas cosas y que cuesten tanto, aun las más sencillas! Y era preciso reconocer que Cayetana no se excedía; hasta el mobiliario, en gran parte, fué adquirido de lance, limpio y bueno pero á mitad de

precio de lo que hubiera costado en la tienda de nuevo. Y no es tampoco que se lanzase á locuras, ¡pero son tantos los detalles que necesitan para todo, las personas del gran mundo! Los frascos sólo de la mesa-tocador, sencillos, de cristal tallado, pero como los usan las señoras distinguidas, le costaron 80 pesetas. Las paredes, se limitó á adornarlas con un par de grabados ingleses color sepia, asuntos de Alma Tadema, líneas horizontales, inglesas helenizadas en contemplación de cosas lejanas, una Grecia ideal como la soñó el gran artista.

Pero en esto paraba todo el gasto, porque la mensualidad de la casa apenas llegaba á doce duros, ¡ah!, y cinco la portera por la discreción, y la luz eléctrica, las gratificaciones á Cayetana y algunas pequeñeces que no pueden preverse. Bien es verdad que de este modo César, cuando fuera á Madrid, se ahorraba el pupilaje del hotel: si casi era una economía, siempre que no se sumaran las partidas, porque César hablando con Cayetana decía, es verdad, comeré en el café—qué tontería, replicaba ella muy al corriente de lo que pasa en el mundo,—el señor debe hacerse socio de algún casino, eso no cuesta casi nada, y por casi nada come y por casi nada tiene un cochecito para irse por esos mundos con la señora, sin llamar la atención de las gentes.

En cuatro días terminó César con su negocios de Madrid, y como faltaban tres para que llegase Fernanda, decidió volverse á Toledo, y ya más resuelto y decidido, con menos temor de comprometer á Fernanda, convino con Cayetana la forma y modo de establecer el servicio postal y telegráfico de un modo regular y ordinario y aun extraordinario.

También antes de regresar á Toledo tuvo que visitar al sastre y andar por otros establecimientos, porque sólo tenía ropa de verano y necesitaba indispensablemente muchas cosas para presentarse de un modo decoroso en el mundo.

Cuando verdaderamente empezó la vida nueva de César, fué después del regreso de Fernanda; de primera intención y con el llavín de parentesco, de acuerdo Fernanda y Sofía, la una para mentir y la otra para ratificar, exagerándolas, todas las que decía la primera, en solo ocho días seguidos que le obligaron á permanecer en Madrid, César adquirió multitud de relaciones, unas en casa de Fernanda, otras en casa de Sofía; se hizo socio de uno de los casinos elegantes de la corte y se encontró allí con el abogadillo aquel de Fornos, á la sazón, como dijimos, Diputado á Cortes, que agradecido por haber sido presentado en casa de la Condesa, donde le acogieron gratamente para que pareciera César con relaciones propias, llegó

hasta ser punto menos que enojoso por lo asiduo en el trato con César.

César no había tomado tierra y se iba dejando llevar por unos y por otros, procurando oir y enterarse antes de atreverse á ser más resuelto, y pasó de primera impresión ante los ojos de las gentes, por ser un pobre hombre sencillo y buenazo, y provinciano y obscuro. El Conde no le atendía exclusivamente, ni iba con él á correrla como sucedió en París, pero por aquello de participar ambos de aficiones artísticas, se avenían admirablemente. El Conde era uno de esos coleccionistas *enragés* que andaba detrás de una miniatura para conseguirla años enteros, lo que no hubiera hecho con ninguna mujer, y entre perder el mejor amigo y alguno de los vasos etruscos que adornaban su despacho, no hubiera vacilado, si le diesen la elección, decidiéndose por conservar el vaso.

Fernanda comprendía que el tiempo pasaba y que no hacía nada práctico de lo que se había propuesto hacer por César; ni por un momento reincidía en la tentación de los donativos directos, pero sí en otras formas de realizar el mismo propósito sabiendo como sabía por D. Domingo, la modestísima posición de César.

Entre los más asiduos concurrentes á casa de Fernanda, se contaba el Excmo. Sr. D. Valentín

Camarena, uno de los personajes más ilustres de la política española, que si no era un hombre brillante, ni muy culto, ni hablaba, ni escribía bien, tenía un sentido práctico de primera, siendo además un hombre de administración, para quien las tripas de un expediente no tenían misterios posibles. A este señor se dirigió Fernanda, para hallar fórmula de que su sobrino pudiera subvenir á las necesidades de la vida, si no como debiera hacerlo persona de su clase, al menos con algún desahogo.

A la petición contestó poco más ó menos el señor de Camarena: «Mi querida Condesa, empiezo por decirla que sus indicaciones son órdenes para mí; en el fondo es lo mismo que todos piden y la cuestión no es cuestión, sino de cuánto necesita su sobrino de usted, y qué pueden dar los Ministros; yo estoy seguro de que no me lo niegan, pero la Administración pública está tan reglamentada, que para conseguir un destino de dos ó tres mil pesetas en Madrid, tendríamos que revolver Roma con Santiago, después de lo cual, tratándose de un joven de las circunstancias de D. César, apenas me atrevo á creer que debiera aceptarlo. Mas yo lo pensaré, yo hablaré con él, y si tiene un poco, aunque no sea mucho de sindéresis, entonces puede usted dar por resuelto el problema. Cuatro ó cinco mil duros anuales, los gana

cualquier joven inteligente poniéndole en condiciones para ello.»

Después de manifestarle Fernanda su agradecimiento, acordaron que cuando César regresara de Toledo hablase con D. Valentín, y entre ellos convendrían lo que había de hacerse en el asunto.

Cuando regresó César unos días después, en seguida le quiso explicar las gestiones que en favor de él había hecho, pero conociendo lo suspicaz que era, le dijo:—Mira, César, tienes que darme palabra de no ser salvaje durante cinco minutos, no se trata de proponerte nada que no sea todo lo digno y decoroso que tú mereces.

—Habla y tendré resignación, contestó César; si vas por ciertos caminos procuraré no enterarme.

Fernanda le cogió ambas manos entre las suyas y continuó:

—Yo no puedo menos de estar enterada así *en grós* de lo que te sucede, sé que luchas cuanto te es posible por buscarte la vida, que te desojas traduciendo un libro de química, que quieres entrar en un laboratorio para poder venirte de un modo permanente á Madrid, y que todo esto ni te vale, ni casi te puede valer nunca para crearte una posición; tu buen amigo Mirasol me lo ha referido. Ya que no quieres aceptar nada mío, como si siendo toda tuya tuvieses derecho á rechazar lo

mío, he tenido que pensar... no hagas mohines, si te proponen una ocupación y si luego te resulta de ella un beneficio ¿por qué no tomarla? ¿no ves que empieza el ridículo Quijote donde acaba el perfecto caballero?

—Hasta aquí vamos conformes; hay casos y casos, si yo fuese un pintor ilustre no tendría el menor remordimiento porque tú adquirieses un cuadro mío en casa del comerciante, y si por tí conozco alguna persona que pueda emprender conmigo algún negocio, también lo aceptaría, ya ves que no soy tan esquinado como supones.

—Así me gustas, vamos entendiéndonos. Pues bien, casualmente el otro día, hablando con Camarena vino á cuenta el asunto.

—Fernanda, Fernanda, *in cauda venenum*, dime lo que vas preparando desde el principio ó acaso mejor será que hablemos de otras cosas.

—Lo diré, ¿qué tiene de particular el que siendo tú mi pariente y estando Camarena tan deseoso de servirme, yo indique tu nombre y él te proporcione alguna ocupación lucrativa? ¿ó es que el trabajar para vivir y cobrar por tu trabajo también ha de ser un pecado mortal, sólo porque sean mis labios los que den tu nombre?

—Sí, pero como yo sé que no soy tu pariente...

—¿Y no eres más, mucho más para mí que todos los parientes y que todos los amigos, no eres

parte de mi ser y de mi alma? ¿por qué no he de tener el derecho de hacer por tí lo que tantas veces he hecho hasta por un desconocido?

—Podría contestarte, diciendo que hay sutilezas quebradizas, y las tuyas parecen de este género.

—Pues bien, tú puedes hablar con Camarena y después quedas en libertad de admitir ó no, pero, por Dios, procura no ser tontísimo, ya verás como sabe D. Valentín hacer las cosas.

—No tengo inconveniente, pero me reservo.

—No te pido más.

A la noche siguiente había comida chica en casa de Fernanda, la acostumbrada de todos viernes. Asistían á ella los de la casa, Sofía, la niña de Valdetitos, siempre de non en todas partes, el marqués de Entre Ríos, gran amigo del Conde, el académico Sisniega, Camarena, un chico de la prensa llamado Muriedas y como pseudónimo de revistero *Veleta,* el general Gaucín y César.

Aunque Fernanda era partidaria de que en las comidas chicas se siguiera el precepto de Brillat-Savarin de que los comensales fueran más que las gracias y menos que las musas, no llegando á doce era posible el mantener una sola conversación y que hubiera algo de arte en el detalle del servicio, en el adorno de la mesa, hasta en la elección de los manjares, convencida de que cuando son muchos los convidados toma la fiesta ca-

rácter de mesa redonda de cualquier hotel y se hace punto menos que imposible toda distinción. Aun suponiendo que se sirvieran lenguas de ruiseñor á cien personas, la misma abundancia del manjar lo quitaría toda importancia, y no hay maravilla de orfebrería ni flores suficientemente delicadas que conserven el mérito en la abundancia, y todo lo que con multitudes se relaciona, lo que se hace ó sirve al por mayor se vulgariza, degrada y envilece *ipso facto*.

Llegó el primero, antes de las nueve, el académico Sisniega y pisándole los talones Muriedas, que en menos de cinco minutos refirió cuanto sucedía en la villa y corte en aquellos momentos. Una jugada de bolsa había arruinado á los de casa Téllez, la vacante del Supremo era para el presidente de la Audiencia de Valdeyuso, que tenía una mujer hermosísima y muchos agradecidos que sabían corresponder en la ocasión oportuna; ¡así subían en aquella casa! Al morir D. Toribio Balduque que era un funcionario modesto se había averiguado que poseía una gran fortuna. El tronco que estrenó ayer la generala Barona, según el General, había sido una ganga y había costado mil quinientas pesetas, pero según refirió en el club Perico Guadix, él había tenido que dar al tratante tres mil pesetas de gratificación, para satisfacer el capricho de Carlota y facilitar el tra-

to. Aquel mismo día se había suicidado un escultor de bastante mérito, que ya anciano y padeciendo una enfermedad incurable de la vista, se hallaba en la mayor miseria y el muy bárbaro ó muy loco, antes de suicidarse, había degollado á una preciosa niña de dieciséis años, hija suya, dejando una carta escrita para el Juez, en que decía que en el estado actual de la sociedad era seguro que aquella criatura, de vivir, sólo serviría para diversión de algún canalla...

Toda la crónica del día la enjaretó Muriedas en tres minutos, pagando á su modo y previamente la comida que iba á disfrutar. Sisniega miraba al periodista por encima de las gafas, mientras refería los sucesos como si tratara de clasificar á un ser inferior.—*Ophidio Ophidiorum,* dijo como resultado de su labor interna.

—No me adule usted, replicó con viveza Muriedas, no soy tan temible, á lo sumo *lacerta agilis.*

—No sea usted rencoroso, amigo Sisniega, dijo Sofía, las bromas de Muriedas son de un agrio discreto y deben olvidarse.

—Lo que menos recordaba yo es la broma á que usted alude, dijo entonces Sisniega.

Pero Sofía daba en el blanco, hacía más de un mes del suceso y aún le estaba escociendo al buen señor. La niña de Valdetitos lo ignoraba y Fernanda la puso al corriente de lo sucedido.

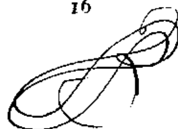
Sisniega era un sabio auténtico y un escritor distinguido y un literato del mejor gusto, pero su virtud intrínseca consistía en un memorión asombroso de esos que hay uno cada siglo. Dedicado á la bibliografía, no era posible indicarle siquiera un libro del cual no conociera todas las ediciones con sus variantes. Conocía la portada de todos los libros, la portada y el índice de los más y el texto inclusive de una cantidad enorme. A pesar de ello, en una comida grande, ante una docena de literatos y otras dos docenas de personas eminentes, Muriedas trajo á colación la singular facultad de Sisniega, para en definitiva concluir por apostar que Sisniega desconocía por completo un libro del que él era poseedor, muy apreciado por los inteligentes y del cual se habían hecho numerosísimas ediciones. ¿De qué libro se trata? ¿Eso no es posible? dijeron todos. Ni en Amberes, ni en Venecia, ni en Londres, ni en España; en época alguna pudo haber libro y menos con varias y numerosas ediciones que ignorase el asombroso Sisniega. Se hizo la apuesta, dijo Muriedas el nombre y demostró Sisniega su insólita ignorancia, se trataba del Ridaura, y nada, no lo conocía, y fué menester que con aire de triunfo sacase del bolsillo el librito de papel de fumar, para que todos se convencieran de que existía y riesen á costa de Sisniega.

No había concluído Fernanda de referir el lance cuando llegaron César primero y después juntos el marqués de Entre Ríos, el general Gaucín y el Conde, que venían del Senado de asistir á una sesión sin emociones, pero que tenía obligación de presenciar Gaucín por su cargo en la Mesa.

—¡Qué país! aquí no se puede hacer administración—decía Entre Ríos—ahora les ha entrado á los señores de la Comisión la sensiblería de no querer fundir los servicios de inspección porque quedan doscientos empleados cesantes. Pues eso es lo que hace falta, así es como se hacen las economías, cortando por lo sano y si quedan cesantes que trabajen. Como él tenía buenas rentas y nunca había trabajado, creía que el problema de encontrar donde ganarse la vida se puede resolver por estos infelices en 24 horas.

—La señora está servida—dijo uno de los criados, y pasaron al comedor, Fernanda del brazo del General, el Conde del de Sofía, pues ella era la que le llevaba, César se lo dió á la Valdetitos y Camarena á Laura, y después pasaron los demás ocupando los lugares correspondientes á sus categorías respectivas.

Cada individuo tenía su *menú* con las armas de la casa en relieve, y un ramito de muguet, que era una de las flores predilectas de Fernanda. La lista de los manjares no larga y sí muy escogida,



la temperatura un tanto elevada, que nada hay más desagradable que sentir frío cuando se come; la luz muy en alto, muy intensa, pero con pantallas sabiamente dispuestas para que no pudieran ofender directamente la vista; el mantelillo de seda, un primor astístico modernista, y la mesa muy blanda para que no se sienta ruido, choques ni asperezas.

La habitación sencillísima, rompiendo la tradición del artesonado convencional y de los tapices feudales y la gran chimenea de nogal tallado; pintada de color muy claro, verde gris mate, con una faja decorativa en lo alto de más de un metro de anchura y una composición indescifrable de grandes flores y dorsos femeninos y farolillos japoneses, procurando no asemejarse mucho ni en los tonos ni en las formas á la realidad; composición de poética vaguedad, con sólo indicaciones de color y de dibujo, pero todo distinguido, elegante, sonriente como los sueños venturosos. Obra de artista en su concepción y detalles, pero de artista obsesionado por los nuevos derroteros del arte.

Los huecos correspondientes á puertas y balcones estaban cerrados por continajes compuestos de un paño de satén verde claro y otro de terciopelo con grandes y extraños ramajes de una flora inverosímil, y los tres huecos de un costado unían

el comedor á un gran invernáculo todo lleno de plantas en flor, sin ninguna palmera ni casi verdura y con grandes vasos dinamarqueses en columnas de mármol mejicano, copiando las formas clásicas de los vasos griegos, pero con mayor delicadeza en el tono del barro, de un color anteado y en los dibujos de un rojo obscuro de perfección absoluta como los modelos de Flaxman.

—¡Cuidado si es difícil la vida en estos tiempos!—decía el marqués de Entre Ríos con el asentimiento de los demás, y mientras el orador explanaba su tesis, Muriedas, á media voz, refería á Concha Valdetitos la martingala de que Sisniega se valía para alejar los zánganos que rondaban su colmena; porque el astuto literato tenía una mujer *non plus*, andaluza, morena, con ojos negros hasta en lo blanco, y una boca que era un capullo de rosa y un hoyuelo en la barbilla que envidiarían los propios ángeles; una mujer joven rebosando vida, juventud, gracia, contento, y que debía aburrirse soberanamente en casa.

—Pues bien—decía Muriedas—cuando se presenta candidato en puerta...

—¿Y la bolsa de hoy, cómo estuvo?—le preguntó el General.

—Subiendo—y luego á Concha,—Sisniega, que tiene conciencia de la usurpación, se apercibe á la defensa y busca al enemigo.

—Y diga usted, Muriedas, ¿seguirá subiendo el amortizable?

—Seguro, mi General, lo sé de buena tinta,— busca al enemigo, decía, y él mismo se lo lleva á casa, y le convida, y le saca á paseo y le hace colaborador de sus trabajos, aunque sólo sea como amanuense, y cuando al mes...

—¿Y me avisará usted cuándo haya noticias de que vaya á bajar?

—No faltaba más, mi General, en seguida.

—¿Cuando al mes qué?—dijo Concha.

—Cuando al mes no levanta el asedio ó no se nota que ha enflaquecido por consecuencia del padecimiento, entonces le convida á un festín clásico de guisos del Quijote, según el texto, ó las recetas que se conservan en el mesón del Sevillano en Toledo, donde se enamoró Cervantes de la ilustre fregona. Da á los convidados, y sobre todo al elegido, un Naval Montón y un Chateau-Carabanchel que dice son aloque y malvasía, y como postre se lleva al paciente á la biblioteca y durante un par de horas le obliga á oir la lectura de un catálogo razonado de los autores latinos de la decadencia, compuesto por Sisniega para la comisión del delito. Después, con un dependiente de la Academia, se cree que los manda al Este, porque no se les vuelve á ver por la corte.

Concluído el banquete y aprovechando una

ocasión, llamó Camarena á César, y en un ángulo del invernáculo, arrellanados en unos sillones de gruesos bambúes, casi ocultos por las azaleas, entablaron la tan preparada conversación.

—La Condesa, querido César, me habló del asunto de usted, y deseando yo cumplir sus deseos, he pensado mucho y de esto voy á hablarle. Quisiera hacer algo práctico, pero nadie como el mismo interesado, estudiando sus propias condiciones, puede ayudarme; antiguamente eran las cosas más sencillas, hoy más complejas, el fondo siempre el mismo, los mismos hombres, las mismas pasiones, los mismos deseos; pero cada vez más y más necesidades. Para usted yo creo que lo más conveniente hubiera sido un acta de Diputado.

—Pero eso cuesta y no produce, interrumpió César.

—Así es la regla general; al Presidente y al de Gobernación y á los que algo podemos, nos asedian muchos que piden un acta y sólo piden su ruina. En las provincias, sobre todo, hay algunos centenares de caballeros que cansados de la vida monotona de las pequeñas capitales ó de los pueblos y de sus propias mujeres, encuentran en la política honroso pretexto para venirse largas temporadas á la corte; allí dejan su gente mientras ellos viven en la fonda si no es que desde luego

organizan casa doble con la amiga que se trajeron ó que buscan, y que allí en su país no podían frecuentar. Para éstos la política no es sino una Celestina complaciente, aunque no muy económica. Vienen luego las figuras decorativas, viste mucho eso del acta; los parlamentarios constituyen una especie de clase intermedia entre las antiguas aristocracias y el común de los mortales. No falta tampoco en ningún parlamento una docena de cándidos que á veces desafinan diciendo en el salón lo que todo el mundo sabe, pero que se ha convenido en no hablar, y hay por último, otra clase de Diputados que tienen más sentido práctico. Las grandes empresas, los grandes y aun los medianos negocios tienen sus hechuras más ó menos visibles; acaso las más visibles significan menos que las otras. Los grandes caciques de provincias, que son generalmente grandes negociantes, reparten las actas de acuerdo con el Gobierno, y luego todos esos asuntos en que la Administración interviene, que son casi todos, se trabajan en armonía, el Diputado aquí, el cacique ó el fabricante allá, y según la importancia del asunto y de la persona así son los beneficios. Las obras públicas, la minería, los bienes comunales, la liquidación de créditos, la emigración contratada, etc., etc., son filones que se explotan metódica y regularmente.

Pero limitándonos al caso concreto y puesto que por ahora no hay elecciones, sin perjuicio para más adelante, he pensado que podemos tener una solución para el presente; fíjese usted bien y acaso le convenga lo que puede parecer más modesto á primera vista.

Para unas inspecciones de tributos que se van á crear y sabiendo que tengo medios para conseguir alguna, yo sólo he tenido más de setenta pretendientes. Como las plazas tienen de sueldo mil pesetas, esto hizo que me fijara, he traído el nuevo reglamento para dárselo á usted, y tengo acotados con lápiz rojo varios artículos; fíjese usted bien y acaso no tiene usted ni aun que tomar la credencial á su nombre, cualquier persona de su absoluta confianza puede hacerlo y el nombre de usted no tiene que aparecer para nada.

César al oirle, bien penetrado del alcance de la insinuación, se sonrió desdeñosamente y Camarena creyendo que era señal del contento continuó:

—Y si no ¿por qué diantre no tomarlo usted mismo? los amigos suelen ser bastante ingratos y poco discretos. Pero, en fin, eso nadie como usted puede juzgarlo. El trabajo no debe ser grande, cuestión de darse por esas provincias unos cuantos paseos, hacer unas visitas discretas y llevarse á casita unos miles de pesetejas.

A César, ya prevenido en contra de Camarena, le sorprendió aun más que la proposición, aquel aplomo, aquella unción que ponía D. Valentín en sus palabras, aquel tono afable y cariñoso, ¡las palabras, qué dulces! ¡los conceptos, qué indignos!

No pudo más, se levantó, hizo una reverencia y se fué de allí sin decir palabra.

Camarena quedóse perplejo ¡bah! si creería que se lo iba á regalar de mi bolsillo ó que se le puede hacer embajador ó arzobispo para empezar. En fin, puede que sea cortedad de carácter, después de todo, con decir que no me ha entendido bien, se sale del paso.

—Y qué ¿habéis hablado?—preguntó Fernanda á César en cuanto le vió salir del invernáculo.

—Sí, hemos hablado.

—¿Habéis quedado conformes?

—Todavía no.

—¿Pero, no te ha prometido nada concreto?

—Vaya, me ha propuesto un modo de vivir y hasta de hacerme rico pronto.

—¿Cuál?

—Muy sencillo, hacerme ladrón; él me prestaba un uniforme de guardia civil y un trabuco, no cabe imaginar mejor negocio y ya ves si te quiero que por toda contestación me he limitado á volverle la espalda.

—Ya puedes comprender, César, que yo no podía imaginar siquiera...

—Fernanda, te hago justicia, no tienes tú la culpa de tener los cabellos como hebras de oro.

—¡Qué salidas! ¿y eso qué tiene que ver con nuestro asunto?

—Nada, que voy pensando somos fundamentalmente de dos razas distintas, y en la vuestra sois ciegos de nacimiento para toda luz moral.

Y no pudiendo contenerse se marchó á su casa y aquella noche no pudo conciliar el sueño, y sentía rabias infantiles, deseos de romper algo, un inmenso asco de la vida y de aquellas gentes entre las que tenía que andar, obligado por el amor invencible que le dominaba.

Fernanda, por su parte también tuvo un verdadero disgusto, no sabía cómo acertar con ese hombre, que después de todo era el único á quien había querido de veras en toda tu vida y aun después de informarse por Camarena de lo ocurrido, menos justificación encontraba á la conducta de César.

Ella razonaba y razonaba en firme, y siendo la aristócrata era más modernista en el razonar que César, cuya alma tenía el vaciado sencillo y vigoroso de un capitel dórico.

César quiere el fin, pues debe querer los medios ¿puedo yo dejar de ser quien soy, abandonar

mi puesto en la sociedad? no; pues entonces, si verdaderamente me quiere, él debe escalar la muralla, ¿no quiere admitir que le abran la puerta y le den hecha la fortuna? pues á ganarla pronto y como se pueda; ¿en qué puede consistir el mal? ¿en aprovecharse de la influencia del Estado para vivir á costa de los demás? pues esa es la ley de la vida, los fuertes á costa de los débiles, los inteligentes á costa de los ignorantes, los seres superiores de los inferiores, los animales de las plantas, las plantas de los jugos de la tierra. Era una teoría que Fernanda, con ser mujer, profesaba con entero y absoluto convencimiento, por instinto primero, pero cuando una vez se la oyó á Camarena, le pareció de una verdad tan indiscutible que tenía la fórmula grabada en la memoria.

Fernanda iba comprendiendo que César y ella eran de raza distinta, pero ella, la fuerte, sentía un miedo á César que la hacía estremecerse.

En su imaginación veía un César gigante con blusa de obrero, descalzo, harapiento, á quien tenía por dueño y señor, un César violento, iracundo, que le pedía el corazón y se lo arrancaba del pecho, hecho pedazos, sangriento, con aquellas manos que eran duras como el acero.

El más agradable de los placeres empezaba á convertirse para ella en el más amargo de los pe-

sares; pero reaccionándose del primer movimiento de temor, veremos quién puede más, se dijo.

Todavía permaneció César algunos días más en Madrid, durante los cuales, se veía diariamente con Fernanda. Ella venía á visitarle de tapadillo y él iba á visitarla á ella como amigo y pariente. No volvieron á recordar siquiera las proposiciones de Camarena, teniendo cada uno en el alma algo que ya no quería ser del otro, pero dominados como lo estuvieron desde el principio, por un impulso invencible del deseo de poseerse.

Cada día la encontraba César más hermosa, más adorable. Cada día se sentía Fernanda más dominada por aquella pasión. A pesar de que en casa de Fernanda habían convenido en guardar una conducta de corrección extrema por muchos motivos, á pesar de haberse visto en casa de César y que al día siguiente volverían á verse solos, no obstante, sin poderlo evitar, procuraban estar siempre lo más cerca posible el uno del otro, tener las manos unidas, tropezar como casualmente el codo, la rodilla, el pie, y ella sentía llamaradas de fuego resecándola la garganta, enrojeciéndola las mejillas, haciéndola soñar en languideces tropicales, y César palidecía, no acertaba á tener hilación en las ideas, los nervios tendidos daban notas, vibraciones agudas, escalofríos, ardores, vivía muriéndose. Y cuando estaban un segundo

solos con riesgo de posibles sorpresas juntaban sus bocas, locos, frenéticos, delirantes, á pesar de la protesta constante de la razón y de las reservas de las almas.

Y cuando ella iba á verle llegaban hasta perder la idea de que eran seres racionales, y cuando la absoluta necesidad les obligaba á separarse, entonces, se decían dichosos, pero nunca hartos.

El día de la marcha antes de tomar el tren para Toledo, subió César un momento en casa de Fernanda para decirla adiós; por casualidad ella se hallaba completamente sola, ó creía estarlo, y fueron los amantes demasiado imprudentes.

Fernanda salió al balcón para verle todavía un segundo más, cuando cerró las vidrieras y al ir á pasar desde aquella habitación á otra, detrás de los cortinajes tropezó con algo, ese algo era el cuerpo de su hija Laura.

XVII

No sabía César lo que le esperaba al llegar á Toledo, ó mejor dicho al día siguiente de su llegada, pues aquella noche cenó con su madre y María Rosa, en cuyos semblantes no se atrevía á fijar la vista, por temor de hallar en aquellas mejillas los rojos surcos de tantas lágrimas como por

su culpa habían corrido; pero á la mañana el bueno de Tomás dijo que necesitaba hablar con D. César y doña Sagrario particularmente, y una vez reunidos les participó que abandonaba el establecimiento por haber formado sociedad con un señor farmacéutico y que se establecían en Toledo, abriendo una nueva botica. Estaba en su derecho, nada podía arreglarse, pues ya lo tenía todo arreglado Tomás hasta el punto de haber esperado á D. César por gratitud y por cortesía, pero una vez D. César allí y no siendo indispensable, aquella noche dormiría ya fuera de la casa.

Cuando después que se marchó Tomás hablaron doña Sagrario y César, ésta sin aspavientos ni regaños, le hizo ver la gravedad de la situación. Si César se resignaba á romper todo vínculo con Fernanda, todo viaje y toda nueva locura podía salvarse el establecimiento. Perderían, claro que perderían, pues Tomás conocía la clientela y habiéndole visto todos que de hecho él era quien dirigía la farmacia en el último período, era lo probable que muchos se irían con él. Le perjudicaba además que creían todos en Toledo que era cuestión de tiempo el que César dejara aquello, y Tomás y el otro señor se lanzaron á establecerse, como si dijéramos en sede vacante, y no aguardaron más ni propusieron traspaso por considerar que aun sin ese desembolso, contando

con Tomás heredarían la parroquia de la antigua botica de Pantoja. Pero si César quería defenderse, medios sobrados tenía, su notoriedad como estudiante aprovechado y hombre de conciencia, las antiguas relaciones de familia que eran muchas y distinguidas por ser la de doña Sagrario y la de su difunto tan principales, la costumbre de las gentes de ir á aquella casa, pero para defenderla, era preciso consagrarse por entero y personalmente al negocio. Pensar en un buen regente no era ni posible, porque no sustituiría el crédito personal de César, equivaldría á decir que continuaba abandonado el establecimiento, y por último, que un buen practicante, como sueldo y gastos personales de manutención, se llevaría las utilidades del negocio.

¡Y eso que doña Sagrario ignoraba las deudas enormes contraídas por César con D. Nicasio!

César quedó anonadado; la botica heredada de su padre suponía en aquella familia la seguridad del pan de cada día, eso era lo único en que confiaba por lo incierto de los productos de la tierra y ¡eso iba á faltar, no á él, á su madre! En aquel momento pidió á Dios fuerza de voluntad para vencerse y cumplir con sus deberes.

Toda la noche la pasó César sin acostarse, sólo en su cuarto, los codos en la mesa, la cabeza en las manos. Lo posible para la vida de la familia

no era posible para la vida de César. Renunciar á Fernanda ¡cómo! era renunciar al pensamiento, era no vivir ¡si no la hubiera nunca conocido! ¡Y qué fáciles son las soluciones para los que no tienen cerradas las salidas por los linderos del honor! Fortuna, consideración social, respeto de las gentes, todo qué fácil con decir: Fernanda acepto el ser como quieres que sea, uno más como tantos, y en todos los órdenes de la vida qué fácil la explotación de las pasiones y de la imbecilidad humana para quien no lleva consigo ese testigo implacable de la propia conciencia que le dice, eso no lo puedes hacer, tampoco eso otro y si se contesta, eso es lo que hacen los demás, replica: pues bien, hazlo si te atreves, pero ten entendido que todo lo ganarás pero perdiendo al mismo tiempo tu propia estimación. Sin honor, sin dignidad, sin escrúpulos de conciencia qué ancho y fácil es el camino ¡qué pronto se llega!

No, eso nunca, nunca; el asco de lo que está fuera de nosotros es muy triste, muy doloroso, pero sentir asco de uno mismo, oir esa voz implacable á todas horas diciéndonos los demás te ensalzan, pero tú bien sabes lo que eres, no lo niegues, no puedes engañarte, estás manchado.

En las manos de Macbet la sangre aquella nunca se podía lavar; la sangre tiene su grandeza, al fin es purpúrea, pero cuánta gente con camisa

limpia cuya conciencia está llena de cieno. Cuánto lecho de plumas en que no puede haber sueño tranquilo; qué bendición cubrirse con la anguarina del labrador, llevar la diestra encallecida por el roce de la mancera, seguir solitario el surco con que la reja va rasgando el terruño, tener por cabezal la saca de paja, sufrir las inclemencias del tiempo, no comer pan blanco, que nos falte también el moreno, y siempre, toda la vida, tener de sí mismo el justo aprecio y esperar tranquilos el término de nuestra existencia, conservando como la mayor de las dichas la limpieza del alma.

Con la luz del día, febril, pero resuelto y con trazo vigoroso escribió César una carta á Fernanda. En ella decía:

«Alma:

»Nos está negada la ventura; si no fuese como soy ¡qué fácil sería todo! pero no puedo ni quiero variar. Como me quisiste he de ser mientras viva, y después de la vida también, que el alma no varía. No renuncio á tí ¡cómo he de renunciar á quererte, á ser tuyo, si mi voluntad no está en mí y tú la tienes por entero!

»No puedo explicarte, porque son cosas de esta triste vida, deberes de la sangre, obligaciones del honor, muchas cosas imposibles de explicar, más imposibles de entender.

»La triste conclusión es que todos mis ensueños venturosos han caído al suelo como un castillo de naipes al menor soplo del viento. Tengo que permanecer aquí un día y otro día, un mes y otro mes, acaso un año y otro año. Pero no dejes de quererme, no dudes... Perdóname, ya sé que no dudarás, ni sera posible que dejes de quererme.

»Todo lo que podré hacer es ir á Madrid un sábado cada mes por la noche para regresar por la mañana; siquiera verte para no concluir de desesperarme, para no enloquecer, para conservar mis esperanzas de un mañana mejor.

»Contéstame, dí que me quieres, lo sé, pero necesito oirlo de tus labios, ¡ay! necesito leerlo.

»Adiós, alma, hasta dentro de un mes; siquiera tendrá doce horas luminosas el año tan negro que me espera. Todo y por siempre tuyo,

CÉSAR.»

Puso el sobre, lo encerró bajo otro dirigido á Cayetana, y como no se había desnudado y era ya de día, no hizo sino coger el sombrero y marcharse á la administración de correos y depositar la carta en el buzón.

Aquel día y el siguiente los pasó César encerrado entre las cuatro paredes de la casa, ocupándose de todo lo concerniente á la farmacia. Que-

17



ría sonreir cuando se acercaban doña Sagrario ó María Rosa, decirlas algo agradable, pero la sonrisa no era sino un doloroso gesto y las palabras no acudían á sus labios, quedándose allá en lo más hondo; al fin pesadumbre y tristeza son sinónimos.

Una vez salió á la puerta de la farmacia y se le ocurrió levantar la cabeza: ya no estaba allí la maceta de claveles que asomaban los flexibles vástagos floridos por entre los hierros del balcón de su madre. Desde niño siempre los había visto en aquel sitio y esta pequeñez le causó un pesar inexplicable. Preguntó á doña Sagrario que sencillamente le dijo: me olvidé de ellos durante tu ausencia por pensar en tí y se marchitaron. ¡Quién sabe si alguna de las muchas lágrimas que vertiera la pobre madre pudo por acaso caer en las flores y abrasarlas!

Había pasado una semana y Fernanda no le había escrito. Mejor, se decía César, ¿qué adelanto con saber que me quiere? y si no me quisiera... ¡ah no es posible! á qué pensarlo, bien lo sé.

Serían las nueve de la noche, pasó una sombra delante de su puerta y César sintió una impresión semejante á la de recibir una descarga eléctrica, y salió entonces á la calle.

Sí, algo se veía cercano, dos bultos de mujer, y sin poder distinguir claramente las siluetas, no

dudó y fuese allá. Eran Fernanda y Cayetana.

—No he podido sufrir más, no puedo vivir sin tí—así le dijo.

—Por Dios, que no nos oigan, aguarda, vuelvo en seguida—y rápidamente tornó César á la casa, cogió la capa y el sombrero, se despidió rápidamente dejando el encargo de que cerrasen la farmacia y volvió á reunirse con Fernanda.

Como ésta no había avisado á D. Domingo y era un trastorno el preparar la casa y enterar á todo el mundo para sólo una noche, había tomado habitaciones en el Hotel, mas Fernanda y César eran muy conocidos en Toledo y no era posible que él permaneciera con ella aquella noche, no llegaban en su atrevimiento á romper del todo con las conveniencias sociales, pero antes de regresar Fernanda, fuéronse por sitios extraviados y solitarios para no separarse tan pronto. Vinieron en seguida los naturales comentarios de la carta, él la explicaba la situación suya, ella no la aceptaba, en el fondo cuando César hacía lo que hacía, era por subordinar el amor á otras consideraciones, el amor debía ser quien mandara y no quien obedeciese, según Fernanda; mil y mil veces insistía César, pero cómo aceptar ninguno como forma posible de vida nada que los separase.

La noche, aunque de invierno, no era muy fría, el cielo estaba despejado, la luna esparcía sus pla-

teados rayos por doquiera; andando, andando fuéronse hasta el barrio extremo donde se halla el Colegio de doncellas nobles y subieron al cerro de la Virgen de Gracia, desde donde se domina San Juan de los Reyes, con sus cresterías ojivales y las cuatro torrecillas de la Puerta del Cambrón y á lo lejos el ancho río todo luminoso y en un rincón sombrío, junto á la tapia del huerto, largo rato estuvieron absortos ante aquel maravilloso panorama, no superado ni por los lagos suizos, ni por los asombrosos puntos de vista de los Dardanelos, ni del Golfo Partenopeo, ni de la maravillosa bahía de Río-Janeiro.

—No tiene este sitio, decía César, sino el defecto para los españoles de ser un pedazo del corazón de España. Los montes de granito, las dulzuras del valle, el ancho río, las creaciones del arte humano, la proporción y medida de todo ello, forma un conjunto en que, no lo grandioso, sino lo sublime llega á sentirse. El cielo, con ser el cielo, no es sino una parte proporcional y armónica en el cuadro.

Y en otras regiones cuando se busca un alma se busca en vano. Que nos importan á nosotros, indios y salvajes y bárbaros y pueblos sin historia; aquí por estas calles, acaso por los mismos cantos que ahora pisamos, anduvo D. Pedro de Castilla, á quien le sonaban al andar las choquezuelas. San

Juan de los Reyes se construyó por los Reyes Católicos y desde este mismo sitio, con Gúas el arquitecto, seguirían con admiración el progreso de la obra; esta cuesta se llama bajada de la Cava, un nombre que es la sugestión de toda una época; por aquí estuvo el palacio de los monarcas visigodos; un poco más abajo se celebraron en aquella basílica los concilios toledanos que fueron el origen de nuestra civilización propia, el molde en que se fundió lo romano, lo godo y lo que pudiera quedar de más antiguo origen; aquel convento de la derecha fué fundación de Santa Teresa, la cumbre más alta del misticismo, y aquel semi-círculo de montones de piedra, restos son de un circo romano. Un día, pasando por uno de estos empinados callejones, recogí del suelo una moneda de cobre romana de Claudio y como entre los cantos crecía la yerba cual si fuese en un prado y como todo lo inaudito é insólito es posible en Toledo, se me antojó creer que nadie había pasado por allí desde la época en que la moneda era legal y corriente.

Fernanda sintió algún frío y como nadie podía verlos, por no regresar tan pronto al Hotel, se acurrucaron en un rincón obscuro y con la capa de César se envolvieron los dos y estuvieron juntos, mejilla con mejilla, las manos cogidas y se juraron una vez más ser siempre el uno del otro.

Sonaron las once en el reloj más próximo y á escape regresaron al sitio en que les aguardaba Cayetana, para entrar con Fernanda en el Hotel sin causar escándalo.

A las ocho de la mañana volvió César á reunirse con Fernanda ya en el Hotel y con ella estuvo todo el día, hasta que por la tarde regresó Fernanda en el tren de Madrid y César volvió á su establecimiento.

Un día perdido parece que no supone nada; pues bien, ese día sucedió que teniendo uno de los principales médicos de Toledo un enfermo grave y como se enterase del abandono en que estaba la casa, se decidió á recomendar otra farmacia á toda su clientela.

César con aquel viaje de Fernanda, no varió en sus propósitos, ni la dió palabra alguna ni ella tampoco le exigió concretamente nada, pero se le hizo más inaguantable su situación; quería pensar en sus negocios, en la botica, en su madre y no pensaba sino en verla, en ir donde ella estuviera, en tomar el tren y marcharse á Madrid.

A los dos días de marcharse Fernanda, se le ocurrió una idea diabólica, absolutamente nueva en él.

Le quedaban unas dos mil quinientas pesetas del segundo préstamo, ¿de qué le servía esto? Con ello no podía pensar en salir de su situación.

La idea si la suerte ayudaba no era mala, se reducía á presentarse en Madrid, acudir al Casino, visitar la sala de juego y probar fortuna.

Dejando á un compañero el encargo de que atendiera en lo posible la farmacia, porque la capacidad del nuevo practicante no le inspiraba la menor confianza, ni aun por las cuarenta y ocho horas que se proponía estar ausente, fuese César á Madrid llevándose en la cartera los restos de su capital.

Si hubiera dejado transcurrir siquiera ocho días después del viaje de Fernanda, acaso reflexionando desistiese de su empeño, pero estaban tan recientes las emociones de la última entrevista, que no era posible tener tranquilidad de espíritu, era muy pronto para que se borrase en su mente la estela que las pasiones dejan en pos, como quedan en las aguas después que las surca la quilla del barco movidas las ondas.

Aquella noche misma quería César tentar fortuna, fué primero á casa de Fernanda, le dijeron que los hallaría en el Real y yendo como iba vestido de frac, encaminóse al teatro, donde todavía pudo acompañar á los Condes durante el último acto de los *Hugonotes*.

Por rara casualidad estaba reunida la familia, el Conde, la Condesa y Laura y la inseparable Sofía, encontrándolos como siempre igualmente

afectuosos, y al Conde con más deseos que nunca de charlar con César respecto á cosas de arte. En Laura sí notó algo extraordinario, era una niña rubia, pálida, alta, delgada, con unos ojos grandes, azules, y que al parecer no deseaban ni mirar ni ser mirados. Aquella noche cuando César se acercaba á ella y la decía cualquier frase, las mejillas de la joven súbitamente se teñían de grana, y en el azul de aquellos ojos había como relámpagos y estaba inquieta, nerviosa, desasosegada, contestando sólo por monosílabos, moviendo el abanico como si la faltara aire para respirar, y sin darse cuenta de lo que hacía, inconscientemente, arrancaba los blancos capullos de un ramo, y después de estrujar las pobres flores con sus dedos nacarados las iba tirando al fondo del palco.

A la salida del teatro dejóse César llevar por el Conde á tomar con ellos una taza de té, y aunque tenía el pensamiento de ir al círculo y le hubiera sido fácil imaginar cualquier pretexto para evitar el compromiso, no obstante, casi se alegró de no tener que arriesgarse en la empresa del juego aquella noche, aplazando su empeño para la inmediata. Hasta las dos y media estuvo con el marido de Fernanda en la biblioteca de éste, enterándose de la clasificación y nombres de los vasos etruscos, asunto divertidísimo para un coleccionista. No sin gran trabajo pudo aprender á distin-

guir las formas varias del ánfora, kalpis, oxibaphon, kantharos, shyphos, kiliæ y oenochæ, de cuyas clases tenía diversos ejemplares, algunos preciosísimos y de subido precio el Conde, y que causaban la admiración de todos los amigos en general y del sapientísimo Sisniega en particular. Sobre un ara romana de bronce, reproducción de Herculamun, hecha por Modius de Berlín que le servía de velador, jugaron además una partida de bézigue. Después de la prueba de lo etrusco y del bézigue, cómo no había de proclamar el Conde *urbi et orbi* que César era una de las personas más simpáticas que andaban por el mundo.

Calle arriba por la de Alcalá subía César á la mañana siguiente, cuando delante de las Calatravas, vino á encontrarse de manos á boca con la señora viuda de Calderilla y una de las niñas llamada Lucía que iba con ella. Trató César de sortear el encuentro cumpliendo con el saludo, pero no hubo medio de evitarlo.—¡Qué placer después de tanto tiempo sin vernos!—exclamó doña Moni. —¿Y qué es de aquella señora? estará tan buena, vamos, cuanto me alegro, no sabe usted qué de cosas nos han sucedido en estos últimos años, ¡qué vida esta! La mayor de mis niñas casada, pero con poca suerte, no sé si recordará usted, aquel amigo de mi hijo, Baldomero, hoy es capitán y tienen cuatro niños. Viven en Barcelona,

pero malamente, claro donde no hay harina; la otra, Purita, esa se fué al pueblo con los tíos, la tomaron tanto cariño que no la dejan separarse de ellos. Esta y yo vamos arreglándonos como podemos, se vive, hay salud que es lo principal— y que tenían que contarle muchas cosas y que las visitara, Piamonte, 110, entresuelo, y no hubo escape, fueron tales las instancias, que César dió palabra y quedaron en que iría una de aquellas tardes de cinco á siete, hora apropósito para encontrarlas, y se despidieron por parte de ellas con la efusión con que pudieran hacerlo del más íntimo amigo.

Lucía á la sazón y como mujer era muy distinta de lo que en otros tiempos había sido, siempre morena y delgada, pero de la antigua cursi no quedaba el menor recuerdo. Vestía traje de paño verde, un gabancito entallado de piel de nutria y una toca á la cabeza del mejor gusto, y la mamá á su vez tan respetable, con su traje de seda negro y su gran capa de paño y capota de terciopelo, y en los detalles se advertía que todo era bueno, las botas, los guantes, el manguito de la mamá, los solitarios de bastantes quilates con que Lucía adornaba sus orejas. En el color, en el brillo de los ojos, en la soltura de movimientos, en las redondeces de la mamá y en la falta de angulosidades de la niña, se demostraba que eran gen-

tes suficientemente alimentadas, lo que no hubiera podido afirmarse jamás en tiempos del señor de Calderilla.

César aun sin fijarse en todos los detalles, las encontró muy elegantes, pero no era César quien podía sorprenderse por la transformación, acaso cada espejo que encontraba á su paso no pudiera decirle: —Tú eres aquel estudiante de antaño que iba tan modestamente vestido y aun de tan descuidado aspecto, que en otro tiempo cruzabas velozmente por delante de mí, sin duda, para que no tuviera ocasión de reflejar tu imagen, pero bien me enteré y la prueba es que tu cara no es aquella cara; aún se nota en ella mayor mudanza. En ella se leía entonces como en libro abierto que iba diciendo, tengo fe, tengo ilusiones, tengo alegría, estoy contento de mí mismo, de ser como soy y de no pretender cambiarme por ningún otro, y ahora también como en libro abierto puede leerse, ¡quién fuera el de entonces, quién pensara como entonces, quién creyera, quién confiara en sí mismo como en aquel tiempo que pasó ¡ay! para no volver!

XVIII

Nunca había entrado César en una sala de juego; aun después de ser socio del círculo por instintiva repugnancia no había querido franquear la puerta que conducía al departamento donde se jugaba, presentía encontrar un espectáculo repugnante, ruido, voces, falta de compostura en las gentes, cuya indignidad se manifestara por modo plástico. Nada de eso, la sala de juego tenía casi el aspecto de una sacristía; poca luz fuera de la mesa, rico artesonado, las paredes tendidas de lujosas tapicerías, todo el mundo hablando bajo, moviéndose sin ruido, extremando las deferencias, muchos en traje de etiqueta, todos cuidadosamente vestidos; por unos momentos prescindían de los vínculos de la amistad los que eran más amigos. Como sucede en un pueblo creyente cuando se oye el Oficio divino que en determinados momentos cesa todo el ruido y nadie se mueve y hasta la respiración se suprime ó punto menos, de tiempo en tiempo se oía una voz que decía solemnemente: «No va más» y era como el ruido de la campanilla, preparando á los fieles á la debida reverencia. En los semblantes abundaban más los aspectos místicos que los mundanos, mu-

chas caras pálidas, angulosas, de ojos hundidos, bocas finas y plegadas, y en las frentes ese surco vertical que supone la incomunicación del ánimo con el mundo exterior. Figuras semejantes á las que pintara en tiempos el Greco, de gentes poco dichosas, atormentadas por el propio pensamiento.

Decía el banquero: «Hagan juego, señores», y sin llegar á la verdadera expansión de las reuniones numerosas, no obstante entonces, se notaba por un momento, que eran seres vivos y no sombras los que allí se hallaban, pero siempre y en todas las manifestaciones presidía una mesura, una corrección, una dignidad, por qué no decirlo, que correspondía mirando muy por alto al hondo misterio de evocar la ciega fortuna, de transmitir al azar y en un segundo fuerza, energía, vitalidad, labor y tiempo acumulados en forma de dinero, todavía más espiritualizado mediante la sustitución de la moneda ó el billete por fichas de nácar ó marfil, para que no se vea ni el arma que produce la herida, ni la sangre que corre á pesar de que por consecuencia del combate haya cadáveres que enterrar, más todavía, honras que pudieron conservarse durante una serie de generaciones, y que dejan de existir por ser rojo ó negro, el color que por un instante vistieron nuestros deseos.

César poseía dos mil quinientas pesetas; cam-

bió por fichas sólo doscientas y se puso á mirar el juego cuyo mecanismo no conocía, no queriendo preguntar á nadie por no declararse recluta del vicio, ante aquellos curtidos veteranos.

Jugaban al treinta cuarenta, combinación sencillísima de las cartas, cuyo secreto principal aprendió atendiendo á la primer jugada que se hizo. El banquero, de un montón de seis juegos completos de cartas colocadas del reverso á su izquierda y á la vista de todos, separaba una sola carta con un dedo; era la primera de una serie, luego cogía la siguiente colocándola en fila al lado de la anterior, al mismo tiempo iba sumando; las cartas eran de la baraja francesa, las figuras se contaban como diez, las demás por los puntos que aparentemente valían; cinco, siete, reina, dos, valet, total 34; ocho, rey, uno, seis, cuatro, seis, total 35. La fila primera representaba el color negro, la segunda el rojo, ganando la serie que se aproxima más á 30 que en el ejemplo puesto, hubiera sido la primera. Hasta la última carta de la segunda serie, nadie puede calcular el resultado ni prepararse para la emoción del golpe adverso, ni confiarse en la propia ventura, los cinco escasos minutos que se emplean en colocar las cartas en las dos filas y hacer el cómputo, suponen corazones que detienen su marcha, que apenas laten, que parecen muertos, otros que pal-

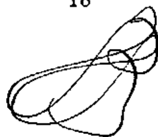
pitan veloces, más veloces, frenéticos, golpeándose contra las paredes del pecho; oleadas de sangre que suben al cerebro, cabellos que se calcinan y caen agostados ó se tornan blancos, resoluciones rápidas de la mente de saltar por encima de tantos deberes, de tantos afectos, almas marchitas, delicadezas y ternuras por siempre perdidas... Hay seres capaces de jugar el pan que han de comer sus hijos. El libro de las cuarenta hojas sería capaz de acabar con nuestra patria si no hubiera otro, poco más ó menos del mismo volumen, con cuya virtud se logra sostener las energías del ánimo. El catecismo.

César, no tenía el temperamento de jugador; con una ficha en la mano de valor insignificante, estuvo más de media hora sin decidirse; por último, la dejó caer en el sitio más próximo del tapete verde, luego fué ya aventurándose más y repitiendo jugadas. Dejaba un lapso de tiempo para serenarse, mientras tanto iban sucediéndose las jugadas hasta que otra vez volvía á interesarse en el juego. Arriesgó una ficha de cien pesetas y sentía escalofríos; contando las fichas que llevaba en el bolsillo del pantalón, sin sacar la mano, para no demostrar sus inquietudes, se embrollaba en la cuenta, debía ganar mucho, pero mucho. A las dos horas de estar jugando no veía las cartas, la cabeza se le iba; no pudo más y se retiró.

Cuando al cambiar las fichas pudo salir de dudas, no había ganado en resumen sino quinientas pesetas próximamente. Se fué á casa en un coche del círculo y tan intranquilo se encontraba que no pudo conciliar el sueño en muchas horas.

Levantóse de la cama á la una de la tarde, pidió á la portera que le llevaran el almuerzo del café más próximo, y á las tres ya se encontraba en la calle sin tener en qué ocuparse, como no fuera el aprovechar aquella hermosa tarde de invierno para dar un buen paseo. No se hallaba con humor de hacer visitas ni de ocuparse en nada serio; mayor fatiga que muchas horas de continuada labor, le habían producido las emociones del juego, sintiéndose completamente molido, no sólo física, si que también el alma no tenía las alas de otras veces, torpe y perezosa abordaba los asuntos, volviendo en seguida á dejarlos como si esquivara todo esfuerzo, toda atención. Hasta la noche en que iría á pasar la velada con Fernanda estaba libre, y tomó un coche de alquiler, diciéndole al cochero que durante un par de horas le llevase á pasear por cualquier parte; se acomodó en un rincón del carruaje, y en aquella penumbra de la mente veía, sin enterarse, á través del vidrio empañado con su hálito, el desfile de tanta tristeza humana, cubierta á veces con los harapos de transitorias alegrías. Llevóle el auriga del primer

tirón á la Fuente de la Teja, usando de la carta blanca que le dieran, para divertirse por su parte, viendo amigos y paisanos que aquel día por motivos de ellos conocidos, allí se congregaban en bulliciosa fiesta. Había gaita y baile, y tío vivo; puestos con menudencias sólidas y botellas con líquidos que ellos solos eran capaces de considerar comestibles y bebidas; y todo aquel mundo de gentes que cobran un jornal cuando Dios quiere ó están consagrados á servicios domésticos; todos aquellos que tienen cama preparada en el hospital, cuya vejez probable tendrá el asilo por hogar, de no arrastrarse de puerta en puerta pidiendo una bendita limosna; todos aquellos ¡cómo gozaban! que dulce privilegio el reir de veras, y saltar como locos, y columpiarse como niños, y vivir confiados en la misericordia divina, sin previsiones del mañana, ni apenas una idea en el cerebro para amargar por completo la existencia. Cuando el cochero estuvo cansado de fiesta y jolgorio, dió la vuelta, internóse en Madrid por el puente de Segovia y siguiendo al paso la no muy suave pendiente, vino á dar en derechura en Puerta Cerrada; siguió hasta la Puerta del Sol, y entonces se dignó dirigir la mirada al individuo que llevaba en la berlina, por si estuviera dormido ó tuviese que darle alguna orden. Sino dormido, en somnolencia por lo menos se encontraba César y al



ser interrogado:—¿Y pa dónde tiramus señorito? —miró el reloj, vió que eran las cinco y no sabiendo dónde dirigirse, dió las señas Piamonte, 110, para cumplir su promesa de visitar á la señora y señorita de Calderilla.

Lo cierto es que no se le pudo ocurrir mejor idea; en parte alguna fuera recibido con más evidentes muestras de afecto. Llamó á la puerta, miraron por el ventanillo, volvieron á mirar á los pocos instantes y se abrió la puerta, y la misma doña Moni estaba allí para recibirle y guiarle al saloncillo de la casa. Seguían las tradiciones en cuanto á lo reducido del tamaño, pero sólo en esto; era un piso entresuelo de pequeña extensión, pero en casa elegante y nueva, y se veía el lujo verdadero, no sólo en el decorado de las habitaciones sí que también en todo lo demás, muebles tapizados por rica sedería, cuadritos de primorosa factura con elegantes marcos, una vitrina modernista estilo Imperio, con porcelanas de Sajonia y abanicos antiguos; alfombras de Smirna cubriendo el suelo, y un aparato de cristal tallado suspendido del techo con profusión de luces (eléctrica por de contado). Apenas hubo tomado asiento, cuando se presentó Lucía, y lo que pueden los encajes y las ricas telas y las buenas modistas, Lucía estaba hecha una divinidad; de no oir César la voz de doña Moni y conocerlas tan

de cierto, hubiera dudado si entre lo que veía y lo que en tiempos vió había relación posible de continuidad, ó era aquello una nueva broma que la fortuna quería darle, una nueva alucinación de los ojos y de la mente.

Doña Moni, no le dejó tiempo para hacer análisis mentales ni apenas para demostrar la debida gratitud por tanta deferencia, tomó ella la palabra y era difícil meter baza cuando la buena señora desplegaba los labios.

—No sabe usted cuanto deseábamos reanudar aquella íntima amistad de otros tiempos; Lucía me lo estaba diciendo constantemente, ¡si es que no se fija!, si no debe reconocernos y yo casi tuve la tentación de poner á usted dos letras, pero luego desistí porque luego todo se interpreta. Vamos el azar nos ha servido mejor. Madrid es tan pequeño que es difícil no encontrarse pronto. Yo, preguntaba y ésta también, ¿y qué es de nuestro querido César? pero nada, como si se hubiera usted caído en un pozo; ni en teatros, ni en paseos, nada, invisible, así que decíamos, seguirá allá en su rincón. ¡Qué lástima! un chico de su mérito; ya sabe usted lo que siempre fué para nosotros, no es ahora, no, entonces, entonces le adivinamos. El pobre difunto, cuantas veces lo decía; ves tantos como concurren á casa, pues Pantoja es el único que lleva algo dentro, ese llegará si quiere

llegar. Y ya sabe usted lo que valía el difunto, talento práctico no le sobraba, para él la moneda no siendo de los tiempos de Mari-Castaña, no representaba cosa mayor y buenos están los tiempos presentes. Un sabio como él, que hasta vino de Alemania un señor cuyo nombre nunca he podido retener, para enterarse de la serie visigótica. ¡Si hasta me hizo entender á mí de eso de la *cismática* ó como se diga! Si él hubiera sido otro, de cuánto disgusto y cuánto apuro nos habríamos visto libres. En fin, Dios aprieta pero no ahoga. Y usted ¿reside ahora constantemente aquí ó sólo por temporada? y por supuesto libre, es decir soltero, aunque eso bien se le conoce. A mí me parece que eso del matrimonio nunca le tiró á usted y acaso acierta, crea usted que si tocaran á descasarse ¡lo que veríamos! No crea usted que nosotras andamos de la Ceca á la Meca, vivimos muy retiradas, estoy muy desengañada de las amistades, cuando uno los necesita entonces se acabó lo lo que se daba.—Tomó aliento, pero antes de que César contestara, siguió adelante.

—Lucía es la que primero vió á usted hará poco más de un mes, un día que iba con un señorón en uno de esos milores tan altos que se estilan ahora, otro día también le vimos á usted asomado al balcón del círculo, pero cuando nos cercioramos fué la otra noche en el Real. Sí,

mamá, si es César, me dijo Lucía, yo limpiaba y limpiaba los gemelos, pero no tengo la vista muy firme y además estábamos tan lejos, allá en el gallinero por no vestirnos; pero Lucía lo vió, estoy segura, es él, es César, me decía.

Estaba usted en el palco de Fernanda Burgal, no es eso, yo la conocí muy niña en mis tiempos; hoy si me vé se hace la desentendida, esas señoronas de sangre azul se olvidan de todo y puede que más de cuatro favores le pidiera su padre á mi tío, el que fué como usted sabe ministro. Usted será muy amigo de esos señores cuando estaba con ellos.

A César por discreción y por evitar acaso que le pidieran recomendaciones, le pareció lo más prudente negar.

—No, apenas los trato, fué una casualidad, el Conde que me citó en el Real para hablar de un asunto.

—La verdad es que no quería correrme, dijo doña Mónica, porque á veces habla una y no todo puede decirse.

—Pues por mí, córrase usted cuanto quiera, dijo César riéndose y creyendo iría á decir alguna simpleza.

—No, si después de todo—siguió doña Moni, las cosas y los escándalos de la Burgal los saben en Madrid hasta los guindillas, que son los últi-

mos en enterarse. ¡Si es de lo que no hay! Ella, la de Langres y la Carlota Ris, son la trinidad.

—No, mamá, interrumpió Lucía—lo que dicen es que son las tres hijas de Elena, las tres alegres y ninguna buena.

—Pero como la Burgal ninguna, hoy con uno, mañana con otro, hoy los toma, mañana los deja, lo mismo la da un duque, que un torero, que un cómico, ¡y que los hombres sean tan necios! claro, como es una señora de tan alto coturno, todo se lo permite... la faltó la saliva y no pudo seguir, César quería saber, quería dominarse, quería que no se trasluciese en él por signo alguno, la emoción que experimentaba, pero por algún movimiento nervioso, Lucía interpretó que César no se encontraba á gusto, y atribuyéndolo al chaparrón de palabras que sobre él había descargado doña Moni, quiso librarle de aquel enojo.

—¿Sabes mamaíta que no nos has dejado hablar ni palabra á nosotros?—debías ahora ser fina y obsequiarnos con una taza de té, hecho con el primor que tú sabes.

Doña Moni dió á la advertencia todo el alcance debido, y no queriendo aburrir á César sino todo lo contrario, se levantó como movida por un resorte diciendo: tienes muchísima razón, Lucía, pero qué quieres ya me conocéis los dos, tengo ese defectillo, soy una charlatana, ahora mutis,

os dejo á vosotros y me voy á prepararos el té. Nada César, no insista usted en que me quede.

Por rápida intuición comprendió César cuál debía ser su papel en aquel instante; con ganarse la mayor intimidad posible con Lucía y su madre antes ó después, dejándolas hablar, ellas lo dirían todo. Eran indiscretas como nadie, sobre todo la madre, repetían lo oído, pero no inventaban, no llegaban á ese arte y tampoco tenían ningún motivo para calumniar á Fernanda. La calumnia venía de fuera, de los salones ó del arroyo; era preciso dominarse, que estallase el corazón, pero sin que llegaran á oirse los latidos, que estallase el cerebro dentro del cráneo, pero sin que ningún músculo de la cara se contrajera. Hay que ser hombre y vencerse se dijo, y esforzando la voluntad pudo lograrlo, sólo en la frente despejada y tersa del pobre mozo quedó una ligera humedad empañándola, un sudor frío que era el signo de aquella nunca sentida angustia que estaba sufriendo.

—Y ahora que estamos solos, ¿cómo me encuentra usted? ¿He variado mucho? Lealmente ¿estoy presentable ó me preferiría usted como fuí en otros tiempos?—Le dijo Lucía en tanto se miraba en el espejo segura de una impresión favorable.

—Voy á ser leal con usted, Lucía, aunque haya

leído que jamás puede uno permitirse ese lujo en el trato con la mujer. En los tiempos á que usted se refiere, me cuesta decirlo, pero la verdad, me



era usted del todo indiferente; hoy noto en usted tal transfiguración, que no acierto á explicarme el sentimiento que me inspira. No sé si es de admiración ó de temor ó de simpatía ó los tres reuni-

dos; hay en cuanto la rodea y en usted misma, un enigma que no sé descifrar...

—No, César, es muy sencillo;—le dijo Lucía cogiéndole una mano,—en tiempos quise y quise mucho, sentí y sentí hondo y ya lo ve usted, ni se enteraron de mi querer ni percibieron lo que sentía. Hoy ya no quiero y no obstante vivo de que me quieran, de hacerme querer y he aprendido lo mejor posible la comedia del amor. Ahora sí deseo, como homenaje á mis recuerdos, que seamos buenos amigos, sólo buenos amigos. No quiero engañarme ni menos engañarle, lo probable, acaso lo seguro, sería que si yo quisiera despertar al corazón no me fuese posible conseguirlo.

—¿Y por qué Lucía? dijo César poniendo en el tono de la voz un matiz de ternura.

—No deben juntarse los vivos con los muertos, César, es muy triste para una mujer que un tiempo tuvo la ilusión, por infundada que fuera, de ser la esposa de un hombre, resignarse al papel de... No César, no, amistad y sólo amistad, y por Dios que mi pobre madre no se entere, me creería en vísperas de enamorarme y estas serían vísperas de ruina para nosotras, ¡ha sufrido tanto la pobre! las ilusiones y los sueños ni alimentan ni abrigan, yo puedo privarme de ellas y en cambio que tenga mi madre la seguridad de que nada ha de faltarla en su vejez. Silencio que viene.

Llegó en efecto doña Moni, sirvióles el té, procuró César llevar la conversación por asuntos sugestivos para darla cuerda y que hablase, pero nada, como si se la hubiese acabado por aquel día; sólo hablaba lo preciso y con pretexto ó sin pretexto dejaba solos á los chicos con familiar confianza, para atender á los quehaceres domésticos.

Tuvo César que renunciar á saber más noticias de Fernanda por aquel día y como era ya tiempo excesivo para una visita la dió por terminada despidiéndose de doña Moni y de Lucía, no sin aceptar el convite de comer con ellas dos días después.

Fuese directamente á su casa y así como de primera intención no creyó César de lo dicho por doña Moni, sino que Fernanda era víctima de una calumnia, que en ella se había cebado por su alta posición y excepcionales méritos, luego, sin transición apenas, adquirió el convencimiento de que era verdad todo y que él no había notado nada por tener puesta en los ojos la tupida venda con que la pasión le cegaba. Y ya puesto en términos de negro pesimismo venían en tropel á su memoria frases, alusiones, bromas, intimidades y no era posible dudar, él era un cándido, un inocente, un confiado ridículo y todos cuantos rodeaban á Fernanda estaban en el secreto; él era un comparsa en aquella farsa indigna, él era el único que no sabía ver ni oir ni entender cosa alguna.

Si hubiera sido lo que se llama un hombre de mundo, aun cuando hasta entonces abrigara la inocente ilusión de ser el único que recibiera favores tan señalados de Fernanda, entonces, sin perjuicio del vacío que deja en el alma la pérdida de una idea tan halagüeña, reduciendo el alcance de estos afectos á sus verdaderos límites, tomando si se creía preciso la conveniente determinación, como hombre de mundo y correcto en todas las circunstancias, su manera de razonar y de proceder estaba prevista. No estando Fernanda obligada por ningún deber social y habiendo tenido la bondad de concederle tan privilegiadas mercedes, todavía era menester mostrarse agradecido y si la falta de ilusión al reconocerse no más que uno de la serie y aún de uno entre varios, quitaba todo encanto á las relaciones amorosas, siempre pueden buscarse términos decorosos, indiferencias oportunas, frialdades que dan motivo para ser despedido con los honores de ordenanza y sin que ella tuviera ni aun que sentir el agravio de un manifiesto abandono. Viviendo la vida social, con el diapasón normal de no exigir sacrificios ni estar dispuesto á hacerlos, de procurar conseguir algún partido de las alegrías y placeres que con pródiga mano esparció la naturaleza y de evitar en lo posible los dolores y amarguras que con no menos prodigalidad esparciera, los problemas pasionales,

se reducen á pura retórica sin ulterior alcance, son á lo sumo semejantes á las figuras del rigodón con movimientos, reverencias, actitudes y desenlace sabido. Se conserva la pareja, en lugar de un cuarto de hora, medio año, la temporada invernal ó la buena estación, á veces por rara excepción hasta puede subsistir un par de años con las apariencias encantadoras de los afectos hondos y sinceros, pero bien saben los dos amantes hasta qué punto cada uno de ellos está dispuesto á no perturbar la vida, ni aun alterarla de un modo desagradable, del otro copartícipe en la sociedad recreativa. Así concebían el modo de ser de esta clase de relaciones, no sólo Fernanda, sino cuantos alternaban con ella en el trato social, pero César no estaba hecho á estos modos de pensar y conducirse, no era sino en las meras exterioridades un civilizado, más cerca que del gran mundo estaba de la tierra, del modo de ser y de sentir de la gente labradora de su pueblo, tomaba por su desgracia estas cosas en serio, poniendo en el querer toda el alma, todo el presente, todo el porvenir, cuanto era y cuanto podía ser; en la partida amorosa que jugaba con Fernanda, ella arriesgaba en el juego sonrisas, frases, besos, dulces palabras; César, pedazos de su corazón.

Aunque residía en Toledo, como doña Sagrario y el padre de César eran naturales del pueblo y

allí tuvieron siempre labranza y doña Sagrario residió hasta su matrimonio y César tenía allí sus parientes y amigos, yendo y viniendo de continuo, estaba más compenetrado con los usos, costumbres y modo de ser de sus paisanos, que con los mismos vecinos de Toledo. Así como en Madrid ningún provinciano pierde jamás el sello ó marca que acredita el origen y son gallegos, andaluces, catalanes ó vascongados, aunque lleven cincuenta años de residencia en la corte, en las capitales de provincia con relación á los pueblos ó comarcas sucede algo semejante, en Toledo son siempre manchegos ó sagreños sin llegar á confundirse en muchas generaciones con los verdaderos y auténticos toledanos.

No era del todo caprichosa la fama de inculto que tenía el pueblo de César entre todos los comarcanos, ciertas tradiciones de romanticismo, de rústica fiereza, producían constantemente esos delitos pasionales de brutalidad inconcebible para un refinado de cualquier gran ciudad. Pocos meses antes tuvo que intervenir César para aliviar la suerte de un homicida y los detalles del hecho eran verdaderamente propios de un país salvaje. Una joven del pueblo, de clase humilde, tenía un novio mozo de labranza; otro mozo del pueblo pretendía asimismo entablar relaciones amorosas con ella; la joven debió coquetear con ambos

acaso por mantener más vivo el afecto del preferido, acaso por tener dudas y vacilaciones para hacer la definitiva elección. No era eso lo corriente, pues conociendo ellas el personal y sus arranques procuran evitar las funestas consecuencias que tiene el poner dos hombres frente á frente á prueba de gallardía.

Esperando un día el que resultó desdeñado hablar por la reja con la joven, vió que no él, sino el otro había obtenido el favor de que ella abriera la ventana y sin más filosofías ni retóricas, fuese á su casa, cogió una hoz de segar y un clavo de grandes dimensiones y con estos nada pacíficos preparativos, salió de casa y como se encontrara con otros mozos, tranquilamente contestó á sus preguntas diciéndoles que iba en derechura á buscar al preferido amante con el propósito nada racional de segarle el cuello y colgar la cabeza en el marco de la ventana de la moza, para que pudiera verle fácilmente siempre que se asomara.

Y en efecto, buscó al otro que no rehuyó el lance y allí, delante de aquella ventana, se entabló feroz lucha, de la que resultó el agresor sencillamente muerto de un garrotazo que le asestó en la cabeza el preferido.

En otra ocasión, hacía algunos años, una mujer de su pueblo por ignorada escena de celos, fué

muerta por su novio en la misma reja de un tiro en la frente.

No siendo el pueblo de gran vecindario y por análogos motivos pasionales, era raro el año que no se cometiesen uno ó varios homicidios, jamás un asesinato. En ese pueblo, decían, están aún como en la época de los moros y decían lo cierto porque la manera de entender la dignidad personal, el derecho á ser respetado en sus pasiones, la forma de vengar los agravios, no pudiera afirmarse que desde aquellas épocas haya variado de un modo apreciable.

César jugó los juegos de la infancia con aquellos labriegos, tuvo las mismas rústicas aficiones, la misma dura corteza, la misma forma de expresarse, el mismo modo de sentir y de razonar; luego ya hombre se afinó bastante, la epidermis era más fina, la sensibilidad más exquisita, pero sólo un barniz detrás del cual aparecía la fuerte é invariable berroqueña.

La impresión recibida por las indiscreciones de doña Moni era brutal, pero no clara y definida, buscando analogías pudiera compararse con el efecto de una fuerte contusión en todo el cuerpo al caer desde una altura.

Aquella noche tenía prometido á Fernanda ir á visitarla, pero como hasta las diez ó las once no acudía la gente, se vistió de frac y se fué al círculo

para comer allí y ocupar el tiempo hasta la hora conveniente. No tenía formada resolución de ningún género, era una estúpida ligereza de doña Moni, una infame calumnia, si alguno se hiciera eco y él lo supiera, con arrancarle la lengua estaba concluído.

—Que cara traes Pantoja, pareces un desenterrado, le dijo Mirasol en el comedor del círculo, ¿vienes á comer?, pues hagámoslo juntos.

César procuró sonreirse afectuosamente al estrechar la mano que su amigo le tendía, sentáronse frente á frente y empezaron á charlar de política en primer término, por ser el fuerte de Mirasol aunque á César no le importaba un ardite. Al cabo de un buen rato, ya tomando el café, se le ocurrió á César la idea de sonsacar lo que buenamente pudiera á Mirasol, obsesionado por aquella idea que le martillaba el cerebro; no obstante y por decoro propio no quiso tocar el nombre de Fernanda directamente y hasta por temor á la verdad, atreviéndose sólo á tratar de Sofía, la inseparable amiga de Fernanda y esto casi en tono de elogio.

—Lo que más me entretiene en casa de Burgal, dijo aprovechando la ocasión de que le preguntara donde pensaba ir aquella noche, son las cosas de Sofía, es una mujer ingeniosísima y si no exagerase la manía de hacer frases, todavía creo que valdrían más las suyas.

Mirasol entonces tomó la palabra y ya César no tuvo que hacer sino dejarle lucir sus dotes oratorias.

—Sofía es la mujer más notable que tenemos, hace algunos años hubiera sido eclipsada por la Marquesa de Osterlisa, cuyo ingenio, según la tradición, ninguna ha superado, pero en la actualidad sólo alguno que otro hombre, entre los más eminentes, puede competir con ella en la especialidad de las frases, de los apodos y de las fórmulas. Es toda una Biblia modernista, sería el cuento de nunca acabar sólo el referirlas. Yo la he oído algunas ocurrencias y no de las mejores, una noche que comí en su casa y que fué como si dijéramos, una fiesta para hombres solos; de los celos recuerdo que decía que son una enfermedad cada vez más rara que se asegura padecen las gentes ordinarias; de los cuernos, que son como los dientes, duelen cuando nacen y después se come con ellos; que llegará el fin del mundo cuando se decrete que cada duro vuelva á poder de su legítimo dueño y cada hijo se vaya á vivir con su verdadero padre, el delirio chico, el delirio.

—Después de todo, dijo César por decir algo, palabras y palabras, afán de parecer peor de lo que uno es, alardear el vicio que no se tiene y luego proceder como todo el mundo.

—No, eso no, querido César, continuó Mirasol;





no es la Baronesa solamente una teórica, una hipócrita al revés, más miedo puede dar todavía con sus acciones que no con sus teorías. Claro está que en sociedad no va á decir chicoleos á los hombres, ni contar ciertas enormidades de su vida, pero lo que hizo con su pobre marido.

—¿Qué hizo?

—Pero hombre si lo sabe todo el mundo, ¿de dónde vienes?

—Sí, lo he oído, pero...

—El pobre, cuando se casó con ella, ya era viejo y nada agradable, mas tampoco se metía en lo que ella hiciera ó dejase de hacer; estaba un poco chiflado, tenía extravagancias, pero lo que es loco jamás lo estuvo, ni mucho menos loco peligroso. Al fin, ella que no era ni muy guapa, ni tenía una peseta, tuvo la suerte de agradarle y de que se casara con ella. Y no merecía el buen señor que ella, como quien teje una tela de araña, fuese envolviéndole, envolviéndole, quitándole de su lado los antiguos servidores de la casa, buscándose apoyos en los personajes influyentes hasta llegar el día en que consiguió formarle un expediente de incapacidad y meterle en el manicomio, donde se encuentra. Cuentan y no acaban, ahora tiene el pobre la suerte de ser absolutamente idiota, siempre manso y tranquilo, pero en aquellos momentos en que se resolvió la incapacidad, no faltó algún com-

pasivo que lograra advertir al desdichado Barón, y hay una escena de un hombre de rodillas pidiendo compasión con los brazos en cruz y de una mujer impasible y desdeñosa...

—Haz el favor de callarte que me hacen daño tus palabras, le dijo César.

—Más vale no ahondar, tienes razón; pero qué remedio, hay que tolerar tantas cosas por aquello de que crucifican al que se mete á redentor, ¡pero no tengas cuidado, no hay fiesta benéfica en que no figure la Baronesa!

—¿Y todas serán como ella?

—Hombre no disparates, yo no soy optimista y tengo que reconocer que muchas familias en la alta sociedad son absolutamente intachables.

—¿Entonces por qué admiten á los manchados?

—Ahí está el vicio característico de esta sociedad, falta de virilidad para todo, para defender la patria, para defender el hogar, para negar el saludo. Nos hacía falta algo semejante á lo que sucede en Francia, un *demi-monde* donde ellas solas se juntaran, aquí todo está deliciosamente revuelto.

Eran cerca de las once cuando se separaron. Mirasol iba á casa de un Ministro y César se encaminó á pie en dirección del palacio de Burgal, pero cuando ya estaba junto á la puerta se dijo:—No; no es posible, no me podría dominar, mañana ve-

remos. Dió media vuelta y rápidamente como huyendo de su primera intención, se dirigió á su propio domicilio.

Tenía un retrato de Fernanda encima de la mesa y mirándole tristemente decía: Fernanda, Fernanda, no sabes cuánto te adoro, no, no lo sabes, pero pide á Dios que no llegue nunca á aborrecerte.

Rendido el cuerpo por la fatiga, agotado el pensamiento, reclamó la naturaleza su derecho al descanso, y César durmió aquella noche diez horas seguidas.

Oía decir, César mío, soy yo, y creía soñar, abrió los ojos; era ya bien entrado el día y á su lado estaba Fernanda.

—Te creí enfermo y no he podido pegar los ojos en toda la noche, apenas fué de día llamé á Cayetana y la dije, vamos á verle; no nos has sentido abrir la puerta, ni abrir luego las maderas del balcón, he tenido que llamarte. ¿Estás malo, amor mío?

Todas las inquietudes, todas las dudas, todos los recelos se borraron entonces de la mente de César.

Aceptó la versión de una ligera enfermedad y se declaró él mismo de alta, absolutamente bueno y sano, el mismo enamorado loco de siempre. Más de tres horas permaneció Fernanda haciéndole compañía, durante las cuales ni por un momento

velaron los crespones grises de la duda, el cielo de sus dichas. La razón avergonzada, en completa fuga, no se atrevió siquiera á oponerse á la brutalidad de la pasión que convertía en fuego toda la sangre que circulaba por las venas de César.

Luego sí, aquella misma tarde como sucede con las fiebres intermitentes, sintió el pobre mozo los escalofríos de la duda, no era digno entregarse así á una pasión, siendo Fernanda el ser envilecido que pregonaba la fama. Recordando la fábula de Circe, imaginaba que él también, como los compañeros de Ulises iba perdiendo toda calidad de hombre para convertirse en animal inmundo que se arrastra por el cieno, y no podía menos de confesarse á sí mismo, que eran muy amargas las horas de aquellos días y que más le valiera no haber conocido nunca á Fernanda.

Aquella noche volvió al círculo y volvió á tentar fortuna; en definitiva allí, en aquel tapete verde, en aquellos jeroglíficos de líneas, signos y números estaba en gran parte la solución de su problema de quedarse en Madrid para encontrar luego en un espacio de tiempo racional forma de desenvolver su actividad en trabajos científicos, ó de regresar á Toledo por no ser esto posible, careciendo de los necesarios recursos.

Tampoco pudo ser atrevido en la segunda sesión de juego, pensando una jugada, se decidía á

arriesgar de una vez mil pesetas, y luego ni aún se atrevía á cambiar los billetes por fichas. ¡Era tan fácil y sencillo perderlo! Tan difícil volverlo á tener. Iba arriesgando algo más que la vez pasada en cada puesta, pero la suerte sin volverle la espalda era perezosa; al cabo de tres horas de sufrir emociones, tuvo que decirse que no podía más, y al hacer la liquidación sólo pudo reunir unas doscientas pesetas á las ganancias. Será cuestión de seguir otra noche, se decía al marcharse, así estaré también más tranquilo, ya en esta segunda vez pudo fijarse en el personal de jugadores y vió muchas caras conocidas; gentes que tenía por respetables y que á pesar de esta presunción en contra, acaso lo fuesen.

XIX

El día convenido fué César á comer con Lucía y su mamá, pensando enterarse de esta suerte de la vida entera de Fernanda.

Tuvo la fortuna de no verse aquellos días ni con Sofía ni con ella, porque acaso entonces le hubiera sido imposible dominar los nervios cometiendo algún disparate, ó por lo menos alguna desafinación, y mientras nada fijo, cierto y auténtico supiera ¿cómo creer nada?

En casa de Lucía lo hubiera pasado César admirablemente, no teniendo más propósito que el de divertirse. Buena comida, buenos vinos, buen café y luego una conversación animada con viñetas de cuentos picantes ingeniosamente referidos por Lucía, y por añadidura un buen piano, que la sirvió para acompañarse todo el repertorio de canciones napolitanas y andaluzas y aquellas otras de la tierra cubana, impregnadas de languidez tropical, tan dulces y sentidas.

Doña Moni, apenas concluída la comida, les dejó solos pretextando mil cosas que tenía que hacer; y por parte de Lucía no era necesario ser nada lince, para comprender que aunque le dijo á César que no quería sino su amistad ó la quería muy íntima ó deseaba sencillamente y es lo más femenino que César sintiera arrepentimientos por no haber apreciado en su justo valor el cariño de aquella tan encantadora mujer, porque sin extremar Lucía la agresión representó los afanes de amor, mejor que la primera actriz de cualquier compañía italiana. Esas pequeñeces de hacerle beber en la misma copa, de invitarle á examinar la medallita que se lleva al cuello, de hacerse abrochar el brazalete, de sentarle á su lado en el piano, para que vuelva las hojas de la música y mirarse de cerca y cantarle al oído casi, coplas sentidas... Por aquello de tener más carácter lo que se dice

y hace con el traje adecuado, vistió Lucía riquísimo mantón de Manila, puesto con arte exquisito, dando ocasión á unos modelados dignos de inspirar al más notable artista.

César no tenía un temperamento de linfático, ni aspiraba á émulo de de San Antón, así es que una vez que Lucía estaba cantándole una copla en que le decía:

Me dicen que no te quiera
porque me vas á perder;
no saben los que eso dicen
que no se manda el querer.

y dijo después un «vida mía», tenue, aspirado, poniendo en la voz y en la mirada tales encantos, que César y ella terminaron la copla en un abrazo amoroso.

—Por qué he de negarlo, César, yo he cometido una mala acción con citarte, pero no lo podía remediar; desde chica, cuando te conocí, sin saber por qué me había yo prometido conseguir que algún día me quisieras... ilusiones de chiquilla. Ahora te digo lo mismo que dije el otro día, no podemos ser más que amigos; el caballero, y lo es muy completo, que sostiene los gastos de esta casa, no merece que le traicione yo de ese modo y tú mismo no estás libre.

—Yo sí.

—Tú no; crees tú que no sé que estás con Fernanda Burgal; yo me he informado y todo se sabe.

—Te equivocas, yo nada tengo que ver con ella.

—Bueno, niégalo tú si quieres, á mí me parece que estás muy colado. Cuando te plante ó la plantes, que será cuestión de meses, yo siempre seré tu amiga; ten mucho ojo porque con esa no estarás muy seguro.

—Mira, Lucía; si quieres vamos á ser amigos de veras, no amantes porque yo no puedo sostenerte como tú vives ni aceptar ciertos papeles.

—Lo comprendo y por eso te hablaba como te hablaba.

—Con Fernanda repito que no tengo nada que ver, pero sí quiero saber de verdad su vida y no así como la cuenta tu madre, palabras y palabras, no, hechos concretos, quiénes han sido sus amantes, qué escándalos ha dado, cuál ha sido su conducta, los hechos, los hechos brutales.

—Cuidado como quieres á esa mujer, le dijo Lucía.

—Pues bien, seremos amigos si me quieres decir lo que sabes y averiguar lo que ignores; si no, te juro que no vuelves á verme más, pero cosas ciertas, claras, nada de nebulosidades.

—Convenido, y á cuenta de las noticias que me pides, te diré que, antes que tú, era su amante el duque de Valdeoli, ese chico tan coloradito

que guía un boghél, pero te daré una información completa, te lo prometo; no es bonito mi papel, pero no te miento, aunque no puedas quererme á mí, no me gusta que quieras á otra mucho peor que yo. En cambio sólo te pido una cosa.

—Dí, Lucía...

—Que no me desprecies nunca, ni te enfades porque te haya querido, ¡quién sabe lo que será de mí mañana! Pero sucédame lo que quiera, mi mayor castigo sería, que el hombre que despertó por vez primera y única en la vida mi corazón al amor, no me entendiera y llegase á despreciarme.

—No hablas con un ingrato; gracias, Lucía, (dijo César conmovido por un instante, pero volviendo á su íntimo pensamiento) y ¿podrás decirme pronto cuanto se refiere á Fernanda?

—Espero que será cuestión de pocos días; yo te mandaré por la agencia dos letras en lápiz, diciéndote sitio y hora.

Era difícil para ambos el continuar la conversación y se separaron, no sin que al decirse adiós se unieran sus bocas en un beso, que, por parte de César era una limosna de amor, y para Lucía una ventura incomparable.

César aquella noche volvió al juego y jugó con más atrevimiento y la fortuna le concedió una sonrisa, ganó mil pesetas.

Mientras á César le sucedía en Madrid lo que

va referido, en Toledo tampoco seguían como otras veces pareciéndose los días. El célebre don Nicasio se enteró perfectamente de lo sucedido con la botica, y ese dato le hizo ver fácilmente que sin hacer él nada, con el nuevo establecimiento de Tomás y con lo desatendido que dejaba el suyo César, en aquella casa, en cuanto él quisiera podían empezar los más graves apuros, pero también aprendió que César estaba en relaciones amorosas con la Condesa de Burgal y se dijo, si doy el golpe por lo claro acudiendo al juzgado y embargándole las tierras, César acudirá á esa señora y por una miseria no dejará que le atropellen. Mejor es sólo amenazar, pero sin extremar las cosas y que ella ceda por ignorancia ó por engaño, y muy confiado en sí mismo, una mañana se plantó muy fresco en casa de doña Sagrario, llamando por la puerta de la casa y no por la de la tienda. Como era invierno doña Sagrario habitaba en las habitaciones altas y á estilo toledano, después de los aldabonazos se abrió, al parecer, sola, la puerta y en realidad por medio de la cuerda atada al picaporte por un extremo y por el otro á la cocina que estaba en el segundo piso. Subió D. Nicasio la escalera y en la salita del primer piso allí estaba la buena señora cuando se presentó.

—Usted dirá á qué viene á mi casa—dijo secamente doña Sagrario.

—No sé si decirla que puede que venga á mucho bueno, y puede que venga á mucho malo.

—Ni bueno ni malo me parece que tiene usted que esperar en mi casa.

—Va usted á tener su poquito de calma, porque pudiera ser que tenga que ser yo quien la *nesecite;* y en eso de «mi casa», también puede que sea hablar demasiado, porque se puede creer que las cosas son de uno y no serlo si viene á mano.

Jamás iba D. Nicasio derecho al asunto, siempre á su modo embrollaba las frases indicando sin decir lo que pretendía, ni acertó nunca á mirar de frente, ni á ir derecho á los asuntos con la intención ni la palabra.

—Hable usted claro y diga qué quiere de una vez.

—Yo creo, que nada menos sería usted porque hablásemos sentados, porque es asunto grave y no de los que se dicen como un mal recado.

Resignóse doña Sagrario; tomaron asiento, y lentamente, haciéndola sufrir alfilerazo tras alfilerazo, como si no hubiera tenido jamás pretensiones con ella de otra índole, haciendo resaltar su generoso proceder con César, dió por último la puñalada sin contemplación: tenía un pagaré suyo vencido y otro de un amigo contra César; por ellos tenía mucha clase de derechos y de facultades contra los bienes y contra las personas.

—Quedo enterada y puede usted retirarse—dijo doña Sagrario que se había mantenido seria y erguida y sin mostrar flaqueza, todo el tiempo que todavía estuvo en la casa D. Nicasio. Sólo cuando sintió cerrar la puerta de la calle, se dejó caer en un sofá diciendo entre sollozos:—¡No creí merecer tanto castigo, Virgen Santísima!

Era necesario tomar una determinación; lo primero persuadirse de la verdad de lo dicho por don Nicasio. Desgraciadamente debía serlo, los viajes, los gastos disparatados de César eran mayores de todo lo imaginado por doña Sagrario, mas bien á la vista estaba la justificación de ellos. Respecto al modo de resolver la dificultad, era cuestión para después de persuadirse de la extensión y gravedad del daño y de las responsabilidades contraídas. Decidió hacer al día siguiente un viaje á Madrid, ver á César en seguida, y si era preciso consultar el caso con un abogado que conocía. Por otra parte, acaso César no habría gastado todo el dinero, acaso ella tendría medio de buscarlo; lo mejor era tomar el tren y á la corte.

Llamó á María Rosa, quien por los criados y por lo oído directamente, estaba ya al tanto de todo, pero habiéndola invitado á que la acompañase, la joven propuso como mejor acomodo que ella se fuese al pueblo y que un criado antiguo de la casa fuera quien sirviese de escudero á doña Sa-

grario. No insistió ésta, ni se espontaneó más María Rosa, cuyo propósito decidido desde el primer momento era procurar ella misma salvar las dificultades, vendiendo ó empeñando su propio capital, pero un sentimiento de delicadeza la impedía manifestar su resolución. ¿Y si no querían admitirlo, y si en cierto modo así humillaba á César? No, ella haría lo que fuese menester, pero sin ruido, sin vanagloria, si era posible sin que pareciese ni aun su nombre, ni su persona para nada. En el fondo de su alma hasta había un sentimiento de gozo inefable, ella y sólo ella, sería quien salvase á César y á doña Sagrario.

A la mañana siguiente, doña Sagrario y el tío Rufo, tomaron el tren para Madrid; antes de medio día salió María Rosa para el pueblo en el carrito del ordinario, en compañía de una familia conocida y en el tren de la noche también se fué á la corte D. Nicasio, más resuelto que nunca á realizar sus designios y siendo tan codicioso, no obstante, su mayor temor consistía en que pudieran devolverle su dinero.

XX

César no podía permanecer en Madrid sin ver diariamente á Fernanda; después de las revelaciones de Lucía, le daban tentaciones de regresar á Toledo y olvidar cuanto le había sucedido, era lo más sensato, lo mejor, pero al instante desechaba la idea.—Irme ¿para qué? ¿Para volver en seguida? Olvidar... ¿cómo? Se puede acaso olvidar por desearlo mucho, ó por el contrario el esfuerzo sólo consigue ahondar más el surco. Además, eso de condenarla por una sospecha... Pero si él no debía creer esas infamias, si con sólo creerlas demostraba la falta de cariño... Quien ama de veras ha de verlo y niega el testimonio de los ojos, ha de oirlo y niega el testimonio de los oídos, ha de saberlo y la razón ha de afirmarlo y dirá que ha perdido la inteligencia; todo, menos creer nada indigno del sér amado. No, lo sencillo era ver á Fernanda, quererla como siempre, pedirla perdón por haber dudado de ella y no dudar. Pero lo decía y la duda, contra su voluntad, contra todo su deseo, continuaba allí fija, clavada en el pensamiento como una espina.

Fué por último á ver á Fernanda, pero había mucha gente en la casa y no hubo lugar para nin-

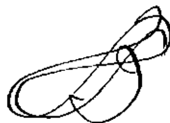
gún aparte en la conversación; no obstante, César se encontraba como á disgusto, sin poderlo remediar creía que todos hablaban de él en cuanto se separaba de un corro y todos para vilipendiarle; en cada palabra trataba de sondear la segunda intención que pudiera tener, temiendo que cada frase fuera un dardo envenenado.

También estaba Sofía y con relación á ésta estuvo hasta descortés. No le cabía la menor duda; Mirasol debía tener razón, aquella mujer era una malvada, sin una idea noble, ni un sentimiento de ternura, ni una emoción verdadera. Hasta las mismas frases y ocurrencias de Sofía, ya no le parecían tan ingeniosas, á lo sumo las clasificaba entre los cinismos y las groserías.

Cuando llegó á casa de Fernanda, todavía estaba Sofía de sobremesa con varios caballeros en petit-comité y no podían repetirse, ni aun veladas, la mayor parte de las frases, anécdotas y chascarrillos que decían. Un momento estuvo allí César y la oyó decir que las leyes autorizando la creación de mayorazgos, eran mucho más sabias que las actuales, porque en ellas se favorece extraordinariamente al primogénito, que al fin es el que tiene alguna probabilidad de continuar la raza del fundador.

En otra ocasión hubiera permanecido allí oyendo á Sofía con deleite, pero en el estado de ánimo

20



en que se hallaba, dió la preferencia al Conde, el cual le estuvo confiando el grave disgusto que tenía ó que aparentaba tener por el carácter de Laura.—Esas monjas no sé que han hecho con ella en el convento; al principio cuando salió, todo la causaba alegría, cualquier fiesta, cualquier diversión la encantaba, pero luego dió el salto atrás, volviendo á las costumbres del convento, á no querer vestirse ni salir de su cuarto, está siempre triste y pasa horas y horas rezando. Ya ves, hija única y en su posición, como si se tratara de esas feas sin dote que se consagran á querer á Dios, cuya infinita bondad le permite dejarse querer por semejantes tipos. Nada, que me la han sugestionado, porque si no ¿cómo se comprendería que á su edad no le agradase la vida que la brinda con todos sus placeres? ¿Qué desilusión, ni qué contrariedad, ni qué disgusto puede haber tenido? Nada, repito que la catequizaron.

Desde casa de los condes, fuese César al círculo y aquella noche le volvió la espalda la fortuna, perdiendo más de lo que en las tres anteriores había ganado. Mientras César perdía de las ganancias, el dolor y la contrariedad no fueron grandes, casi no lo consideraba suyo, pero cuando también empezó á perder de lo suyo, no tenía resignación. Marchóse pronto, pero no por la pérdida, sino porque una de las veces al ir á levantar la vista y

mirar los gananciosos recoger sus puestas dobladas, se encontró frente á frente con el duque de Valdeoli, que le saludó cortesmente por haberle conocido en casa de Sofía.

Hubiera sido estúpido, irracional, absurdo, provocar cuestión alguna personal con el Duque, ¿á título de qué? No obstante, hubiera deseado un pretexto traído por los cabellos para tener motivo de riña.

Al día siguiente fué Fernanda por la noche á casa de César. Tomaba su berlina, iba primero á casa de Sofía y de allí salía algo disfrazada por la escalera de servicio; á los diez minutos, tomaba un coche de alquiler y se iba á casa de César á pasar con él una ó dos horas. Luego volvía á desandar el camino por el mismo método, y en la forma se conservaban las debidas conveniencias, y hasta tenían su encanto estas ligeras peripecias.

César no servía para cómico ni menos, sin duda, para hombre de mundo; quería callar y enterarse, y á los cinco minutos dijo cuanto de importancia sabía. El no podía vivir con las angustias de la duda, ella era buena, pero la calumniaban, decían de ella horrores; él sufría lo imposible y sin poderlo remediar tenía celos de todo y de todos, del pasado, de los amigos, de la manera de vivir de ella, por virtud de la cual él ignoraba lo que pudiera hacer en cada minuto y jurándola que era

imposible que él creyera ninguna de estas infamias, Fernanda pudo claramente persuadirse de que ya César no era aquel César sencillo y confiado, ni tampoco el César humilde que no se atrevía á exigir nada, abdicando todo fuero para aceptar como merced el más insignificante favor.

Defendióse Fernanda como pudo sin negar de un modo resuelto y procurando hacerle creer que habían sido únicamente sus faltas pecados veniales de simple coquetería, dejarse querer, agradarla que la regalasen los oídos con frases lisonjeras, pero sin llegar jamás á conceder favores, dándose por gravemente ofendida con solo pensar que él sospechara otra cosa, y César dejándose aparentemente convencer, replicaba:

—Es verdad, es verdad, te creo, creo todo lo que tú me dices, basta, será verdad, yo no sé hasta donde los deberes de tu clase te permitan tolerar asiduidades y aceptar lisonjas y conceder relativas confianzas mal interpretadas por el vulgo; te creo, te creo y te creo, pero desde ahora en adelante quiero y quiero que no me hagas sufrir, que comprendas que yo no puedo tolerar muchas cosas, ni quiero tolerarlas y que no te respondo, si me pones en el disparadero, de no cometer un disparate mayúsculo.

Fernanda no tenía nada de tímida y menos de paciente, así es que aun cuando al principio quiso

evitar cuestiones, no pudo reprimirse y en distinto tono ya le planteó, como si dijéramos, la cuestión de gabinete.

—Te he escuchado con paciencia, pero basta ya de ridículas creencias; es por lo menos de muy mal gusto lo que estás haciendo ¿buscas un pretexto porque te pesan ó cansan nuestras relaciones? Pues no es preciso usar reticencias, ni menos insinuar amenazas. Te he concedido, acaso en un momento de locura, lo que te he concedido, pero no sabes estimarlo cuando dices lo que acabas de decir. No es propio de tí, ni de ningún caballero, hablar de ciertas cosas con la mujer que le concede su cariño. En un marido ya sería poco tolerable, pero al fin da su nombre, y aunque una tenga el propio lleva el del marido. ¡Pero recordar el amante si puede ó no puede tener la mujer que le distingue otros afectos! ¿Con qué derecho? A quien no se le debe nada, debe agradecerse lo que se le dé, sea mucho ó poco ó algo, siempre y en todo caso. Dónde iríamos á parar si un amante, por el hecho de serlo, quisiera regular mis acciones, mi género de vida, lo que hago y lo que pienso. No lo tolero ni poco ni mucho ¿lo sabes, César? Si hice contigo locuras no me arrepiento, pero las hice porque yo quería hacerlas, porque á mí me agradaban, porque sí. Supongamos que estoy harta de tí, vamos, supongámoslo.

—Por Dios, Fernanda, no quiero que sigas así; comprende que te quiero con toda mi alma, que no puedo vivir sin quererte, que cualquier sombra que vean mis ojos en tu modo de ser...

—¿Pero es que me vas tú á conceder la limpieza del honor con tu cariño?

—Sí, Fernanda, sí; la pasión cuando es verdadera como yo la siento por tí, es como el fuego que todo lo purifica.

—Déjate de tonterías, tú me quieres, bueno; y yo concedo también que te quiero, pero ahora vamos á poner el mundo y sus leyes patas arriba porque á tí se te antoje. ¿Puedes tú desear más de lo que has conseguido? Aquí me tienes en tu casa, vengo á verte por mi propia voluntad y tú tienes en nombre de la pasión, el mal gusto, repito, por no decirte la indelicadeza, de venir á contarme lo que dicen y tú crees por lo visto.

—No lo creo.

—Es indiferente, ó lo dudas ó lo sospechas, vamos, que tuve ó tengo otros amantes.

—No, si yo no lo creo, si me subleva el ánimo sólo el oirlo.

—Pero aunque fuese verdad ¿á qué venir ahora á molestarme? Supón que yo misma te digo: pues sí, he querido á otros hombres... supónlo. ¿Con qué derecho me reprochas, ni qué consigues, ni qué pretendes con echármelo en cara?

—Fernanda, no quiero oirte, no me exasperes sin razón.

—Si tuvieses un átomo de hombre de mundo, acaso por eso me guardaras mayor gratitud. No has sido para mí el capricho de un día, no.

—No quiero que sigas atormentándome, ¿he faltado? Te pido perdón; no puedo vivir sin tí, pero no puedo oir ni como suposición, que lo que yo quiera y lo que yo posea lo haya tenido nadie, y uno y otros nos encontremos por el mundo y nos hagamos los distraídos y la sangre esté fría y no se encienda. Mira, Fernanda; yo te dí de una vez y para siempre todo mi ser ¿quiéres mañana, hoy, ahora mismo que todo lo abandone por tí? Sea; lo que yo no concibo es que dándolo yo todo no concedieras tú todo igualmente. Yo no concibo ni puedo concebir que en ningún punto de tu epidermis exista el menor vestigio de otros besos que los míos, ni en lo más recóndito de tu pensamiento otro nombre que el mío propio. Y no tolero otra cosa.

—Te digo, César, que pareces un insensato ¿te has propuesto exagerar para que vengamos á un rompimiento? Pues no te sujeto, no, sea en buena hora, tú por un lado en libertad de hacer lo que quieras, que no iré á buscarte, no seré tan tonta, y yo haré lo que me plazca.

—Ni puedo ni quiero dejarte, buena como eres,

mala si fueses mala, como seas, de todos modos he de quererte; me marcharía jurando no volverte á ver, y estoy seguro de que juraba en falso y volvería una y mil veces.

—Salvo que á mí se me acabe la paciencia, porque para tener disgustos así, maldito lo que quiero continuar las relaciones.

—Pues ¿sabes lo que te digo? Que aunque no quisieras, aunque se opusiera el mundo entero...

—Con mucho menos, con cerrarte la puerta y decir que no te recibía ó con decírselo al Conde estaba al cabo de la calle.

—Ahora sí que puedo decirte yo que no digas tonterías; no me conoces, no juegues nunca conmigo, quiéreme como yo te quiero y no hablemos más y perdóname por quererte demasiado—dijo César con tono tan serio, que ya Fernanda comprendió que no era prudente poner más acritud en sus palabras.

—Me recuerdas lo que dice el refrán, que tanto quiso el diablo á sus hijos que les sacó los ojos.

Rieron ambos, cambiaron de conversación, y ya que ella se encontraba allí, aún haciéndose la enojada y diciendo ya en tono meloso que debiera castigarle negándole sus caricias, no se las negaron ninguno, extremando ambos las pruebas de afecto para hacerse creer que se daba el pasado disgusto al más completo olvido.

Cuando luego se separaron, en César quedaba más firme y más amarga que nunca la duda, queriéndola sin embargo de un modo instintivo, enteramente subyugado por cada una de las fibras de su carne que no sabían sino desear á Fernanda. Ella con muy distintos pensamientos salió de la casa y se iba diciendo por el camino: acabaremos muy mal, yo me tengo la culpa. ¡Pero quién me mandaba á mí ponerme á domesticar salvajes! No tiene ni pizca de educación. Pues si fueran las gentes á quererse de este modo ¡dónde íbamos á parar! Y pensar que es el único que de veras me gusta... Soy más loca que él.

De un sueño pasó César toda la noche y todavía estaba durmiendo cuando llamaron á la puerta con fuerte campanillazo. Despertóse y se vistió sumariamente para abrir, extrañándole lo inoportuno de la visita. Cuando la portera subía, para no despertarle y arreglar el cuarto guardaba en su poder la llave de la puerta, y como ya sabía las costumbres de trasnochar de César, hasta lo menos las once de la mañana no dejaba subir á nadie. Fernanda y Cayetana tenían la otra llave, no necesitaban llamar. ¿Quién sería? Asomóse al ventanillo y vió á su madre con el tío Rufo como escudero.

Abrió la puerta en seguida, pensando rápidamente en el conflicto que pudiera ocurrir de hallarse allí Fernanda, y como la veía buena no fué

el susto mayor, aunque sí tuvo que comprender que por algo muy grave venía á Madrid su madre cuando hacía muchos años que no lo verificaba y jamás se le ocurrió hacer viajes de recreo.

Pronto salió de dudas, entró doña Sagrario, mandó al tío Rufo que esperase en la cocina y se fué con su hijo á la sala, cerrando la puerta.

—¿Qué sucede, madre, para que usted haya venido? ¿porqué no me mandó ir si era preciso?

A todo esto doña Sagrario echó una vista á su alrededor y por instinto de mujer viendo un retrato de Fernanda y una mesa tocador impropia para un caballero, comprendió que allí no era todo santidad y que ella debía permanecer el menor tiempo posible. No quiso sentarse siquiera; César no se atrevía á insistir.

—Ya comprendes, César, que será muy grave el motivo que me obliga á hacer este viaje y la mortificación que siento sólo con estar aquí, pero me bastan dos minutos para saber lo que quiero saber, y me has de dar palabra de decir verdad, por la memoria de tu padre que nos oirá desde el cielo. No mientas, que me va en ello más que la vida.

—Nunca miento, ya lo sabe usted.

—Ahora ocultar parte de la verdad sería mentir; te la exijo toda y entera.

—La diré en cuanto me pregunte.

—¿Es cierto que has firmado unos documentos que te exigió don Nicasio para resguardo de una cantidad?

—Sí, madre; es cierto.

—¿Qué cantidad debes y qué documentos has firmado?

—Debo tres mil duros y los intereses. Los documentos, uno era un simple recibo, el otro era más largo, no era á favor de don Nicasio, si no de un amigo y no lo leí. Me pareció una falta de cortesía cuando tan caballerosamente se había conducido conmigo don Nicasio.

Doña Sagrario bajó la cabeza y estuvo algunos segundos, acaso un minuto, silenciosa. Después, serena, pero más pálida ya que la cera, dijo:

—¿Y todavía conservas algún resto de ese dinero?

—Poco más de mil pesetas.

—No necesito saber más.

En aquel momento llamaron de nuevo á la puerta; César se estremeció como un enfermo que siente el escalofrío de la fiebre.

—Vete á decir que se vayan, desdichado,—le dijo la madre.

César abrió la puerta; era un chico de casaquín encarnado, un mensajero de una agencia con una carta que esperaba contestación. No recordaba quién pudiera escribirle.

Abrió la carta que decía: «Mañana á las siete en punto te espero Plaza Verde, 6, 2.°; no te equivoques. Oirás con tus propios oídos lo que antes ha sido esa mujer y lo que durante las mismas relaciones contigo ha hecho; las pruebas serán más claras que la luz del medio día. A las siete en punto, pregunta por doña Lola y díla que estás citado.»

Bien sabía César, aunque la carta venía escrita en lápiz y sin firma, que la mujer de quien se trataba era Fernanda y que la carta era de Lucía.

En el mismo sobre, y con lápiz, puso: iré.

—¿Y tú sabes dónde tienes que llevarla? le dijo al chico.

—No, señor; la señorita que llevó la carta dijo que á las once en punto volvería por la contestación.

—Con eso basta.

César despidió al chico y en seguida volvió á la sala y no se atrevió ni á mirar á su madre, pero en su pensamiento la locura de los celos se había desencadenado.

—¿Puedo irme sin temor á mancharme con ningún tropiezo en la escalera de esta casa? le dijo doña Sagrario.

—Sí, márchese usted, madre; ahora fué una carta, no tenga usted cuidado.

—Pero pudo ser otra cosa ¡qué vergüenza! ¿no

es verdad César? tu pobre madre no puede sin avisar, ni aun avisando, venir á la casa de su hijo. Adiós.

—Pero aguarde usted, me vestiré, iré á acompañarla, ó si no dígame dónde encontraré á usted que voy en seguida.

—Déjame seguir mi camino; ya no te perteneces, tendrás que obedecer las órdenes de la señora.

—Madre mía, soy el más desgraciado de los hombres, pordóneme usted, tenga compasión de mí, no sabe usted lo que estoy sufriendo.

—Vente conmigo hoy mismo á Toledo y júrame, suceda lo que quiera no volver á verla.

—No puedo, no puedo, necesito estar aquí por lo menos mañana; no hay en lo que digo nada grosero, madre, quiero saber algo de que acaso dependa mi vida, algo de que acaso dependa hasta mi salvación. Pasado mañana, pasado mañana, no sé si contento ó desesperado, pero iré contigo; ahora no te juro nada del porvenir, pudiera faltar á mi juramento; pero te quiero mucho, madre mía.

Doña Sagrario conmovida dió un abrazo y un beso á César diciéndole, pobre hijo mío. Llamó al tío Rufo y dando antes á su hijo las señas de la modesta fonda en que pensaban alojarse, rápidamente se fué con el escudero á la zaga, quedando César en el descansillo de la escalera, temeroso de

que la fatalidad, que tanto le castigaba, pudiera ocasionar á doña Sagrario un encuentro tan desagradable como posible.

Aquel día lo consagró doña Sagrario á consultar el asunto con un abogado. Una vez convencida de que César había cometido un disparate, su preocupación exclusiva era la de remediar las consecuencias en lo posible. Como no conocía el documento firmado por César, tuvo que plantear la consulta de un modo extraño y deficiente: Era evidente que don Nicasio había procedido con estudiada maldad, de modo que el documento estaría redactado en la forma que pudiera ser más pernicioso para César.

El abogado con estos términos de consultar tuvo que responder que cabía en lo posible y aún sería lo más probable que se hubiera comprometido César gravemente; acaso hasta podía aparecer una estafa si había prometido como garantía bienes ajenos ó si las cantidades estaban admitidas en depósito y fijando la especie y hasta numeración de los valores entregados. ¡Vaya usted á calcular!

—Pero ¿es posible que por firmar un papel puedan hasta llevarle á la cárcel, hasta aparecer un hombre sin honradez?

—Claro que cabe en lo posible y aún en lo probable según lo que usted me indica de las condi-

ciones morales del prestamista, contestó el abogado.

—Sí sólo busca el dinero—pensaba doña Sagrario—al fin se le contentaría, pero ¡y si pretende otros fines! Y la pobre mujer bajaba la cabeza y hundía la fina barbilla en el pecho, no encontrando salida fácil y clara para sus cuitas.

Al salir de casa del letrado, y pasando por delante de una iglesia se la ocurrió entrar en el templo para dirigir sus preces al Altísimo. Después que estuvo dentro un buen rato ya se fué acostumbrando al espectáculo, porque al principio dudaba si había equivocado el sitio. En el templo rebosaba la gente, muchos hablaban, el altar mayor parecía una decoración de comedia de magia, cantaban como en el teatro; cerca de ella vió cómo un joven entregaba á hurtadillas de una señora anciana, una carta á una señorita. Procuró abstraerse y rezar y no logró sino decir palabras, pero sin poder obligar á la mente á sustraerse de tanto motivo profano como la solicitaba.

Al salir del templo y recordar su Toledo, no las naves altísimas de la catedral, ni aún las delicadezas de aquellas bóvedas ojivales de San Juan, sino la sencillez y decoro de su predilecta iglesia de las monjas de San Clemente, donde precisamente para huir de todo ruido iba á recoger sus pensamientos y sublimarle en el rezo y poner los ardores

de un alma enamorada del bien al servicio del amor divino, siempre tan leal y consolador, no pudo menos de sospechar si aquí sería otro el cul-



to, otros los santos, menos íntimo y cariñoso el mismo Redentor del mundo. La puerta vulgar del templo, los muros revocados, el bullicio de la calle, qué distintos de aquella cuesta solitaria, entre

cuyos cantos crece la yerba, de aquel enorme muro de vieja mampostería, de aquella puerta de mármol, finamente esculpida, digna entrada de la Casa de Dios.

César fué á hacerla compañía aquella tarde, pero la pasaron encerrados en el cuarto de la fonda, y por delicadeza instintiva ni ella quiso preguntarle por qué tenían que aguardar veinticuatro horas, ni él tampoco iba á detallarla explicación alguna Sí suponía doña Sagrario algo muy importante en las relaciones de César, pero la suposición lógica es que tuviera que verse con Fernanda y de esto no quería hablar, resignada como estaba á esperar hasta dos días después para irse, si era tan feliz que lo lograba en compañía de su hijo.

Durante algún tiempo vino á recaer la conversación en el viaje de Rosa, sin duda para atender asuntos propios, y en las condiciones del pueblo aquel tan inculto según la fama y, no obstante, por el que los naturales sienten tan especial cariño. Nunca ninguna mujer allí nacida ha preferido el variar de residencia, las pocas que lo abandonan llevan lágrimas en los ojos y lo verifican por absoluta necesidad, jamás reconoce ninguno que pueda existir en ninguna otra parte del universo ni clima más saludable, ni frutos más sabrosos que los de aquel término, ni mujeres más bonitas, ni hombres más valientes, ni Cristo más milagroso



que el del pueblo. En la gente jornalera el apego al terruño es tan grande, que ni el hambre de esos interminables inviernos sin trabajo logra ahuyentarlos: enflaquecen y mueren, mas el supremo goce de la existencia ha sido siempre y es todavía poder mirar al campanario de la iglesia cuando se levanta la cabeza.

Siendo César estudiante salía con otros paisanos, á las afueras de la corte y á veces llegaban hasta andar un par de leguas en la dirección que el amor de su pueblo les señalaba y subían á cualquier eminencia, y sabiendo que no era posible verlo, se indicaban mutuamente el punto del horizonte hacia donde suponían situado su pueblo, gozando con sólo estar más cerca del sitio en que nacieron.

—¡Ah, qué felices hubiéramos sido si desechando yo toda ambición para tí, te hubiese dejado sin carrera y al faltar tu padre, como yo quería, hubiese vendido la farmacia dedicando su importe al aumento de nuestras heredades labriegas, y habiéndonos ido á vivir al lugar, haber continuado sencillamente la senda de tus abuelos cultivando la tierra, creando una familia cristiana, educando los hijos para las rudas faenas del campo, para la vida honrada del trabajo! La imaginación te ha perdido y te has pasado la vida soñando y creyendo realidad los sueños. Por eso es tan amargo el

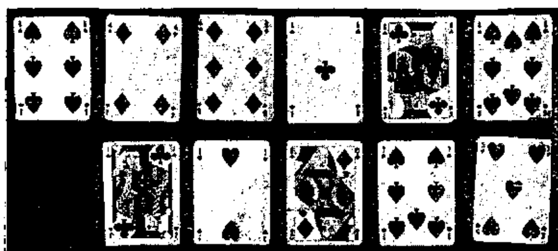
despertar. No, no está la felicidad en complicar la vida y saber mucho y desear mucho; los sencillos, los humildes, los resignados, tienen mayor fortaleza en las creencias y por consiguiente más tranquilidad de espíritu, son más felices en definitiva.

¡Ay! si pudiera vivirse dos veces la vida, decía César como síntesis de su pensamiento ¡y pensar que estuvo á punto de negarse á que le presentara don Domingo á Fernanda! y ahora ¿cómo desandar lo andado, cómo remontar la corriente? ¡si el nombre de Fernanda lo tenía incrustado en el corazón, si no podía arrancarlo sin que quedasen las heridas manando siempre, si cerraba los ojos y la imagen de aquella mujer surgía como un leve vapor en su mente y se modelaba hasta tomar forma y consistencia y color y vida! ¡si había una Fernanda dentro de su alma!

XXI

Comió aquel día con su madre y aprovechó una oportunidad para salir á comprar cigarros y fué á una agencia próxima á escribir dos letras á Fernanda con doble sobre para Cayetana, excusándose de ir á verla por la llegada de su madre, en cuya compañía estuvo en la modesta habitación de la fonda hasta las diez de la noche.

Como no tenía sueño, despuésde dar vueltas por las calles se decidió á subir al Círculo y tantear la suerte, aunque desconfiando mucho, jugó y aunque el corazón le había dicho que perdería, el corazón se equivocó como tantas otras veces y jamás estuvo tan afortunado como aquella noche, ganaba y ganaba sin cesar ó poco menos, aunque



no grandes puestas; cuando hizo media docena de jugadas adversas levantó el campo temeroso de que se le fuera como la espuma todo lo ganado. En una jugada ganó mil pesetas ¡qué momentos de ansiedad! en la retina, en el cerebro, más hondo si fuera posible, tenía grabadas las dos filas de cartas.

Cuando luego en su casa hizo la cuenta se encontró con dinero en todos los bolsillos, había ganado cerca de cinco mil pesetas. Se propuso guardar el secreto con su madre, volver al día siguiente

al Círculo y ver si llegaba á completar siquiera la suma necesaria para satisfacer el importe de los malditos pagarés.

Desde que se levantó del lecho ya empezó César á padecer el tormento de los celos, contando las horas que faltaban para la anunciada cita con Lucía. A pesar de las seguridades de la carta estaba en la creencia de que le iban á contar cuatro invenciones sin un átomo de verdad; envidiosos, despechados, bribones que no les importa zaherir la honra ajena, acaso por no tenerla propia. No se hacía cargo de que solo por el género de relaciones que con él sostenía Fernanda no era precisamente un modelo de virtud, no recordaba las facilidades del comienzo, aquel primer beso instintivo en él, pero no esquivado por ella, despertando por el contrario la intención con insinuaciones de la mirada, con abandonos y languideces que á un hombre de mundo avezado á estos episodios no le hubieran dejado lugar á dudas; pero César no era ese hombre y como para el servicio de la pasión que le dominaba ponía todo lo mejor y más noble de su ser, no escatimando obligaciones ni sacrificios, no era juez imparcial para hacer el análisis de los indicios, para apreciar las pruebas más patentes y en definitiva para resolver lo justo.

Fué al medio día á almorzar con su madre en la fonda en que ella residía y si él con las preocupa-

ciones estuvo silencioso y taciturno aún más seria y hasta sombría permaneció doña Sagrario. Fué una de esas comidas que se hacen después de un duelo de familia y que más bien se reducen á la ceremonia de sentarse á la mesa, y aun á veces se satisface la material necesidad de alimentarse, pero nadie tiene humor para fiestas ni está dispuesto á sostener conversaciones ni aun á prodigar las palabras. Doña Sagrario así que terminó el almuerzo manifestó á César que no habiendo podido conciliar el sueño la noche anterior necesitaba algún descanso, y César al despedirse preveyó el caso posible de retrasarse y aun no poder acompañarla á la hora de la comida.

A las seis de la tarde ya estaba César en la Plaza Verde; no había podido dominar los nervios. Iba ya á entrar en la casa donde le habían citado cuando recordó la advertencia de la puntualidad y como acaso el adelantarse podía ser un inconveniente y como faltaba nada menos que una hora, volvió sobre sus pasos y recordando que en una calle próxima había un café, allí se fué á esperar la hora de la cita. Comprobó su reloj con el del establecimiento y por si el reloj de su propiedad y el del café eran cómplices para engañarle, preguntó por añadidura á un caballero que se encontraba en una mesa próxima si la hora que señalaba el reloj del café era la auténtica.

Cinco minutos antes de las siete salió del café, siendo noche cerrada desde hacía mucho tiempo, y como el sitio donde se dirigía no lo consideraba muy honorable se lió bien en la capa dejando libre apenas entre sombrero y embozo dos dedos del rostro.

Cuando iba á doblar la esquina de la casa se tropezó con otro embozado que salía del portal, pero guardando menos recato que César. Era el mismísimo don Nicasio el prestamista Toledano.

Subió la no muy alumbrada escalera, riéndose de la ocurrencia y ya había llamado en la puerta del segundo piso cuando oyó el ruido de abrirse la puerta del principal. Se le antojó detenerse y mirar, era probable que fuese la cualquiera que con don Nicasio hubiera venido y salían de la casa con prudente intervalo para no hacerlo juntos.

Abrieron la puerta y una gran claridad inundó entonces la escalera; salió una mujer vestida de negro, con manto, César se aproximó á la barandilla sin hacer ruido; sin saber por qué causa la mujer levantó los ojos al cielo ¡cuánto dolor! ¡qué infinito desconsuelo en aquel semblante!

César estaba embozado y en la sombra creía no ser visto, pero en aquel instante se echó violentamente para atrás hasta pegarse á la pared. Aquella mujer era su propia madre, la desventurada doña Sagrario.

Abrieron entonces la puerta del segundo, ya estando cerrada la del principal, y Lucía, que sin duda estada al acecho, cogió de un brazo á César, que se dejó arrastrar por ella al interior de la casa.

Penetró César en una sala bastante bien amueblada, aunque vulgarísima, estilo salón de hotel de segundo orden: sillería botón de oro de damasco, en las paredes espejos con marcos dorados, brazos también dorados con colgantes de cristal, cromos reproduciendo cuadros notables y una araña muy aparatosa.

Lucía estaba contentísima. Todo nos sale á pedir de boca, chico; la dueña de esta casa es muy amiga de la doncella de la Burgal, y como tiene conmigo verdaderas obligaciones, me ha prometido hacerla hablar y nosotros oiremos la conversación detrás de la vidriera de este salón; la tiene citada para las siete y media, por eso te decía en mi carta que fueses puntual; ya comprendes que si te encontraba en este cuarto ó en la escalera de la casa podías tener luego un disgusto, porque aunque no pudiera sospechar á lo que vienes, sí por lo menos que tenías alguna cita.

Cogiendo entonces César la ocasión por los cabellos como pudiera decirse, interrumpió:—Pero podía venir á otro piso de la misma casa, al principal ó al tercero.

—Eso estaría muy bien si Cayetana no conociera la casa, pero como ella sabe quién vive en cada piso y ninguno de los tres es un oratorio... Sin echármelas de asustadiza te diré que si no fuera para mí una cuestión de vida ó muerte, como si dijésemos, yo misma no pongo los pies en esta casa. Todavía este piso y el de arriba son menos frecuentados, pero á ese principal ¡Dios sabe la gentuza que viene!

César tuvo que sentarse y pedir un vaso de agua; la cabeza se le iba, no podía coordinar el pensamiento.

Lucía misma fué por el agua y esto le dió algún tiempo para reprimir la emoción, que se desbordó únicamente en dos lágrimas que escaldaron sus mejillas. Limpióse rápidamente al sentir los pasos de Lucía, y como ésta le preguntara si se sentía mal, atribuyó al tufo del brasero la causa de pasajera indisposición. Lucía mandó retirar el brasero y en esta faena se hallaba la doméstica cuando sonó un fuerte campanillazo.

Esa es Cayetana, la conozco en el modo de llamar—dijo doña Lola apareciendo en la puerta.—Pasen ustedes á la alcoba y ¡por todos los santos! no hablen, suceda lo que quiera, no me vayan á comprometer; aunque ésa note ruido no importa porque puedo decirla que son amigos de la casa, pero repito que no digan palabra. Pasen *pa dentro*.

Y Lucía y César pasaron al cuarto mientras doña Lola iba á abrir á Cayetana.

No tardó mucho doña Lola en hacer que hablase Cayetana; primero trataron de vestidos que desechaba la Burgal y que vendía su doncella y luego ya soltó la sin hueso bien dirigida por doña Lola para que cantara todo y bien claro, como estaba convenido con Lucía.

Cayetana tenía ya sus ahorros de miles de duros y deseaba retirarse porque era una vergüenza servir á esos señores, y con los otros no se ahorra una peseta ó poco menos. Con el señorito César estaba muy *colada* Fernanda porque era sobre todo un hombre muy castizo y de otras hechuras que los tisiquines que antes había tenido, pero ella no daba importancia á eso de guardar ley á ninguno. Sin ir más lejos, cuando vino de Toledo, en un solo mes que no le vió, se la pegó tres ó cuatro veces con antiguos amantes y hasta con un tío sin vergüenza que cantaba en el Real, y que como recuerdo se la llevó una sortija de brillantes que valía la mar de dinero. En París también le dieron esquinazo y ella y la Sofía se fueron de juerga con unos sietemesinos, por cierto que uno de ellos se puso tan malo que tuvieron que mandarle en un coche á casa de su papá, yéndose después Fernanda á buscar á César como si no hubiera salido del hotel. Que el Conde de Burgal era el primer *desa-*

hogao de Madrid, que se casó por la *guita,* sabiendo que Fernanda había corrido las siete partidas y que así se lo dijo el propio padre de Fernanda. Que ella la había conocido cuatro amantes distintos y uno de ellos, el general Rodeno, había sido también amante de la madre de Fernanda, y que ella la oyó decir una vez á Sofía que precisamente por eso lo conservaba, por mantener las tradiciones de la casa; que á César y al Duque de Valdeoli les comparaba diciendo que eran lo mismo al contrario, uno mucho hombre y poca cortesía, otro mucha cortesía y poco hombre.

Doña Lola creyó sin duda suficiente tela la que iba cortada y se llevó á Cayetana del salón con pretexto de enseñarla unos mantones de Manila.

César lloraba silenciosamente como un niño en brazos de Lucía que procuraba consolarle, y le besaba y se dejaba besar, y le apretaba contra su seno y él no se resistía, y ella lloraba también de coraje y de envidia.

—Porque me quisieras un solo instante como á esa mujer, te daría yo mi vida y mi alma; después me iba al infierno contenta á padecer una eternidad.

César salió de aquella casa como un loco; al pasar delante de la puerta del principal, volvió la cabeza del otro lado, como si fuera posible la repetición de la escena que poco antes presenciara,

y aceleró el paso. Iba en derechura para la fonda donde residía su madre; ya cerca, se detuvo y habló fuerte sin darse cuenta de que podía llamar la atención de los transeuntes.—No; yo no puedo ir y no preguntar nada, y si pregunto ¡por qué pregunto! ¡qué pregunto! ¡ni cómo pregunto! ¡hasta esa infamia podía llegar yo de dudar, ni de inquirir, ni de celar! No; pero no voy, no voy y no voy... Y se volvió en dirección de su domicilio y subió á su cuarto, y á los pocos momentos volvió á salir á la calle. Había pensado que pudieran ir á buscarle á su casa ó su madre ó Fernanda, ó las dos, y no quería ver á nadie ni encontrar á nadie y huyó por las calles más solitarias en dirección á las afueras y le pareció á poco que sus pasos tenían un eco y en su imaginación atormentada se forjó un á modo de espectro. No me sigue nadie—se decía; —es alucinación de los ojos esa sombra que veo; no oigo nada, ese rumor que escucho, es también alucinación de los oídos... Y anduvo, anduvo hasta que la naturaleza se negó á sufrir tanto dolor, y César cayó al suelo sin sentido.

Cuando recobró por completo el conocimiento se encontró en el lecho en una lujosa habitación que desconocía en absoluto. A su cabecera, sentada en una silla, estaba doña Moni, á un lado, de pie, estaba Lucía.

Lo sucedido era bien sencillo y nada maravi-

lloso: cuando César se fué de casa de doña Lola íba en tal estado de exaltación que, temerosa Lucía de que pudiera cometer algún disparate, tomó un coche de alquiler y se dirigió á casa de César con el propósito de evitar si la era posible cualquier contingencia desagradable. Sabía que Cesar ocupaba solo el cuarto, ignorando que doña Sagrario estuviese en la corte; un encuentro con Fernanda no la inspiraba temor después de las revelaciones de Cayetana.

Cuando Lucía llegaba á casa de César éste salía y entonces ella queriendo seguir los pasos de César, encargó al cochero que fuese detrás á bastante distancia, prefiriendo ella ir á pie para ser menos notada y no perderle de vista. Cuando César ya en las tapias del Retiro tuvo el síncope, entonces Lucía ayudada por el cochero se le llevó á su propia casa por no dejarle abandonado, prefiriendo hacer esto á llevarle á casa de él y quedarse haciéndole compañía, solución mucho más comprometedora para ella. Entre el sereno y el cochero le ayudaron á subir al entresuelo y á los dos les dijo que César era un hermano suyo que padecía de accidentes y los dos lo creyeron á pies juntillos, aunque atribuyendo á excesos de la bebida el verdadero motivo.—Como mezclan de lo tinto y de lo blanco, no les aprovecha—se dijeron por todo comentario, sin meterse en más honduras.

Con doña Moni tuvo que confesarse á medias, por lo cual en el cuarto de doña Moni y no en el de Lucía se encontraba César, aunque aquella noche tenían confianza en no recibir visita alguna por estar ausente á la sazón de Madrid el principal amigo de aquella casa.

Poco á poco fué Lucía explicando á César todo lo ocurrido en aquellas breves horas que fueron para él las más tristes de la vida. En el primer momento quiso levantarse del lecho y huir de nuevo, pero volvió á temblar solo con la idea de ver otra vez á su madre ó á Fernanda y consideró providencial aquel ignorado asilo donde podía recoger el pensamiento y adoptar resoluciones que ningún campanillazo inoportuno podía perturbar. Sí rogó que le dejasen solo y en la obscuridad, y al fin, con muchas protestas de estar al cuidado de lo que necesitara, pudo conseguirlo. Solo ya, quiso recordar todo lo sucedido, reconstruir los hechos en la imaginación, fijar el alcance de las palabras. Mientras sólo analizaba lo referente á Fernanda la lógica le llevaba á creer todas las maldades, la solución única era huir, no volverla á ver, no pensar siquiera en ella, eso es lo que mandaba la razón, la dignidad, la menor cantidad de vergüenza que pudiera haberle quedado, y cuando todavía, á pesar de todo, allá en lo más hondo una voz íntima le decía—no olvidarás, nadie pudo con-

seguirlo,—entonces se imponía la voluntad diciendo—si es preciso encerrarse donde nadie pueda verme, me encerraré por toda la vida y si es preciso morir se muere.—Vería á Fernanda, mas por última vez y para decirla ya no puedo quererte, estoy curado ¡me has hecho perder tantas cosas!... pero conservo mi dignidad de hombre y te juro no sólo no quererte sino hasta llegar á odiarte. Y para animarse en su propósito se decía, si es que la odio ya, la odio, la odio; pero luego sin transición rompía á llorar diciendo, si soy tan indigno que no puedo dejar de quererla, Fernanda, Fernanda mía.

Otras veces en su imaginación surgía otro cuadro, ya no era Fernanda, no; una puerta que se abre, una mujer que sale de aquella casa.—Pero que es esto, si yo no he visto nada, ni quiero saber nada, ni pensar en nada, si sólo con analizar los hechos, con procurar saber el por qué, si sólo con repasar lo sucedido era ya un sacrilegio... No, Dios mío, que no descienda tan bajo, ten piedad de mí.

No era aún de día claro cuando se levantó Cesar de la cama; le daban un miedo infantil la soledad y las tinieblas. Hizo girar el resorte de la luz, surgió la claridad, y también al mismo tiempo abrióse la puerta apareciendo Lucía. La pobre joven no pudo apartarse un segundo de la puerta del cuarto de César.

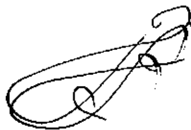
—¡Qué lástima tan grande que fuera yo tan torpe en otro tiempo en que no supe ver con mis ojos la hermosura de tu cara ni con mi alma la hermosura de tu alma!—dijo César.—Dios puso en nuestro camino todos los bienes, todas las venturas al alcance de la mano y nos privó del discernimiento necesario para escoger el bien y apartarnos del mal; el mundo si es conforme á razón no es seguramente á razón humana, no; la obra es ininteligible, sólo el dolor es verdadero, lo único que se afirma brutalmente, pero sin dejar lugar á la duda; mas que un mundo como obra transitoria de preparación al bien supremo, parece un castigo y una venganza y una crueldad inaudita.

Lucía comprendió que César con la excitación nerviosa estaba en vena de disparatar, y no sintiéndose con aptitud para entrar en disquisiciones metafísicas, empezó á hablarle de cosas pequeñas, detalles, insignificancias femeninas, pero que le hicieron descender también de la altura filosófica y al fin habló de las mismas cosas que Lucía: de cuadros, de muebles, de teatros, de libros, hasta de trajes y modas, con lo cual calmóse sobremanera, y con relativa tranquilidad, al amor de la lumbre de la chimenea del gabinete, pasaron las horas en sendas butacas, dejándose rendir por el sueño cuando ya los rayos solares se extendían por los tejados cubiertos de escarcha de la coronada villa.

Cerca del medio día era cuando César salió de casa de Lucía verdaderamente agradecido á las pruebas de cariño que recibiera pero sin que este honrado sentimiento llegara á tomar otro carácter. Fué en derechura á la fonda donde su madre se albergaba y le dijeron que doña Sagrario había salido para Toledo en el tren de la mañana, y en vez de contrariedad sintió como si un gran peso se le quitara de encima; había evitado aquel encuentro, había evitado verla en aquellas horas de verdadero delirio en que por tantos y tan graves motivos llegó á perder por completo el dominio de sí mismo; pronto iría á buscarla á Toledo y para no separarse de ella, con la ventaja además de llevar en la cartera, merced á su buena suerte, lo suficiente para rescatar el pagaré que podía comprometerle. Con estas consideraciones se mezclaban de un modo involuntario otras que rehuía respecto á lo sucedido, líneas negras que eran la verdadera trama del pensamiento que en vano pretendía encubrir con artificiosos proyectos de nueva vida, de olvido, de trabajo, empeñado sin conseguirlo en engañarse á sí mismo.

Cuando llegó á su casa, la portera le avisó que Cayetana habia ído á buscarle; lo que no le refirió es que habían estado charlando largo rato y ella era la que había hecho el gasto de la conversación diciéndole lo sucedido á César la noche anterior,

22



como entró y volvió á salir en seguida y una señora muy guapa y muy elegante le estaba esperando y se marchó detrás de César y un coche los seguía á corta distancia de ella, y como César por vez primera desde que habitaba el cuarto había pasado la noche entera y verdadera fuera de casa y á la hora en que hablaban, las diez de la mañana, aún no había regresado.

A Cayetana la faltó tiempo para ir á contárselo á su señora y dando ésta por segura la infidelidad de César, no obstante, lejos de pensar con este motivo en entibiar las relaciones ó en romperlas, más afán puso en que no se le fuera el amante, devanándose los sesos por averiguar qué clase de mujer era aquélla que intentaba robárselo. Así se explicaban aquellas ausencias de los últimos días, aquella irritabilidad constante del carácter de César y no se resignaba á que prescindiesen así de su persona sin que nada de particular lo justificase. También la preocupaba quién pudiera ser aquella mujer guapa y elegante que se le antojaba alguna amiga de su clase que la jugase la mala partida de quitarla el amante, caso sobrado frecuente entre las amigas de Fernanda; pero ella se defendería, César era de ella y no más que de ella, á ninguna podía querer y á lo sumo se trataba de alguna intriga. Aquella misma tarde pensaba salir de dudas yendo á buscarle. Se sentía más her-

mosa que nunca, estaba segura de la fuerza de seducción que sobre César ejercía. Pensara lo que quisiera, llegado el momento de estar juntos ninguno acertaba á saber porqué, pero con solo la mirada, con menos aún, una actitud, un ademán, el más insignificante detalle, ambos se olvidaban de todo y misteriosos efluvios enardecían sus sentidos y en delirante amor se entregaban el alma á través del velo mortal de la carne.

No tuvo necesidad Fernanda de ir en busca de César: no serían las tres de la tarde cuando un criado le anunciaba su visita.

Tomando Fernanda la ofensiva, empezó por decirle:

—Contenta me tienes, bonito amor el tuyo, estar bueno y sano y dejar tres días seguidos sin venir á verme...

César no la dió siquiera la mano y con una serenidad rayana en lo sombrío, midiendo las palabras, la dijo:

—Vengo, haciendo un penoso sacrificio, á decir á usted, señora, que valgo muy poco, que no tengo ni un nombre ilustre, ni una fortunn, ni siquiera una educación brillante que me permita tener arrestos orgullosos. No valía tampoco la pena de venir á esta casa por el triste placer de insultar á nadie, no; pero después de lo que entre nosotros ha mediado, no se puede enterrar aquella

pasión sin ponerla un epitafio. No puede usted ser mi amante ni mi amiga siquiera, porque yo soy un hombre absolutamente digno y honrado y usted no tiene ni aun la noción de lo que puedan ser estas cosas.

—Tú estás loco, pero loco de remate y me harás el favor de no decir más barbaridades porque no estoy dispuesta á tolerarlas. ¡Vaya con el hombre, por donde sale ahora! Lo que vas á hacer es á explicarme á cuento de qué vienen esas necedades para saber á qué atenerme ¡Buen pago me das por haberte querido! Hasta ahora muchas veces creía en tu sinceridad, pero hoy ya no creo, todos esos desplantes no quieren decir otra cosa si no que has encontrado alguna que aunque no sea más que por la novedad te divierte y buscas un pretexto para estar libre unos días, porque volverás, eso bien lo sabes, y yo maldito el caso que hago de esas frases huecas que parecen de teatro y que son tu modo de ser, muy cursi, te lo aseguro.

—Ni yo miento, ni hago farsas, ni busco pretextos. Ignoraba sencillamente quién eras, juzgándote una mujer casada sin amor y que no puede prescindir de esa suprema necesidad del alma; luego llegó hasta mis oídos un rumor de vileza unido á tu nombre que no podía creer, luego desgraciadamente tuve que creerlo, las pruebas eran evidentes.

—¿Y quién te las dió?

—Eso no importa.

—Pues eso es lo que importa, hombre cándido y sencillo ¿ha sido un padre, un hermano, alguien de quien no puedas dudar, ó ha sido alguien que nos tenga envidia, que quiera vengarse acaso de mí? Qué necesidad tenías, sin estar seguro, de insultarme de este modo, á mí que por conservar tu cariño he sacrificado hasta la dignidad de mi sexo, los respetos de clase, todo, todo. ¡Ingrato!

—No, Fernanda, no soy tan débil ni tan rebajado, no me engañes, tengo pruebas ciertas, evidentes; aunque hubiera algún interés en que yo te dejara...

—¿Lo ves? Tú mismo lo confiesas, de modo que crees lo que te dice cualquiera que me odia y no crees lo que yo te digo amándote.

—Si sólo hubieran sido referencias... ¡ah, Fernanda! no es posible que dude de alguien que lejos de ser tu enemigo te debe...

—César, dime la verdad; si merezco perder tu cariño me resignaré, pero si eres injusto ¿porqué no me das medios para defendernos? ¿vale tan poco, estimas tan poco mi amor? ¿has sido tan poco feliz en mis brazos?

—No, eso no; los únicos momentos de dicha suprema que he gozado en la vida, á tí te los debo.

—Pues bien, cuéntame lo que te han dicho para exasperarte—y César ya sin negarse á las explicaciones, se sentó junto á ella, refiriéndole toda la historia aunque callando el nombre de Lucía.

—¡Qué fácil es todo cuando se explican las cosas! Precisamente anoche me pidió perdón Cayetana porque según me dijo no pudo resistir la tentación de coger un billete de mil pesetas que la ofrecieron por recitar en una casa toda esa historia que la pusieron escrita en un papel. ¿Lo ves, desgraciado?

—No me engañes, por Dios, Fernanda mía, no me lleves al cielo para dejarme de nuevo caer en el abismo—pero los besos de Fernanda fueron tantos que no podía contestar con palabras y tuvo que contestar con otros besos.

Ya más sereno, cuando descorría el pasador de la puerta para marcharse, dijo á Fernanda:—Sé que no puedo dejar de quererte; sea como quiera, pero por la memoria de mi padre, que es para mí lo más sagrado, te juro que no me engañas impunemente.

No había llegado César á la puerta del palacio cuando Cayetana se encontraba en el gabinete de Fernanda llamada por ésta. La conversación fué breve.

—Sé que has tenido la ligereza de hablar de

mí lo que sabes y lo que no sabes, con una amigota tuya; esta conversación casual ó intencionadamente ha sido oída por César, una negativa por tu parte sería completamente excusada; tú creerás que por este motivo vas á ser despedida y por el contrario vas á tener una espléndida recompensa. Para ello es preciso, fíjate bien, que en cualquiera ocasión que se te pregunte, por quien quiera que sea, qué es lo sucedido, dónde y cómo hablaste y lo que pudieron oirte, digas que fué una comedia preparada que te valió mil pesetas, que ignoras quién la preparó, pero que supones que hay una mujer interesada en que el señor de Pantoja te oyese contar esas cosas y que te las dictaron y tú las escribístes en un papel para repetir bien el encargo que te hicieron y ganarte esos cuartejos. Toma la mitad del billete, te daré la otra mitad, si en un plazo prudente cumples al pie de la letra cuanto te digo.

Cayetana se puso de rodillas delante de la Condesa, pero Fernanda la dijo en seco:—Nada de escenas ridículas, ganas mil pesetas y continúas en la casa; lo que me importa no son tus lágrimas ni tu arrepentimiento, yo ya sé que todos los males nos vienen de aquellos á quienes favorecemos, pero creo que sabes lo que te conviene y lo que te perjudica; no te guardo el menor rencor por lo que has hecho. Hemos concluído de hablar que

tengo que salir inmediatamente; que enganchen mi berlina y ven á vestirme.

Cayetana, que seguía de rodillas, besó la mano de Fernanda y cogió al mismo tiempo el medio billete de mil pesetas saliendo en seguida de la habitación para cumplimentar las órdenes de la señora, preparando el traje y dando el aviso á un lacayo de que engancharan la berlina de la señora.

—Estos plebeyos son todos lo mismo; de igual suerte se hubiera conducido Camarena ó el gran Sisniega: canallas, viles todos, todos menos César.

Un cuarto de hora después salía de su casa Fernanda en dirección de la de Sofía.

—Necesito de tus consejos y experiencia y vengo por eso á hablar contigo—la dijo Fernanda como primer saludo al traspasar los umbrales de la puerta del saloncito japonés en que se encontraba la Baronesa.

—Muy grave debe ser lo que te sucede cuando no te basta tu propio talento; cuéntame el caso y hablaremos cuanto quieras.

Refirió sumariamente Fernanda lo sucedido y como caso de consulta fué el siguiente:

—César está celoso, no sólo del presente si no del pasado, de toda mi vida; sin la menor duda, estaba en la creencia de que yo nunca había podido cometer falta alguna, y en lo referente á nuestras relaciones tiene una manera tan suya de

pensar, que las considera como un creyente puede considerar el matrimonio; más todavía, como un nuevo sacramento á añadir á la lista de los consignados en el catecismo y que fuese superior á todos los demás. Por el pronto he parado el golpe, según creo, haciéndole sospechar que ha sido víctima de una superchería, y algo debe haber en el fondo; es seguro que media una mujer apasionada y de cierto talento y que no se limita á dejar correr las cosas naturalmente. Lo más racional sería romper las relaciones, pero ¿hasta dónde será capaz de llegar en el caso de una ruptura, á qué clase de escándalos y aún de violencias? No lo sé, pero hay que ponerse en lo peor... te lo aseguro Sofía. Incluso para romper ¿cómo se rompe? Además, otro aspecto del caso, yo misma no sé lo que quiero ni lo que debo querer; hoy le deseaba más que nunca y tengo el temor, si la ocasión se presenta, de no saber dominarme. En una palabra, he perdido la cabeza; le quiero y no le quiero, le engaño y no le engaño, le temo y porque le temo deseo que siga queriéndome, y comprendo que lo mejor fuera todo lo contrario. No; sería demasiado el que me aborreciese, que le fuera indiferente, ó mejor que no me amase tanto.

—Tú estás muy mala, Fernanda—la dijo Sofía riendo—pero muy malita; esa cabeza no mar-

cha, vamos poco á poco y veremos dónde llegamos.

El error fundamental ya no tiene remedio; el muchacho ese es una fierecita sin domesticar y tú te has metido en el lío más grande que pudiera imaginarse con sacarle de su guarida. En veinticuatro horas ni en veinticuatro meses no se cambia uno de estos primitivos en un hombre de mundo. Aunque supongamos que haya creído tus invenciones; no es posible que viviendo en Madrid no llegue una y otra vez á sus oídos, si no todo, la mayor parte de lo que has hecho ó se te atribuye y saldrás de Scila para caer en Caribdis, y entonces tendremos que temer nuevas escenas. Hay que saber quién es esa otra; si ella te odia será porque le quiera á él lo mejor sería facilitarla el camino y endosarla la alhaja... pero entendámonos, yo dudo de todo ¿á tí te cuesta algo César? no andemos con mentiras entre nosotras; como eso de que media el dinero parece que quita su mérito á la persona, á ellos les gusta que digan que ninguna mujer les cuesta un céntimo y que si gastan no es porque ellas se lo pidan, etc. etc., y á ellas les sucede exactamente lo mismo.

—Pues bien, César es absolutamente desinteresado—contestó Fernanda—más aún, refractario, enemigo á todo lo que sea que ni directa ni

indirectamente pueda yo favorecerle materialmente en nada.

—¿Enemigo del dinero, directo é indirecto, del mundo, de sus pompas y vanidades...? Vamos, si es verdad...

—Sí, lo es, en absoluto.

—Si es verdad, entonces se trata de un loco. A la altura del siglo en que nos encontramos pensar como piensa es prueba evidente de locura; ten por consiguiente un cuidado enorme, chica. ¿Pero y si fuera de los que no quieren poco porque aspiran á mucho, de los que rechazan los réditos porque buscan el capital?

—No lo creo.

—Puede buscar una cantidad grande, ser desinteresado por unos miles de pesetas y sacar luego de un envite muchos miles de duros, puede querer que llegue un día en que enviudes y llegar él á la cúspide, puede querer que por gratitud y por conservarle á tu lado le cases con Láura.

—No, eso nunca; me conozco, no tengo el corazón tan grande que me contente con ver la felicidad ajena; no le ayudaría, todo lo contrario, y si pudiera hacerse contra toda mi voluntad, no era posible que ni por cuarenta y ocho horas frecuentásemos el trato; mi razón me diría, detente, eso es imposible, absurdo, criminal, y mi tem-

peramento era capaz de llevarme á cometer los mayores, los más estúpidos desatinos.

—Doblemos la hoja sobre el particular; pero vamos á ver, ¿no tienes tú ahora vacante una administración en Sevilla, en que algunos se han enriquecido?

—Es verdad, ¿pero dónde vas á parar?

—¿Por qué no haces que tu marido se la ofrezca pidiéndoselo como un favor, como si quisiera tener allí persona de su especial confianza? Eso sería una posición de primera para él, y si se corriese mucho, al cabo de un año al apoderado podía despedírsele ó mermarle la ración y ya estaba el león con las uñas cortadas; tú le tenías á tu disposición y los celos con pan son menos: el que cobra no tiene derecho á enfadarse por nada.

—No creo que acepte.

—Haz que se lo proponga tu marido y quédate de la parte de afuera para hacerte la desentendida; si no, lo práctico es que tomes un amante en la clase de espadachines para imponerle respeto.

—Sería inútil, porque César, allí en Toledo, en la Academia, llevado de su afición á los ejercicios violentos, aprendió esgrima y tira como un maestro.

—Entonces como no se acabe con eso tan dulce y á la moda que llaman *mielitis*...

—Es mejor aguardar á que se muera de viejo.

—Pero, ¿de verdad le crees tú capaz de matarte?

—De verdad lo creo, le tengo miedo; no sabía lo que era tener miedo, y ahora, sin saber por qué, á veces me despierto nerviosa y me pongo á pensar que la puerta se abre sigilosamente y llega César, y... Mira, sin ir más lejos, anoche me desperté con esa pesadilla y me parecía que unas manos de hierro se ceñían á mi garganta y quería pedir socorro y no era posible que hiciese el menor movimiento, y me ahogaba y luego, sin transición, eran sus besos los que oprimían mi boca y también me quitaban el modo de respirar, y se me nublaba la vista, y me moría, me moría, sí.

—Voy á pedir que traigan una taza de tila con azahar para que te serenes; no seas chiquilla, modera esos nervios, los mismos excesos que hacéis os tienen perturbados á los dos; gastáis el capital no debiendo gastar sino la renta; me tienes á mí metida á moralista, conque ya ves si tendré razón.

—Acaso más de lo que te figuras; yo no sé qué transformación he experimentado de algún tiempo á esta parte. Las escenas de dudas y recelos tienden los nervios, los afanes de un no sé qué más intenso se apodera de nosotros. César parece distinto del que era en Toledo; ahora cada vez que nos vemos nos parece ser una despedida y una novedad el volver á encontrarnos.

—Ahora me preocupas á mí de veras, no sé lo que podrá sucederte ni me atrevo á aconsejarte, pero me has contaminado tus temores: ese César puede serte fatal y no sé cómo podrás deshacerte de él. Si ves el caso grave, avisa; qué diablo, antes de que tú seas la víctima puede serlo él por cualquier accidente desgraciado: una bala que se pierde en una cacería... nunca falta un bárbaro vestido de guarda para espantar á otro bárbaro que quiere cazar en vedado; yo sé lo que me digo y por qué lo digo. Si se repiten las escenas y agrava la situación, cuenta conmigo; lo primero eres tú. Ahora por el momento, lo prudente es que digas al Conde lo de la administración de Sevilla para que él se lo proponga, y yo con los datos qué me has dado trataré de saber quién es esa mujer que aparece en el juego, que empuja á César y le facilita los medios; él no debe quererla, pues te busca á tí.

—No; César no quiere á nadie en el mundo más que á mí, de eso estoy absolutamente segura.

—Y yo de lo que estoy segura es de la gravedad de tu situación, principalmente porque te veo ciegamente confiada en su cariño y yo lo traduzco diciendo que á tu manera estás perdidamente enamorada de César, y lo primero que debes hacer es irte poco á poco desenamorando de un hombre tan peligroso; no te olvides de que el corazón

no es el órgano destinado á elaborar las ideas, y claro está, cuando él se mete á dirigir nuestras acciones no pueden resultar sino desatinos.

Por su parte César pasó aquel día siendo nuevamente dichoso; todo se explicaba á maravilla: aquella doña Moni y Lucía eran unas embusteras, unas pícaras redomadas que creyéndole sin duda archimillonario se habían propuesto un plan para marearle. Parecía imposible que hubiera caído en un lazo tan grosero. ¡Cómo era posible si no fuese una invención, tanta y tanta infamia reunida en una sola mujer! Las invenciones de una cortesana y los dichos de una sirvienta, tan fácilmente corruptible, eran los cargos que contra Fernanda tenía, y tan ciego estaba que los había dado crédito sin pesar ni medir, sin tener en cuenta el origen. No tenía más disculpa ante sus propios ojos que la misma intensidad de su pasión. En el azul de su cielo no podía flotar ni el girón gris de una nube. ¡Pobre Fernanda, y cuánto la había hecho sufrir! Siquiera Otelo, vió algo directamente, algo que podía ser un indicio grave, y aún así, nos parece tan repulsivo, tan bárbaro... es menester imaginar un africano para que no tengamos dificultad en admitir el carácter, y él, con una insignificancia, se ponía fuera de tino, colérico, ciego, loco. Era preciso la enmienda, no concluir con la paciencia de Fernanda; aquella

misma noche iría á visitarla, siendo él quien diera ejemplo de absoluta confianza en ella, de verdadero contento.

El día estaba tristón, el cielo color pizarra, menuda lluvia caía sin cesar, y lo más prudente era encerrarse en su casa hasta que fuese hora de ir á ver á Fernanda. Y con los pies en la chimenea, punto menos que tendido en la butaca, un velador al lado con una lámpara y un libro en la mano, iba dejando César desfilar aquellas pocas horas felices que aún le concediera el destino. Leía una colección de nuestros poetas, conmoviéndose en los pasajes tiernos y acotando en las márgenes aquellos versos que al cabo de los siglos venían á coincidir con el estado de su ánimo. Empezó con *Vista ciega, Luz obscura, Gloria triste, Vida muerta, Ventura de desventura, Lloro alegre,* etc., de Rodrigo Cota, y siguió con los versos de Juan de la Encina y de Cristóbal Castillejo y de Gil Polo entre los antiguos, continuando hasta los modernos de Ayala y García Gutiérrez, pasando por Garcilaso, Lope y Góngora. En el ancho cauce de la lírica española el amor todo lo llena; lo que no es amor apenas merece ser tenido en cuenta. Y queriendo todavía encontrar mayor dulzura para la expresión del más dulce de los afectos, cogió al azar un volumen de poesías italianas y repetía, con los ojos humedecidos por la emoción:

Pur l'una de le stelle á l'altra conta
Il mio secreto nella notte bruna,
E ne sorride il sol, quando tramonta
Ne' suoi colloqui con la bianca luna.
Io mai no'l dissi; é con divin fragore
La terra é il ciel l'amato nome chiama
E tra gli effluvi delle acacie in fiore
Mi mormora il gran tutto—Ella, ella t'ama.

Desde las cinco de la tarde hasta las nueve de la noche se pasaron sin sentir las horas en la dulce compañía de tan ilustres poetas, y el grosero estómago fué el primero en protestar por la tardanza en satisfacerle.

Vistióse César á escape, fuese á comer al círculo, y á las once entraba en casa de Fernanda. Aquella noche pensaba despedirse de ella por unos días, regresando á Toledo á la noche siguiente; y como llevaba casi el completo del segundo pagaré, si es que había algún motivo para alarmarse, fácil le sería reunir el resto vendiendo algunas existencias de cereales que conservaban en el pueblo.

En cuanto se ponía á discurrir cualquier plan, sin acertar á definirse la clase de emoción, una sombra se proyectaba en su pensamiento: la claridad aquella que inundó la escalera, su madre... ¿Por qué estaba allí? Él se lo preguntaría á ella; pero, ¿cómo decirla esa casa donde usted estuvo

23



no es una casa honrada? ¡Y cómo callar! ¿Pues qué, estando seguro de que ella no había podido cometer falta alguna, el solo hecho de callar no constituía para doña Sagrario la mayor ofensa?

El primer encuentro en casa de la Burgal fué con el Conde, quien después de dejar hacer á César las necesarias zalemas para cumplir con las gentes que allí se encontraban, se lo llevó al despacho con el objeto, según le dijo, de hablarle de un asunto.

Lo menos que creía César es que le iba á consultar acerca del mérito de alguna adquisición artística, cacharro etrusco ó cosa semejante. Debía llevar muy bien aprendida la lección, por cuanto empezó diciéndole:

—Chico, me veo en un grave apuro y vas á ayudarme á salir de él. El administrador que teníamos en Sevilla, se murió hará poco más de un mes, y es tal el cúmulo de recomendaciones que recaen sobre nosotros para la tal plaza, que me veo y me deseo para salir del paso. Yo mandaría un empleado de la contaduría, ó acaso uno de los administradores de otra comarca; pero á los buenos de éstos y que conocen las fincas, no es cosa de quitarlos y que luego no acierten, y se echen á perder dos administraciones, y á los que son malos no es cosa de darles mayores beneficios, siendo precisamente una de las mejores, si no la

mejor, esta que tengo vacante. Tiene una casa magnífica, antiguo palacio de la familia, y coche, que necesita para estar al tanto de las haciendas, y veinticuatro mil reales de sueldo fijo, á más de otras legítimas utilidades que, según me dicen, representan tanto como el sueldo. Quisiera que hicieses tú el sacrificio de encargarte de esta administración; y si después de estar allí unos meses yendo y viniendo á la corte cuando se te acomode, comprendes que aquello prácticamente no te conviene, me lo dices y *laus Deo,* pensaremos en otro, por más que con tu nombre acallo no sabes cuántas aspiraciones. Piénsalo bien, consúltalo si deseas, y contesta cuando regreses de Toledo.

A César le cogieron de sorpresa aquellas proposiciones y no se daba cuenta de su alcance; tanto, que entendió más bien que sólo se trataba de ir á Sevilla á enterarse de cómo estaban los asuntos y poder informar al Conde, pero no de un nombramiento y posición de carácter definitivo. No sabía qué contestar, y permaneció algunos minutos sin decir palabra. Al fin contestó:

—No creo que voy á servirte yo de nada, porque entiendo poco de escrituras de arrendamiento y menos todavía de expedientes administrativos.

—Eso pronto lo aprendes; será cuestión para tí

de poco trabajo el ser un administrador de primera.

—¿Pero tú quieres que me quede allí permanentemente?

—Hombre, puedes ir y venir, no es cosa, entre nosotros, de ser un esclavo; pero claro está que lo que desearé es que permanezcas allí muchos años, si no toda la vida. Créete que en Sevilla se pasa bien y hay un personal, unas morenas finas, con unos ojos rasgados y una manera de querer...

César tenía una vista privilegiada, y el Conde la tenía, en cambio, muy mediana; así es que mientras hablaban se fijó César en un papelito que tenía delante el Conde, escrito de letra de Fernanda: era una lista de pueblos á un lado y en el otro de nombres: Badajoz, Huelva, Guadix, Totana, etcétera, etc., Sevilla, y al lado decía: «César, pero como cosa tuya», y continuaba la lista. El Conde no podía pensar que lo pudiera leer César á la distancia á que se encontraba, aparte de que no había ningún secreto, pues incluso lo de decir «cosa tuya» parecía una fineza de Fernanda para que se lo agradeciera á él. Para César, el leer aquellas líneas le produjo un efecto terrible; Fernanda quería echarle fuera de Madrid, aquello era un cebo para engolosinarle; siempre la idea de que era uno de esos seres que se compran y se venden, y esto á raíz de las escenas que habían

ocurrido entre ellos... Luego Fernanda era quien le engañaba; cuanto Lucía le afirmó, cuanto había oído de labios de Cayetana era evidente; Fernanda, no sólo le engañaba, sino, además, le tenía por un imbécil á quien se puede burlar fácilmente. No pudo contenerse ya, y, sin reparar en consecuencias, le dijo al marido:

—No sé si en lo que me dices y haces tienes cabal conciencia de tu papel, bien rebajado por cierto; de todas maneras, Fernanda quiere echarme fuera de Madrid, y el mejor agente para la comisión eres tú: ¡ya lo voy creyendo todo posible!

—Oye tú, chico: ¿qué mosca te ha picado? Fíjate que estás hablando conmigo: ¡bah!

—Bien: ¿y qué?—dijo César poniéndose en pie.

—Quedamos en que eres todo un sinvergüenza, y si no te parece bastante, un rufián de alta estofa.

—Oiga usted, caballerito, que voy á perder la paciencia y olvidarme que es esta mi casa...

—Pues, ea, yo ya la he perdido y me importa poco que sea su casa, ni la calle, ni la iglesia para darle un...

El Conde, al ver la actitud amenazadora de César, dió una huída en dirección á la puerta para escaparse. César entonces agarró uno de los cachivaches etruscos que tenía á mano para tirárselo á la cabeza, y entonces tuvo el Conde su rasgo heroico de arqueólogo distinguido.

—No, César, por Dios, esa ánfora déjala en su sitio, que es un ejemplar único; no cometas ese crimen artístico.

César quedó un punto perplejo, dejó el ánfora y se echó á reir nerviosamente, hasta que dijo:—Pero, ¿entre qué gentuza estoy? y luego, á voces, canalla, canalla.

—No grites, hombre, que se enteran los criados y qué necesidad tenemos de escándalos; todo se puede quedar entre nosotros.

Fernanda había oído el ruido y se había aproximado á la puerta, oyendo lo último. Entonces no pudo más y entrando en la habitación se dirigió á su marido y le dijo:

—Sabía que eras un ser indigno, pero no te creía tan cobarde para no matarte con ése.

—Dejadme de historias; yo me encuentro muy bien en el mundo y si vosotros sois unos locos, yo estoy perfectamente cuerdo. Bueno estaria que tuviera yo que ser el editor de todas tus historias; vaya, dejadme en paz.

Y para evitar que las cosas llegaran á mayores, se fué con paso rápido del despacho. Fernanda cerró entonces la puerta y cogiendo de la mesa unas tijeras, realmente utilizables para cometer una muerte, las tiró encima de un velador cerca de César.

—Si te atreves ahí tienes con que satisfacer tu

barbarie, puedes asesinarme sin que dé un solo grito; si tienes miedo á la responsabilidad, yo escribiré antes dos letras diciendo que me suicido. ¡Qué mal correspondes á mi cariño!

—No, Fernanda, no; te quiero y te quiero hoy como ayer, y mañana te querré como hoy, pero no puedo conllevar tanta vileza. Yo te adoraba como se adora á los ángeles y tú me has querido como una...

Fernanda no le dejó acabar la frase, abrazándose á él y besándole en la boca.

Un momento vaciló César; pero después, y por vez primera, logró vencerse, y dando un empujón violento á Fernanda, la apartó de sí.

—No volveremos á vernos—la dijo—; te quiero, sí; te quiero, pero no puedo llegar á envilecerme tanto que, siendo como eres, pueda seguir á tu lado ni verte nunca, pero nunca.

Y saliendo de la habitación, cogió el sombrero en la antesala y fuese como huído del palacio de Burgal.

Cuando en el salón preguntaron al Conde los amigos la causa de las voces que hasta ellos llegaron, contestó muy tranquilamente:

—Nada, boberías de César y yo, que nos hemos acalorado sobre la autenticidad de un ánfora etrusca. He tenido que formalizarme, pues punto menos que me decía que no acierto á distinguir un original de una mala imitación.

César, al salir de aquella casa, hubiera podido creerse que iría en disposición de ánimo de cometer cualquier enormidad; nada de eso: por los signos exteriores iba completamente tranquilo, y en su espíritu tampoco se levantó ninguna tempestad. Entró en casa de Fernanda queriendo creer en ella, pero en el fondo convencido de que no podía tener ninguna fe. Le sucedía algo de lo que nos acontece cuando una persona querida está gravemente enferma: el médico, todos cuantos nos rodean, nuestra propia razón, nos dicen, la muerte se acerca, es inevitable; vemos los ojos de la persona querida cómo pierden su transparencia, cómo se tornan vidriosos, oímos el anhelar de aquella respiración, sentimos cómo arde la calentura, cómo se abrasa aquella pavesa de vitalidad que restaba, y no obstante nos decimos, vivirá, no es posible que muera ¡cómo puede dejar de existir y saberlo yo y no tener forma de evitarlo! la muerte es un absurdo, es un imposible, vivirá, vivirá. Y cuando llega el momento supremo, inevitable, y el frío del cadáver hiela nuestras manos, y aquellos ojos ya no ven y aquellos labios están cárdenos, entonces y sólo entonces, ante la implacable realidad, bajamos la cabeza, y decimos: lo sabíamos, era fatal, tenía que suceder, y como única alegría en medio de tanta amargura, surge en nosotros la idea de lo transitorio y fugaz de nues-

tra vida, de que vivimos en un valle de lágrimas, de que existe otro mundo mejor, de que hay un Dios que nos creó de la nada cuyos fines desconocemos y en cuya misericordia confiamos, únicas ideas que pueden racionalmente explicar el universo, la vida, el dolor, la justicia y sin las cuales sería preciso degradarse hasta por bajo de las bestias suponiendo un todo sin los atributos que enaltecen las partes, ó una perversidad manifiesta en la obra creadora.

—Tenía que suceder—se decía César cuando llegaba á su casa; ahora sólo me resta huir de esta villa maldita y dejar al tiempo que ejerza su labor de desgaste hasta que llegue el momento de que se acabe la vida; pronto se pasan los años, presiento que no he de llegar á viejo. Aún así ¡cuánta felicidad la debo! ¿porqué un ser tan infame moralmente ha de tener tan hermosa apariencia? Se creía el ser más desgraciado del mundo y apenas empezaban sus amarguras.

—Cuando llegó á su casa se encontró con un telegrama que decía:

«*César Pantoja.—Madrid, etc.*
TU MADRE GRAVÍSIMA.
MARÍA ROSA.»

Unas cuantas horas después partía el tren para Toledo, durante las cuales sufrió tanto, lloró tan-

to que concluyó por quedar en ese estado de imbecilidad particular que se produce en el ánimo cuando el sufrimiento es superior á las energías físicas y éstas no se prestan ni á sufrir más ni á romper en pedazos el corazón.

XXII

En la estación de Toledo esperaban la llegada de César varios parientes y amigos que no le negaron el gravísimo estado en que su madre se encontraba, y ya en el carruaje, durante el breve trayecto hasta su casa, á las reiteradas interrogaciones de César acerca de la gravedad, tuvieron la impía necesidad de irle preparando al sacrificio de toda esperanza. No se atrevía á preguntar: ¿pero vive? y ellos fueron los que tuvieron que decirle: ya está en el cielo.

Pudo verla, sí, pudo verla en aquella salita de su casa, blanca y alegre, con el balcón entre cuyos hierros asomaron en tiempo los claveles haciendo constantes zalemas al menor soplo del viento; en aquella salita blanca donde pasó tantas horas felices, ahora cubierta por paños negros, el altar con Jesús sacrificado en el muro principal y en el centro, sobre el paño negro, el ataúd negro, la mártir con su negra mortaja, las manos cruzadas, rígidas...

Aquella no era su madre, no; su madre tuvo los cabellos negros como el ala del cuervo y ahora, por entre las tocas blancas, veíanse blancos rizos; aquella no era su madre, la del rostro ovalado y la boca sonriente, la del dulce mirar...

Al lado del ataúd, de rodillas, estaba rezando D. Gabriel el cura de las afueras, que había recogido el último suspiro de doña Sagrario. Cuando entró César, se puso en pie, y con la mano hizo signo á los que acompañaban á éste de que no traspasaran el umbral de aquella puerta, y todos se retiraron quedando solamente en la salita el cadáver en el suelo, el Cristo con los brazos abiertos en el altar, César y D. Gabriel.

—Pide á Jesucristo misericordia para tí—le dijo D. Gabriel á César, y le impuso las manos en los hombros, y César cayó de rodillas.—Reza y llora, ese es tu deber, y el mío en esta hora solemne es el de decirte, como ministro de Dios, que tuviste por madre á la más santa de las mujeres á quien Dios por intercesión de su santísima madre habrá concedido seguramente el premio de sus virtudes, y sabiendo por qué digo lo que digo y por qué callo lo que callo, como ministro de Dios, y como hombre de carne mortal que cree en otra vida reparadora, te mando creer en tu madre, ante cuya grandeza moral palidecerían las estrellas del firmamento y el luminar del día. Y que ella te preste

desde la altura el exceso de sus merecimientos para que tú en la hora de la muerte puedas obtener la gracia divina.

César se abrazó llorando á D. Gabriel y el santo varón, con dulzura paternal, le decía: llora, sí, hijo mío, llora y cree en nuestra santa religión, único consuelo de las tristezas de la vida; Dios es infinitamente misericordioso, comprenderá el poco alcance de tu razón; tú no sabías el mal que causabas, llora, sí, hijo mío. Y también lloraba don Gabriel, que más intensamente que el propio, sentía el dolor ajeno.

A duras penas pudieron llevarse de allí al pobre César, á quien rodearon todos los suyos temerosos de que tan rudo golpe pudiera producirle grave enfermedad.

Otro momento terrible fué el verse con María Rosa que en doña Sagrario veía una segunda madre, y que al perderla volvía nuevamente á la orfandad.

A poco D. Gabriel tuvo que salir de la casa para atender á otros deberes también tristes y por la calle solo iba hablando palabras incoherentes.— Era una Santa María Egipciaca, yo creo que todavía la supera; más dichosa es ya que nosotros. Imbéciles ateos, venid á ver estos ejemplos y decidme que no es del todo divino el amor de las madres. Y á él le salvaremos también; tiene blando

el corazón, al fin es su hijo. Y vamos á templar otra gaita, ¡carape, que tiene perendengues el ser cura! A lo mejor, con unas copas de aguardiente me deshacen la labor de años; ese sí que es un enemigo temible; el demonio filósofo no vale dos cominos, el demonio tabernero ese es el peligroso.

El entierro de doña Sagrario fué una verdadera manifestación de duelo de toda la ciudad; todas las clases sociales, por diferentes motivos, participaron, unos por vínculos de antigua amistad, otros por espíritu de clase, muchos pobres por tanto beneficio como recibieran. No escasearon los comentarios referentes, no sólo á las virtudes de doña Sagrario, sino también, entre algunos, respecto á la rápida enfermedad que la había llevado al sepulcro. La opinión del médico de cabecera, persona de toda ciencia y respeto, era que había fallecido de un aneurisma, pero se hablaba de una larga encerrona entre D. Gabriel y D. Justo, que éste era el nombre del médico; de un frasco encontrado en el cuarto de la enferma, de haber ído doña Sagrario ya enferma á confesar y comulgar, teniendo que acompañarla D. Gabriel para que pudiera regresar á su domicilio.

La pobre María Rosa estaba verdaderamente aterrorizada, no acertando ni aún á darse cuenta de lo sucedido pero juzgando cierta la versión del aneurisma; á lo sumo suponía que doña Sagrario

hubiese tomado alguna medicina indebida sin consultar al médico, pero nunca con voluntad de acabar sus días. En cambio no podía formarse una idea aproximada de lo ocurrido en Madrid, tan extraño era todo. Doña Sagrario fué á Madrid triste, pero físicamente sólo podía decirse que estaba ligeramente desmejorada en aquellos últimos meses, y luego en solos tres días, pareció haber envejecido veinte años, la cara pálida, descompuestas las facciones, la boca comprimida, los cabellos fueron á Madrid negros y tornaron grises en tan breve espacio. De Madrid volvió ya muerta.

En aquel día, y rezando doña Sagrario, hallábase en la habitación inmediata María Rosa y se detuvo á escuchar. No eran padrenuestros, ni salves, ni letanías, eran otras formas de elevar el alma á Dios, propias y espontáneas; la oyó decir: «Señora, sólo tú puedes comprenderme y ampararme, porque también eres madre; tengo confianza en tu intercesión y en la misericordia divina, no tengo temor exagerado al presentarme ante la justicia de Dios, pero no puedo atreverme á seguir viviendo y estar ni por un instante expuesta á ser negada por mi propio hijo.»

María Rosa, á fuerza de repetir lo oído llegó á aprendérselo de memoria, lo que no consiguió jamás fué persuadirse de que César hubiera podido hacer nada malo, aparte de las relaciones

con Fernanda; tenía fe en él y aquellas palabras de la madre las atribuía á un principio de perturbación y de verdadero delirio de doña Sagrario, por causa principalmente de la deudas contraídas por César. Respecto á este último punto, María Rosa había conseguido su propósito en principio, pero sólo tenía una promesa de adquisición de varias fincas suyas para un plazo breve, pero cuando deseosa de calmar á doña Sagrario se lo comunicó en aquel día, ésta la ordenó que abriese un escritorio ó papelera de los llamados bargueños que en su cuarto tenía. Hízolo así María Rosa, sacó el cajón que la indicaban y de él un sobre: dentro del cual, hechos menuditos pedacitos, estaban los pagarés.

—Conviene—la dijo—que estés enterada para que cuando lo creas oportuno se lo hagas saber á mi hijo.

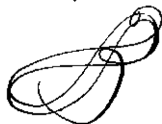
En los primeros días, con el continuo desfile de amigos y conocidos, la constante compañía de los parientes y aún la triste necesidad de disponer entierro, funerales y atender á otros mil detalles que traen consigo estos transcendentales sucesos, los pasó César, dolorido y angustiado, con las consiguientes crisis de agudos dolores, por con la llegada de alguno que despertara memorias de otros días venturosos, sea con el menor detalle de la vida íntima, el cubierto que ella usaba en la mesa y

que por equivocación pusieron en el sitio de César, tener que entrar en la salita donde la vió ya muerta, el ejemplar del *Kempis* que ella leía y encontró sobre una mesa, con ser todas estas causas al parecer de mayor aflicción, no obstante parecían sostener las energías físicas y morales; pero al cabo de pocos, muy pocos días, fué quedándose la casa solitaria, tornaron unos y otros á sus habituales ocupaciones y costumbres y llegaron horas y horas de soledad y silencio, y llegó día en que casi por completo se quedó aquella casa reducida á los que en ella habitaban.

César permanecía la mayor parte del tiempo sentado en el comedor con los codos en la mesa, la cabeza entre las manos, ó derecho el cuerpo, la cabeza apoyada en la pared, la mirada como queriendo buscar los términos lejanos. Ni leía periódicos, ni se enteraba de los menesteres de la hacienda, ni oía siquiera á los que iban á hablarle de un asunto, es decir, lo oía como automáticamente y luego se le olvidaba por completo, no dando disposición alguna referente á ningún negocio. Llegaba la hora de comer y si le ponían la comida delante comía, y si se retrasaban no se fijaba en la tardanza y luego no estaba seguro de lo que había hecho, ni de la hora que era, ni de cuándo tenía que ir á acostarse, ni de que era llegada la hora de abandonar el lecho. No obstante, cuando le

hablaban contestaba acorde, con nadie se divertía ni nadie le causaba enojo. Á veces con la baraja pasaba las horas haciendo con las cartas filas, y luego las recogía en un montón volviendo de nuevo á repetir la tarea, hasta que tornaba á quedarse inmóvil con la vista fija eñ lo alto, pero sin decir cosa alguna.

El médico D. Justo iba diariamente, ó poco menos, á visitarle; al principio le decía palabras de consuelo procurando distraerle con cualquier suceso ó noticia, deseoso de hacerle hablar, de que se animase, pero cuando le vió durante varios días seguidos en ese estado de calma plácida, desinteresándose de todo, entonces llamó á María Rosa y la dijo: «Tengo mis recelos respecto al estado mental de César; es preciso hacerle variar radicalmente de vida, sin esto no respondo de lo que puede acontecerle, puede suceder hasta que se vuelva idiota. Llévenselo ustedes al pueblo, estas cuatro paredes son para él una tumba anticipada; llévenselo ustedes al lugar y cuanto antes, allí tendrá constantemente haciéndole compañía los amigos de su niñez, saldrá al campo, respirará aire puro, tendrá los grandes horizontes que conseguirán ensanchar también los horizontes del alma. Para enfermedades de esta clase no hay otros medios terapeúticos, nada, al campo y no hay más que hablar.»



Cuando se lo propusieron á César no puso la menor resistencia—Tiene razón D. Justo, dijo; estas paredes me hacen daño, veo la sombra de mi madre andar por estas habitaciones, pero es ¡ay! la imagen de la muerta; allí también nos acompañará pero será la otra, la dulce, la sonriente, la madre que tuve cuando niño ¡madre del alma!—y rompió á llorar como si en efecto fuera el niño de entonces.

Buscó María Rosa una parienta ya muy anciana que residía en el pueblo para que tomara el cargo de la casa, y poder ella vivir con César guardando los debidos respetos sociales, y fuéronse al lugar todo lo contentos que podían estar en las tristísimas circunstancias por que atravesaban. Quedóse D. Domingo encargado de traspasar ó seguir con la farmacia, ó quemarlo todo, pues á César le era lo mismo y el canónigo no sabía á qué atenerse tampoco, ni tenía la menor noción de lo sucedido, como no fuera de lo externo, brutal y tangible, y hay que decir la verdad, á pesar de su egoísmo, la muerte de doña Sagrario le afectó dolorosamente, preocupándole además la idea de que pudiera verse él mismo enfermo y aun morirse, y á pesar del estado eclesiástico y de creer mentalmente á pies juntillos lo de ser esta vida una preparación para obtener en otra la bienaventuranza, no obstante quería ver el día de la

partida como algo muy lejano é incierto, y las horas propias que le restaban por vivir, horas desmesuradamente largas, horas seculares, no exentas de lícitas satisfacciones. Al fin, el mundo es obra de Dios, y fué creado para servir al hombre de morada, y en el mundo, si hay multitud de contrariedades, también hay muchas cosas útiles y agradables que pueden disfrutarse, agradeciéndolas á Dios que las puso en nuestro camino, y al alcance de nuestra mano.

El pueblo de Casalblanco donde nacieron los padres de César está tan cercano á Toledo, que en poco más de una hora allí llegaron César, María Rosa y D. Domingo. Abriéronse las puertas falsas de la casa, que así llaman á las que conducen al corral, y en la puerta que de éste al patio sirve de paso, descendieron del carruaje. Allí les esperaban la tía Catalina, que era la anciana á cuyo cargo correría la casa, el mayordomo de la labranza, y otros criados de María Rosa y César.

Todas las casas de este pueblo se parecen; blanqueadas con frecuencia hasta las más pobres que son de un solo piso, y compuestas las de los ricos de planta baja habitable, y otro piso superior á teja vana, destinado á cámaras ó graneros. Otras construcciones de una planta, independientes de la principal, sirven de cuadras y

cocinas de criados y demás menesteres de la labranza, y el patio, generalmente empedrado con menudos cantos rodados, se destina para multitud de necesarios oficios domésticos y aun de la labor,



y para que no todo sea utilitario, nunca faltan en algún rincón ó pegados á la pared principal alguna parra y mayor ó menor cantidad de arbustos ó de matas que al llegar la primavera se llenan de flores, ítem más, una docena de tiestos conteniendo geráneos y claveles, y en hornacinas adecua-

das, unas cuantas parejas de palomas domésticas abrigan sus amores y crían sus hijuelos.

Entre las mejores del pueblo podía considerarse la casa de César y por ser de familia antigua, el interior conservaba un carácter especial que ya va del todo desapareciendo en la comarca, de donde han salido á carros los objetos artísticos, merced á la rebusca porfiada de los comerciantes de antigüedades, á la codicia de los unos, pobreza de los otros y falta por completo en la generalidad del antiguo y delicado gusto de nuestros antepasados.

Hoy los ricos nuevos con pacotilla de los almacenes adornan sus casas: espejos, consolas, camas de hierro, mesas-ministro, sillas tapizadas y de muelles, divanes, butacas, y cromos y más cromos en las paredes, como pueden adornarlas en Madrid las familias de la clase media que pretenden aparentar lo que no tienen, pero con la atenuante en Madrid de que el mobiliario corresponde al tipo de las viviendas y á las necesidades sociales.

Los antiguos tuvieron seguramente un sentimiento artístico muy superior; se veían en las casas ricas y aun en las modestas de la generación que se fué en su mayor parte, no pocos armarios de recio nogal tallado finamente con herraje primoroso, cofres monumentales sobre banquillos adecuados, revestidos de piel con labor compli-

cada hecha con dorados clavos y forro interior de seda; escritorios ó papeleras, de nogal ó roble sobre columnas pareadas, al exterior con las visagras y cerraduras dispuestas en variado dibujo artístico, y una vez caída la cubierta verdadero edificio con varios órdenes de cajones, unos de sencillos frentes, otros llegando á ser complicada fábrica de columnitas de marfil, embutidos y dorados; otros escritorios ó bargueños de época posterior sobre mesas de nogal, las patas en forma trapezoidal y atadas por hierros torneados, y encima el edificio en miniatura á modo de palacio de los recuerdos, con un centro con columnas de chapeada concha y capiteles de bronce, la diosa Minerva ú otro pequeño bronce en el centro, á los costados los cajones negros y chapeados de concha, y en lo alto una balaustrada con remate de jarroncitos dorados, águilas ó cualquier otro capricho, y por añadidura, sobre el escritorio, vasos de vidrio antiguo, porcelanas, santos de talla ó semejantes objetos.

Las paredes se adornaban con cornucopias y lienzos pintados, y como accesorios, braseros con tarimas elevadas sobre columnitas, con profusión de labores hechas con clavos dorados. Á más de esto, no faltaban escaparates de concha y ébano que armonizaban con los escritorios y que hoy llamamos vitrinas, sillones de cuero, grandes me-

sas ó bufetes de gruesos tableros, camas de torneados frontones; y en todo ello se notaba que alguien quiso hacer y aspiró á que sus encargos tuvieran la forma, dimensiones y destino que el dueño pudiera preferir, y no como al presente que todo se parece, sirve para todos y no se identifica con nadie, y todo es vulgar, todo pacotilla en armonía los dueños y las cosas merced al régimen democrático imperante, al triunfo del montón sobre el individuo.

El médico D. Justo acertó con el remedio que convenía á la dolencia de César; á los quince días de estancia en el pueblo parecía otro: no quiere esto decir que estuviera alegre y dicharachero, mas ya no era aquel hombre silencioso y distraído que pasaba horas y horas sentado en una silla sin enterarse de lo que pudiera suceder á su alrededor; se levantaba temprano, cuando apenas clareaba, ocupándose desde luego en los cuidados de la labranza, ayudaba á María Rosa en la modesta tarea de disponer el hato, ó sean las raciones de los gañanes, recorría las cuadras vigilando el ganado, daba las órdenes oportunas á su mayordomo y al de María Rosa, pues desde el primer momento le rogó que dirigiese también la hacienda de ella, y con eso se ocupaba hasta las nueve, hora de almorzar, en que lo hacía en una pequeña mesa de pino sin pintar, limpia como el

oro, y al amor de la lumbre del hogar en la cocina bajo la anchurosa campana de la chimenea, en lo que allí llaman alcobeado, que no es sino una división de la cocina, de alguna mayor extensión que la necesaria para la piedra del hogar, dejando libre el centro, y á los costados resguardos en que se colocan sendos bancos. Colócase en el hogar sobre los recios morillos grueso tronco de leña, y avívase la llama con haces de retama, conteniéndose el fuego con un semicírculo de hierro junto al cual se colocan en hilera cacharros de todas formas y dimensiones.

María Rosa preparaba ella misma el almuerzo compartiéndolo con César, y generalmente se reducía á unos huevos fritos con añadidura de magras, presentados en una fuente de Talavera rameada de azul, pan del pueblo, de miga dorada y vino; luego charlaban un rato de todo, y hasta los criados, sin menoscabo de los debidos respetos, considerados punto menos que de la familia, alternaban en la conversación. También venían diariamente algunos amigos, compañeros de la infancia de César, que á los pocos días consiguieron que los acompañase al Ayuntamiento donde tenían costumbre de reunirse los principales del pueblo, siendo aquel sitio á modo de casino más formal, donde se trataban en primer término de los asuntos agrícolas, y por añadidura de los

cuentos y chismes de vecindad á que tan aficionados somos todos los españoles; leíanse además todos los periódicos de la corte, con los comentarios consiguientes. Poco antes del medio día cada uno se iba por su lado, y lo propio tenía que hacer César, dirigiéndose á su casa para hacer la principal comida: un rato después, cualquiera que recorriese las calles ignorando las costumbres de la localidad, se figuraría que estaba en un pueblo abandonado por sus habitantes al ver todas las puertas cerradas y no observar ruido alguno y no ver á nadie; pero sobre cada vivienda se veía surgir una columna de azulados vapores hasta esfumarse y perderse en la altura; ¡desgraciados aquellos en cuyos hogares faltase este enlace de la tierra con el cielo, allí faltaba también el sustento!... pero todavía en el campo, cuando esto sucede, se sabe y conoce á quien es tan desventurado, y cabe ser blando de corazón sin el riesgo punto menos que seguro de que la caridad sólo sirva para aumentar el consumo de aguardiente. María Rosa y César eran por su dicha de los que se consagran á hacer el bien, llevando las obras de misericordia escritas en sus corazones.

Las tardes de César semejaban á las mañanas; y como llegaba pronto la noche, sin hacer nada, como él decía, pasaba el tiempo constantemente ocupado; y como llevaba al detalle verdadera con-

tabilidad agrícola de lo suyo y de lo de Rosa, y como leía obras referentes al cultivo del campo, verdaderamente no podían considerarse horas ociosas las de su vida.

Si en vez de ser entonces el rigor del invierno, se hubiera tratado del buen tiempo y hubiese sido posible salir mucho al campo, seguramente aún más deprisa hubiera caminado César á una curación completa; produce la tierra directamente cultivada una pasión noble y hermosa que jamás llegarán á entender muchos individuos de las ciudades, hay su coquetería independiente de todo fin utilitario en la forma y manera de cuidarla, el arado entre la tierra y el que la labra crea vínculo amoroso, y el dueño de una heredad cuyos cuidados agrícolas haya dirigido personalmente hasta la pisa y la mira, de un modo distinto que los demás mortales. La tierra, para ser fecunda necesita todo el amor, todo el cuidado, todo el celo, la pasión verdadera que de todo otro afán se olvida. Además fortalece la creencia manteniendo con el ánimo la saludable incertidumbre de las previsiones humanas, porque siempre hasta el momento de encerrar el grano en el granero se reserva la Providencia el decir la última palabra. Arriba, en el azul, cruzando pasan las nubes á impulso del viento; la puesta del sol se verificó allá en Occidente, sobre las lejanas sierras se

amontonaron las nubes que tiñeron de grana los rayos del sol en su despedida.—Mañana lloverá—piensa el labrador, y espera, y confía, y dirige sus súplicas al Altísimo; y á la mañana, su primer cuidado es mirar en aquella dirección de donde los vientos propicios por el ancho valle, acarreando vienen las nubes del Océano. Ya se cierran los horizontes, se ven en las lejanías á modo de cortinajes grises, que se desprenden de lo alto; allí está lloviendo, no tardará en recibirse igual beneficio, y cuando llega la ansiada lluvia, se ensanchan los pulmones del labrador, se ensanchan los horizontes de su alma, el pan de los hijos está seguro por este año, luego Dios dirá, como en los momentos difíciles de la vida y en las mayores amarguras decía siempre doña Sagrario confiando en Dios, como manantial inagotable de todos los bienes, quien se reserva en todo caso la linfa pura y bendita para apagar la sed de justicia de los desgraciados en un mañana mejor.

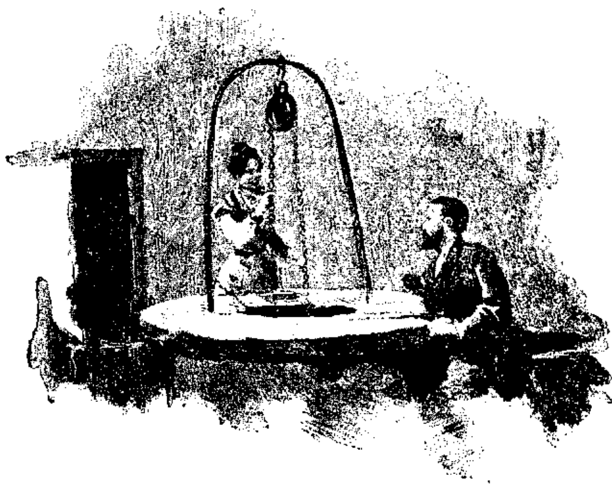
En la vida agrícola, Dios y el hombre están mucho más cerca, incomparablemente más cerca que en la vida agitada de las ciudades y es testimonio irrecusable de esta verdad la resignación manifiesta con que se preparan al trance de la muerte, los que siempre han vivido consagrando sus afanes al cuidado de la tierra, y bastaría con sólo ello para enaltecerla y sublimarla.

Desde el primer momento del fallecimiento de doña Sagrario, todos cuantos rodeaban á César le condenaron, y él mismo pasivamente se prestó, á un aislamiento absoluto con las relaciones madrileñas. María Rosa guardaba, sin abrir, cartas y más cartas, que se sucedieron de distinta letra y apariencia; el mismo D. Domingo fué requerido ásperamente por D. Gabriel, para no citar siquiera nombre alguno que pudiera evocar dolorosos recuerdos en el ánimo de César: D. Justo lo consideraba como una necesidad absoluta para evitar acaso la completa perturbación mental del afligido joven. Una emoción fuerte en el caso en que se encuentra—dijo—sería capaz de dislocar ese cerebro dolorido; como higiene mental, es preciso evitarle toda preocupación y disgusto. Y no atreviéndose nadie á abrir las cartas y hacer la selección debida, se consideró preferible condenarlas todas á permanecer silenciosamente encerradas en sus respectivos sobres.

A César, al cabo de un mes de permanencia en el pueblo, le parecían sus recuerdos como de sucesos mucho más lejanos de lo que en realidad fueron y además perdían el relieve y plasticidad que tuvieron, quedando los fondos inciertos, las figuras esfumadas, los contornos indecisos.

Iba pronto á empezar la recolección de la aceituna; María Rosa pedía al cielo días serenos y

apacibles para que César no tuviera pretextos y fuese al campo á presenciar la varea y ocupase las horas en el molino: tiempo y calma son los factores precisos para que las heridas cicatricen; había que esperar que al fin el dulce olvido trans-



formara en melancolías los agudos dolores y llegase el día en que la sonrisa volviera á los labios de César.

Una mañana de Enero en que el sol de nuestra tierra lucía con brillantes colores en un cielo de limpieza incomparable, estaba María Rosa en el

patio sacando agua del pozo para llevarla á las palomas; César quiso ayudarla, pues el pozo era hondo y la cadena pesada—no es menester—le decía ella—tengo fuerzas y voluntad, de un pozo más hondo te hemos sacado á tí.

César se quedó fijo mirándola y luego cerró los ojos para mirar su propio corazón y sintió dilatársele en el pecho y un bienestar como jamás sintiera.

—Qué buena eres, Dios te bendiga—la dijo—y juntos se fueron á limpiar los cacharros que servían de bebederos á las palomas, que mansas y cariñosas revoloteaban á su alrededor, llegando alguna por más atrevida ó confiada á posarse en el propio hombro de María Rosa.

XXIII

No cogió de sorpresa á Fernanda lo que ella calificaba de exabrupto de César; era de temer lo sucedido, bien mirado hasta podía alegrarse de que aquel corte brutal de las relaciones amorosas de ambos no hubiera tenido consecuencias más desagradables. Antes del suceso ya despreciaba Fernanda al Conde, después le causó verdadero asco, pero exteriormente en nada se alteraron las condiciones de vida conyugal del matrimonio ni

por casualidad se aludió al suceso; los dos lo sabían, pero á ninguno le llegaba á convenir desconsiderar al otro. Todavía los que no estaban en el secreto podían juzgarle por una persona decente, y por muy degradados que estén los tiempos, aun así, el ridículo hubiera sido espantoso, siquiera el título nobiliario y los millones de común acuerdo les conservaran abiertas casi todas las puertas de la sociedad, sin perjuicio de que se dijera de ellos todo género de maldades en cuanto volviesen la espalda.

En seguida se enteró Fernanda del fallecimiento de doña Sagrario y después de dudar veinticuatro horas lo que debía hacer se decidió á escribirle. En todo caso me lo tendrá que agradecer —se dijo. Y lo cierto es que después de todo y á pesar de todo, le seguía queriendo; ella no tenía la culpa de ser como era, cuando conoció á César ya no era posible que variase de modo de pensar ni menos todavía de temperamento, y precisamente estos dos factores eran los que determinaban el carácter moral de Fernanda. Con las relaciones de César, se había modificado en gran manera; eran dos piedras que se encontraron rodando juntas en el ancho cauce de la vida y aun con mayor consistencia y dureza, podía considerarse la que simbolizaba el carácter moral de César. Al principio, Fernanda estaba segura de sí misma, de

su concepto superior de juzgar la vida y las pasiones; últimamente, no sólo dudaba sino que llegaba á entrever un mundo moral, un concepto de la vida, un superior criterio, aun aplicado á los extravíos pasionales, cuyo símbolo era César. Quiso olvidarle entregándose al bullicio social, pero no pudo conseguirlo: en los oídos quedaron vibraciones de aquella voz varonil, en la retina imágenes que no se borraban; se acercaba inconscientemente á las vidrieras de su balcón y levantaba las cortinillas de encaje á la hora en que César cruzaba por delante de su casa; por la noche, si estaba despejado, buscaba en el cielo la doble W que forma la constelación de Casiopea por ser la favorita de César, prefería llevar aquellos abanicos de su colección que él hubiera alabado y vestir los trajes con que la encontraba César más hermosa, y se encerraba en su cuarto y de la caja en que guardaba los recuerdos de César iba sacando una á una las mil insignificancias que eran como si dijéramos el índice de aquella historia de amor, cuya primer fecha la representaba una rama seca de almendro cogida en el cigarral toledano, y lloraba como pudiera hacerlo una colegiala que siente los primeros latidos de amor, y besaba las rosas marchitas que todavía conservaban dejos del primitivo aroma... y la poesía melancólica de los muertos queridos.

Y, lo que nunca en la bonanza la sucediera, quería faltar á César con otros hombres y cuando alguno la requería de amores, ó se insinuaba cautelosamente con pretensiones livianas, sin poderlo evitar sentía infinito desdén por el pretendiente causándole invencible repugnancia la idea de ser estrechada por otros brazos, de sentir en sus oídos otras palabras de amor, de abrasarse en otro fuego, de juntar los labios con otros labios. Era á modo de una viudez pudorosa de aquel á quien no supo guardar la fidelidad debida.

Por costumbre, continuaba la amistad con Sofía, pero sin saber por qué la juzgaba como su ángel malo, como si el aliento de aquella mujer fuera helado como el viento que de los ventisqueros llega y por donde pasa todo lo marchita. Si no con toda crudeza, poniendo atenuantes á la conducta de César, cargando la mayor responsabilidad al Conde, necesitó referir á Sofía la escena del rompimiento.

—No he podido hacerte mayor servicio que el de determinar con mi consejo tu rompimiento definitivo con César.

Fernanda no contestaba, pero la palabra definitiva no la podía repetir con sus propios labios.

Lo que no pudo descubrir Sofía fué quién era la mujer que preparó la escena para que oyesen á Cayetana sus indiscretas confesiones; no todo lo



vence el dinero, doña Lola fué siempre fiel á Lucía, pagando con ello una deuda de gratitud. En una circunstancia tristísima de su vida, teniendo un hijo enfermo de difteria, no encontró sino á Lucía para compartir con ella el cuidado de la pobre criatura que por desgracia falleció en brazos de la pobre madre. Aún más consiguió doña Lola de Cayetana: primero, la revelación de lo ocurrido y además que sirviera los intereses de Lucía con preferencia á los de la Condesa. Pero nunca puso empeño Fernanda en averiguar quién fuese su antagonista, porque aparte de que tenía fe ciega en el cariño de César, siendo imposible que ninguna consiguiera robárselo, no cabían en lo posible más pruebas de su conducta que las confesiones directas del Conde. En el fondo de su alma, lo que ella quería era volver á reanudar las relaciones ¿pero cómo? temía el transcurso del tiempo; para ella éste era su mayor enemigo, cada día es tiempo que pasa llevándose pedacitos de lo que fué, trayendo emociones nuevas que con las antiguas se mezclan y confunden; las horas son gasas que se interponen entre lo que fué (y que antes perteneció á lo que será) y el presente tan fugaz y deleznable. Llega una y otra y otra, y aquella imagen se confunde, se torna borrosa, se pierde á lo lejos, es una sombra, un recuerdo, casi nada, nada, nada en absoluto. Ella no olvidaba, porque

no permitía al pensamiento fijarse más que en el recuerdo César, y lo fingía el deseo, y en vez de irse perdiendo y borrando aquella imagen, con la superposición de otras y otras y ciento y miles, la figura del mozo tornaba cada vez más color, más luz, más líneas, más relieve.

—Estoy decidida—la dijo un día de Diciembre á Sofía—ó le hago volver ó voy á buscarle.

—Me parece un disparate—la contestó Sofía—pero en último caso ¿tú estás segura de su cariño?

—En esto no me cabe la menor duda; creo que había de estar muerto y si yo besara en la losa que cubriese su sepultura, habían de estremecerse sus huesos.

—¿Y no le temes como antes?

—Si, mucho más todavía; pero no sé lo que prefiero, si es que me mate César ó que me deje morir en la soledad y el olvido.

—El lance me parece arriesgado, yo no lo intentaría; escríbele.

—¡Si le escribo y no me contesta!; no deben permitir que le lleguen mis cartas.

—Entonces procura que alguien le explore.

—¿Y quién es ese alguien que yo no conozco? ¿quién puede ser el mensajero en asunto tan delicado y tan personal? Si viviera en una ciudad populosa, entonces sería relativamente fácil encontrar algo que sirviera de pretexto y de explora-

ción, pero en un pueblo en que á nadie conozco... No hay sino ir; después de todo, la empresa no puede ser más sencilla. El pueblo está cerca de Toledo y aunque no tiene carretera, existe una que sólo dista unos diez minutos del mismo; puedo tomar un coche mandarle un recado personal y en pleno campo citarle.

—¿Y si no va?

—Tú no conoces el corazón, Sofía, tú no sabes lo que significa para quien de veras ama, eso de decirle, cerca, muy cerca de tí se encuentra el ser querido, sólo necesitas un cuarto de hora, sólo un cuarto de hora para tenerle entre tus brazos. Ha de oponerse la voluntad y no obstante, de un modo invencible, sin que haya forma de resistir la tentación, el alma arrastrará al cuerpo hasta encontrar el alma compañera ¡pero no ves lo que á mí me sucede!

—Sí, lo veo y lo reconozco, pero eso me parece sencillamente la lógica de la locura.

—¿Y acaso el amor verdadero no es y ha sido siempre la eterna locura? Negación de todo sentimiento egoísta; darse por entero alma y vida, gozar con el dolor, estar enfermo y no querer la salud ¿es locura ó es amor?

—Estás hablando como hablaba César.

—Es cierto, y sintiendo como él me enseñó á sentir.

—¿De modo que estás absolutamente resuelta y decidida á ir á buscarle?

—Suceda lo que quiera.

—Pues bien, te acompaño y además por si te expones á algún peligro grave, tomaré las precauciones de la más elemental prudencia, aunque después de haberte librado del paroxismo del primer momento del desengaño no lo juzgo probable, ni mucho menos.

—De modo que convenimos en lo siguiente: mañana...

—¿Pero mañana...?

—Si ha de suceder, ¿porqué aplazarlo? Además, ahora está el tiempo frío, pero despejado ¡quién sabe en este tiempo, cómo estará dentro de un mes!

—Conforme.

—Pues bien; mañana por la mañana tomamos el tren las dos y llevaremos cualquier criado de confianza para que nos acompañe.

—Yo le tengo de absoluta, dijo Sofía; un guarda de mis fincas que ha venido de Andalucía á traer el importe de varios arrendamientos; es hombre seguro y que me debe nada menos que el hallarse libre y bien acomodado, en vez de estar á la sombra por bárbaro.

—Mejor sería otro.

—No, déjame á mí; hará ciegamente lo que se

le mande, y lo único que necesita hacer, es ir á llevar á César el recado ó carta de tu parte citándole, y para ello conviene un hombre de campo que no se asuste de nada.

—Lo mismo da. Pues mañana en la estación, quedamos citadas, y yo voy á poner un telegrama diciendo que nos espere el coche en la estación de Toledo; á la noche estaremos de vuelta en Madrid y confío en que han de quedar enlazadas las rela ciones.

—Amén, dijo Sofía.

Y se separaron, contentísima Fernanda de su determinación, recordando el venturoso éxito del otro viaje que hizo con los mismos fines á Toledo, y diciéndose, quien algo quiere, algo le cuesta. El orgullo, la soberbia, el amor propio, la vanidad, todos estos obstáculos son buenos para los que no saben querer; para los que de veras quieren no hay muro, por alto que sea, que no pueda franquearse.

Sofía no estaba del todo contenta, pero además de interesarla aquel episodio pasional, Fernanda para ella era una amiga y era un patronato á cuya sombra disfrutaba de palco en el Real, hacía viajes punto menos que gratuítos, disfrutaba en suma, las ventajas de una posición infinitamente superior á la suya; no podía proceder de distinto modo.

Aquella misma tarde supo doña Lola por Cayetana lo sucedido, y en seguida lo supo Lucía con todos los detalles, y aquella misma noche acompañada de doña Moni salió para Toledo.

El programa convenido entre Fernanda y Sofía se cumplió al pie de la letra, y á la mañana siguiente tomaban el tren de Toledo, yendo también, aunque en otro departamento, el criado elegido para que las acompañara.

Lo menos un centenar de familias del pueblo de Casalblanco, se dedica á los pequeños negocios que facilita el vivir en las cercanías de una ciudad, diariamente como un carril de hormigas en el camino de Toledo, se ven hombres y mujeres, sobre todo mujeres, que en sacos y cestas los más al brazo y algunos con la ayuda de borriquillos, llevan multitud de menudencias á Toledo. Al llegar á la puerta de Visagra, las mujeres sacan los zapatos de la cesta y se los calzan para entrar con decoro en la ciudad, y de regreso tornan á ponerlos en la cesta para evitar que se estropeen con el uso en el camino: los pies importa poco, que al cabo solos se componen sin gastar dinero.

El mayor número de las mujeres que diariamente van á Toledo, lo hacen en calidad de recoveras, llevan huevos y gallinas y hacen los encargos que las encomiendan, así es que cuando Lucía dirigiéndose al encargado del hotel en que se

aposentaba le pidió un propio para llevar una carta á Casalblanco, éste la manifestó que el medio más práctico y seguro era el de mandarla por la recovera que servía la casa. Lucía llevaba una carta escrita para César, con objeto de que se la entregaran en propia mano, aunque temerosa de que no la recibiera, como sin duda había sucedido con la que le dirigió dándole el pésame por el fallecimiento de doña Sagrario y que había tenido la callada por respuesta, pero prefirió hablar primero con la recovera directamente para enterarse.

Cuando la preguntó si conocía á D. César Pantoja, la mujer la contestó:

—*Pa chasco* que no le conociera yo, siendo de lo principal del pueblo. Y á toda la familia, á la *señá* Catalina y á la María Rosa, que es la más pulida de las mozas y que á más tiene *mu güen* corazón *pa* los *probes,* lo *mesmo* que su tía la difunta *señá* Sagrario.

En pocas palabras se enteró Lucía de todo cuanto la interesaba saber, comprendiendo entonces que á quien debía escribir no era al mismo César sino á María Rosa; aquél pudiera no atenderla por confiado, ella sí que la atendería.

Hora y media después, á las once de la mañana entregaba la buena mujer á María Rosa, con mucho misterio y estando á solas, la carta que llevaba. En ella se decía:

«No tengo el gusto de conocer á usted, pero sé y me consta, que para César Pantoja ha sido y es como la más cariñosa de las hermanas. Hoy le amenaza un grave peligro, no sé más, pero de su vigilancia de usted depende acaso la vida ó el honor de César. Confío, estoy segura de que tomara las precauciones necesarias.

»No tenga temor alguno de engaño; el perjuicio, si ha de venir, ha de ser de la Condesa, yo soy sencillamente una pobre y desgraciada mujer que quiere con todo su corazón, pero que sabrá anteponer las dichas y venturas de César á las propias. Sé quién es usted y lo que usted vale; nunca me encontrará en su camino y si algún día llega á ser la feliz esposa de César, desearé recuerde con benévola simpatía á quien tantos bienes la desea.»

María Rosa se quedó atónita con la lectura de la carta, pero en cuanto se fué la recovera, mandó un recado á Bonifacio que era un modestísimo labrador, lejano pariente de César, su mejor amigo y compañero desde la infancia. César se hallaba á la sazón en el Ayuntamiento según costumbre. A los cinco minutos se presentó Bonifacio, á quien leyó la carta que acababa de recibir. Este la leyó despacio y luego dijo tranquilamente; no te apures que aquí estoy yo y no vuelvas á ocuparte del asunto. Ahora, como le conozco, no le digas nada, porque es así, si sabe que hay un peligro que co-

rrer no hay nadie capaz de detenerle y por de pronto déjame ir á la plaza para estar á la vista y ya es cosa mía el hacer lo que tenga que hacer.

Pocos minutos después del medio día llegaba César á su casa, la misma María Rosa le abrió la puerta y no resignándose á ocultar del todo sus inquietudes, le preguntó si ocurría alguna novedad particular en el pueblo.

—Las mismas de siempre que se coge poco, que se vende barato y que no nos dejan vivir con tanta contribución, por lo demás nada me duele y traigo buen apetito.

Concluyó María Rosa la ya empezada tarea de poner la mesa con todos sus enseres, mandó que sirvieran la sopa y acababan de sentarse los tres, cuando sonó en la puerta recio aldabonazo.

—¿Quién vendrá á importunar á estas horas, dijo la tía Catalina.

—Algún pordiosero de tránsito, dijo César.

María Rosa se levantó sobresaltada.

—Que miren quien llama, dijo César.

Iban ya en dirección de la puerta, cuando sonó otro aldabonazo.

—No traen poco fuero, dijo María Rosa.

Abrieron la puerta y un hombre de campo, bien vestido y forastero, preguntó por D. César diciendo que necesitaba hablarle inmediatamente.

—Díle que vuelva, que no es hora de visitas ni de negocios, dijo María Rosa.

—No, para qué, si es un importuno le despacho con dos palabras, si no, le diré que vuelva luego, voy allá.

—No vayas César, yo iré, sigue en tu puesto.

—No mujer, voy yo, y antes de que nadie pudiera hacer más observaciones, salió César á la puerta.

Se encontró con un hombre como de treinta años, alto, recio, delgado, la cara angulosa, afeitado y moreno, que fruncía el entrecejo al hablar y decía las cosas muy quedo y parándose en cada palabra. Vestía sombrero ancho de fieltro gris, chaquetón y pantalones de pana y una manta en los hombros, y en su presencia y ademanes parecía un tratante de ganado ó mayordomo de labranza.

—A la paz de Dios, dijo, usted será, me parece, el señor que vengo á buscar de parte de la Condesa de Burgal.

—El mismo, y usted ¿qué quiere de mí?

—¿Es usted D. César Pantoja? Muy señor mío, aquí le traigo esta esquelita y me mandan que espere la respuesta.

La conmoción de César fué enorme, rasgó el sobre nervioso, ojeó rápidamente las páginas escritas; mandó sentarse al mensajero en la antesala

y se fué á la sala, cuya puerta cerró, para leer la carta de Fernanda y leyó:

«César: ¿por qué no contestas á mis cartas? Una y otra vez te he escrito, ¿por qué te callas.

»He sido y soy tuya, no puedo ser sino tuya, no puedo vivir sino siendo tuya y tú eres también mío; ¿verdad que no existe el olvido para nosotros? Si he sido mala contigo alguna vez, no me culpes, te pido perdón, mi alma nunca te fué infiel, mi educación, los ejemplos, las costumbres, todo ha contribuído; pero dime de una vez para siempre ¿cómo quieres que sea siendo para tí? Yo modelaré mis gustos á los tuyos, renunciaré á todos los hábitos sociales que te molestan, si es poco eso huiremos juntos donde nadie sepa quiénes somos para vivir exclusivamente el uno para el otro, tú dispones hoy de tí por completo, desgraciadamente tienes completa libertad para hacerlo después del fallecimiento de tu santa madre. ¿Qué te detiene? O es que mentías cuando tantas veces me jurabas un amor tan grande que de él tuvieran envidia los ángeles del cielo. No, tú no mentías, no sabes mentir, tú me has enseñado á querer, tú has abierto mis ojos á la luz inefable del amor, no me los arranques ahora, serías un impío si tal hicieres, no César, por Dios.

»He venido de Madrid para verte: en el camino del pueblo de Sailo, á diez minutos de tí, es-

toy esperándote con los brazos abiertos, y pronto estarás en los de tu

FERNANDA.»

Salió César muy serio de la sala, y dijo:

—María Rosa, tengo necesidad de irme con ese hombre á una diligencia precisa; vosotros podéis comer; no sé si tardaré en estar de vuelta.

María Rosa tuvo entonces una súbita inspiración.

—Aguarda, César, dos minutos, que necesito yo hablar contigo.

—¿Tan urgente es lo que tienes que decir? Luego...

—Necesito que sea ahora mismo.

Volvieron á la sala. En ella estaba una papelera chapeada de concha. María Rosa abrió uno de los cajones y sacó un sobre.

—Cuando hace algún tiempo, reciente la muerte de tu madre, hablamos de los pagarés aquellos de D. Nicasio, te dije que nos había avisado que no tuviéramos la menor inquietud: luego me diste aquel dinero para que lo guardase con lo demás de la casa. El dinero está intacto; ahora mira lo que hay aquí.

Abrió César el sobre que le ofrecía María Rosa y vió los pagarés malditos hechos pedazos.

—Tu madre me mandó que te los entregara en

el momento que me pareciese oportuno. Tú sabrás, acaso, cómo pudo tu madre satisfacer las deudas de su hijo; yo te juro, por la memoria de mis padres, que lo ignoro.

César estuvo de pie é inmóvil sin decir palabra alguna, el ceño contraído, acaso dos minutos, que parecieron siglos á María Rosa, al cabo de los cuales dijo:

—Ahora, con más razón que antes, debo marcharme con ese hombre. Adiós.

Llegó hasta la puerta, ella se quedó llorando, y César volvió hasta ella, la abrazó suavemente y la dió un casto beso, beso de hermano, en la tersa frente.

Nadie se atrevió á detenerle; pero antes de que doblara la esquina ya entró en el portal Bonifacio, que desde enfrente espiaba.

—Pronto, María Rosa, dame la escopeta de César; no me gusta ese hombre; iré como de caza y los podré vigilar mejor: no tengas cuidado.

Y en el tiempo que lo hablaban se hizo lo que se pedía, y Bonifacio salió de la casa rápidamente.

Después María Rosa se encerró en su cuarto y se puso á rezar fervorosamente á la Santísima Virgen.

XXIV

Desde Toledo al pueblo de Sailo existe, de tiempo antiguo, el camino real con sus árboles entecos y arrugados, que jamás prosperan por la sequedad del terreno, por el polvo abrasador del camino. Casalblanco queda á un cuarto de legua al poniente, y de antiguo también existe un camino vecinal bastante estrecho, lleno de baches, apenas propio para los carros de labranza; el terreno, sin ser lo accidentado que los países de montaña, es bastante movido. El pueblo de Sailo está en una altura, Casalblanco en otra mayor, y entre ambos pueblos pasa una cañada, con cuyos datos puede formarse idea aproximada de la topografía de aquellos terrenos. Al salir de la carretera y entrar en el camino vecinal, se sube una cuesta que no tendrá un centenar de metros; luego empieza la bajada hasta llegar al fondo de la depresión, por donde pasa la referida cañada, que es una de las muchas que pertenecen á la Mesta y sirven de paso á los ganados trashumantes; después empieza otra cuesta que llega hasta las eras de Casalblanco.

Aunque, en general, el término de ambos pueblos se dedica al cultivo de cereales, precisamente

por estos parajes las tierras de labrantío alternan con los olivares.

El coche que conducía á Fernanda y Sofía se quedó en el camino real, y Fernanda no pudo aguardar pacientemente la llegada de César; quería verle antes á lo lejos; quería verle lo más pronto posible, y se bajó del carruaje, y siguiendo el camino vecinal, llegó hasta lo más alto de la ondulación, situándose en un pequeño otero á la derecha, desde el cual se divisaba perfectamente toda la extensión del camino. Cerca de ella, un poco más abajo, había un chozo y una majada sin pastores ni ganado; sólo las estacas y la red de cuerdas; acaso las ovejas estarían pastando en las cercanías: á derecha é izquierda del camino había un olivar. Fernanda llegó hasta el final del mismo, precisamente para no tener cerrado el horizonte; la distancia era bien corta, desde el carruaje podían oirla si hubiera querido llamar.

Por su gusto, Fernanda hubiera seguido el camino hasta el pueblo de César; miraba con verdadero encanto el blanco caserío, las desiguales líneas rojas de los tejados, la iglesia con su torre y sencilla caperuza de pizarra que en comparación del caserío semejaba un magnífico monumento y pensaba que allí, en aquel lugar olvidado vivía su César y que allí, con él, en cualquiera de aquellas pobres casas, hubiera sido más feliz que

en su palacio, y teniendo el compañero tan desdichado que la cupo en suerte.

Ya les vió venir á lo lejos como bajaban del pueblo hacia la cañada, hacia ella, y el corazón la palpitaba con violencia y no podía serenarle aun comprimiéndole con ambas manos, y le decía: calla pobre tonto, ¡cómo sientes que se acerca tu dueño!

Se hubiera echado á correr de buena gana para salir al encuentro de César, pero como no venía solo, al fin era una señora de raza y supo dominarse y guardar el necesario decoro á la vista de un extraño.

Tampoco apresuró su paso César, ni aun estando ya á un centenar de metros, en cuyo momento el acompañante de César saludó discretamente y tomó una vereda á su derecha, en el olivar, del otro lado del camino en que Fernanda se encontraba, y César también se desvió para ganar el otero, en cuya cima ella le estaba esperando.



Cuando le vió á pocos pasos, Fernanda se quedó aterrada; César estaba pálido, el semblante descompuesto, la boca comprimida, el ceño adusto, la mirada sobre todo, la mirada sobre todo...

—¿Por qué me miras de esa suerte, César, no sabes que te adoro?

—Por qué has venido, mujer, yo quería olvidar, y hasta hubo algún momento en que tuve la

esperanza de conseguirlo y de que aún la vida pudiera ser vida para mí; hoy ya sé que no es posible, y te adoro como siempre y te odio como nunca.

Estaban cerca ya uno del otro desde que comenzaron á hablar, pero en lo que dijo César y en cómo lo dijo había una fiereza, un tan hondo sentir, que Fernanda, al fin mujer, sintió tal pavor que, poniéndose de rodillas, se abrazó á César.

—Perdóname, César, yo te he querido siempre; perdóname por Dios, por tu madre, por tu.....

—No pongas ese nombre en tus labios, miserable meretriz, tú insultas su memoria con solo nombrarla.

Y César, loco de ira, desató brutalmente los brazos, que le ceñían.

En aquel mismo instante sonó un tiro en el olivar, y á corta distancia; quedóse suspenso César, volviendo la cabeza hacia el sitio de donde procedía, y vió á su mejor amigo de la infancia, á Bonifacio, con una escopeta en la mano, que se acercó á pocas varas de distancia y le dijo:

—El hombre que venía acompañándote te estaba apuntando con un retaco que llevaba en la manta, y, antes de que te asesinara, le metí un balazo en la cabeza; ahora, chico, me largo para evitar líos; dála á esa un puntapié y vente en seguida.

Y desapareció por entre las olivas en dirección del pueblo.

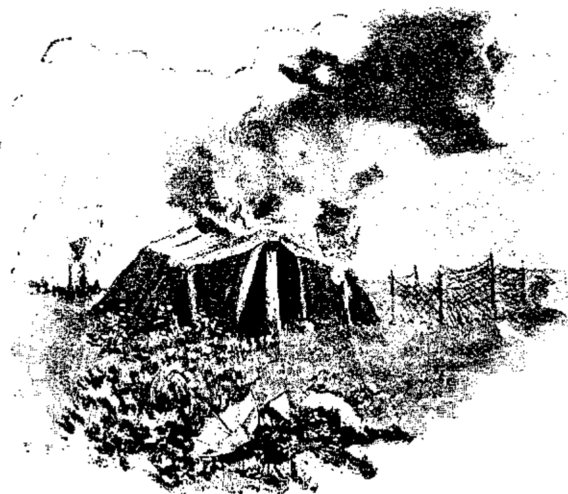
Fernanda se había levantado del suelo y quiso huir, yéndose en dirección del chozo de pastores; pero ya César la había visto, y, ágil como un tigre, alcanzó á Fernanda cuando estaba cerca del chozo; no hubo lucha ni gritos, nada, dos cuerpos que ruedan, unas manos que ciñen un cuello, unos ojos que se salen de las órbitas, un cadáver: y luego... un hombre que besa unos labios muertos y que llora de rodillas junto á un cadáver de mujer.

Cuando Sofía y el cochero oyeron el disparo en un escape fueron al pueblo de Sailo y pidieron auxilio, que llegó con ellos al sitio de la ocurrencia tres cuartos de hora después, y fué verdadera maravilla de diligencia el poco tiempo empleado en mover la justicia; antes de llegar á lo alto de la cuesta vieron una humareda; el chozo estaba ardiendo todavía, y dentro, ya carbonizados, los cadáveres de Fernanda y César unidos por estrecho abrazo.

Registrando el olivar cercano, caído junto á uno de los árboles, encontraron el cadáver del criado de Sofía con un balazo en la sien.

*
* *

De las diligencias judiciales resultó como verdad oficial que César salió de su casa con la escopeta, viéndole varios vecinos; que tuvo una re-



yerta con el criado de Sofía, á quien mató de un balazo; la escopeta pareció en el olivar, y el proyectil que causó la muerte de aquel hombre era del calibre del arma.

Láura, desde el convento en que profesó, pide á Dios misericordia para su desventurada madre la Condesa de Burgal.

María Rosa vistió ya toda su vida de negro, y permaneció siempre soltera.

En un día del siguiente mes de Mayo, dos señoras descendían de un carruaje en la conjunción del camino real y del vecinal que desde Sailo conduce á Casalblanco, un criado las seguía con una caja al hombro, subieron hasta el otero que domina toda la extensión del camino; un poco más abajo, sobre un zócalo de piedra había una gran cruz de hierro y alrededor montoncitos de cantos rodados, recogidos en las tierras; cada una representa una oración que consagra el caminante á la memoria del muerto, las dos mujeres sacaron de la caja una corona de flores naturales, rosas en su mayor parte, y la pusieron colgada en la cruz; en la falda recogidos llevaba la más joven de las señoras un centenar de pensamientos que también esparció en el suelo al pie de la cruz. Estuvieron largo rato rezando antes de abandonar aquel sitio.

Eran doña Moni y Lucía.



Y un año y otro año y siempre sin duda ha de suceder que allí donde se quemó el chozo en lo

que antes fué majada y era un verdadero erial, con las cenizas se transformó en fecundo suelo y en pleno invierno alrededor de la cruz, estaba cubierto por multitud de florecillas moradas de un aroma incomparable.

FIN



Esta novela acabó de escribirla el autor
el 23 de Junio de 1900, terminándose la impresión en la imprenta de Ricardo Fé
el 25 del mismo mes
y año.



